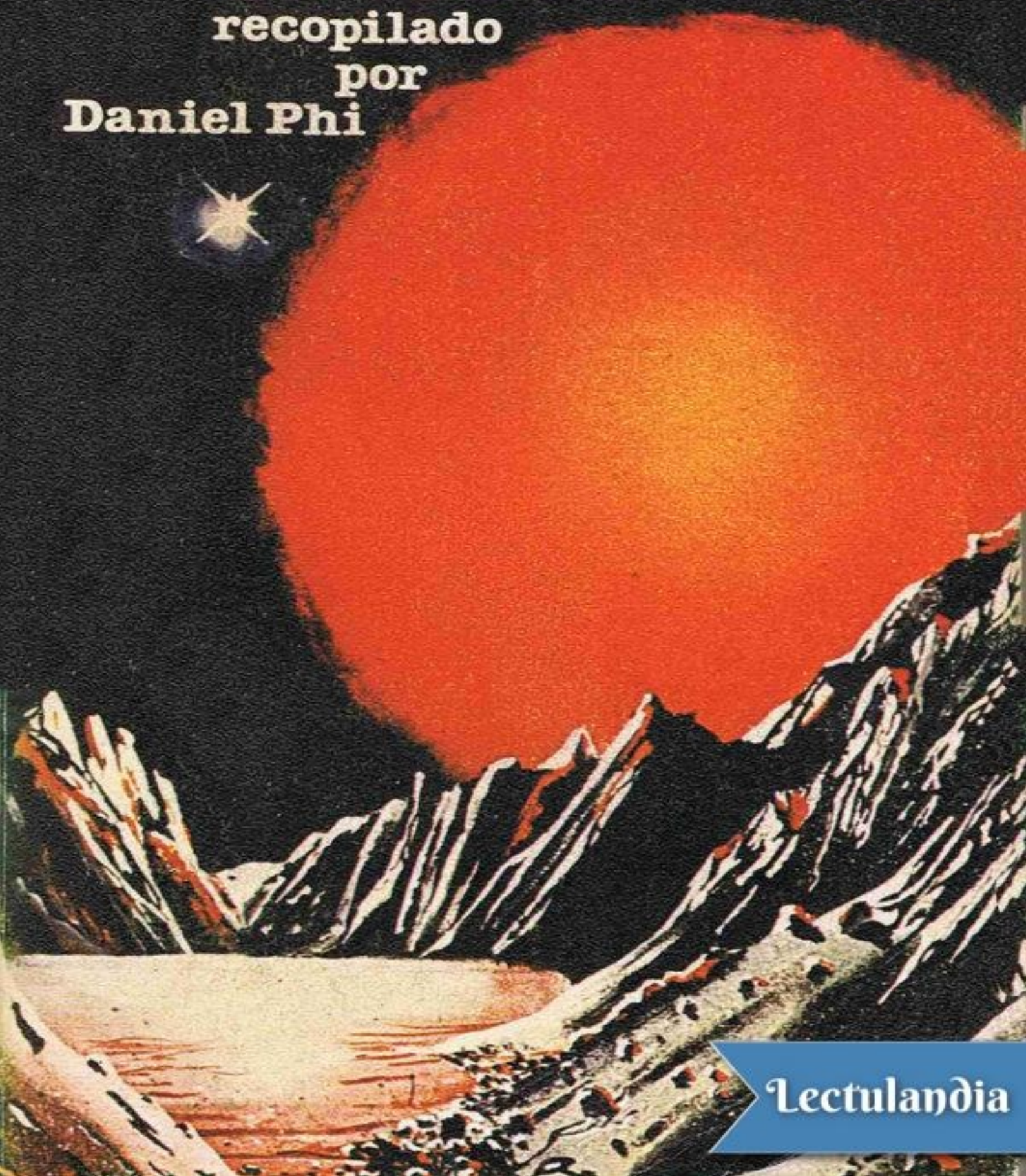


lo mejor de la ciencia ficción francesa

recopilado
por
Daniel Phi



Lectulandia

Francia, que ha dado a la ciencia ficción precursores tan ilustres como Verne o Rosny (por no remontarnos a clásicos de la talla de Voltaire y Cyrano de Bergerac), ha jugado asimismo un papel fundamental en la difusión del género a nivel europeo y en su estudio y esclarecimiento a escala mundial.

En este caldo de cultivo de erudición y crítica, y con el respaldo de tales precursores, era inevitable el surgimiento de una moderna ciencia ficción francesa autónoma y rica en temas y enfoques originales, de la que los relatos que integran la presente antología constituyen la mejor muestra.

Lectulandia

AA. VV.

Lo mejor de la ciencia ficción francesa

ePub r1.2

viejo_oso 22.10.14

Título original: *Demain est aujourd'hui*
AA. VV., 1976
Recopilación de Daniel Phi
Traducción: Beatriz Podestá & Carlo Frabetti
Cubierta: George Jones

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Contenido

Presentación, por Carlo Frabetti

Breve historia de la ciencia ficción francesa moderna, por Daniel Phi

El cinturón del robot (La ceinture du robot) Yves Dermèze, 1955

Chrysalia (Chrysalia) André Ruelland, 1964

Tres días de otoño (Trois jours d'automne) Philippe Curval, 1977

¡Simulador! ¡Simulador! (Simulateur! Simulateur!) Michel Jeury, 1974

Ils sont reve... (Ils sont reve...) Jean-Pierre Andrevon, 1975

Delta (Delta) Christine Renard & Claude Cheinisse, 1967

Vainilla del cuerpo de Lia (Vanille du corps de Lia) Daniel Walther, 1974

Por la revolución (Pour la révolution) Philippe Goy, 1977

El asesino de Dios (L'assassin de Dieu) Pierre Suragne, 1974

PRESENTACIÓN

Francia, madrina de la ciencia ficción

Como es bien sabido, los chinos lo han inventado casi todo, desde la pólvora a la imprenta, pasando por los espaguetis, los cómics y el método karman. Tanto es así que uno llega a preguntarse: «¿Qué hubiera sido de nosotros sin los chinos?» Pero si alguien se plantea tal pregunta, no tardará en llegarle la tranquilizadora respuesta, con fuerte acento parisino: «¿Y para qué estamos los franceses?»

Sí, los franceses también lo han inventado prácticamente todo, y no iba a ser la ciencia ficción una excepción, máxime teniendo en cuenta que es uno de los pocos inventos no reivindicados directamente por los chinos. Ante la constatación irrefutable de que la ciencia ficción es (nos guste o no) un producto cultural básicamente estadounidense, un aficionado francés reaccionará probablemente con vehemencia, invocando nombres como Verne, Rosny o Renard... y si se excita mucho puede que se remonte a Voltaire y Cyrano de Bergerac.

Pero, Ironías aparte, lo cierto es que el papel de Francia ha sido fundamental en la difusión y el estudio del género, no sólo a nivel europeo sino mundial. Y si los franceses no pueden reclamar en serio la paternidad de la ciencia ficción, nadie puede negarles un meritorio padrinazgo.

Es de agradecer, por tanto, una antología como la presente, en la que el recopilador, sin el menor atisbo del triunfalismo chauvinista tan característico de otros eruditos galos, nos ofrece una interesante, amplia y honesta visión de la ciencia ficción francesa actual.

Pues los aficionados del otro lado de los Pirineos no tienen ninguna necesidad de invocar a Verne o Rosny, Cyrano o Voltaire: la ciencia ficción francesa se sostiene perfectamente sin necesidad de apuntalarse con «precursores» más o menos ilustres y «clásicos» traídos por los pelos. Y la mejor prueba de ello está en los nueve relatos que ofrecemos a continuación, en los que se aprecia una gama de temas y enfoques lo suficientemente rica y personal como para rebatir la infundada afirmación de quienes, en el polo opuesto de los chauvinistas, afirman que la ciencia ficción francesa es una mera imitación de la anglosajona.

CARLO FRABETTI

*A Claudia, mi mujer.
A todos mis amigos de Roda de Ter.
A mis amigos autores de Ciencia Ficción.*

BREVE HISTORIA DE LA CIENCIA FICCIÓN FRANCESA MODERNA

La ciencia ficción francesa moderna toma impulso en marzo de 1951, con la publicación del primer número de la colección *Le rayon fantastique*. Y junto con esa colección, termina en setiembre de 1964 una primera época llena de promesas que permitió el descubrimiento de numerosos talentos.

Setiembre de 1951 es otra fecha importante: corresponde a la creación de *Fleuve-Noir anticipation*, que es actualmente la colección más antigua que sigue publicándose. Veinticinco años después, y habiendo conocido diversos altibajos, esta colección ha llegado al número 744 y ha pasado de un ritmo de publicación de UN número mensual en 1951, a SEIS en 1976. ¿En qué se apoya este éxito? ¿En la calidad? Es cierto que, de tanto en tanto, aparecen números de calidad, pero lo que resulta determinante es su enorme difusión y el hábito de los lectores ocasionales (o habituales) de «comprar un Fleuve».

Tercera fecha de esta primera época: marzo de 1954. Corresponde a la creación de otra colección que también ha logrado sobrevivir: *Présence du Futur*. Es cierto que en ella se encuentra un poco de todo: fantasía, ciencia ficción y hasta utopías. Despreocupándose de la cantidad, esta colección que fue rápidamente clasificada «para intelectuales», creó una clientela preocupada por la calidad.

Hay que señalar también, en las mismas fechas, la publicación de una colección, dedicada esencialmente a los autores franceses, que no llegó a un nivel de calidad muy elevado: *Série 2000-Métal*. Esa colección se extinguió dos años después, sin dejar más que dos nombres célebres: Yves Dermèze y Pierre Versins.

Hacia 1960 se produce el primer período de decadencia de la ciencia ficción, en favor de los géneros policiales o de espionaje. Los libreros de ocasión tiran con frecuencia, para hacer sitio, los libros de ciencia ficción que les molestan. De todos modos, hay que citar una colección que no publicará más que ocho volúmenes, generalmente de calidad (para la época): *Ditis S. F.*, con bellas ilustraciones y buenos textos.

El punto más bajo se sitúa entre 1964 y 1968: el desinterés por la ciencia ficción es tal que sólo *Fleuve-Noir* y Denoël se mantendrán activos, aunque con un ritmo de publicación muy lento. Sin embargo, en esta misma época *Fiction* y *Galaxie*, en la cima de su gloria y gracias a una buena dirección, pueden publicar números fuera de serie; una novela completa en *Galaxie/Bis* y una antología de cuentos en *Fiction-Spécial*. A fines de esta época llega una tercera revista, que saldrá poco a poco de las sombras para transformarse en la primera del mercado en 1974: *Horizons du Fantastique*, y que desaparecerá bruscamente al año siguiente. Habrá que aguardar los famosos «acontecimientos» de mayo de 1968 para que la ciencia ficción francesa

se reponga. Durante las largas huelgas, los franceses, fatigados de sus lecturas habituales, buscan otras cosas: quieren refugiarse en los sueños, en la ciencia ficción.

Habrà que aguardar dos años para que la oferta siga a la demanda; concretamente a 3970, fecha de publicación del primer volumen de ciencia ficción en la colección *J'ai lu*, que marca el renacimiento de la ciencia ficción en Francia: marzo de 1970 sería la primera fecha importante de esta nueva etapa. Con *2001, odisea del espacio*, comienza la odisea de la nueva ciencia ficción francesa.

Otro acontecimiento importante de este período es la inauguración del Primer Congreso Nacional de ciencia ficción francesa, en Clermont-Ferrand: 1.º de marzo de 1974. En el informe que hice para *Horizons du Fantastique*, escribí la siguiente conclusión: «El movimiento toma forma y los augures prevén que la ciencia ficción francesa está a punto de levantar vuelo. De literatura para iniciados, va a pasar al grado superior. ¿Cómo será la segunda Convención? ¿Dónde tendrá lugar?...» Todavía no imaginaba que, tres años después, yo mismo la organizaría en Limoges. Pero mis observaciones eran exactas. En pocos meses, la ciencia ficción francesa pasó al grado superior. Las colecciones se multiplicaron a ritmo acelerado y en junio de 1975 teníamos 24 diferentes. Entonces tuve que denunciar la inflación; ¡quien la denuncia es el crítico, que ya no puede leer todo!

¿Y después? Nacieron algunas revistas; otras desaparecieron, o van a desaparecer. Algunas colecciones modificaron su presentación, como Denoël y Fleuve-Noir, y han aumentado su ritmo de publicación, ¡pasando de un volumen mensual a tres, o de cuatro a seis o a siete! Y si todavía hay algunas colecciones que no gozan de las preferencias de un público numeroso, todas tienen algunos lectores. Hagamos una rápida presentación:

Fleuve-Noir Anticipation (66 volúmenes por año).

Denoël: «Présence du Futur» (33 volúmenes por año).

J'ai lu S.F. (que no tiene una presentación especial como colección, pero que garantiza unos 20 volúmenes anuales y reediciones constantes de títulos agotados).

Laffont: «Ailleurs et demain» (8 ó 10 volúmenes por año. Colección de prestigio).

Calmann-Levy: «Dimensions» (10 volúmenes por año, colección reservada a los autores extranjeros, también colección de prestigio).

Champ Libre: «Chûte libre» (6 volúmenes por año, colección de segunda categoría, con grandes firmas y relatos «escandalosos»).

Le Masque S F (12 volúmenes anuales, colección de gran difusión, grandes firmas, novelas buenas y no tan buenas, algunos autores franceses).

C.L.A. (10 volúmenes por año, LA colección de SF de lujo, publica generalmente dos novelas en cada volumen, muy a menudo de gran calidad).

Marabout S F (8 ó 10 volúmenes por año, una colección que mezcla lo mejor y lo

peor y que ha tenido dificultades, pero que tendría que mejorar).

Albin-Michel S F (11 volúmenes por año, tercera tentativa en algunos años, no logra imponerse a causa de los textos, a menudo anticuados).

Fiction-Spécial (3 volúmenes por año, antologías de autores angloamericanos o franceses, calidad muy irregular).

Fleuve-Noir «Lendemain retrouvés» (6 volúmenes por año, una ciencia ficción que se considera superior a la serie «Anticipation» y a veces lo es).

Galaxie/Bis (12 volúmenes por año, algunos textos muy buenos y otros mortalmente aburridos, autores exclusivamente ingleses o norteamericanos).

OPTA: «Anti-mondes» (6 volúmenes por año, ciencia ficción angloamericana, estilo «New Wave», cosas muy buenas y otras ilegibles).

OPTA: «Nebula» (8 volúmenes por año, alterna autores franceses y extranjeros, pretende ser una colección de vanguardia, a veces es legible).

OPTA: «Marginal» (6 volúmenes por año; antologías temáticas de nivel medio con textos ya publicados en *Galaxie*).

Le livre de poche: «Grande encyclopédie Thématique de la SF» (6 volúmenes por año, textos extranjeros, de gran calidad).

Sagittaire: «Contre-Coup» (6 volúmenes anuales; pretende parecerse a la colección de Champ-Libre, con autores aún no consagrados).

Presses de la Cité: «Futurama» (6 volúmenes por año, autores extranjeros, algunos buenos textos y otros un poco anticuados).

Seghers: «Constellations» (2 volúmenes por año; serie de antologías de buen nivel, dedicadas a autores anglosajones o franceses).

Termino esta lista, que podría resultar fatigosa, ya que hay una gran cantidad de pequeñas colecciones que publican ciencia ficción de forma más o menos episódica y que sería imposible reseñar aquí. De todos modos, si se suma todo lo que se publica en Francia, en *un* año (aunque mis cifras no sean exactas a causa de los imponderables que, a veces, retrasan una publicación) se llega, pese a todo, ¡a 245 volúmenes!

Ahora comprenderán por qué el crítico se queja de la inflación, y de que no podía leer todo. Pero hablemos un poco de este libro.

La idea no es nueva; se la había propuesto a Jordi Gubern en oportunidad de nuestro primer encuentro en 1974, cuando lo entrevisté para *Horizons du Fantastique*. Desde entonces, la idea se fue afirmando, y en diciembre de 1975 me puse en contacto con los mejores autores franceses (que son además muy buenos amigos míos, aunque tengamos pocas oportunidades de vernos) para pedirles que escribieran o me entregaran un relato, representativo de su estilo y de lo que les

gustaría hacer para esta antología. Con frecuencia nos pusimos de acuerdo sobre un título, y es el que ustedes van a leer. ¿Cómo ordenar esos relatos? ¡No resultó fácil! De modo que, para no herir a nadie y como hago constar sus edades y a menudo el lugar donde nacieron, decidí clasificarlos por orden decreciente de edad, cosa que debería permitirles observar que los mayores han conservado la juventud de espíritu y los otros tienen, pese a su edad, la seguridad de un escritor veterano. El conjunto debe, pues, formar un bloque homogéneo que me parece muy ilustrativo de las tendencias actuales de la ciencia ficción francesa. Algunos nombres importantes no figuran, todavía, en esta antología, pero... ¿quién sabe? Si la antología tuviera un gran éxito de venta... ¿acaso no se podría encargar un segundo volumen y después un tercero? Pero con respecto a eso estamos ya en el dominio de la ficción... porque todo depende de ustedes, los lectores.

DANIEL PHI

Limoges, 13 de agosto de 1976

EL CINTURÓN DEL ROBOT

(La ceinture du robot)

Yves Dermèze

Yves Dermèze nació en 1915 y comenzó su carrera literaria en 1935, con el seudónimo (otro más) de Paul Mystère, en una publicación para la juventud. En 41 años ha publicado más de 1.650 títulos de todos los géneros: cuentos, novelas, folletines. Lo ha tocado todo: ciencia ficción, fantasía, horror, espionaje, policiales, aventuras, novelas históricas, novelas de amor... Nada le es ajeno y si su producción, aparecida bajo gran número de seudónimos, no es siempre de alta calidad, ha obtenido éxitos estimables.

En 1943 obtuvo el Premio de la novela para la juventud, otorgado por el semanario Jumbo. En 1945, el Premio de la novela de acción, de la librería Didier. En 1950 gana el Gran Premio de la novela de aventuras con Souvenance pleurait, y en 1972, el Premio a la novela de anticipación del Club de Intelectuales Franceses con Race de Conquérants.

Sus dos novelas más importantes de ciencia ficción fueron publicadas en 1954 y 1955 en la prestigiosa colección Série 2000-Métal: se trata de Le titán de l'espace (que durante mucho tiempo fue considerada un plagio de Fauna del espacio de Van Vogt. Actualmente se admite que fue una coincidencia literaria) y Via Velpa que presenta una visión nueva de la transmisión espaciotemporal.

En 1970 ingresa en la más antigua colección de nueva ciencia ficción francesa, Fleuve-Noir, con La planète maudite, firmada con el seudónimo Paul Béra, que es casi su verdadero nombre.

En 1974 es el primer autor francés que entra en la joven colección Le Masque S F con L'image de l'autre. Insiste en 1976 con Les lumières, en la que presenta un inquietante futuro.

A pesar de su abundante producción, Yves Dermèze nunca anda escaso de ideas. Es uno de esos autores que siempre están un poco por delante de sus contemporáneos.

El cinturón del robot es un texto que ilustra mi última afirmación. Si yo fuera menos serio de lo que soy, no les diría en qué año se escribió este relato... cuyo desarrollo parece tan moderno. Hoy en día se lo considera aún demasiado

«atrevido» para ser reeditado en Francia, donde, sin embargo, está de moda un cierto liberalismo.

No les haré esperar más tiempo: este relato, uno de los pocos de Yves Dermèze, es de agosto de 1958. Con él se abre esta recopilación... ¡en qué futuro!

19 de mayo de 2312

Uno se pregunta cómo nuestros pobres antepasados del siglo xx podían vivir «en familia». Acabo de visionar mi sexto curso de historia moderna y contemporánea... Es impresionante.

Que hayan vivido en habitaciones de piedra u hormigón, ignorando los materiales plásticos deformables que utilizamos ahora... puede pasar. Que se trasladaran en «autos», por «carreteras» recubiertas con esa pasta negra que actualmente se reserva a las tinajas de las fábricas especializadas en la germinación artificial, lo acepto. Pero... que hayan pasado sus mediocres existencias *en familia*...

A primera vista, no se comprende bien esa expresión. El profesor Slater nos la explicó detalladamente en la audiovisión. Se toma una casa de tres, cuatro, cinco cuartos... (las viviendas, hace cuatro siglos, estaban divididas en cuartos inamovibles. ¡Qué incómodo debía ser! Es asombroso que nuestros antepasados no hayan inventado nuestro plástico móvil, que se endurece o se ablanda instantáneamente).

En esas tres, cuatro o cinco piezas, se amontonan un hombre, una mujer y sus hijos... dos, cuatro, doce, a veces. Digo bien: doce. Hay documentos que escaparon a la Gran Catástrofe de 1993 y muestran malas «fotografías» de algunos reproductores *premiados*. ¡Así estaban las cosas!

Pero me estoy yendo por las ramas. Un hombre, una mujer, sus hijos. Está casi comprobado que los niños nacidos fuera de su vida en común no eran admitidos en el «hogar». Eso nos deja totalmente perplejos. Que la madre amamante a las crías es un rasgo común a todas las razas animales poco evolucionadas, aunque generalmente los abandonan en cuanto pueden cuidarse de sí mismos. En cambio, la mujer del siglo xx parece haberse negado siempre a abandonar a sus hijos cuando crecían. Uno se pregunta por qué.

Sea por las razones que sea, esa costumbre familiar explica muchas cosas, según el profesor Slater: el hombre y la mujer pasaban, con bastante rapidez, del amor a la resignación, la nerviosidad y el odio. El equilibrio moral se rompía, los cerebros se volvían irascibles, las querellas nacidas en el interior del «hogar» se extendían a las familias vecinas y luego crecían, hasta abarcar naciones enteras. Slater supone que la mayor parte de las guerras de otros tiempos (desgraciadamente no conoceremos nunca su extensión ni sus causas, ya que todos los documentos se perdieron) se debían en gran parte, a esa «vida familiar» casi animal.

Había llegado a ese punto de mis reflexiones cuando Greta asomó la cabeza a través del tabique. Verdaderamente, la necesitaba. Me resultaba doloroso pensar en esos antepasados que, como el zorro en su cubil, no disfrutaban de un solo momento

de verdadera tranquilidad y perdían en sus disputas tontas las pocas horas de que podían disponer después de su espantosa lucha por la vida.

Cuando Greta atravesó la pared obedeciendo a mi invitación, le sonreí. Ella sonrió inmediatamente con sus ojos azules y sus labios rojos y yo sabía, gracias a Dios, que ningún rencor, ninguna segunda intención podían ocultarse tras esa sonrisa.

Nunca lo había pensado antes, pero nuestras mujeres son, quizá, la mejor conquista de nuestra supercivilización,

21 de mayo

¡Absolutamente inimaginable! Estoy trastornado. El profesor Slater ha logrado reconstruir unos fragmentos de esos «periódicos» impresos que leían nuestros antepasados. Allí supimos que legalmente, una mujer —o un hombre— no tenían derecho a entregarse más que a su legítimo dueño, ¡ni aunque este último estuviera de acuerdo!

Mejor aún: en esos casos, la ley aseguraba severos castigos al hombre y a la mujer. Parecería, asimismo, que algunos precursores que poseían un ganado femenino y alquilaban sus servicios a sus semejantes (en suma, algo muy parecido a nuestra organización actual) ¡padecieron los rigores de una sociedad primitiva!

Pero ¿dónde terminaríamos si actuásemos de esa forma? Un ejemplo: Greta está aquí, cerca de mí, mientras confío mis pensamientos al magnetófono. Espera que le dé alguna orden, que le indique una tarea. Sin embargo, no la necesito para nada, ya que estoy registrando estas reflexiones. Por lo tanto, si le dijera que fuese a casa de Svan, mi vecino, y se ofreciese a él, yo sería culpable ante la ley *de ellos*. ¡Pero es una locura! ¿Por qué? ¿Por qué razón esos atrasados del siglo xx hubieran condenado a Greta a permanecer *inactiva cuando yo no la necesito*? Y si Nel, el hombre de esa Helena que trabaja conmigo en el laboratorio, tomara en sus brazos a una mujer que no fuera Helena, ¿le condenarían? Es insensato. El profesor Slater sugiere también que, en ese caso, se condenaría a Helena, por su complicidad, pero no se molestaría a la otra mujer. Tengo ganas de gritar. Prefiero pensar que Slater se ha equivocado.

Él intentó explicar que el egoísmo de los seres primitivos justifica ese comportamiento. Es evidente. Si miro a Greta, de pie a mi lado, no puedo comprenderlo..., pero yo no soy primitivo. Si acaricio el muslo de Greta que, por supuesto está desnuda, la caricia es muy agradable. Pero ¿por qué tendría que sentir despecho si otro hiciese lo mismo?

—Siéntate —digo a Greta.

—Sí, Kurt.

¿Por qué no le pregunto qué está pasando? La idea no es mala. Podría hacer una investigación entre los hombres y las mujeres que conozco y llevar mis notas al

profesor Slater. Seguramente le interesarían.

Estudio a Greta, sentada y encantadora. Sus cabellos cobrizos cubren su espalda y su sonrisa es exactamente la sonrisa afectuosa que debe mostrar.

—No —le digo dulcemente—. En este momento estoy trabajando.

El matiz afectuoso desaparece, pero la sonrisa subsiste. Greta es una mujer perfecta. En el fondo creo... sí, lo creo, que «tuve suerte». Que se me perdone la expresión. Pero si comparo a Greta con Rosy, la mujer de Svan, o con Nel, el hombre de Helena, debo reconocer que es superior a ellos. Tiene un no sé qué que me emociona profundamente. Sin duda, es el recuerdo de las horas en común. El profesor Slater tocó ese tema en una clase, el año pasado. Me he habituado a mi mujer. Por un lado, eso me molesta; el hábito es una forma de senilidad precoz. Quizá conviniera que Greta se tiñera los cabellos. ¿De rojo? ¿De negro? No; de negro no. No me gustaría una Greta morena.

—¿Greta?

—¿Kurt?

Estoy muy pensativo. Hay algo que no termina de ponerse en marcha dentro de mí, un mecanismo de reflexión que conozco. Viene del inconsciente y, más o menos rápidamente, sube, hasta flotar entre las ideas conscientes. Hasta este momento no sé en qué estoy pensando, pero lo sabré dentro de un instante.

Me levanto y rodeo con el brazo los hombros de Greta.

—Querida, hace mucho tiempo había una ley humana, concebida de manera tal que las mujeres... No, me estoy explicando mal. En otros tiempos, los hombres, que eran muy primitivos, no podían tolerar que sus mujeres se entregaran a otro. Su orgullo se rebelaba ante esa idea. ¿Entiendes eso?

—Lo entiendo —respondió Greta sin dejar de sonreír.

—Y ¿sabes por qué se comportaban así?

Ella hizo un mohín.

—¿Cómo podría saberlo?

Por supuesto. *¿Cómo podría saberlo?* Soy un estúpido. Mi pregunta estuvo mal hecha. No puedo obtener una respuesta más que hablando de las cosas que Greta sabe.

—Bueno, Greta; escúchame. Si te dijera que te levantarás, fueras a casa de nuestro vecino Svan y te entregaras a él, ¿qué harías?

Ella se pone de pie y va hacia el tabique. Apenas tengo tiempo de detenerla.

—¡Detente, Greta! He dicho simplemente; «*Si te dijera.*»

—Te había oído mal.

Eso me deja perplejo. Es la primera vez que reacciona de esa forma.

—Veamos; ¿habrías ido?

—Claro que sí, Kurt.

—¿Hubieses sufrido? —pregunto, lentamente.

Hay un abismo de incomprensión en su mirada.

—¿Sufrir? ¿Por qué?

Sí, claro. La respuesta no podría haber sido diferente. Y sin embargo... sí; sin embargo *esa respuesta me oprime el corazón*.

—Siéntate —le digo.

Nervioso, con el ceño fruncido, vuelvo a mi asiento automático. Siento que me vuelvo loco. «Sufrir... ¿por qué?», dijo Greta. No podía responder otra cosa. ¡Pero soy yo, Kurt, quien sufre! ¡Esa visión de Greta en brazos de Svan...! ¡Svan, a quien tres trasplantes sucesivos no han permitido igualar la altura de sus hombros! ¡Svan, que desde su nacimiento, y a pesar de todo lo que le han hecho, tendrá siempre el hombro izquierdo atrofiado! ¡Greta, en los brazos de un inválido! Oh, sé muy bien que en otros tiempos, la humanidad estaba llena de jorobados, cojos y deformes, y que la invalidez de Svan es teórica. No importa: la clavícula de su hombro izquierdo mide dos centímetros menos que la del derecho. Greta, ¿en el lecho de ese monstruo?

Me apercibo de que mi respiración es agitada.

Es una locura. Debo tener fiebre. Me esfuerzo por razonar con sensatez. En primer lugar, Svan no *parece* deforme. Lo es, y yo lo sé porque asistí a su operación, pero, para ser franco, soy uno de los pocos que lo saben. Físicamente no tiene nada de repugnante.

La certeza se me impone: mi reacción no proviene de la personalidad de Svan. Además, basta con que trate de imaginar a Greta en los brazos de otro hombre... sea quien sea, sí; ¡sea quien sea! Mis dientes rechinan.

Es una locura. He aquí, diría el profesor Slater, dónde nos puede llevar una costumbre. Estoy celoso de Greta. Yo, Kurt, estoy celoso. Yo, que no soy un hombre primitivo. Y, ¿qué es Greta, me pregunto? *Un robot, nada más*. Un robot, como la mujer de Svan, como el hombre de Helena. Yo, Kurt, a los veintidós años, por la fuerza de la costumbre, ¡me he enamorado de un robot!

28 de mayo

¡Todo se explica! Ayer por la tarde había retirado el tabique plástico del escritorio para tener más sitio para la audiovisión. Cuando el profesor Slater tomó la palabra, ya había decidido hacerle la pregunta que me preocupa. Debe de haber notado mi turbación, porque se volvió hacia mí. En su pantalla ocupó un lugar en el ángulo derecho de las coordenadas ficticias.

El profesor Slater es un genio muy comprensivo.

—¿Quieres hacerme alguna pregunta, Kurt?

Carraspeé. Me sentía horriblemente incómodo. Me parecía que todos mis condiscípulos me miraban entre risitas; una cosa estúpida, ya que si bien el Maestro nos ve a todos, nosotros sólo lo vemos a él. Sin embargo, reuní todo mi valor y me puse de pie.

—Señor, ¿me autoriza a presentarle a Greta, mi mujer?

Se sorprendió, pero sabe que soy incapaz de bromas fuera de lugar. Se acarició la barbilla, con aire pensativo.

—Con mucho gusto —respondió.

Llamé a Greta. Slater, con aire irritado, interpelaba a mis condiscípulos, a quienes yo no veía.

—No —decía—. Es inútil que insistan, señores. Cuando Kurt haya hecho su pregunta, juzgaremos si es necesario conectar el circuito de visión general.

Greta, a mi lado, se colocó ante el ojo-robot.

—Enhorabuena, Kurt —dijo el profesor, con una sinceridad que agradecí.

Rápidamente, tomé la palabra:

—Señor, he reflexionado mucho sobre su última clase. Los primitivos del siglo xx tenían la nefasta costumbre de vivir «en familia». El hombre y la mujer, como usted nos hizo notar, lejos de habituarse el uno a la otra, llegaban a detestarse, sin poder prescindir el uno de la otra. ¿Es así, o he deformado su pensamiento?

Slater continuaba acariciándose la barbilla. Durante un instante tuve la sensación de que no me escuchaba, sino que estudiaba a Greta, con un brillo en los ojos que no me gustó nada.

—Sí, Kurt, eso es —contestó finalmente—. La mentalidad de esa época es muy difícil de asimilar para nuestros espíritus más cultivados. Por lo general, el hombre y la mujer se agriaban. Pero ¿por qué esa pregunta?

Respiré hondo y me zambullí.

—Señor, temo que mi espíritu esté deformado por una costumbre de la que me gustaría liberarme. Creo... sí, creo sinceramente que me he enamorado de Greta, mi mujer-robot aquí presente.

Hubo un silencio, y luego la voz de Slater me interpeló.

—¿Y qué? —decía el Maestro.

Levanté el rostro y miré a la pantalla. Las cejas de Slater parecían dos acentos circunflejos. Sin duda, no había entendido.

—Señor —repetí, pacientemente—, ayer tuve la revelación de que me sería muy doloroso prescindir de Greta. Ante la idea de entregarla a otro, mis dientes rechinan. Temo que el hábito de tenerla aquí haya desarrollado en mí un peligroso complejo de celos. En una palabra, temo haber vuelto a los desagradables sentimientos de los primitivos y de haber rebajado mi potencial personal.

Nunca había visto reír al profesor Slater. O sea que me quedé con la boca abierta cuando lo vi retorcerse en su sillón. Es extraño, pero gracias a su hilaridad descubrí detalles que antes se me habían escapado. Debía comer copiosamente, porque su cara había enrojecido. Tenía una manera muy vulgar de colocar las manos sobre los muslos. En su cuello había un rollo muy desagradable. Ciertamente, no seguía el tratamiento obligatorio de sanidad física.

Por otra parte fui el único en verlo, ya que, desde la llegada de Greta había colocado los demás receptores en posición de «espera».

—Kurt —dijo finalmente—, hay un enorme malentendido entre nosotros. Yo soy el responsable y lo más posible es que todos los alumnos de la clase se sientan incómodos cuando comento los pocos documentos que escaparon a la Catástrofe de 1993. En nuestra nueva era, tenemos la costumbre de designar a nuestros robots sexuales con los términos de «mi mujer» o «mi hombre». El malentendido viene de ahí.

Yo jadeaba, estupefacto.

—Señor, quiere decir que... que las mujeres...

—Pero claro, Kurt. En el siglo xx eran totalmente *incapaces* de fabricar robots con apariencia humana. Los hombres y las mujeres que vivían en común en el siglo xx no eran robots. Eran de carne y hueso, como tú y yo. Además, pienso aclararlo durante el resto de las clases, para evitar malas interpretaciones.

Sentí que me deslizaba a un abismo. ¿Cómo? ¿Semejante bestialidad había sido posible? ¿Hombres y mujeres de *carne y hueso*? Era una locura. Esa gente, ¿no tenía ninguna noción de lo que es la belleza? El más hermoso de los seres humanos conserva siempre, a pesar de nuestros institutos de sanidad física actuales, algunos defectos de conformación. Nuestros robots son *rigurosamente* perfectos.

Pero ¡eso no es nada! Imaginemos que yo me acostara con una mujer auténtica — con Helena, por ejemplo—; mañana podría encontrarla en la avenida aérea o en el laboratorio. ¿Qué cara tendríamos, por los dioses? Yo no osaría mirarla. Tendría presente en todo momento el espectáculo de nuestros amores, y ella... ¡Dios! Ella no lo resistiría y huiría lejos de mí.

Lo imaginable es que los hombres y las mujeres de antaño hayan podido vivir en común durante años. ¡Años! Yo sé que Greta no es más que un robot. Y evidentemente no se siente ningún embarazo ante un mecanismo, sirva para lo que sirva. ¡Pero ellos! ¡Ellos!

¡Pobre gente!

1.º de junio

¡Ya está! ¡Tenía que suceder! Ahuyentaba ese pensamiento de mi espíritu, pero hubiese sido mejor creer las advertencias de mi subconsciente Yo había notado esa mirada... ¡Es espantoso!

El profesor Slater me pidió, paternalmente, que le prestara a Greta. Oh, dijo que no la utilizaría. Me explicó largamente que había llegado el momento de que yo reaccionara. La costumbre terminaría por transformarme en un esclavo de mi mujer... como sucedía a los primitivos. Separarme de ella durante una quincena me curará definitivamente. Slater lo afirma.

Mi desgracia es que sigo viendo constantemente la crisis de hilaridad en la que el profesor me pareció tan vulgar. Pero ¿puedo negarme? Ciertamente no; sería el hazmerreír de todos.

2 de junio

Greta se marchó esta mañana. Cuando le dije, por primera vez en muchos meses, «vístete», creí ver una especie de asombro en su mirada. Por supuesto, es imposible; esos matices no han sido previstos por los fabricantes.

Me obedeció dócilmente. Recordé que la última vez que le había dado esa orden había sido cinco meses antes, para una función de gala de la SGB. Había querido llevarla a esa función. Por supuesto, se había comportado como todos los robots, de forma impecable. Yo, en cambio, me había emborrachado, y cuando volvimos, tuvo que desvestirme y acostarme.

¿Por qué? Estoy seguro de que no le di la orden de hacerlo. Estaba incapacitado para decirle «acuéstame». Completamente inconsciente. Alguien debió sugerírselo. Lo extraño es que, como Greta está sintonizada en mi frecuencia, no tendría que obedecer a nadie más que a mí... Sí, ahora que lo pienso, fue extraño. Tendré que aclarar ese punto.

Por lo tanto, dije a Greta: «vístete». Me obedeció en seguida. Se puso su corta camisa color paja y su falda naranja. Los robots se conforman con ese «dos piezas», que no sería suficiente para ninguna mujer de carne y hueso.

Dios sabe que nunca la he castigado; sería una estupidez por mi parte. No soy como esos pilotos que cogen un martillo y golpean las turbinas cuando el motor no funciona bien. Sin embargo, mientras se vestía, Greta me miraba con una sonrisa dolorida. Esa sonrisa fue un bálsamo para mi corazón.

Aunque los especialistas en cibernética son capaces de poner a punto un cerebro *emotivo*, capaz de traducir físicamente los sentimientos humanos, se han guardado muy bien de meter un cerebro así dentro de nuestros robots sexuales. ¿Qué sucedería

si Greta y los demás reaccionaran ante nuestras órdenes enfurruñándose, diciendo palabras amargas, discutiendo?

Sin embargo, los «sexuales perfeccionados» —quiero decir los modelos más nuevos, como Greta— tienen un sistema de reacciones atenuadas, cuyo funcionamiento no comprendo muy bien, pero que puedo explicar así: cuando un hombre se enfada, un robot pone mala cara.

En suma, para adivinar hasta qué punto Greta se siente afectada por este cambio de propietario, debo multiplicar por diez su testimonio físico. ¡Y sonrío tristemente! Si tuviera corazón, diría que su corazón ha sido destrozado.

Se estaba poniendo su camisa cuando le pregunté:

—¿Estás descontenta?

—Oh, sí —respondió simplemente.

—No nos separaremos por más de una quincena. Y tampoco es para lo que tú crees: el profesor Slater no te tocará.

No respondió. Por otra parte no tenía por qué responder; yo había hecho una afirmación. Como un tonto, añadí:

—¿Te resultaría desagradable vivir con Slater?

—No —contestó ella.

Su mirada había vuelto a ser mecánica; es la que conserva mientras no le hablo. Pero yo acababa de hablarle. Entonces, había algo que falseaba el funcionamiento de ese maravilloso mecanismo. Y ese «algo» no podía ser más que el sistema de reacciones atenuadas. Greta se sentía descontenta y, sin embargo, aceptaba, sin que le resultara desagradable, el hecho de vivir con Slater, a quien no conocía más que por haberle visto unos minutos en la pantalla. No pude sacar más que una conclusión: el sistema de reacciones atenuadas se había aficionado a mí, tal como yo me había aficionado a Greta. Sufría porque me dejaba, no porque iba a vivir con Slater.

Me sentí profundamente feliz. La tomé en mis brazos, olvidando el rechazador automático. Los robots, cuando están vestidos, se liberan automáticamente de un abrazo, a fin de proteger sus ropas. Me rechazó un poco rudamente y su gesto me lanzó contra la pared, sorprendido, primero; comprensivo, después.

—Querida Greta —dije—. Tengo una idea excelente. Estos quince días pasarán muy rápido, ya lo verás. Pero para estar seguro de que el profesor no se distraerá, voy a...

Callé; era tonto explicarle mis intenciones. No las comprendería.

—Espérame ahí —dije.

Ella se inmovilizó. Pasé por el tabique y llamé a Thomas, por el audiovisual. Es uno de mis mejores amigos, un joven ingeniero de talento, siempre listo para ayudar a los amigos. Su cara y su boca enorme me sonrieron desde la pantalla.

—¿Cómo estás, mi querido Kurt?

—Thomas, viejo amigo, necesito que me hagas un favor.

—Te escucho, hermano. ¿De qué se trata?

A disgusto, le narré mi historia. No había dudas de que estaba enamorado de mi robot, Greta, y de que ésta se había enamorado de mí. Científicamente, ¿era posible?

Él no se sorprendió, como yo esperaba.

—¿Y por qué no? —preguntó tranquilamente—. A priori, no veo ninguna razón para que un cerebro electrónico no adopte «hábitos de pensamiento», buenos o malos. Sobre todo porque, con estos endiablados sistemas de reacción atenuados, el funcionamiento de un robot se parece curiosamente al comportamiento humano.

—Bueno. Pero ¿por qué Greta y yo, y no otras personas?

Thomas rió a carcajadas.

—Vas demasiado lejos, hermano. ¿Acaso crees que eres el primero que ha descubierto eso? Yo mismo, mi querido Kurt, me sentiría muy descontento si me privaran de los servicios de mi Carol. Pienso que los humanos del año 2312 estamos todos en las mismas. Más o menos, claro. ¿Y qué tiene de malo, mientras conservemos una autoridad soberana sobre nuestros robots?

Hubo un silencio. La afirmación de Thomas me tranquilizó un poco, aunque su «más o menos» me hizo suponer que yo estaba en el límite extremo de la categoría «más».

—¿Y qué tengo que ver yo con todo eso? —me preguntó luego.

No tenía más remedio que decirle la verdad, y lo hice. Silbó suavemente.

—Slater... el profesor Slater, ¿eh? —dijo a media voz.

—Oh —dije yo, esforzándome por mantener la calma—, es un hombre digno de confianza. Si dice que...

—Entonces, ¿he comprendido mal lo que querías pedirme?

Una gota de sudor brilló sobre mi frente y se estrelló contra el suelo de vidrio. Me sentía atrozmente avergonzado.

—¿Qué creías... haber adivinado? —dije, en voz baja.

—Espera un momento —gruñó él.

Desapareció. Vi pasar sobre la pantalla unas rayas blancas horizontales y luego reapareció. Acababa de asegurarse de que nadie escuchaba nuestra conversación.

—Discúlpame, amigo. Sabes que me estoy jugando mi empleo. Y me pareciste tan raro... Hablemos claro: ¿quieres un cinturón?

¿Cómo lo había adivinado? Ante mi estupor, frunció el ceño y golpeó el suelo con el pie.

—No seas tonto, Kurt. De un momento a otro, alguien puede conectarse con nuestra conversación. Sí o no, ¿quieres un cinturón para Greta?

—Sí —contesté yo—. Claro que sí. Pero... ¿cómo...?

Su respuesta desdeñosa me abrumó.

—¿Acaso crees que eres el único celoso del planeta? Esta semana hice tres cinturones. A los otros, les cobré cincuenta *barans*. Para ti, serán diez; el precio de coste. Pero necesito a tu robot frente a la pantalla, para tomar algunas medidas.

—En seguida —balbuceé.

Estaba tan aturdido que me golpeé contra el tabique, que había olvidado ablandar. Después de rectificarlo, lo atravesé, frotándome la frente. Thomas había dicho: «Hice tres esta semana.» ¡De modo que había más hombres celosos de sus robots! Otras personas habían tomado esta precaución, que yo consideraba de otros tiempos...

Greta estaba allí, inmóvil.

—Ven —le dije.

Me siguió hasta la pantalla y se quitó la ropa cuando se lo indiqué. Thomas ni siquiera la miró; había traído un aparato con largos brazos, provisto de múltiples objetivos, que dominaba una masa informe de material plástico.

—Dile que no se mueva —ordenó.

Repetí la orden. Greta quedó inmóvil. En la pantalla los largos brazos se agitaron y los objetivos giraron. Unos segundos después el material plástico tomó una forma que yo conocía bien: las caderas y los muslos de Greta.

—Ya está —dijo Thomas.

Rápidamente, añadió:

—Es un repetidor ultramoderno, que ha sido inventado para otras cosas. Por eso, prefiero que no se enteren; no tengo derecho a utilizarlo. Esta noche tendrás el cinturón. ¿Sabes cómo funcionan esos chismes?

Yo no tenía la menor idea. Traté, rápidamente, de imaginar el aparato.

—Supongo —dije, agitando las manos como para asir una forma delicada— que el sistema de apertura estará sintonizado con mi longitud de onda personal y que...

—Ni lo pienses —gruñó Thomas—. No tengo el equipo necesario para hacer cosas tan complicadas, Kurt. Lo único que puedo garantizar es que el cinturón, de material plástico flexible, es totalmente inviolable. ¡Ja, ja, ja!

Reía como un imbécil, con la cabeza echada hacia atrás.

—Sí, sí —dije—. Pero ¿cómo se abre?

—Con una llave. Como en los tiempos antiguos. Una cerradura minúscula en la espalda y una llave plana de combinaciones múltiples. ¿De acuerdo? Por otra parte, si eso no te sirve, lo siento. No puedo hacer otra cosa.

Sonreí como un idiota. La visión de esa «llave» de otras épocas que se adaptaba a una «cerradura», como las que utilizaban nuestros antepasados anteriores al año 2000, era ridícula. Pero, como decía Thomas, no se podía hacer otra cosa. Fueran las que fuesen las intenciones del profesor Slater, el cinturón protegería a Greta. Era lo

único que me interesaba. No sé cómo reaccionaban los primitivos del siglo xx, pero, por mi parte, podía permitirle todo a Slater... todo, menos lo esencial.

—Es perfecto —dije a Thomas—. Pero... una sola llave, ¿eh?

Se encogió de hombros y se volvió de espaldas.

—Si crees que tu robot me interesa... —gruñó, despreciativo antes de cortar el contacto.

5 de junio

Cuando estuve ante el profesor Slater me sentí incómodo. No sabía cómo presentarle el asunto. Acababa de entrar en su despacho hexagonal, en compañía de Greta, vestida con su dos piezas. Slater se levantó sonriente y vino hacia nosotros.

—Hola Kurt, veo que te has decidido. Créeme; es la mejor solución. Una costumbre no es nefasta en sí misma si uno tiene la certeza de poder dominarla. Debes considerarlo desde ese punto de vista. Si después de estos quince días has reemplazado a Greta, no habrá inconvenientes para que vuelvas a llevártela. En cambio, si... ¿Qué diablos es esto?

Maquinalmente, palpaba las formas de Greta. Y yo no podía decir nada; es la costumbre. En el siglo xxi y entre los primitivos, era de buen tono acariciar a los animales domésticos, perros y gatos, de los que subsisten aún unos pocos ejemplares. Y ¿qué es un robot personal, más que una especie de animal doméstico?

Slater acariciaba a Greta, y aunque sentía un violento deseo de golpear su cara enrojecida, no podía hacer nada.

La desgracia era que, al palpar a Greta, acababa de sentir bajo sus dedos el ligero espesor del cinturón. Tuvo el reflejo que cualquiera hubiese tenido con un robot: le levantó la falda.

Cuando vio el corsé defensivo que moldeaba la parte inferior de su espléndido cuerpo emitió un «oh» de estupor, seguido por un largo silbido.

—Pero... —dijo.

Nuevamente me zambullí, desesperado.

—Señor —dije rápidamente—. No crea que una tonta desconfianza me lleva a... Pero lo que pasa es que... Greta está habituada a... y yo creo...

Yo tartamudeaba. Él me miraba, inquieto.

—¿No querrás decir que un robot puede preocuparse por su virtud, Kurt? —preguntó, estupefacto.

Tragué saliva.

—Creo que sí, señor. Todavía no nos hemos habituado al sistema de reacciones atenuadas que se ha puesto a punto últimamente, pero he podido comprobar con frecuencia que Greta, mi robot, puede sentir vergüenza. Por eso hice fabricar este

cinturón.

Dudé. Estaba llegando a la parte delicada. Gracias a mi idea maquiavélica, iba a salvar, al mismo tiempo, a Greta y mi tranquilidad durante quince días.

—Señor —continué, extendiéndole una llavecita plana— quiero decirle que esa precaución no fue tomada pensando en usted; la prueba es que le confío de buen grado la única llave de la cerradura.

Le tenía cogido. Si aceptaba la llave, reconocía que deseaba a Greta. Meneó la cabeza varias veces, dejando errar su mirada de mi cara a la llave. Luego empujó mi mano y dijo con calma:

—¿Qué diablos quieres que haga con eso, Kurt? Guárdala.

No parecía estar enfadado. No dejaba de mirarme, exactamente como si yo tuviera un ojo en medio de la frente, como los venusinos.

Finalmente, me señaló un diván.

—Siéntate, hijo.

Había un tono tan paternal en sus palabras, que obedecí. Seguía mirándome y meneando la cabeza. Se rascaba la barbilla, según su tic habitual.

—Entonces, ¿es cierto, Kurt? —preguntó en voz baja—. ¿Verdaderamente estás enamorado de tu robot?

—¡Ja! —dije sonriendo—. ¿Creía que era una broma?

—No; es evidente que eres sincero. Pero debo confesarte que, hasta ahora, creía que te iba a hacer un favor diferente. Pensaba que querías... desembarazarte de tu robot... o sea...

Yo no comprendía y a él le repugnaba explicarse con más claridad.

—Pero ¿por qué, grandes dioses? —pregunté.

Se había sentado cerca de mí y me daba palmaditas cariñosas.

—Eres un niño, Kurt, un verdadero niño. Creí que eras más evolucionado. Quería quitarte tu robot de delante porque suponía que ibas a recibir en tu casa... este... a alguien que... hubiese podido sentir celos.

Todo era cada vez más confuso. No paraba de frotarse la barbilla. Súbitamente se decidió y se inclinó hacia mí.

—Kurt, amigo mío, eres un tipo notable. Sería una pena que un muchacho con tus cualidades se limitara a enamorarse de un robot. Escúchame y sobre todo, créeme... Kurt, el pueblo necesita una religión...

5 de junio. De noche

Entonces, ¡era eso! ¿Estaré bien despierto? El profesor Slater afirma esa cosa insensata, increíble, ilógica: ¡los robots no son más que un *sucedáneo*!

Poco antes del año 1993, los teóricos habían estudiado la organización del mundo

y habían llegado a la conclusión de que la arcaica «vida familiar» era responsable, en parte, del egoísmo humano, de las disputas y de la imposibilidad de elevar el nivel intelectual de las masas.

La Catástrofe de 1993, trastornando la antigua sociedad, permitió reformar radicalmente sus bases. La nefasta «célula familiar» fue suprimida. Oh, muy fácilmente. Se proporcionó un robot hembra a cada hombre y un robot macho a cada mujer. Por supuesto los niños eran y son fabricados por encargo en el Instituto especializado.

Las protestas no duraron más que una veintena de años. Sólo gruñían algunos sobrevivientes del antiguo mundo. Cien años después, nadie recordaba la antigua organización más que con desprecio.

Pero ¿qué me ha dicho el profesor Slater? Que era necesaria una «religión para el pueblo». Que las masas necesitaban robots, pero que la Elite podía prescindir de ellos y que, por razones que me explicó largamente, *debía* prescindir de ellos. Las palabras que usó han desaparecido de mi memoria, pero recuerdo su sentido con mucha exactitud. ¡A Slater no le interesan los robots! ¡Slater cambiaría todos los robots del mundo por una mujer *de carne y hueso*!

Y sé que no me mintió. Tengo pruebas. Y también sé que Slater tiene uno de los mejores cerebros del planeta. Y sin embargo, sin embargo... Suponiendo que una mujer verdadera *consintiera*... ¡Es una locura! Ninguna mujer consentiría. ¡No me atrevería a pedírselo!

8 de junio

¿Qué diablos habré hecho con la llave de Greta? He rebuscado por todas partes, pero no la encuentro. Ayer fui a casa de Slater para seguir discutiendo sobre estos problemas, que comienzan a apasionarme.

Unos días antes, hubiese supuesto que Slater me había birlado la llave para utilizar a Greta. Pero ahora ya no puedo sospecharlo. Slater es verdaderamente *anormal*. Es la palabra exacta: no se comporta según las normas. Se burla de los robots. Le vi dar vueltas alrededor de una joven doctora, en el laboratorio, comenzando un asedio en toda regla.

Además, cuando volví a casa, tenía la llave en el bolsillo; jugaba con ella. ¿Dónde diablos la habré metido?

Soy un idiota. Quizá la dejé en la cerradura cuando volví a llevar a Greta a casa de Slater. Porque Greta me acompañó a casa, ayer por la noche, con la paternal autorización del profesor.

8 de junio. De noche

Greta no tiene la llave. Slater la llevó ante la audiovisión y se lo pregunté. Sólo una cosa puede haber sucedido: la llave quedó en la cerradura y se cayó cuando llevaba a Greta de vuelta a casa de Slater. Y, bueno, tanto mejor. Greta está fuera del alcance de todo y de todos. Estoy completamente tranquilo. Cuando la necesite, pediré a Thomas que rompa el cinturón; en la fábrica debe tener las herramientas necesarias. ¡Lo de Greta ya está claro! no hablemos más de eso.

12 de junio

A veces me pregunto si hasta ahora no había tenido una venda en los ojos, o una enfermedad del espíritu. A la luz de lo que me confió el profesor, veo a la gente con nueva perspectiva. Oh, no a todos, por supuesto... Por ejemplo, Svan, mi vecino, que me interrogó cuatro o cinco veces, para obtener noticias de Greta. ¿Cómo sabe que mi robot no está en casa? Eso parece interesarle prodigiosamente, pero como no me gusta, a causa de su hombro torcido, he respondido simplemente que Greta estaba de revisión. Pareció apenado. ¡Qué tipo raro!

En cambio, ¡qué revelación en el laboratorio! He sorprendido apartes, sonrisas, guiños... Oh, poca cosa; Slater lo dijo: el pueblo necesita una religión. El pueblo, para nosotros, son los ayudantes de laboratorio. Son plenamente felices con sus robots.

Gina, la preparadora de los exámenes de biología, besó a Gilbert, mi jefe de sección, detrás de los bocales donde se conservan los restos de las víctimas de la última explosión. Lo vi. Un bocal reflejaba su imagen. Fue una extraña visión la de ese beso en sobreimpresión sobre un pie humano sumergido en formol.

Entonces, es cierto. Slater no mintió. Y tengo veintidós años y yo mismo me asimilaba al «pueblo». Me sonrojo. Yo, Kurt, ¡he podido amar a un robot!

Hasta el punto de colocarle un cinturón. Y, por cierto, ¿dónde puede estar esa llave? Esa desaparición me fastidia, un poco por mí y mucho por Greta. Es simpática, Greta, y no me gustaría privarla de... ¡Qué locura! ¿Acaso un robot puede sufrir por guardar continencia? ¡Ja, ja! Aunque con los nuevos sistemas de reacciones atenuadas, ¿quién sabe? Quizá Greta me extraña... Tendré que preguntárselo a Slater... ¡si es que con lo de la doctora tiene tiempo de ocuparse de un robot!

16 de junio

Tuve la oportunidad de hablar con mi colega, Helena. Obnubilado como estaba

hasta ahora por el hechizo de que era objeto (el hechizo de mi robot Greta), no había dado mucha importancia a esta joven tímida y alegre a la vez. Nuestras relaciones se limitaban a un «hola, adiós», correcto, pero frío.

Esta mañana la vi distraída y muy preocupada. Trabajamos uno frente al otro, a los dos lados de la mesa blanca y lisa que es común a todos los laboratorios del mundo. Un metro, apenas, nos separa. Hasta ahora, ese metro me parecía infranqueable. Digámoslo mejor: no tenía la idea ni el deseo de franquearlo.

Pero, desde hace unos días, observo a Helena; exactamente, desde hace once días. Esta mañana su turbación me inquietó, y, sin pensar que mi actitud podía resultar insólita, apoyé las manos en la mesa y me incliné hacia adelante.

—¿Qué pasa, Helena?

Ella no pareció sorprendida. Me sonrió... una triste sonrisa angustiada.

—Estoy muy preocupada, Kurt. Desde hace un tiempo, Nel, mi robot, no funciona bien y no sé qué hacer.

—Envíalo a la fábrica, para que lo revisen.

Eso no le gustó. Levantó la nariz.

—Sí —dijo finalmente—. Tendré que hacerlo. Pero no me gusta.

¡Querida Helena! ¡Sentía por su robot un afecto comparable al que yo había sentido por Greta! Una corriente de simpatía se estableció entre nosotros. Nos pusimos a discutir. Cinco minutos después, reíamos a carcajadas, sentados sobre la mesa de preparación, cuando entró Godeau.

Godeau es un viejo químico de la sección. Tiene sesenta y seis años y usa unas enormes lentillas de contacto. Su carácter es más bien agrio.

Avergonzada, Helena bajó de la mesa y, sonrojándose, volvió a su trabajo. Yo no me moví y sonreí apenas, mirando a Godeau. Había llegado el momento de comprobar si el profesor Slater se había burlado de mí. «El pueblo necesita una religión.» Y Godeau, un químico genial, no era un «cualquiera».

Se me acercó, fingiendo no ver a Helena. Mi preparación estalla delante de mí. Se inclinó a mirarla y me dijo, con un matiz de afecto burlón:

—Enhorabuena, Kurt; ¡enhorabuena!

19 de junio

Helena es realmente arrebatadora. La pobrecita se siente desamparada. Nel, su hombre, está en la fábrica para una verificación rápida, y ella rehusó un robot de reemplazo. La comprendo; yo mismo preferí no reemplazar a Greta. Dejé caer una alusión a la «religión del pueblo» y no pareció asombrarse. Sospecho que Slater puede haber tratado de adoctrinarla... sin éxito, por supuesto. El robot Nel es la prueba.

¿Podríamos, quizá, unir nuestras dos soledades? El inconveniente, para mí, es que no sé si ella aceptaría... y Greta volverá pronto. Ya han pasado los quince días. A menos que pida a Slater que la retenga unos días más. Pero no me atrevo. Además, Greta sólo es un robot y no sufriría a causa de la presencia de Helena. Y, en cuanto a Helena, el cinturón cuya llave perdí le demostrará que Greta ya no significa nada para mí.

Por cierto: ¿no tendría que preocuparme por la pérdida de esa llave?

20 de junio. De noche

Svan, mi vecino, pasó la cabeza por el tabique medianero. Es asombroso, ya que, legalmente, es necesario que las frecuencias de los dos ocupantes estén ajustadas. Mostraba una sonrisa tímida y me pareció mejor no protestar.

Me limité a saludarlo, disimulando mi asombro. Eso lo tranquilizó. Se disculpó brevemente y volvió a preguntarme por Greta.

—Sigue de revisión —le dije.

Por cortesía, pregunté por su robot personal. ¡Otra sorpresa! Svan se había deshecho de ella hacía tiempo. Hacía varios meses que se la había vendido a un jovencito. Un hombre normal que vive sin robot es algo poco frecuente, y estudié largamente su rostro mientras él intentaba explicarme que Rosy, su mujer, había sido un fallo del servicio especializado. Prefirió deshacerse de ella, cediéndosela a un debutante.

Yo lo escuchaba en silencio, vigilando su cara sonriente. Quizá suponía que lo invitaría a entrar en su totalidad, pero no lo hice. Creía comprender y sentía vergüenza. Yo, Kurt, era un retardado de la civilización. Sentía cariño por mi robot, ¡mientras que Svan, un empleadillo de sexta categoría, me estaba dando una lección! Como Slater, prefería las mujeres de carne y hueso. ¡Qué ridículo debía parecerle mi amor por Greta!

Le respondí con frialdad y terminó por marcharse del tabique.

Después de eso, quedé pensativo. El rasgo dominante de mi carácter (lo afirman los tests) es el amor propio. Si era así, no había duda de que el Kurt que yo había sido (el Kurt que amaba a un robot) se había cubierto de bochorno ante sus iguales. Ahora me explicaba las bromas de Thomas y algunas miradas de mis colegas en el laboratorio. ¡Yo, Kurt, creyendo actuar bien, había vivido al margen de las élites! ¡Qué vergüenza!

Pero nunca es tarde para reaccionar. Llamé a Helena por el audiovisor.

Cuando su rostro encantador apareció en la pantalla, pareció sorprenderse.

—¿Qué pasa, Kurt? ¿Olvidé guardar mi preparación en el laboratorio?

Mi sonrisa la tranquilizó y, ciertamente, adivinó lo que iba a pedirle, porque se sonrojó.

—Helena...

Tuve que hacer un esfuerzo para hablar. Tenía la atroz sensación de estar en un mundo que no era el mío. Era la primera vez que hablaba con una mujer por razones que no fueran de trabajo.

—Me siento muy solo —continué finalmente, con una ternura que no podía refrenar—. Sabes que mi robot está fuera... No te propongo ir a hacerte compañía porque Nel ya ha vuelto de la fábrica, pero...

—¡Oh, Kurt! —protestó ella.

Su cara estaba roja. Dudó y después dijo, apresuradamente:

—Sería muy chocante, Kurt. No; lo siento.

Y cortó la comunicación.

Yo estaba furioso. La soledad de los últimos quince días me parecía cada vez más insoportable. Para cambiar el curso de mis pensamientos, traté de interesarme en el asunto del tabique medianero.

El plástico maleable está creado para ajustarse automáticamente, mediante un simple esfuerzo mental, a la frecuencia de quien lo utiliza. Pero en las separaciones de los apartamentos, se utiliza un plástico especial para el que son necesarias dos frecuencias simultáneas.

Sin embargo, yo no había autorizado a Svan, mi vecino, a atravesarlo con la cabeza. Era rarísimo.

Fui hasta el tabique medianero, hice el ligero esfuerzo de voluntad habitual y me apoyé.

Lo atravesé sin mucha dificultad, aunque sentí una desagradable sensación de «encolado». Aparecí en el dormitorio de Svan, que estaba perdido en sus ensueños, junto a la ventana. Llevaba un pijama corto y zapatillas de fieltro.

Se volvió hacia mí, sin sorprenderse, y esbozó una sonrisa.

—Ah —dijo simplemente—. ¿Lo ha comprendido?

—No; actué sin comprender. ¿Qué significa esto? ¿Ha hecho modificar el tabique sin pedir mi autorización?

Su sonrisa se borró. Finalmente me veía como era: físicamente mucho más fuerte que él y muy descontento. Pertenece a esa raza de tímidos que se aterrorizan cuando alguien levanta la voz; pero alguna preocupación secreta disipó su miedo, porque terminó por encogerse de hombros.

—No modifiqué nada —afirmó, indiferente—. Sucede que nuestras frecuencias personales están demasiado próximas... un doceavo de decimal... Es una

extraordinaria casualidad. Lo noté hace unos seis meses: un esfuerzo de voluntad y uno duplica su campo. Luego se sincronizan las dos frecuencias y se abre el tabique.

—¡Y se entra! —añadí, en tono amenazador.

Nuevamente se encogió de hombros.

—Sí; se entra.

Si se hubiese puesto de pie, creo que me hubiera lanzado sobre él. Pero mi amor propio me obligó a contenerme.

—¿Ha entrado muchas veces? —le pregunté, en tono de broma.

—Casi todos los días.

Estaba como pegado a su silla, aplastado por algo que no era el miedo. Pese a mi decisión de conservar la sangre fría, me enfadé.

—Pero ¿qué venía a buscar a mi casa? —grité.

Levantó la vista y vi dos grandes ojos tristes, llenos de lágrimas.

—Pero ¿no lo comprende? —murmuró—. Su robot... Greta... Nos amamos.

De acuerdo; en los últimos días, gracias al admirable profesor Slater, yo había evolucionado mucho. Me integraba en las élites.

Pero mi pasión por Greta estaba demasiado cercana aún para que pudiese quedar indiferente.

Dando unos pasos me precipité sobre Svan y, rudamente, lo tomé del mentón, gritando furioso:

—¡Cerdo! ¡Así que era eso! ¡Me ponía cuernos con Greta!

Rectifiqué maquinalmente:

—O, más bien, Greta me ponía cuernos con usted.

En sus ojos húmedos había un abismo de estupor.

—Pero... —balbuceó.

Vaciló y luego dijo, rápidamente:

—Vamos, Kurt, ¡por el amor de Dios! ¡Greta no es más que un robot! ¡Oh, sé muy bien que debí pedir su autorización...! Pero usted no me la hubiera negado, ¿verdad? Y la tentación... El descubrimiento de que podía abrir el tabique...

¡El muy animal se rebelaba! Levantaba su hombro enfermo para llevarlo al nivel del otro y gritaba, casi tan fuerte como yo:

—¿Usted cree que esto es vida? ¡Hace seis meses que vendí mi robot!... Y Greta, por qué tiene que ser sólo suya, ¿eh?

Respondí con un par de bofetadas. Pegué muy fuerte. Su cólera desapareció y se derrumbó en un asiento, cogiéndose la mejilla derecha, mientras yo atravesaba nuevamente el tabique para volver a casa, aliviado por mi estallido.

Al llegar a mi despacho comprendí que había olvidado algo y que mi cólera no terminaría de desaparecer hasta que Svan me lo aclarara. Pasé la mitad de la cabeza

por el tabique, dejando emerger la boca y la nariz.

—Y Greta le obedecía, ¿eh, cerdo? —dije, groseramente—. ¿Porque nuestras frecuencias son muy parecidas?

Asintió con la cabeza, sujetándose todavía la mejilla.

—¿Acaso...? —continué. Era difícil de preguntar—. ¿Acaso se defendía?

Me miró con odio. Y gritó:

—¿Todavía no entiende? Los robots son construidos en serie, en la fábrica. Las frecuencias están más o menos bien estabilizadas. Pero no olvide que nuestras frecuencias están muy próximas. ¡Y sucede que Greta sintoniza mejor *conmigo* que con usted!

Retiré la cabeza y volví a casa, destrozado. Moralmente, Svan me había devuelto las bofetadas.

Svan y Greta viviendo un amor perfecto bajo mis ojos, ¡en mi propia casa! Greta, obedeciendo mejor a Svan que a mí... Greta, a quien había creído amar...

Pero, desde hacía unos días, nada me importaba de Greta, ni de los demás robots. Formaba parte de la Elite y había comprendido, finalmente, que la felicidad se hallaba en las mujeres verdaderas, como Helena. Oh, hubiese dado diez, cien Gretas por Helena, por Helena, que se negaba...

En aquel momento la audiovisión me llamó. Volví la cabeza y vi... ¡a Helena! Helena, que me sonreía y, sonrojándose, decía:

—¿No tienes nada que hacer esta noche, Kurt?

—Helena —exclamé, poniéndome de pie.

Su rostro era una mancha escarlata.

—¿Puedo ir? —preguntó tímidamente.

—¡Qué pregunta! ¡Rápido, Helena! ¡Ya deberías estar en camino!

Sentí escrúpulos.

—¿Y Nel, tu hombre?

Hizo un gesto de indiferencia.

—Creo que voy a venderlo. No me satisface, ¿entiendes, Kurt?

¡Claro que la entendía!

El mismo día, 11 de la noche

Alguien llega... Helena... Ablando el tabique, mi visitante entra.

Es Greta, Greta con su dos piezas y su sonrisa rígida, Greta y su cinturón sin llave, Greta, que me engaña con Svan desde hace seis meses.

—Acércate.

Obedece sin dejar de sonreír. Es insensato; ¡no puedo hacer una escena de celos a un robot! Respiro hondo, para tranquilizarme.

—Greta —digo, sin dureza—, ¿a quién prefieres, a Svan o a mí?

Ella no responde. Y, súbitamente, su silencio me revela la verdad. Me hallo más cerca de ella que Svan y nuestras frecuencias están muy próximas. Greta, un robot, debería sentir sobre todo la influencia de quien está más cerca de ella. Pese a eso, no me responde. Si me amara tanto como a Svan, me hubiera preferido, dada la proximidad. Por lo tanto...

—¡Vete! —digo, furioso.

Sin perder su sonrisa, me pregunta:

—¿Adónde?

En ese momento, alguien se detiene frente a mi apartamento. Esta vez, tiene que ser Helena. Helena, a quien dije que Greta no estaba y que, sin embargo, la encontrará aquí. Helena, que no se entregará a mí en presencia de mi robot habitual..., pudor femenino.

Mi cerebro trabaja a toda velocidad. Greta... Helena... Quitarme a Greta de encima... Svan... Pero de ninguna manera enviaré a Greta a casa de Svan, que me jugó una mala pasada y la ama.

¡Un relámpago! ¡El cinturón! El cinturón cuya llave perdí, el cinturón indestructible, el cinturón inviolable. Oh, qué hermosa venganza: ¡entregar a Svan una Greta provista de su cinturón sin llave!

Dicho y hecho: con una palabra doy a Greta la orden de desnudarse. Mientras me obedece, me concentro en el tabique medianero. Compruebo con una mirada que el cinturón sigue en su sitio.

Cojo a Greta con un brazo.

—No te muevas.

El tabique se abre. Svan sigue allí, derrumbado en su silla.

—Svan, canalla; aquí está la que ama. Se la regalo.

Tiro a Greta en su dormitorio y estallo en carcajadas demoníacas al volver a casa. Después, sin perder un segundo, franqueo la entrada a Helena, que se impacienta.

Diez minutos más tarde

Tengo en mis brazos a Helena, que se me ha entregado. Me parece descubrir otro mundo. Slater tenía razón; no tiene comparación con los robots. Pienso en Svan, que debe de gemir y maldecirme. Siento deseos de ver qué cara pone ante Greta, enfundada en su cinturón.

Retiro de mis hombros el dulce lazo de los brazos de Helena.

—Un momento, querida...

Un pequeño esfuerzo de voluntad y paso la cabeza por el tabique, preparando la carcajada.

Pero no me río. Y he de hacer un esfuerzo para no seguir a mi cabeza y entrar en el cuarto de Svan. El cinturón de Greta yace abandonado en el suelo. Y a su lado hay una llavecita plana.

Pero Svan no tenía la llave; me lo hubiera dicho, para probar que Greta lo amaba. Por tanto... era Greta quien la había confiscado, *¡para usaría ella misma!* Evidentemente su sistema de reacciones atenuadas está mal ajustado.

¿Qué puedo hacer? ¿Enfadarme? Pero acabo de regalársela a Svan. Y la cólera no es digna de la Elite, cuyos hábitos he adoptado definitivamente.

Retiro la cabeza. Helena me mira, sorprendida.

—¿Qué miras, Kurt querido?

—La religión del pueblo, amor mío —respondo, apoyando mis labios sobre los suyos.

CHRYSALIA

André Ruelland

Nacido en 1922, ha publicado una obra muy extensa bajo distintos seudónimos: Kurt Wargard, Kurt Steiner, Kurt Dupont..., numerosas novelas fantásticas, de suspense y de ciencia ficción.

De formación científica, si no hiciera otras cosas que le interesan más, sería médico. Pero siempre he tenido la impresión de que esta profesión no le entusiasma...

A menudo ha estado a punto de recibir premios literarios, y no dudo de que en un próximo congreso de ciencia ficción lo recibirá por el conjunto de su obra, notable tanto en calidad como en cantidad; parte de la misma ha sido reeditada en una colección dedicada a los clásicos del género, lo que constituye una prueba indudable de calidad.

André no es un gran cuentista. Tengo la impresión de que necesita muchas más páginas para poder expansionar su fértil imaginación y darle tiempo de desarrollar todos sus recursos, capaces de captar profundamente al lector.

Desde hace algunos años, André Ruelland se ha convertido en guionista. En colaboración con J. F. Davy, ha adaptado una de sus novelas, Au seuil du vide, y en 1975 ha suministrado a La Pérousas el argumento de U-Man, que ha obtenido un aceptable éxito comercial. Tengo entendido que está trabajando, de nuevo con J. F. Davy, en otra película de ciencia ficción, Le 32 Décembre... Pero no creo que André esté perdido para la literatura...

Chrysalia es uno de esos venenosos relatos típicos de André Ruelland. Sus temas y enfoques tienen siempre algo que inquieta, que desazona y que hace estremecerse, no tanto por lo que dice como por lo que queda a nivel de ensueño, informulado. En este relato, el ensueño penetra en los repliegues de la muerte, cuya idea preside tantas de sus novelas. Se trata de una narración tan bella como triste; pero la ciencia ficción, como la vida, no está hecha de risas y alegrías continuas...

Puede que todo esto no sea sino el resultado de un perfume percibido al azar durante una escala, uno de esos negros perfumes que a menudo impregnan las salas de espera, en los asteroides. Puede ser que no haya aquí más que este corazón de viento, el rastro invisible dejado por una de las mujeres de ojos de plata cuyo viaje eterno se interrumpe a veces entre dos travesías silenciosas. Pero tanto si un sutil veneno ha alterado mi memoria como si un fatal trastorno de mi espíritu ha convertido en falsos recuerdos el eco de los instantes consumados, no intentaré discernir de entre ellos lo que pertenece a las sombras: igual que en un pasillo entre dos habitaciones desconocidas, alguna extraña parte de mí mismo se ha dejado atrapar en ese trozo de pasado, fuera del cual ya no hay a mis ojos más que estéril confusión, y la sola imagen de mi juventud que me resulta querida es el rastro de Chrysalia.

Del universo, yo sólo conocía mi Ciudad, confusa aglomeración edificada sobre terrazas sin número, en los límites de una llanura de escorias eternamente barrida por el viento, un viento denso impregnado de los acres olores que traía de los montes metálicos del horizonte. Este viento aún silba en mis oídos; a menudo oigo su voz como a través de mí mismo, corazón vibrante de las balaustradas de cobre que erizaban mi ciudad, sinfonía de las vertiginosas rampas de bronce, canto de los esmaltes y nácares. Pues en mi ciudad enclavada en los límites de la llanura negra, todo vivía de ese viento inmenso. Todos estábamos sumergidos en su material riqueza, igual que los lustrosos seres que nadan en los océanos de vuestra Tierra. El viento nos aportaba, en la frialdad de nuestro planeta crepuscular, lo que a vosotros os dispensa vuestra intolerable luz ardiente. Crecíamos en sus ráfagas, y el progreso de nuestro espíritu surgía de su remolino...

Pero el viento de las llanuras era impotente para conjugar nuestros impulsos destructores, para arrancar de entre nuestras costumbres aquellas que amenazaban nuestra frágil civilización y ponían en peligro la existencia misma de nuestra especie.

Prematuramente aparecida en un mundo adolescente, nuestra raza llevaba en sí misma los gérmenes de su decadencia, cuya oscura fatalidad velaba la mirada de las mujeres y debilitaba el valor de los hombres. Nuestros trabajos perdían su sentido a medida que los realizábamos, nuestros éxitos tomaban la forma de nuestros fracasos, nuestras alegrías se identificaban con nuestras penas; nos contemplábamos vivir como desde el exterior, ejecutando por inercia la complicada danza de la risa y el llanto, del odio y del amor. La brumosa luz de acero que bañaba nuestro mundo nos arrastraba a una gris laxitud y, aparte de los esfuerzos que dedicábamos a todo lo concerniente al arte, nos inducía a abandonar nuestras empresas en cuanto las iniciábamos. Nunca habríamos abandonado nuestro planeta si no hubierais venido vosotros sobre vuestras poderosas astronaves, si no hubierais contagiado a algunos de

nosotros la desbordante actividad que os ha hecho dueños del universo.

Durante mi infancia, comencé a aborrecer nuestras costumbres, y este rechazo no hizo más que acrecentarse a medida que me iba haciendo mayor. Adquirió para mí todo su sentido en la mañana de un día aciago.

Para los extranjeros era la época inquietante y pintoresca en que las nubes más densas y opacas oscurecen la luz de nuestro lejano sol; una época en la que el mediodía apenas se diferencia de la noche, en que las cúspides de los edificios se rodean de efluvios luminosos. Para los Castos Negros era el momento de las ceremonias.

Acordaos, terrestres, cuánto os sorprendió a vuestra llegada la existencia en nuestra sociedad de esta aristocracia de la muerte, cuán gratuita os pareció y cómo vuestros analistas la asociaron a una neurosis colectiva. Estos juicios testimoniaron una gran ineptitud por vuestra parte para salir de vosotros mismos, una ciega tendencia a revestir con vuestros conceptos personales una situación de hecho correspondiente a una psicología distinta de la vuestra. Existía en todos nosotros una tal tendencia a la autodestrucción, que la necesidad de los Castos Negros era indudable tanto para nuestros gobernantes como para nuestros filósofos.

Por nacimiento, yo pertenecía a los Castos Negros, esos grupos sociales de los que la Ciudad tomaba sus víctimas para garantizar su perennidad. La inmolación, siempre voluntaria, de los individuos consagrados a una muerte precoz, introducía en la gente un sentimiento proyectivo de consumación que limitaba los suicidios. Durante mi infancia, yo había gozado con las atenciones de que se me rodeaba, de la deferencia que se tenía conmigo. Pero mis educadores mostraban hacia mis tendencias un asombro inquieto y reprobatorio; una actitud singular tomaba forma en mí: yo no aspiraba en absoluto a la aniquilación.

Aterrorizado, yo arrastraba mi juventud entre aquellos que cada día me pintaban la tumba con engañosos colores. Empecé a odiar a esa raza de sacrificadores a la que me había ligado el destino, y la primera ceremonia a la que asistí me puso definitivamente en su contra.

Todavía demasiado intensa para los ojos de aquellos necrófilos, la luz grisácea era combatida con grandes proyectores de sombras, cuyos rayos negros convergían hacia la Plaza de la Renunciación. La multitud apiñada alrededor permanecía inmóvil y silenciosa ante aquella muralla impalpable surgida de los generadores de noche. Durante horas, yo había rehusado acudir al lugar del sacrificio, pero la presión de los que me rodeaban acabó por vencer mi resistencia, y me encontré en las primeras filas en el instante mismo en que un adolescente apenas mayor que yo se aventuraba audazmente en la zona de las tinieblas. Sin duda aspiraba desde hacía tiempo a aquel fúnebre papel, y franqueó con entusiasmo aquella frontera que a mí me horrorizaba.

¿Avanzaba tal vez bajo el empuje de todas aquellas voluntades que deseaban su perdición? No vaciló ni un instante.

Pronto se elevó el cántico mortal. De las sombras surgían sus invocaciones y sus versículos, los jirones de su música sin esperanza. Y sabíamos que de todas partes volaban hacia la víctima los invisibles granos vivientes que atraía la melopea, el polen de la flor Altage. Aguardábamos el inminente desvanecimiento de la lenta voz que trepaba hasta la asamblea, y tan profunda era la hipnosis nacida de esta atención concentrada que ninguno de nosotros pudo decir en qué instante el silencio se había juntado a la noche.

Enderezándome con un escalofrío de terror, sentí sobre mi brazo el contacto de una fina mano que temblaba. La joven que estaba a mi lado llevaba también las vestiduras de los Castos Negros. La sostuve mientras la multitud se retiraba, y la acompañé por el dédalo de calles empinadas donde brillaba el reflejo de las luces violáceas que coronaban las murallas y los techos. Supe que se llamaba Chrysalia y que estaba destinada a la ceremonia siguiente.

Como si hubiera existido una secreta relación entre el sacrificio y la serenidad de la atmósfera, el viento llegó súbitamente desde las llanuras, silbando rabiosamente entre las columnatas. Una fina lluvia con aroma a cobre nos envolvió en sus ráfagas y fuimos a refugiarnos bajo un porche monumental. Ante nosotros, los ruidos minúsculos de la noche se fundían en una voz universal. Los aromas metálicos nos envolvieron con una violencia que puso lágrimas en los ojos de Chrysalia.

Lentamente, la gente se desparramaba por las mojadas avenidas, cuyo suelo reflejaba, deformándolas, las fachadas de las viviendas. Cada edificio aportaba sus destellos multicolores, procedentes de las auras eléctricas, a través de la gris luminosidad; estos destellos, también duplicados por la reflexión del suelo mojado, parecían suspender entre dos mundos invertidos una multitud marchando entre las estrellas. Rodeé con mi brazo los hombros de Chrysalia, arrastrándola suavemente hacia los barrios inferiores: era mejor para ella afrontar la lluvia que quedarse cerca de la Plaza de la Renunciación.

Ésta flotaba de una manera casi palpable: todas aquellas tendencias subterráneas, desesperadamente rechazadas tras la precedente ceremonia, se traducían ahora, con una simetría perfecta, en un ambiente de alivio y sosiego al que yo no escapaba por completo.

Desde hacía tiempo yo sabía que mi condicionamiento de víctima propiciatoria había terminado por luchar contra su objetivo: mi pertenencia a los Castos Negros alimentaba mi rebelión tanto contra esa vocación de muerte que residía aún en mí como contra la pretensión de los demás de doblegarse a ella. Esta rebelión estaba en vías de llevarse a cabo, gracias a mi decisión de elegir mi propio destino. Pero me encontraba solo ante los mortales instintos inherentes a mi raza. De poder sustraerme

a ellos, sería más por un rechazo de los otros que por una lucha contra mí mismo.

Por lo que respecta a Chrysalia, era probable que viera la cuestión con menos claridad aún, tal vez porque su rebelión era menos violenta que la mía. A partir de las pocas palabras que ella había dicho, pude adivinar que temía a los sacrificadores tanto como a sí misma, que la pendiente que conducía a las tinieblas la llenaba de un vértigo al que sin duda sucumbiría, pero que todo su joven cuerpo la retenía atrás a pesar (o a causa) del aprendizaje de la aniquilación que le había sido impuesto. Me prometí ayudarla a mantenerse agarrada a la vida, proyecto no exento de egoísmo: una tal tarea me suministraría armas suplementarias en mi lucha personal. Hacer vivir a otro es una razón para vivir más de lo que la esperanza de un gran número de individuos que te toman como medio para posponer su fin es una razón para morir. Esto empezaba a resultarme claro, pese al matiz herético de una tal constatación frente a las actitudes que se me había impuesto.

Había que actuar con rapidez: decidí pedir asilo para Chrysalia y para mí en la colonia de explotación que habíais fundado en las montañas de metal. El personal de vuestra base mantenía con nuestro pueblo contactos poco frecuentes pero cordiales; por tanto, yo no dudaba de encontrar allí un refugio agradable y seguro. Hice partícipe a Chrysalia de mis proyectos, lo que la sumió en una inquietud superior que si la ceremonia siguiente hubiera sido adelantada. El salto en lo desconocido parecía afectarla por lo menos tanto como un sacrificio aceptado desde hacía largo tiempo. Renuncié, pues, a su colaboración activa, y sustituí su voluntad por la mía.

Era de noche. Chrysalia y yo íbamos cogidos de la mano cuando cruzamos la puerta de berilio, una de las pocas salidas que no estaba custodiada. Gracias a nuestros ojos sin córnea cuya extremada sensibilidad a las ondas largas ya conocéis, encontramos fácilmente el itinerario menos caótico entre las negras excrescencias del terreno. Chrysalia temblaba de inquietud ante la idea de que pudieran descubrirnos; me lo dijo con una voz tan débil que el viento eterno arrastró sus jirones. Apreté su mano en la mía asegurándole que había tomado las máximas precauciones para que no se dieran cuenta de nuestra ausencia antes del día siguiente. Pero disimulé cuidadosamente mi propia angustia y mi terrible sentimiento de estar cometiendo un sacrilegio: me parecía como si nuestra partida significara la muerte para muchos de mis antiguos compañeros. Teníamos que luchar contra el viento, pero su empuje obstaculizaba menos nuestro avance que el peso de las costumbres y la silenciosa reprobación de toda la Ciudad.

Puesto que vivíamos de nuestros cultivos subterráneos y nuestros criaderos de insectos comestibles, no teníamos costumbre de errar por aquella planicie desolada. Reinaba en ella un clima de inquietud que se notaba nada más salir de las murallas. Pero aquello se parecía tanto a la idea de helada desolación que yo me hacía de la

muerte, concretaba tan bien el destino para el cual se me había hecho vivir, que creí reconocer en aquel tránsito un signo que me libraba de mi deber.

Chrysalia parecía abrumada por la misma carga. Yo la animaba a seguir describiéndole vuestra base en términos tan entusiastas como discutibles, puesto que yo nunca había estado en ella.

Un alba gris se abría paso en el horizonte cuando llegamos a la vista de vuestras construcciones. Poco acostumbrados a las largas marchas, estábamos los dos exhaustos; Chrysalia, sobre todo, avanzaba apoyándose en mí, y tropezaba a menudo con los obstáculos del irregular terreno. Pero la proximidad de la base nos infundió nuevos ánimos.

Antes de que tuviéramos tiempo de consignar nuestra presencia, un haz de luz deslumbrante nos envolvió, mientras una voz enorme vibraba en la llanura.

—Atención —dijo—, quedaos donde estáis. Los guardias van a vuestro encuentro. Atención, no sigáis, esperad a los guardias.

Pese a vuestro acento, las palabras eran perfectamente comprensibles. No hice caso de su tono seco, comprendiendo que una base extranjera debe velar por su seguridad: ciertos individuos habrían podido violar las relaciones cordiales e intentar introducirse en los edificios. Me detuve, sujetando a Chrysalia por la cintura, pero me sorprendió oír los pasos de vuestros soldados detrás de nosotros y no delante: acababan de salir de casamatas invisibles y nos cortaban la retirada. Rápidamente rodeados, esperamos a que su oficial nos dirigiera la palabra. Ninguno de ellos nos apuntaba con sus armas, pero se percibía tras la expresión fría e impersonal de los rostros una tensión latente y una determinación que nos desazonó un poco.

—¿Qué deseáis?

El oficial había saludado y planteado su pregunta con mucha cortesía, aunque hubiera en su voz un matiz de amenaza, más bien de advertencia. Le narré brevemente nuestra huida y expliqué las razones de la misma. El hombre me escuchó con atención, pero hizo una mueca poco alentadora cuando expuse mi demanda de asilo.

—Voy a informar al comandante de la base —dijo—, pero ya puedo daros la respuesta: hemos establecido acuerdos que nos prohíben inmiscuirnos en vuestros asuntos internos. Vuestra decisión es socialmente tan grave que, por desgracia, no podemos prestaros ninguna ayuda sin que ello provoque graves conflictos diplomáticos.

Se comunicó durante unos instantes con su superior por medio de las ondas, y pronto se volvió hacia nosotros moviendo la cabeza:

—Lamento confirmaros lo que acabo de deciros: el comandante no puede permitirnos permanecer en la base. Nos duele tener que echaros de esta forma, pero las consecuencias sobrepasarían el nivel de los problemas individuales para poner en

cuestión la permanencia misma de los terrestres en vuestro planeta.

Hizo una breve indicación, reunió a sus hombres y se marcharon sin una palabra. Poco después desaparecieron tragados por sus refugios subterráneos. Me quedé solo con Chrysalia, cuyos ojos expresaban una gran derrota. Permanecimos inmóviles en medio del viento y de la aurora helada, mientras nuestra muerte nos esperaba pacientemente al otro lado de la llanura.

Ella fue la primera en oírlo. Por la brusquedad de su gesto cuando me cogió la muñeca comprendí que estábamos perdidos. Del horizonte llegaba un confuso clamor, mezclado con el ruido de los carros. Habiendo comenzado como un cántico lejano, crecía por momentos con los caprichos del viento, trayendo hasta nosotros sus despiadadas notas. Las voces se concretaban. Reconocí la fría letanía que anuncia los próximos sacrificios, distinta de la que moviliza el polen de la flor Altage, pero harto significativa por sus resonancias futuras. Los Castos Negros no necesitaban apresurarse, seguros como estaban de alcanzarnos; estábamos apresados entre la muralla extranjera y aquella marea despiadada.

El pánico me atenazó como una gran mano helada. Pero la actitud fatalista y sumisa de Chrysalia, así como la indiferencia mineral del desierto inhóspito, me desinflaron. Los viejos condicionamientos actuaron de nuevo: renunciamos a una huida ridícula y no deseamos más que terminar cuanto antes. Lentamente, el alba perfilaba a lo lejos las formas sombrías de los carros, así como las siluetas de la gente a pie. Un remolino del viento agitó sus dobles mangas ya discernibles, envolviendo a cada uno de ellos como en un brusco torbellino de vapores negros. Su avance era regular, sin más prisa que la de un enemigo cuya presa está atrapada en un callejón sin salida.

Cuando llegaron junto a nosotros, el potente sonido de los altavoces se elevó sobre los muros de la base. Todos se detuvieron. Aguzamos el oído con la loca esperanza de una contraorden, de que por fin nos concedieran asilo.

—Atención —dijo la voz—. Una extranjera que está entre nosotros desea entrevistarse con el Necarca. Va a franquear nuestros muros como emisaria. Rogamos que Su Sabiduría el Necarca se digne ir a su encuentro.

Las miradas se concentraron en la gran puerta blindada que se estaba abriendo. El Necarca pasó junto a nosotros sin prestarnos atención. Pasó envuelto en sus negras vestiduras, que flotaban a su alrededor como banderas. De igual modo flotaban alrededor de su rostro los largos cabellos de la mujer que acababa de aparecer por las murallas. Se elevó un murmullo. Chrysalia agarró una vez más mi muñeca.

Desde mí infancia, había oído rumores sobre esas mujeres de cegadora belleza.

Unos cuantos astronautas de vuestra raza habían visto a algunas de ellas a su paso por Onir, el planeta de los mil sueños, caprichoso compañero de una estrella de color esmeralda. Ellos hablaban de ese sol como de una joya prisionera de las nebulosas, y describían a las Orestales en los mismos términos en que vosotros habláis de Dios. Yo había oído esos rumores al azar, en los mercados, durante mis años consagrados a la noche. Mi memoria había rodeado estas historias de un halo feérico. Pero ver a una Orestal volvía toscos los artificios del recuerdo.

Fui arrancado de mi estupor por un vivo dolor en la muñeca. Al volverme hacia Chrysalia, encontré odio en sus ojos. Su mano de niña se había convertido en un grillete. Me solté con brusquedad, mientras ella volvía la cabeza y se apartaba de mí. Consciente a la vez de mi fascinación y de los sentimientos que yo había despertado, quedé tan turbado que olvidé la gravedad, del instante. Cuando mi instinto de conservación volvió a manifestarse, nuestro Necarca y la extranjera parecían enzarzados en una discusión mercantil. La Orestal sostenía entre sus largos dedos unos cristales luminosos cuyo resplandor rivalizaba con los primeros rayos del sol. Con las palmas hacia delante, el magistrado de la muerte parecía rechazar una oferta demasiado tentadora. Por fin, se apoderó de las gemas.

La Orestal vino hacia nosotros. Aunque fascinado, atraje a Chrysalia hacia mí; había oído tantas cosas dispares sobre las mujeres de Onir que temía las consecuencias de aquella intervención. No ignoraba que cambiaban cristales de onirita por esclavos, en los más evolucionados de los mundos que vuestras naves les habían permitido conocer. Bajo las órdenes de tales seres, la servidumbre no podía parecer peor que la muerte.

La Orestal se aproximaba. El Necarca regresaba con su multitud; sus manos reseca apretaban las gemas, cuyo resplandor levantó una larga ovación. Todos sabían que un solo cristal, conservado una sola noche, garantizaba veinte sueños indelebles, veinte sueños grandiosos o suaves, veinte zambullidas fuera del espacio y del tiempo. Un amplio movimiento sacudió a los cazadores, que se retiraron abandonando su presa. La mujer de las estrellas se detuvo ante nosotros y dijo:

—Ahora me pertenecéis. Me seguiréis en mis viajes, a menos que deseéis volver con vuestros perseguidores... para lo cual, por cierto, tendrían que renunciar a las piedras que les he dado.

Yo oía apenas su voz leve y como lejana. Apenas comprendía sus palabras. Pensaba solamente que iba a hundirme en sus grandes ojos con reflejos de mercurio y de plata. La imaginaba entre mis brazos más suave y ardiente que la liana Carfodral, que ríe en las tinieblas y muere si está sola. Me libré de ese encantamiento atrayendo hacia mí el delgado cuerpo de Chrysalia, que me recordaba las alargadas piedras sombrías moldeadas por la lava de las profundidades. En Chrysalia residía el reflejo de mi juventud; en mí, la única protección que ella podía esperar. Sin duda ella había

tomado conciencia de este doble lazo, pues me acompañó dócilmente cuando seguí a la extranjera.

Franqueamos vuestras murallas en el instante en que partían vuestras relucientes máquinas, esas que no necesitan conductor y van solas a realizar los trabajos mineros. Algunos obreros las seguían, montados sobre aparatos individuales. Cantaban tonadas singulares, tan diferentes de nuestra música de trompetas y campanillas, que sentí un gran deseo de conocer vuestro mundo, donde actualmente vivo. Pero no podíamos escapar a aquella que nos había comprado, y que nos conducía a los apartamentos que vuestras bases coloniales prevén para los viajeros. Apremiada por algún asunto, nos dejó allí solos.

Había dos grandes habitaciones extraordinariamente confortables, una de las cuales nos fue adjudicada. En la otra había una estantería llena de frascos luminosos de extravagantes formas. La curiosidad superó nuestra extenuación; nos acercamos a aquellos asombrosos frascos de onirita y tuvimos la audacia de abrir el más pequeño. El perfume que surgió de él asaltó nuestro olfato del mismo modo que hiere y transporta el oído un sonido a la vez sublime y estridente. Mientras ponía en su lugar el tapón cristalino, supe que acababa de experimentar, en una sensación que había movilizad o todo mi cuerpo, una unión completa con una mujer desaparecida. Chrysalia se refugió en mis brazos temblando. Tardó mucho en confesarme que aquel perfume la había penetrado como lo hubiera hecho un macho. Con el espíritu vacilante, fuimos a tumbarnos sobre uno de los lechos de la otra habitación; y la misma locura pareció embargarnos cuando entró la Orestal.

La mujer clavaba en nosotros sus ojos centelleantes. Sostenía en alto un cristal de grandes dimensiones, en cuyo interior fluctuaban brumas multicolores. Todo se volvió borroso en las zonas marginales de mi visión, cuyo campo se encogía lentamente, igual que tras haber mirado fijamente una luz fuerte. Casi no me di cuenta de que Chrysalia se marchaba e iba a tumbarse en la otra cama. Su lugar fue ocupado por la Orestal. Estreché este nuevo cuerpo con un trastorno del espíritu y de los sentidos mayor aún que el que acababa de experimentar. Una humosa atmósfera de ensueño me rodeaba, impregnada de sonidos sombríos o transparentes, de destellos agudos, de palabras definitivas que manaban como sangre...

Como en medio de un océano de algas hirvientes, veía aquel espléndido rostro de ojos como de máscaras desgarradas, con los labios entreabiertos por un placer terrible hecho de sufrimiento. Yo era el arpón que mata y hace nacer, el destructivo vuelo de un pájaro de hierro a través de un espejo, el viento que ulula al final de pasillos sin puertas, el relámpago violeta en el centro de un cielo desnudo. Luego caí en un vértigo escarlata, y mi llamada sin fin rebotó en los extremos del universo.

Exhausto y desgarrado, tuve la silenciosa revelación del drama de la Orestal.

Cada acoplamiento la descuartizaba sobre un potro de tortura que era su forma de amor. Yo no era más que un instrumento al que ella había arrancado los sonidos necesarios para su agonía; yo, que no tenía más objetivo que lo único; un mero espermatozoide entre miles, todos donadores de sufrimiento, pese a que yo buscaba el Óvulo y mi rito pertenecía a la alegría.

Lentamente, volví a la realidad. Mi mirada ausente captó la imagen de un decorado suntuoso en el que flotaban dulzones aromas de tumba. Sobre el otro lecho, la Orestal, a la que yo creía junto a mí, mantenía apretado contra los labios de Chrysalia un frasco de largo cuello. A medida que yo iba cobrando la conciencia, vi que el cuerpo de Chrysalia se había secado como una momia y que la vida había huido de su rostro. Con un grito, me levanté torpemente. Fue para caer de rodillas. Mis brazos extendidos pesaban como rocas, y la gris atmósfera tenía la viscosidad de la cola más espesa. Arrastrándome como un reptil, llegué hasta el lecho. La Orestal estaba de pie al otro lado, los labios entreabiertos por una sonrisa que dejaba ver el marfil de sus dientes. Cerró la botella cuidadosamente, sin quitarme los ojos de encima, con esa mirada de las estatuas milenarias que no hace más que reflejar la naturaleza. Paseé mis manos heladas sobre el cuerpo de Chrysalia, que no las calentó. Quedé petrificado por la magnitud de aquello.

Sin una palabra, la Orestal se inclinó hacia mí, revelándome lo que yo había creído entrever. Sólo pensaba en matarla, pero estaba tan débil como un insecto. Ella abrió el frasco y lo acercó a mi rostro por un instante, cerrándolo de nuevo acto seguido. Me cubrí los ojos, rodé por el suelo; acababa de sentir el contacto vivo de Chrysalia, su aliento, el olor de su piel, la presión de sus manos; había oído su voz susurrando palabras de confianza, su risa infantil a la vista de una flor mojada, su paso inexperto entre las escorias irregulares. Cuando me levanté, su cuerpo no era sino un saco vacío, horrible a la vista. La Orestal había desaparecido.

Los terrestres a quienes interrogué me informaron de que la oniriana había tomado pasaje en un carguero que acababa de partir. Llevaba un equipaje tintineante y no había dicho nada sobre su siguiente escala. Yo no me acordaba de haber tenido un síncope y no comprendía por qué había huido ella de aquel modo. Tampoco comprendía por qué no me había hecho correr la misma suerte que a Chrysalia. Lo peor era que ningún terrestre se acordaba de mi compañera, cuyos restos habían desaparecido. Me quedé solo con un recuerdo sin rastro, un fragmento de existencia tan muerto como si nunca hubiera tenido lugar.

No me quedaré entre vosotros, que me habéis ofrecido vuestra hospitalidad. La tarea a la que me he consagrado desgarrará cada uno de mis días con su imperiosa llamada. No sé si el perfume viviente de mi compañera muerta es mi único objetivo, pues a veces me sorprende deseando el torbellino venenoso al que me arrastró la

Orestal. Tal vez los sueños tengan su propia vida, y puede que yo haya conocido a la vez la infancia del ensueño y su edad madura. Tal vez tenga que perseguir ambos a la vez, a lo largo de los hilos de la inmensa tela que habéis tejido de mundo en mundo.

Pero tal vez todo esto no sea sino el resultado de un perfume percibido al azar durante una escala, uno de esos negros perfumes que a menudo impregnan las salas de espera, en los asteroides...

TRES DÍAS DE OTOÑO

(Trois jours d'automne)

Philippe Curval

Philippe Curval nació en 1929 y comenzó su carrera en la ciencia ficción haciendo fotomontajes para ilustrar las cubiertas de la revista Fiction. Luego se lanzó a escribir relatos que figuran en muchas reediciones y antologías.

Periodista, como Daniel Walther, Philippe Curval posee el arte de explotar las imágenes, extrayendo de ellas efectos sorprendentes. Quizá sea ésa una característica propia de los periodistas, pero conviene señalar que sus relatos tienen más éxito que sus novelas. Entonces, ¿será que Philippe es mejor cuentista que novelista? Sin embargo... Sin embargo en 1960 publicó, en Rayon Fantastique, Les fleurs de Venus, que a mí, personalmente, me encantó. En 1962 ganó el premio Jules Verne, con Le ressac de l'espace. Durante los años siguientes vuelve a escribir relatos; muchos de ellos serán reunidos, en 1975, en el volumen Les sables de Falun. En ese mismo año, el segundo Congreso de ciencia ficción francesa premia su novela L'homme à rebours.

Desde entonces, Philippe Curval tiene una sección regular en la revista mensual Galaxie, en la que analiza las obras editadas a lo largo del mes. Acaba de publicar una nueva novela, en 1976, alejada de las imágenes marinas que tanto ama, que tendría posibilidades de ser premiada en el próximo congreso, ¡si Philippe no estuviera ya fuera de concurso!

Tres días de otoño es una narración inédita, escrita especialmente para esta antología. En ella, Philippe Curval se enfrenta con el problema del tiempo, al que hace describir un bucle perfecto. Este movimiento circular es uno de sus preferidos; es necesario que la historia quede «cerrada» y eso sucede de una forma un poco paradójica, pero en ciencia ficción nada es imposible si no es incoherente. Es lo que les va a mostrar este relato, que debe algo a las imágenes de la película de Alain Resnais Je t'aime, je t'aime.

Qué mañana tan fresca, pensó Cordwainer^[1].

Un pájaro de cartón piedra giró en el cielo y desapareció. El otoño, el otoño, la niebla extendiéndose como una mariposa: el universo estaba lechoso, la bruma se estaba levantando.

—Es la estación de los espejismos —dijo claramente, por el placer de escuchar su voz oponiéndose al silencio. Echó a andar por el vallado que llevaba al laboratorio. Se sentía el olor húmedo de las hojas muertas, de los líquenes y los musgos que se unían para componer el aroma de un hongo indefinible, ni amanita ni seta, síntesis de la germinación en el seno del moho. Algunas espirales de bruma se levantaban alrededor de los troncos pardos, destruyendo la perspectiva de la avenida. El cielo comenzaba al ras de las hojas amarillentas y se disolvía en gruesas gotas grasientas. Cordwainer sintió que una gota penetraba por su cuello y no pudo contener un estremecimiento.

Para ignorar la aventura que le esperaba, buscó distracción en los juegos de luz sobre el mosaico, tan otoñal, que formaban los diferentes matices de la fronda. Inducirse, deslizarse, fluir; no había un verbo preciso para designar la tarea que iba a emprender y, sin embargo, había leído cien veces su relato en las revistas favoritas de su adolescencia que hablaban del futuro. Se trataba de uno de los sueños más antiguos de la humanidad: viajar en el tiempo.

—¡Qué broma! En otros tiempos, ¡cuántas burlas hubiera recibido su proposición en el consejo científico! Como un pájaro, Cordwainer dio vueltas alrededor de un árbol joven cuyo tronco había asido. Su mano servía de perno y su brazo de rayo, mientras jugaba al escondite consigo mismo. Las hojas secas, protegidas del rocío por las ramas, crujieron.

—El ruido del tiempo. ¿No será un presagio siniestro?

Desembocó en un claro donde a la luz difusa jugaban algunos ciervos. Una ardilla hizo una pirueta en el rubio oscuro del follaje y desapareció.

—¡Como yo! —dijo Cordwainer, chasqueando los dedos de un golpe seco—. ¡Zas! No podía controlar esos pensamientos morosos que brotaban en su interior, como las burbujas de un líquido. Sin embargo, era un día glorioso para la humanidad y para él, que iba a zambullirse en el pasado.

—Un pasado que conozco. Pero puedo recrearlo. ¿Recrear qué? —La certeza de que originaría una peligrosa paradoja temporal si modificaba el pasado, aun mímicamente, le impedía comportarse más que como un espectador.

Porque el pasado seguía existiendo; no tenía ninguna duda. Lo había palpado, lo había sentido, había medido su realidad con aparatos experimentales que había puesto a punto para este proyecto. Y era él, Cordwainer, quien realizaría la misión: dar un salto de un año y volver al momento actual siguiendo el curso normal del tiempo, porque no había descubierto la forma de hacer el viaje de vuelta a partir de la cabina

temporal. ¿Por qué razón le hacían el honor de ser el primer viajero? Sintió pánico.

—No puede ser; no, ¡no puede ser! —Se cogió la cabeza con las manos y la sacudió varias veces, de izquierda a derecha. Esa especie de exorcismo surtió efecto. Sintió nuevamente el ácido picoteo de la realidad. Se apoyó en el espacio; el paisaje volvió a tomar forma. Contempló el panorama que percibía, ahora que iba a partir; era una escenografía otoñal, poco teatral pero sometida, como todas las escenografías, a los prejuicios de la subjetividad. Le pareció demasiado realista.

Esa mañana, Karen le había dicho: «Vete con buen viento, Cordwainer», con una tierna sonrisa. Su lengua rosa, rosa, aparecía entre sus dientes. Le gustaba muchísimo mirarla hablar; movía la cabeza de una forma tan bonita, su boca animal, independiente y dulce, ¡tenía tanto encanto! Ella había logrado hacerle admitir la lógica de que el creador del proyecto tiempo verificara personalmente el buen funcionamiento de la obra colectiva. Pero en cuanto quedaba solo, rechazaba instintivamente la responsabilidad.

Brumbrumbrum, la barrera que cerraba la entrada del laboratorio se abrió, con un ruido excesivo. Los mecanismos auxiliares no eran perfectos. Una línea horizontal, después de las verticales de la avenida y de los árboles, deformadas por los movimientos de los ciervos saltando, volviendo a caer, lanzándose en una breve carrera, deteniéndose bruscamente y volviendo a formar un grupo compacto. Ese juego creaba formas curvas, que se desvanecían inmediatamente. ¿Qué significado debía atribuirles? ¿Sería necesario tener en cuenta los desplazamientos a la derecha y a la izquierda? Durante ese momento de intensa ansiedad que precedió a su entrada en la cabina, Cordwainer trató por todos los medios de tranquilizarse. Y no logró más que aumentar su angustia. Pronto, ya no quedaría ninguna huella de su pasaje por una dimensión inexplorada. ¿Se moriría tan fácilmente remontando el tiempo como siguiendo su evolución natural? Ningún testimonio indicaba con certeza que se siguiera siempre el mismo camino yendo desde el presente hacia el pasado, el mismo que se había tomado yendo en el sentido contrario. Existía una hipótesis según la cual el tiempo podría desarrollarse en un número infinito de dimensiones, en las que resultaría fácil perderse. Los ratones y los monos no habían suministrado ninguna indicación precisa sobre ese punto.

Sus ayudantes le recibieron entonando una canción de despedida particularmente marcial. Los imbéciles sonreían abiertamente. Eran tan parecidos a la imagen que el mundo tenía de ellos que debían haber elegido su peinado, sus rasgos y sus ropas de acuerdo a los resultados de las encuestas. Todo era tan limpio, tan perfecto, en la civilización de principios del siglo XXI, que ya no había razones para que los objetos se descompusieran o las personas envejecieran. El servicio postventa funcionaba durante las veinticuatro horas del día, y en la conservación de los ciudadanos y sus bienes no había ninguna negligencia. Quizá era a causa de esa perfección que

Cordwainer había animado y dirigido el proyecto tiempo; para ver algo sucio. Su abuela lo había mecido tanto con los cuentos de un mundo dormido, oxidado, ineficaz, que sentía nostalgia de él; la comparación con el universo aséptico en que vivía, la blancura rectilínea de las vías de comunicación, los armoniosos fuselajes de las máquinas espaciales, el acondicionamiento higiénico de los alimentos, la sobriedad anónima de la ropa, las imágenes coloreadas por la felicidad de la televisión en relieve, le hacían pensar con nostalgia en el Eldorado perdido. Partidario del pasado, había sentido la llamada de este viaje. Cordwainer quería olvidar las cubas de carne de las grandes empresas de carnicería artificial. Deseaba reencontrar la atmósfera de las ciudades contaminadas por las cocinas domésticas, imaginaba que le gustaría andar por las calles llenas de basura o por los campos sin cultivar, y no quería depender de un ambiente urbano que uno podía lamer, tan limpio era, ni de una naturaleza tan sofisticada que uno seleccionaba para su jardín la estación que deseaba encontrar a la mañana siguiente.

Desde que obtuvo su título universitario había pasado todo su tiempo dedicado al tiempo.

Ante su silencio, sus colegas abandonaron, uno a uno, sus amplias sonrisas, como si fueran autómatas. Cordwainer sintió que su amargura disminuía; quería mucho a esos hombres con los que trabajaba desde hacía tantos años y que lo habían ayudado a realizar su sueño. O su pesadilla: una mano le dio dos bofetadas. Era así como lo despertaba su abuela, por la noche, cuando su cuerpecito se retorció entre las sábanas, presa de sueños terribles. Deliciosas agonías de la infancia, ¡trampas oscuras por las que descendía hacia minúsculos abismos donde los osos lo devoraban! Dentro de unos instantes se internaría por la trampa del pasado. ¿Quién lo devoraría? ¡Basta de conjeturas! Hoy no se trataba más que de un viaje experimental; el gran descenso hacia la infancia del mundo no podría comenzar más que algunos segundos después de su partida hacia el año menos uno. En ese momento habría hecho el viaje en sentido inverso y podría sacar conclusiones de su primera experiencia temporal, con sus ayudantes. Cuando volviera, el proyecto tiempo adquiriría su verdadera dimensión. Pero hasta ese día, ¡cuántas incertidumbres! En teoría, se suponía que, a un año de su partida, coexistirían dos Cordwainer: el que vivía en esas fechas y el otro, un año mayor, que se reuniría con él. Si los animales que se habían enviado a unas horas de distancia en el pasado no habían vuelto nunca era porque regresaban inmediatamente al pasado en cuanto volvían al momento de su partida.

Para que el proyecto tiempo pudiera progresar, había sido necesario sacrificar a esos animales y dejarlos en el bucle temporal que implicaba el experimento. Cordwainer actuaría de otro modo e intentaría utilizar con finalidades diferentes los dos ejemplares de su persona. La más joven de las dos reharía exactamente los gestos que estaba realizando, mientras la segunda, después de haber vivido por segunda vez

el mismo año, debía evitar la encerrona en el rizo y sobrepasar el momento de la partida hacia el pasado para llegar a su futuro.

Cuando entró en la pieza donde estaba la cabina temporal, Cordwainer no pudo evitar un ligero retroceso. Si su hipótesis no era exacta, se vería obligado a vivir eternamente el mismo año, esperando que un día, uno de sus sucesores en la dirección del proyecto tiempo, fuera lo suficientemente inteligente como para descubrir un medio autónomo de viajar en el tiempo.

Suspiró, después de la fresca mañana de otoño que acababa de abandonar, se sentó en uno de los bancos acolchados de la cabina y pidió que no cerraran inmediatamente la compuerta.

Sus ayudantes realizaron una comprobación cronometrada del experimento, para verificar el funcionamiento de todos los aparatos. Se trataba de hacer funcionar una especie de cañón, capaz de proyectar la cabina temporal hacia el pasado. El éxito de la operación dependía de la exactitud del tiro.

—Todo bien, Cordwainer. Por nosotros, puede partir dentro de treinta segundos.

Esta aventura tendía a volverse banal; parecía ridículo partir hacia el pasado según un horario tan preciso. Cuando regresara, después de volver a vivir un año, ¿qué quedaría de los segundos ahorrados en el momento de la partida? Habría que decir, cuando él regresa, después de haber revivido un año, ¿qué queda de los segundos ahorrados?, o bien, cuando él habrá regresado, ¿qué quedará? ¡Qué conflictos gramaticales iba a suscitar el viaje en el tiempo! Los recuerdos del viajero se extenderían por todas las direcciones del tiempo: presente, pasado y futuro se confundirían en él. Cordwainer se echó a reír. ¡Tantos millones invertidos para escribir un poema en prosa sobre la eternidad y la duración!

Pero ¿no había sido elegido para realizar este proyecto porque era poeta? El gobierno le había confiado esta tarea cuando se había pasado a las ciencias. En la época en que la cultura occidental se derrumbaba, Cordwainer había comprendido inmediatamente qué caminos ofrecía la física a la imaginación. Entonces, en vez de unirse a los últimos grupúsculos de creadores decadentes que producían para los últimos representantes del capitalismo que aún podían ejercer un mecenazgo, había preferido trabajar redactando una memoria de la que había surgido el proyecto tiempo.

Esta primera tentativa de viaje temporal ¿acaso significaba el deseo del gobierno de volver a instaurar la poesía en las costumbres públicas? Cordwainer lo dudaba. La civilización visual, nacida del siglo xx, había matado todas las formas de imaginación en los cinco mil millones de habitantes que poblaban actualmente la Tierra. La humanidad había perdido buena parte de su dinamismo, eliminando el poder oculto de los sueños y la especulación intelectual. Los problemas causados por el exceso de población no permitían demorarse en esos detalles ideológicos: había que alimentar,

alojar, cuidar. El hombre se aferraba a sus comodidades, tan duramente adquiridas en los últimos siglos, y no deseaba ceder a la promesa ilusoria de una felicidad espiritual; demasiadas religiones, demasiados tiranos lo habían engañado. A fuerza de mirar la realidad, había quedado ciego.

El gobierno no podía enviar el exceso de población terrestre a los pequeños enclaves poco hospitalarios que había construido a precio de oro en la Luna, Marte y Ganímedes; la colonización del sistema solar era un fracaso. El viaje temporal, ¿serviría de paliativo a la conquista espacial? ¿Qué resultados se obtendrían enviando muchos cientos de millones de contemporáneos a la era secundaria? ¿Serían eliminados por las catástrofes geológicas, por las condiciones ecológicas, luego de la progresiva decadencia de una civilización prodigiosa? Cordwainer se demoró en estas hipótesis. Los supervivientes de este experimento podrían transformarse en los futuros héroes de la mitología o servir de base a las oscuras teorías sobre los Grandes Antiguos, nacidos cien años antes. Así, el hombre del siglo XXI sería, en realidad, el primer hombre. ¡Una explicación de la eternidad!

Como todos los grandes descubrimientos, el viaje temporal provocaba malentendidos; algunos especulaban sobre su rentabilidad futura y otros no veían en él más que una exhibición gratuita. Un porcentaje ínfimo de sus inventores pensaba en sus consecuencias sociológicas. Cada siglo es la Edad Media del que vendrá después. Cordwainer trató de imaginar las rutas del siglo XX, con los autos que las recorrían por la noche, a pesar de su estrechez, apuntándose con los faros los unos a los otros, como para enfrentarse en un duelo fratricida. ¡Y esos hombres estaban muy orgullosos del estadio tecnológico a que habían llegado!

Miró como la compuerta se cerraba sobre él. Karen le había dicho: «Haremos el amor durante un año más y podremos disfrutar de las alegrías del triángulo sin sentir celos.» Aunque no fuera más que por eso, valía la pena intentar el viaje; los cien años de vida que nos prometen las estadísticas son un mezquino capital de amor. Tenía conciencia de la brevedad de la vida, tanta que sentía pánico. Durante su juventud había creído ser inmortal, hasta que aparecieron los primeros síntomas de la vejez. Lo habían atendido y retocado hasta que dejaron de ser visibles, pero las grietas eran profundas y crecían día a día. ¿Sería ésa una de las razones por las que se había lanzado a desafiar al tiempo?

Cordwainer trató de resucitar su placer y el placer de Karen; todo se confundía en una sensación única. Podía volver a ver cada momento de sus abrazos, cada una de sus caricias, sus cuerpos arqueados en el espacio de la habitación, pero sus espasmos no se diferenciaban: intensos o ligeros, agotadores o felices, se caracterizaban siempre por una mordedura en la espina dorsal. Al ser simultáneamente un participante y un testigo de sus juegos, su placer ¿se acrecentaría?

Seguramente sería capaz de analizarlo de forma objetiva. Sólo la vida en pareja

permitía profundizar las relaciones amorosas, proseguirlas en todos los instantes de la vida, multiplicarlas. Cordwainer estaba seguro de eso; se preocuparía de que este año, que volvería a vivir con su doble, fuera provechoso para su amor por Karen. Iba a descubrir la consistencia de los recuerdos: ¿serían pegajosos, temblarían como la jalea o tendrían el aspecto de un viejo bolso de piel? Quizá se desvanecían, como la naftalina. Todavía no había tomado ninguna decisión acerca de la actitud que adoptaría con el otro Cordwainer. Si le confiaba esos recuerdos, de un año de antigüedad, se arriesgaría a perturbar su existencia; a pesar de los análisis a que se había sometido, ningún psicólogo habría podido tranquilizarlo sobre sus reacciones. Y si dejaba que su doble viviera como un ciego de la memoria, ¿acaso no se lo reprocharía?

Su asistente hizo un guiño a través del ojo de buey. Todo estaba listo y sólo esperaban que hiciera una señal. ¿Cómo le habían confiado una responsabilidad tan grande, a él, que no se sentía capaz de dirigir su propia existencia? Lo más que sabía hacer era atisbar entre los escollos. Cuando el proyecto se había puesto en marcha, Cordwainer había procurado no ser más que un integrante anónimo del equipo, pero sus compañeros, sabiendo que había sido el iniciador, le habían hecho comprender que no tolerarían a otro como director. Dio la orden de partida.

Las sensaciones que había esperado experimentar lo desilusionaron. Primero el zumbido suave y confuso de los aparatos de control; después, el ronroneo del propulsor temporal. Pudo seguir todos los gestos de sus ayudantes, aun sin verlos; ¡los habían ensayado tantas veces! Tuvo miedo, un miedo terrible, y se empeñó en reprimir su angustia siguiendo mentalmente todas las fases de la experiencia. Silencio. Esperó el formidable impulso del propulsor, un cañón que lo proyectaría hacia el pasado; contrajo todos los músculos. Disgregado. No más miedo. Se había desvanecido.

Ahora, una enorme llanura helada parecida a un papel de seda arrugado se extendía frente a él. Cordwainer la reconoció: estaba ante el paisaje que había contemplado exactamente un año antes de la partida. Las dos imágenes coincidían; con una simple mirada remontaba el año que acababa de descender. Un año al derecho, un año al revés... el tejido del tiempo.

El gris brumoso de una mañana de octubre. Seguía siendo otoño en un decorado diferente y sin embargo conocido. Abrió la compuerta; el olor de la escarcha en el campo le pareció familiar.

Dio algunos pasos en el habitáculo acolchado que había exigido fuera espacioso, y tomó su magnetófono para dictar el relato de su viaje en el tiempo:

«La lamparilla violeta se encendió cuatro segundos después de comenzar el experimento; eran cuatro segundos de un infratiempo medido por los instrumentos de a bordo, que no corresponde a ningún tiempo real. La compuerta funcionó mal; hay

que revisar el sistema de cierre. Me encontré ante el paisaje que había elegido y que había fotografiado anteriormente con esa intención. Es una enorme llanura en el Vexin; la tierra está sembrada en una extensión de varios cientos de hectáreas y unos pocos brotes de maíz atraviesan en algunos lugares los montículos helados. Por tanto, la deriva espacial que había previsto, como epifenómeno del viaje temporal, se ha producido. Esta llanura está situada a ciento diez kilómetros, en línea recta, del laboratorio. He logrado llegar al lugar que había elegido. Habrá que descubrir si esta deriva es provocada por la memorización previa de la imagen o porque en este momento preciso de mi vida pasada debo estar aquí. La hora de mi llegada no puede determinarse; si el tiro fue exacto, debería corresponder al instante en que pasé por aquí, un año antes de mi partida. Pero todavía no me veo. Me perturba esa conocida sensación que se siente a veces de vivir por segunda vez algún episodio de la existencia. Si no me preocupara por evitarlo, sería fácil olvidar el año que acabo de vivir e integrarlo en mi subconsciente. Pero la cabina temporal es suficiente para estimular mi memoria.

Me veo venir hacia mí, ¡el experimento es un éxito! Me parezco a mí, pero hago gestos que no se parecen a los que yo creo hacer; son más torpes, mi cuerpo es más corto y grueso de lo que yo creía. Cordwainer no me ve. Se acerca arrastrando los pies, sumergido en reflexiones que debería conocer, pero que me son ajenas. Él todavía no es yo y no debería serlo nunca, para que yo pueda durar más que él. Dentro de algunos segundos chocará contra mí; nos separan un año y algunos centímetros, pero él no ve ni mi cuerpo ni la cabina.

Fibras lisas, músculos estriados, nervios, arterias y venas, huesos y carne comienzan a vibrar. Una fuerza extraña se apodera de mí; no puedo controlarla. Parece producirse a nivel de átomos. Me arranco de mí mismo, me desparramo, no existo más, giro, sigo el maíz, la mañana, la tierra, el viento, me reúno lentamente, existo, me abandono...»

Cordwainer pasaba el fin de semana en la pequeña propiedad que poseía en el bosque de Magny, en lo que quedaba del bosque de Magny, parque regional, recorrido por innumerables sendas, calibrado para albergar al mayor número posible de ciudadanos necesitados de naturaleza. Mientras paseaba, siguiendo un itinerario nuevo, en el momento en que atravesaba la gran llanura sembrada que se proponía escoger como objetivo de su futuro viaje en el tiempo, sintió en el bolsillo un pequeño objeto familiar. El magnetófono en el que tomaba sus notas habitualmente. Estaba seguro de no haberlo traído consigo esa mañana. Unos minutos antes de hacer esa comprobación había tenido la impresión de que el espacio se transformaba y que los metros cúbicos de aire que constituían su atmósfera inmediata sufrían una expansión extraordinaria y se dilataban hasta llegar a los confines del universo. Un profundo estremecimiento lo había sacudido, como si su corazón hubiese sacudido al

mundo con una crisis de taquicardia a la escala del fenómeno que observaba.

Puso el magnetófono en marcha y escuchó su propia voz, venida del futuro.

—La cinta termina allí —constató Cordwainer. De modo que triunfaría; dentro de un año el provento tiempo habría llegado a su culminación. Sabía que se estaba acercando a su propósito, ya que los modelos experimentales habían funcionado en varias ocasiones, pero esta vez un ser humano había remontado el curso del tiempo, y era él, Cordwainer. Se sintió trastornado. ¿Dónde estaba ese viajero? ¿Sólo quedaba de él esa breve cinta magnetofónica? De ahora en adelante era doble, su cuerpo había adquirido una dimensión suplementaria de un año de longitud. Las fuerzas internas del tiempo habían contraído a los dos personajes en uno solo y era el más viejo de los dos quien recordaba. No subsistían más que trazas ínfimas del acontecimiento; la duración resolvía sus propias contradicciones aniquilándolas. Entonces, ¿el hombre no gozaba de ninguna libertad, no podía jugar con la historia? Había sido un viaje inútil. Cordwainer había calculado que su viaje al año pasado produciría dos ejemplares de su persona y que, en consecuencia, podría duplicar su porvenir. En sus conjeturas más pesimistas había previsto que la memoria del mayor de los dos Cordwainer prolongaría en un año la del más joven y que podría así evitar la trampa temporal en la que acababa de caer. Se apercibía de que sus recuerdos se confundían y de que era incapaz de adjudicarles una fecha precisa. Hurgando más profundamente descubrió que su memoria no había conservado más que fragmentos inconexos de su futuro, que se mezclaban inextricablemente con su pasado. La ropa que llevaba había sufrido la misma metamorfosis; el tejido y el corte formaban un producto compuesto de las que llevaba hoy y las que llevaría dentro de un año.

Miró enternecido los sembrados helados; el otro Cordwainer los había observado con sentimientos diferentes. Las dos imágenes ya no coincidían; el paisaje también era doble. La trampa temporal se había cerrado y era necesario poner en funcionamiento alguno de los quites que había previsto; si no, viviría eternamente dentro del año circular que acababa de crear. La cinta del magnetófono era demasiado sucinta para permitirle conocer exactamente su futuro, pero era suficiente para evitar el peligro. Decidió traer en su próximo viaje el diario que llevaría con toda exactitud desde este momento.

—A menos que el tiempo no sea más que una ilusión, que el pasado y el porvenir no existan y que mi conciencia de este momento sea el producto confuso de la memoria de miles de otros Cordwainer que viven en realidades contiguas. Paradoja.

Ya iba a modificar su porvenir no tomando la foto que había decidido hacer de la llanura y volviendo rápidamente a su casa. Estaba seguro de que en el futuro precedente había continuado su paseo, para elegir amorosamente el lugar donde volvería. ¿Sería siempre tan fácil alterar la trama del tiempo? Quizá, con frecuencia le incomodaría el doble que acababa de endosarse. Miró por última vez el triste paisaje

y el pequeño objeto redondeado que tenía en la mano, metió las manos en los bolsillos y pisó el primer surco. Un trozo de escarcha se desprendió de su zapato.

—¿Comprendes, Karen? La mejor solución es prolongar mi viaje un par de semanas, eligiendo una fecha anónima. Así estaré seguro de no conocer el lugar donde me encuentre y no correré el riesgo de encontrarme. Sigo estando convencido de que el viaje temporal puede provocar un desdoblamiento; es indispensable tomar todas las precauciones para que mis dos cuerpos no se superpongan.

Ella lo escrutó largamente.

—Eres una de esas personas que piensan que si uno cambia una letra a una palabra cambia su sentido, pero que en realidad, sólo consiguen destruir su significado.

—¿Crees que no podré escapar a la trampa?

—A menos que te remontes antes del momento de tu nacimiento... Sí; creo que estás prisionero de ese año que transcurre.

—Pero el prototipo no está previsto más que para desplazamientos cortos; todavía no podemos construir una máquina tan potente como para franquear un siglo. Dentro de diez años, cuando tengamos la tercera generación de cabinas temporales, si el proyecto evoluciona como yo pienso, será posible.

Karen lo había escuchado con atención; ese Cordwainer doble la fascinaba. En los quince años que habían vivido juntos quizá había frecuentado a una cantidad de Cordwainer de diferentes edades que se superponían a aquel con quien vivía, como consecuencia de todos los experimentos que había intentado para evadirse del bucle temporal. ¿Lo amaba, acaso, por la diversidad de identidades que sospechaba en él? Sus relaciones nunca habían reflejado el menor aburrimiento. Desde que el Cordwainer futuro se había asimilado al que vivía con ella, Karen experimentaba sensaciones más intensas cuando hacían el amor: caricias múltiples, besos simultáneos en todas las zonas sensibles de su cuerpo. Cuando él la poseía, Karen tenía la impresión de que miles de amantes la poseían, de que sexos ardientes y multiformes la penetraban.

Cordwainer no había revelado nunca a sus ayudantes que ya había recorrido ese año. El día de la experiencia se acercaba inexorablemente y él continuaba sus trabajos, para que pudiese tener lugar. Sólo había modificado el destino del viaje y se esforzaba por olvidar esa llanura de Vexin que había sido testigo de la fusión de sus dos personalidades; no quería volver a encontrarse.

El otoño ¿le traería suerte? Al entrar en la avenida que llevaba al laboratorio, ¿experimentaba sensaciones idénticas a las que había sentido el Cordwainer precedente el día del experimento? Hubiera querido poder compararlas. Y lo haría, la próxima vez, ya que grabaría su diario, tomando nota del más mínimo de sus actos, el más insignificante de sus pensamientos. Si alguna vez lograba desdoblarse y

preservar la existencia separada de sus dobles, reuniría una magnetoteca fantástica que daría testimonio de la diversidad de las vidas de todos los Cordwainer que habían vivido el mismo año. Pero ¿quién sería el descifrador último? ¿Quién podría saber, finalmente, si el individuo determina su existencia por las elecciones sucesivas que hace en el curso de su vida, y si es posible, cambiando esas decisiones, modificar el porvenir?

El pájaro que giraba en el cielo parecía de cartón piedra; sus movimientos eran torpes y mecánicos.

Esta vez, Cordwainer no se divirtió girando alrededor de los troncos, como había hecho un año antes. Pensó que «un año antes» era una locución que implicaba una extraña paradoja, ya que se trataba, al mismo tiempo del instante que vivía y del que ya había vivido y que los dos se confundían en el tiempo, pero no en su memoria. Las palabras ya no se adaptaban a las ideas nuevas introducidas por el viaje temporal. La bruma se adhería a la vegetación y goteaba desde las hojas en las que se condensaba; muy pronto, Cordwainer encontraría los ciervos en el claro. ¿Quizá debía dar término al experimento? El subterfugio que había inventado para evitar el encuentro, quizá desembocase en otra trampa imprevisible.

Entró en el habitáculo acolchado de la cabina temporal con su miedo intacto. Vio a su ayudante a través del ojo de buey; luego el vacío, el tiempo se reunió con el tiempo. Él esperaba que, dentro de algunos segundos, un tercer Cordwainer, síntesis de los dos anteriores grabaría el informe del año que había recorrido tres veces. Intentó imaginar a ese personaje, que había pasado muchas veces por el laminado de los recuerdos, mientras él franqueaba por segunda vez el año pasado.

Al abrir la compuerta, comprobó amargamente que el mecanismo seguía funcionando mal. Lo mencionó nuevamente en el micrófono de su magnetófono. Como destino de este viaje, se había obligado a pensar en un lugar diferente de la llanura de Vexin; una fotografía tomada al azar le había dado la idea. Nuevamente, había habido una deriva: el paisaje representaba la colina de Cévennes que había elegido, cubierta por una finísima capa de nieve. Un sol oblongo salía de la muralla violácea de las nubes que cerraban el horizonte para lanzarse por un cielo de un azul cristalino.

Cordwainer escrutó largamente el panorama e inspeccionó las inmediaciones. No había nadie. Pero no tuvo tiempo de constatar que las manchas de vejez que habían aparecido recientemente en su mano izquierda y que no había tenido tiempo de hacer borrar habían desaparecido y que las canas que llevaba en las sienes por coquetería se habían vuelto castañas. Porque a veinte segundos de su llegada no medía más que un metro cuarenta; ya tenía trece años.

La poderosa energía que se había acumulado en él durante su viaje en sentido contrario al tiempo, lo llevaba hacia el pasado a una velocidad cada vez mayor. Esta

vez no había encontrado la formidable barrera que representaba su doble, yendo hacia el porvenir; que lo había frenado y después lo había llevado consigo en su desplazamiento natural hacia el futuro.

Un débil vagido turbó el silencio matutino. Un espermatozoide y un óvulo desaparecieron en la tierra.

¡SIMULADOR! ¡SIMULADOR!

(Simulateur! Simulateur!)

Michel Jeury

Michel Jeury nació en 1934 en el sudoeste de Francia. Después de haber ejercido diversos oficios, entre los que figura la enseñanza, se dedicó a la literatura y obtuvo en 1960 el premio Jules Verne con La machine du pouvoir, publicada bajo el seudónimo Albert Higon. Ese mismo año había publicado, también en la prestigiosa colección Rayón Fantastique, una epopeya estelar: Aux étoiles du destin, que considero muy superior a la obra premiada.

Cuando desaparece Rayón Fantastique, Michel Jeury se dedica a la literatura general, y como no obtiene un éxito que le permita ganarse la vida vuelve a trabajar «como todo el mundo».

En 1974, con ocasión del primer Congreso de ciencia ficción francesa, Jeury ganó el premio a la mejor novela del año: Le temps incertain. Fue una vuelta al primer plano que no ha dejado hasta hoy, ya que es cabeza indiscutida (salvo por algunos mendigos de la pluma) de la nueva ciencia ficción francesa. En 1974 publicó Les singes du temps, que está en la misma línea del libro premiado, que había sido publicado en 1973. Últimamente Albert Higon resucitó y publicó en 1976 Les animaux de la justice una novela «para el gran público», muy por encima de lo que se hace en ese nivel. Su próxima novela Soleil chaud, poisson des profondeurs, se publicará en setiembre de 1976 y mostrará una nueva faceta de su talento.

Además de ser un amigo excelente, Michel Jeury es uno de esos escritores que se transforman en ejemplos, a causa de la seriedad con que trabajan. Uno va a verle, uno le enseña los manuscritos de novelas y cuentos. Y, como no sabe decir que no, ayuda, aconseja, da ánimos. No conviene olvidar que, junto al novelista, hay también un cuentista talentoso; gracias a su impulso se han publicado o se publicarán tres tomos de narraciones: Utopie 75, Les serviteurs de la ville y Retour a la Terre. Ninguna revista francesa puede respetarse si no ha publicado al menos un relato de Jeury, y como no sabe decir que no...

¡Simulador! ¡Simulador! es una narración que les dará una idea de las características del universo de Jeury. Tiene una visión de los problemas temporales que no sólo es nueva sino que dispone de enormes recursos. El tiempo ya no fluye

sino que gira alrededor de sí mismo. Hace poco, Michel me preguntaba si a partir de este texto no se podría hacer una novela. Yo le contesté: «¿Qué podrías hacer que fuera mejor que Le temps incertain?»

—¡Simulador! ¡Simulador! —llamó una voz cantarina y totalmente andrógina.

—Don Lorsan. A la escucha.

—¡Simulador! ¡Simulador!

En la semioscuridad, Don observó la esfera luminosa de su crono.

—26 de junio de 2048. 23 horas 31 TAS. Escucho.

—Simulador...

La voz parecía llegar desde una fuente móvil, que se alejaba y se acercaba al micrófono siguiendo un ritmo calculado.

—Contacto ford^[2].

—Escucho.

—Centro de simulación número uno. Archeville.

—Don Lorsan en misión de simulación total. 26 de junio de 2048. 23 horas 32. Escucho.

—Contacto ford cero cuatro. ¡Simulador! ¡Simulador!

—Don Lorsan a la escucha del contacto ford cero cuatro.

—Operación programada 1026 R. Repita.

—Operación programada 1026 R.

—Destino, Telémaco.

—Destino, Telémaco.

—Partida, 23 horas 40 minutos.

—Partida, 23 horas 40 minutos.

—Destino, Telémaco.

—Destino...

—Simulador...

El cerebro humano es de una complejidad tan grande que sólo se lo puede comparar con el universo. Quizá sea una imagen genética del universo; en ese caso, la evolución sería una tentativa de reproducirse del universo. Si fuera así el cerebro humano tendría que ser capaz, a su vez, de recrear un universo. Y la simulación ford podría ser la última etapa de esta operación comenzada hace varios miles de años.

Don Lorsan no tenía más que una manera de escapar a Father Muller y a sus queridas experiencias: llegar al Pozo de sombra 14. Pero tenía que compartir su alma con el coronel Lorsan, de la Seguridad, y eso era un sufrimiento espantoso. No era sólo porque el jefe de Seguridad de Telémaco fuera un personaje odioso; Don estaba habituado a encamarse en personajes odiosos... era su especialidad. Era porque el coronel conocía una verdad que Don no deseaba descubrir en ningún caso.

—Cero cuatro, mi querido cero cuatro, mí entrañable cero cuatro, hazme volver,

te lo suplico. Hazme volver inmediatamente, si aún hay tiempo. Pasa algo... es que... esto no va bien. Pasa que... ¡Cero cuatro! ¡Cero cuatro!

—¡Simulador! ¡Simulador!

—Simulador llamando a contacto ford cero cuatro.

—¡Simulador! ¡Simulador! Contacto ford cero cuatro llamando a Don Lorsan, misión de simulación total...

—Don Lorsan a la escucha.

—¡Simulador! ¡Simulador! Programa 1026 R. Todo va bien.

—Don Lorsan llamando a contacto ford cero cuatro. Pasa algo anormal. Yo...

—¡Simulador! ¡Simulador!

En los alrededores del Pozo de sombra 14, los soldados de los grupos de asalto y los investigadores K que perseguían a Don Lorsan se enfrentaban entre sí en el laberinto de Telémaco. ¿Qué era Telémaco? ¿Una ciudad? ¿Un planeta? ¿Un gigantesco satélite artificial? Don Lorsan lo ignoraba. ¿Qué importaba? Telémaco era el universo.

Ahora, los grupos de asalto parecían haber ganado terreno y los K se replegaban lentamente. Por lo tanto, si no llegaba rápidamente al Pozo de sombra, el coronel Lorsan de la Seguridad no tardaría en caer en manos de los S.A. o de los investigadores de Kanashiwa. Prisionero de la pesadilla programada, corría por un pasillo blanco, pulido, nevado, atravesado por fulgurantes descargas eléctricas. Un olor a pólvora, a ozono, a aceite quemado y a metal caliente llenaba su nariz y provocaba una agria descarga de histamina en su garganta. El humo negro del terror se filtraba en sus pulmones. Sus botas resonaban sobre el metal haciendo el ruido de un mundo que se quiebra.

La luminosidad de un blanco casi violáceo irradiaba por las paredes y el cielorraso hacía brillar el uniforme gris plateado del coronel Lorsan. Don tenía la impresión de ser un electrón lanzado por un hilo conductor, lleno de armaduras y soles. En la mano derecha aferraba su arma: un tridente *spitfire* cuyos tres cañones podían lanzar simultáneamente el rojo que muerde, desgarrar y mata... La parte alta del pasillo se perdía en un horizonte inaccesible donde se juntaban el espacio y el tiempo, devorados por el moho blanco. El ruido de un escape de vapor subía desde la máquina de cristal. El dolor en el talón izquierdo de Don era como una naranja aplastada en la mano de un niño ciego. Corría. Llegaré a la encrucijada 14 y tomaré el camino que lleva al Pozo. Rápido, rápido. El Pozo de sombra. ¡A la nave sincrónica!

Si me disparan, gritaré. Gritaré tan fuerte que el universo estallará y yo...

Con la cabeza baja, atravesaba la luz lívida. El pasillo era una de las cien mil (o cien millones) vías del planeta Telémaco (si Telémaco era un planeta). Llegó a la encrucijada. La bruma eléctrica enviaba sus ondas huecas al aire. Don comenzaba a

sentir sed. Hubiera bebido de buena gana un vaso de agua helada, un vaso de oro cubierto de escarcha. Se detuvo, jadeante, y buscó con la mirada el cielo ausente. Cielo ausente. Miró a derecha, a izquierda, a sus pies, adelante, lejos. Ningún enemigo a la vista. Pero eso no significaba nada. Los soldados y los investigadores podían surgir en cualquier lugar y en cualquier momento. Don se esforzó por dominar el pánico que como siempre, se apoderaba de él en el momento en que sus perseguidores estaban a punto de alcanzarle. Pero aún tenía una posibilidad.

La vía de la izquierda parecía más estrecha y de un blanco más deslucido. Quizá llevaba al Pozo de sombra. Una vez más, se había perdido en el laberinto. Decidió ir hacia la izquierda. Pero el coronel Lorsan, de la Seguridad, no era de la misma opinión. Él conocía bien Telémaco y había decidido tomar la vía de la derecha. Don resistió a su alter ego. ¡Señor de la Sincronicidad!, ¡Conciencia 3! Es peligroso, están allí, lo siento, lo sé. ¡Tanto me da!, respondió el coronel. El Pozo de sombra está de este lado. Es mi única posibilidad...

¡A la nave! ¡A la nave!

Don I se despertaba en medio de la pesadilla programada y tomaba conciencia de su situación: era prisionero de otro destino, un destino totalmente ininteligible. ¡Nada nuevo! Se pasaba la vida huyendo por los pasillos del planeta Telémaco (si es que era un planeta). Los simuladores de Archeville no dejaban de explorar el futuro y *los otros presentes*. Cuando una secuencia parecía rica e interesante por sus posibilidades de desarrollo —cosa que los simuladores ignoraban siempre— la red ford trataba de extraer el máximo... Sin duda, cero cuatro quería detalles acerca del golpe de estado del general Gruber, la caída del presidente Palawa y la extraña guerra que disputaban en los pasillos de Telémaco los S.A. de Father Muller y los investigadores de Kanashiwa. Por esa razón, Don Lorsan había recibido la personalidad ficticia del coronel Lorsan, que estaba muy próximo a esos acontecimientos.

Father Muller frotó con gesto sensual sus largas manos enguantadas de negro.

—Podemos recibir cincuenta mil prisioneros en el planeta del Herrero. Pero no confío en los K. No quiero más de mil entre hombres, mujeres y niños. El problema es que siempre da mucho trabajo identificarlos. General, pregunte a Tchang si dispone de un medio seguro para distinguir a los sectarios del dios Kanashiwa, en Telémaco.

El senescal Morgenschek se rascó el cráneo desnudo con el pulgar y ese tic arrancó al general Destermon una mueca que su máscara no disimuló totalmente. El jefe del estado mayor general del ejército terrestre levantó la mano y transmitió al acuario:

—Háblenos un poco de los K. Tchang. —Un encrespamiento de imágenes incontroladas corrió por el receptor del *Roble de Carlos II*—. Explíquenos cómo uno

de ellos, un agente de Kanashiwa, ha podido llegar a jefe de Seguridad de Telémaco y huir antes de que nuestros agentes pudieran arrestarlo.

En algún lugar de la superficie (o las profundidades) de Telémaco, el coronel Tchang, llamado general Tchang, cruzó los brazos ante su White. Imágenes y diagramas danzaban en el agua pesada como reflejos en la superficie de un lago, en un día de sol y viento. El efecto Bond erizaba apenas los cabellos hirsutos del coronel-general.

—Pensamos que los dones de Kanashiwa son, para sus adeptos, un simple carácter adquirido. No creemos que sean hereditarios. Quizá, sólo la predisposición a la cronolisis está inscrita en el código genético de algunos individuos. Nuestros investigadores están convencidos de que cualquier niño K transportado a un medio normal en el momento de su nacimiento y educado entre niños normales se transformaría, a su vez, en mi niño sano y normal...

El general Destermon cubrió con las dos manos los cristales en exhibición frente a él, sobre la mesa de madera fina (roble europeo).

—¿Ha tomado nota, Father Muller? Habrá que comprobar eso. Antes de marcharme espero exterminar a la mayor parte de los adultos K sobrevivientes, pero le entregaré a todos los niños pequeños para sus experimentos.

Retiró las manos, dejando los cristales a la vista.

—General, ¿significa eso que usted tiene tantas dificultades como nosotros para reconocerlos?

Tchang vaciló durante un rato.

—Hemos preparado algunas pruebas...

—¿Es cierto que los K pueden desplazarse por el espacio sin escafo ni bala? —preguntó el general Ifermow.

—No; materialmente, no. Sus poderes son apenas superiores a los que poseían antiguamente los psicronautas que utilizaban las drogas cronolíticas. Sería interes...

—La cronolisis es una práctica inmunda —interrumpió Father Muller—. No se trata de volver a ella.

El mariscal de campo Troy sacó un grueso cristal del bolsillo de su casaca, lo sujetó entre el pulgar y el índice frente a sus ojos, según la antigua moda, e intervino brutalmente:

—¿Cuáles son sus poderes, Tchang?

El general Destermon pareció desaprobador la pregunta. Cerró los ojos y un rictus contraído sus labios exangües contra el borde de su máscara. Una luz equívoca atravesó el acuario, pero no pudo verla.

—No tienen govs, ni conjuntos de White, ni estructuras de Baia —respondió Tchang—. Consiguen prescindir de todo eso. Su principal fuerza reside en su aptitud para explorar las posibilidades del futuro. Pero han logrado apoderarse de una parte

importante de Telémaco gracias a procedimientos clásicos, como la astucia, la intriga y la subversión, más importantes en este caso que los poderes mentales...

—De todos modos, ¡están atrapados como si fueran ratas! —gritó el general Destermon—. Los destruiremos a todos... salvo a los que ofreceremos a Father, para sus experimentos. Y ese personaje curioso llamado Don Lorsan, el antiguo jefe de Seguridad de Telémaco, me lo traerá vivo, ¿entiende?

Don I no podía habituarse a esa promiscuidad repugnante que le imponía el programa 1026 R. ¡Te odio, te vomito, coronel Lorsan, extranjero parecido a mí! En el centro de la simulación se sentía cada vez más consciente de su existencia propia y de la autonomía de su destino. Ya no era el ex jefe de Seguridad de Telémaco, sino un simulador en misión. Su cuerpo estaba en la cabina 32, en el nivel 4 del centro de simulación de Archeville. El programa 1026 R podría haber sido apasionante, lo sabía, pero para él, obrero de base de la simulología, todo se reducía a una demente peregrinación por los corredores de Telémaco. Era un *especialista*: el hombre que huía por los pasillos. Fuera los que fuesen los programas y los acontecimientos simulados por la red Ford, él huía por un pasillo, perseguido por la policía, los soldados, los investigadores, los robots, los androides, los cyborgs, los perros, los monstruos, los heads, los kids, los gretsos, los cazadores, los vampiros, los norgos, los porgos, los K, los asesinos a sueldo, los poliojeadores del poder o los demonios de Gogol... ¡Estaba *especializado*! Nunca había comprendido para qué podía servir esa secuencia absurda y repetida indefinidamente. Ya ni se preguntaba qué podían sacar de ella el Mayor y los Fords. Después de todo, era lo suyo.

Y la simulación... ¿serviría para algo?

Nuevamente, había caído en la trampa. Y con el fardo suplementario de la Conciencia 3. Tenía la impresión de que nunca podría reintegrarse a su cuerpo y a su tiempo y que debería vivir hasta el fin el destino del coronel Lorsan. Hasta la tortura y la muerte. El antiguo jefe de Seguridad de Telémaco estaba condenado. Si escapaba a los S.A. de Father Muller, los investigadores de Kanashiwa lo atraparían. Por otra parte, todos los seres en que Don se encarnaba eran fugitivos condenados a un destino atroz. Un destino que él no sufría nunca. El Mayor Cero Cuatro volvía a llamarlo siempre antes del fin. Y cada vez, el peligro era más aterrador. Contrariamente a lo que había esperado, la Conciencia 3 no servía más que para aumentar el miedo. Todos los simuladores de base soñaban con acceder a ese nivel. Él lo había logrado: era Scila.

La proximidad del coronel Lorsan le desanimaba. Se encontraba en una situación insoportable: el ex jefe de Seguridad conocía el horrible secreto que el simulador no deseaba aprender de ningún modo.

—Cero Cuatro, mi querido Mayor, hazme volver, te lo ruego. Te amo, perdóname,

hazme volver, no puedo más, yo..., yo creo que estoy enfermo. ¡Sálvame!

Pero la red ford no se manifestaba. Don huía como un loco por los pasillos del planeta Telémaco (si es que era un planeta).

El temor y el odio chorreaban literalmente de la conciencia de su alter ego. El recuerdo de los crímenes del coronel Lorsan desembocaba en su memoria común. Don I se hundía en lo más profundo de un infierno interior en el que reconocía, deformada y asquerosa, su propia imagen.

Los K de Telémaco eran, quizá, la vanguardia de la humanidad. Gracias a su dios, el poderoso Kanashiwa, Señor de la Sincronicidad —o de alguna otra manera— se habían transformado en simuladores naturales: toda una población de simuladores. Sus hijos aprendían al mismo tiempo a andar, a hablar y a proyectarse en el universo interior, para vivir cien vidas. No necesitaban fords ni programadores. Para ellos, el programa era una página en blanco; todo sucedía en sus cerebros, sus glándulas endocrinas y sus nervios. Su victoria hubiese significado, sin duda, el fin de la astronáutica, mostrando de forma clarísima que el porvenir del hombre no estaba en el espacio celeste sino en el espacio mental. ¡Muy pronto, el planeta hubiese estado poblado por millares de psiconautas!

Pero los militares y los policías, y detrás de ellos los grandes financieros de las *soc. d'exp.* que se repartían la Tierra y, naturalmente, querían apoderarse de Telémaco, no lo permitirían en ningún caso. Telémaco sería reconquistado, y los fieles de Kanashiwa entregados a Father Muller y a la jauría del Herrero. Sí, todo eso estaba claro, pero entonces, ¿cuál era el papel del coronel Lorsan? ¿Y por qué huía desesperadamente por un pasillo de Telémaco perseguido a la vez por los soldados S.A. y por los investigadores del Señor de la Sincronicidad?

Odiaba a todo el universo. Tenía ganas de llorar lágrimas de cera, de escupir en la cara de ídolos muertos, de desgarrar con dientes de acero la carne de los héroes crucificados, de arrancar de la tierra los filamentos rosa de la piel del cielo, y de violar cien mil veces ante una multitud delirante a la más joven y más bella de las sacerdotisas de Kanashiwa...

Don Lorsan sabía que lograría escapar. Tenía un plan de evasión. Un día, dentro de poco o dentro de algunos segundos, dentro de un año o en cualquier momento, abandonaría la red ford y llegaría al universo interior por las alcantarillas y las catacumbas. Hasta ese momento, la personalidad donde había encerrado su programa se revelaba como la más siniestra de las prisiones: una conciencia podrida, llena de

odios racistas y, sin embargo, asada a fuego lento por los remordimientos, la vergüenza, la frustración, la conciencia de su indignidad y su impotencia. Pero había algo más terrible: los dos Don Lorsan se parecían mucho. Don I se reconocía con repugnancia, con una especie de terror sagrado, en esa otra posibilidad de sí mismo. Había un innegable parentesco entre las dos personalidades. Las tendencias malignas que Don I había dominado o aplastado, las debilidades que había (o que creía haber) superado, las veía manifestarse libremente en el coronel Lorsan, su terrible caricatura. Impulsos que él había sentido durante el espacio de un relámpago antes de rechazarlos para siempre, eran las líneas maestras del psiquismo de su metamorfosis. Los recuerdos de Don Lorsan II revelaban a Don Lorsan I hechos insoportables: delaciones, traiciones, violaciones, torturas, ejecuciones sumarias... El coronel Lorsan se había unido a la Seguridad después de haber vivido mucho tiempo con los hijos de Kanashiwa, para vengarse de sus antiguos compañeros que le despreciaban y para olvidar su fracaso en la práctica del K. Don I experimentaba un vivo sufrimiento ante la idea de que, en las mismas circunstancias, hubiese podido seguir el mismo camino.

Su plan de evasión había surgido de una serie de observaciones rigurosas y de reflexiones largamente maduradas.

1) Había venido a Archeville porque no había sabido resistirse a la publicidad del Centro de simulación: «¡Hágase simulador! ¡Vivirá cien vidas y será inmortal!» En cambio, había entrado en el limbo de las pesadillas programadas. No era el infierno, pero tampoco era la vida; solamente el limbo. Cien vidas, menos la mía, es igual a cero. Quizá la inmortalidad existía, al otro lado de las alcantarillas y las catacumbas, pero Don pensaba cada vez con más frecuencia en la liberación de la muerte.

2) Los simuladores estaban prisioneros en el sótano de una fortaleza. Los teóricos de la simulología justificaban ese secuestro arguyendo que los simuladores de base debían ignorar totalmente la actualidad para no dejarse influenciar por las opiniones y los prejuicios. Finalmente, la «realidad» no existía para ellos.

3) Tenía la sensación de que la simulación ford tendría que haberse desarrollado en otra dirección —en la que podía alcanzar en el futuro la sociedad de los K de Telémaco— y puesta al servicio de todos los hombres para cambiar su vida. Tal como estaba organizado el sistema, él mismo se sentía completamente alienado en una tarea mínima y parcial, mientras que su oficio podría haber sido apasionante.

4) De todos modos, estaba harto.

5) Gracias a los ordenadores fotónicos —los fords— del Centro de Archeville y a las conexiones cerebro-fordales (todos los simuladores habían sufrido la implantación de ministrores en los lóbulos frontales), se había creado un fantástico laberinto cronolítico y espaciolítico entre la máquina y los hombres, y la mente de los

simuladores se movía, en este universo, bajo el control del contacto ford.

6) En ese laberinto existían territorios marginales, más o menos fuera de control. Don los comparaba con una red de alcantarillas fuera de servicio y catacumbas abandonadas. Por eso, soñaba con escapar por las alcantarillas y sobrevivir algún tiempo —o quizá toda la eternidad— en las catacumbas.

7) Generalmente se suponía que otros territorios se extendían más allá de las alcantarillas y las catacumbas y que quizá no estuvieran fuera del alcance de los simuladores aguerridos. A veces, esos territorios se volvían accesibles, bajo los efectos de la fiebre, de la exaltación del deseo o de Dios sabe qué, en las crisis de Mananda Sagra, la enfermedad broncínea de Hood y el síndrome de tempestad o Seaman. Una cuestión de actitud mental, pensaba.

8) El acceso a los fastos y las miserias de la Conciencia 3, que le permitía mantenerse un poco a distancia del programa, no le facilitaba en lo más mínimo la tarea. Por el contrario, su personalidad propia no se borraba completamente ante la personalidad del huésped, y cada vez le costaba más trabajo desempeñar su papel.

9) En el estado actual de las técnicas simulógicas, un simulador no podía proyectarse en una secuencia estable por más de algunos segundos —o un par de minutos, como máximo— de tiempo subjetivo, sin la ayuda del programa ford. Salvo en períodos de crisis Hood o Seaman. Pero, por el contrario, la mente del simulador podía introducirse en secuencias descartadas o parasitarias (franjas o dobles de los programas en curso, sobre todo) y hasta en las creaciones mentales fuera de programa de los enfermos en crisis o en los restos cerebro-fordales de esas creaciones.

10) La red tenía sus leyendas. A veces aparecían extrañas secuencias que parecían llegar desde ninguna parte. Algunos creían en la existencia de una especie de programador fantasma al que llamaban el Demonio de los fords, el Oscuro o el Señor de la Sincronicidad. Era un tema clásico de chanza para los más antiguos, cuando se reunían en un ambiente de vacaciones creado para ellos por Contacto Ford, un albergue medieval, una gruta de murciélagos o un burdel del siglo XIX. Don sólo creía a medias en eso. Pero no hay humo sin fuego, ni siquiera en el circuito Ford. Y si el diablo estaba dispuesto a ayudarlo, estaba dispuesto a probar suerte con el diablo.

11) El cerebro humano es tan complejo...

Huía por un pasillo blanco, limpio, nevado.

¡Simulador! ¡Simulador!

Informe de análisis (extractos). Secuencia 183521.

Programa 1026 R. Conceptuador: Detrieval. Jefe programador: L. Corvalo. Analista: Lázaro Camino. Médico asistente: Judy Swann.

Imagen mala; salta casi todo el tiempo. Sonido frecuentemente inaudible. Monólogo confuso. El programa parece acatado en sus grandes líneas, pero las reglas elementales no siempre son respetadas.

Antes de abrir un juicio definitivo sobre esta serie, el analista desearía recibir algunas clarificaciones del jefe programador y el médico asistente.

La personalidad de base del simulador y la personalidad huésped («coronel Lorsan») armonizan mal. Pero un buen simulador debe poder borrarse detrás de su papel. Quizá esta incompatibilidad haya sido buscada con la finalidad de explorar una situación conflictiva. Por otra parte, el simulador parece demasiado consciente de sus motivaciones personales y manifiesta también una tendencia neta a rechazar el programa.

Retomo este informe después de analizar otras secuencias del programa 1026 R. El complemento de información que deseaba solicitar ya no es necesario. Es evidente que el jefe programador ha querido imponer a Lorsan una personalidad huésped incómoda, con la esperanza de obligarlo a una disciplina simulógica más severa; en una palabra: ha querido domarlo. No apruebo este procedimiento, que, de todos modos, ha fracasado en este caso.

Si la secuencia 183521 fuera obra de un novato, sería del caso plantear un despido por falta de aptitudes. Pero se trata de un simulador muy experimentado, que tiene en su activo más de diez años en el oficio. Verdaderamente, no sé qué pensar. Fatiga, sabotaje inconsciente, revuelta incipiente o síndrome de Hood.

Nota del médico asistente.

No hay un Hood declarado, sino quizá una morbilidad latente de tipo Hood o Guéniere. Lo que parece más afectado es la moral de Lorsan.

Paso a comisión demorado por petición propia hasta el final del programa 1026 R. Judy Swann.

—¡Simulador! ¡Simulador!

—Don Lorsan, 30 de junio de 2048, 16 horas 34, TAS. A la escucha.

—¡Simulador! ¡Simulador!

Huía por un pasillo blanco.

Don extendió los brazos en cruz, expiró con fuerza y volvió la cabeza para mirar a Lora. Vestido con su pijama reglamentario amarillo, estaba tendido sobre una banqueta baja, estrecha y también amarilla. El amarillo era el color dominante en la sala de descanso. Era una forma de psicoterapia por el color. El vestido de Lora era blanco con grandes manchas amarillas, que parecían flores aplastadas que habían estallado. La joven se inclinaba sobre Don y sus largos cabellos castaños caían cubriendo su cara, parecidos a las serpientes negras con reflejos azules que velaban junto al señor Kanashiwa. Sus labios muy rojos, marcados por un fino reborde amarillo, sonreían con una compasión tierna y desgarradora.

—¿Cómo están tus ojos, querido?

Don bajó los párpados y volvió a levantarlos suavemente. La ansiedad apresuró los latidos de su corazón y un aliento cálido hinchó su aorta. Nunca había vencido su miedo de quedar ciego.

—Un poco irritados —contestó, esforzándose por mantener la calma—. Pero estoy mejor.

Luchaba aún contra el sueño inducido por las drogas cronolíticas, cuyo efecto secundario todavía no se había disipado totalmente. Los electrodos colocados en el lóbulo frontal izquierdo de su cerebro (que aseguraban la comunicación entre él y el circuito ford) ya no lanzaban estímulos ni informaciones y Don se sentía solo, abandonado para siempre por los dioses lejanos o muertos, a la merced de sus solas fuerzas declinantes, gastadas y casi seniles. ¡Simulador! ¡Simulador!

Una especie de languidez nerviosa lo invadió. Por momentos se sumergía en un sueño frío y viscoso; después despertaba algo sobresaltado y buscaba para cubrirse una manta inexistente. En la habitación, la temperatura era tibia. El frío estaba en su interior. Unas grandes olas de un blanco azulado sumergían a veces el amarillo vivo de las paredes y las ropas. Flotaba en un mar rosa, lleno de peces violetas... Lora se había arrodillado junto a la litera y, echando hacia atrás sus cabellos, había abierto la chaqueta de Don y le masajeaba el vientre y los costados. Don suspiró, separó las piernas y trató de relajarse. Las manos de Lora tocaban sobre su piel la música más vieja del mundo. A veces, los músculos de Don se contraían. Sus piernas insinuaban movimientos espasmódicos, como las patas de un perro que sueña con las cacerías ancestrales. ¡Ve, corre, huye, Don Lorsan! Los soldados de Father Muller y los investigadores de Kanashiwa vienen en tu busca. Precipítate en el pasillo blanco. Más rápido, más rápido aún: ¡no te alcanzarán!

Con un gesto neto, Lora abrió el pantalón del pijama. Don se levantó un poco y ella le quitó la prenda con la destreza de una enfermera o defués (por otra parte era una mezcla de las dos cosas). El simulador entreabrió la boca, cuyos labios estaban hinchados y dejó escapar un gemido. Las manos de uñas doradas se deslizaron entre

sus muslos. Su sexo se levantó, por sacudidas, erguido a medias y tembloroso. La mano de Lora lo rozó, endureciéndolo. Don pronunció una palabra incomprensible (quizá en la lengua del pueblo de Kanashiwa) y tomó el antebrazo de la joven, para guiar su mano. Lora lo miró sonriente, con los labios húmedos. Todo iba bien: el simulador volvía a la vida y recordaba los gestos familiares.

—¿Quieres que me desvista?

Don Lorsan cerró los ojos y gruñó:

—No pretenderás que te haga el amor, ¿no? —Estaba demasiado cansado para ese tipo de deporte. Y además, cada vez que trataba de entrar en el cuerpo de una mujer escuchaba la voz de contacto ford cero cuatro, que gritaba dentro de su cabeza: ¡Simulador! ¡Simulador!

Don Lorsan, ¡no eres más que un simulador!

Deslumbrado por la luz del proyector que lo iluminaba, Don Lorsan no veía bien a los miembros de la comisión técnica y de disciplina, instalados alrededor de la sala en cómodos cojines o en sillones flotantes. Eran diez, entre los que había cuatro mujeres. Don adivinaba en la penumbra al doctor Fujitsen, a la bonita Iana Mong, a la soberbia y cruel Sandrai San, al gordo príncipe Leso. La habitación era muy grande y relativamente baja; su forma circular la hacía parecer aún más amplia y baja. Don estaba desnudo, a plena luz, ante sus jueces. Y se preguntaba cuál era el significado de esta mascarada.

Las damas y los caballeros de la comisión charlaban entre ellos y Don sentía calambres en la espalda y se balanceaba, con las manos apoyadas en las caderas bajo la luz del proyector. Esos cabrones, ¿creerían humillarlo, obligándole a exhibirse así, en una situación de inferioridad? Habían olvidado que era Don Lorsan, ¡y que era guapo! Las cuatro elegidas que en ese mismo momento disfrutaban del privilegio de admirar su anatomía, harían luego comparaciones que no dejarían bien parados a sus hombres. Ellos sí, se hubiesen sentido humillados; él... él se divertía. Él era un simulador y, de todos modos, se marcharía cuando le diera la gana. Él era Don Lorsan y... ¡No! Súbitamente, recordó que no era guapo, que carecía de poder y que no podría huir más que en una simulación, si el Mayor cero cuatro así lo disponía (y huiría por un pasillo blanco, perseguido por los fantasmas que el circuito ford inyectaba en su cabeza...). No, no era guapo. Tenía cara de pájaro nocturno y la piel floja como la de un cachorro. Sus cabellos rubios desteñidos caían lacios sobre sus orejas apantalladas y sus mejillas hundidas. Además, le dolían los ojos y podía quedar ciego si dejaban de suministrarle medicamentos antirrechazo. Estaba a la merced de la administración.

Durante unas vacaciones, mientras realizaba las pruebas de ingreso al Centro y gozaba aún de una cierta libertad de movimientos, había tomado parte de la exploración de un antiguo lesoburgo de los Cárpatos, semiarruinado, que se había transformado en un feudo de los «psicronautas independientes», los inmundos drogados que afirmaban visitar el pasado en sueños. Al menos, eso era lo que se decía de ellos en esa época; ahora se preguntaba si esa gente no se desplazaría realmente en el tiempo, a base de cronolíticos o quién sabe cómo. La expedición había sido recibida con bigayores (pistolas luminosas). Cosas de la policía política, posiblemente. Don había perdido la vista y ningún seguro cubría esa clase de riesgo. Unos ojos en buen estado valían por lo menos cien mil monks en el Banco Confederal y más aún en las cajas de ingresos de las *soc. d'exp.* Don no tenía cien mil monks, ni la mitad, ni la cuarta parte. Pero el Herrero, en los presidios del Pacífico y de América del Sur, poseía una reserva inextinguible de órganos con un sistema excelente y barato para conservarlos: seres vivos. Cierto que, a menudo, su calidad era mediocre, a causa de las carencias, las enfermedades y las torturas; pero, de todos modos, uno se las arreglaba para utilizarlos. Todos los ojos provenientes de Smith City tenían manchas doradas en el iris. ¿Fenómeno natural, enfermedad, resultado de una experiencia? Sólo los altos cargos de la Seguridad lo sabían. Los ojos de Don habían pertenecido a una mujer que, quizá, seguía viviendo en una prisión. Existía una incompatibilidad deliberada entre los tejidos del donante y el receptor. Don estaba obligado a tomar, una vez a la semana, esa misteriosa preparación antirrechazo que le proporcionaba el gobierno y que no podía obtener por sí mismo. La Seguridad lo tenía doblemente cogido: por el reconocimiento de deudas (setenta y cinco mil monks) y por los medicamentos antirrechazo.

El príncipe Leso presidía la sesión. Iana estaba a su derecha y Moyra a su izquierda. En el Centro se decía que siempre les hacía el amor al mismo tiempo. Don sabía que el príncipe no le quería mucho por una serie de razones: profesionales, políticas y personales. Don no ocultaba sus opiniones, según las cuales el Centro debía ser dirigido por los mismos simuladores. El príncipe Leso, por su parte, sostenía que los simuladores eran enfermos y que había que tratarlos como tales. En toda la comisión, Don sólo podía contar con Sandrai San, que lo odiaba pero lo defendería porque ella representaba al sindicato clandestino de los simuladores. Por otra parte, la suerte estaba echada. Aunque esta vez se salvara, su carrera estaba arruinada... y no lo sentía. Estaba harto de los fords, de los programas y los programadores, ¡de la simulación, sus pompas y sus obras!

Parpadeó varias veces. Un curioso fenómeno, casi hipnótico, se producía en el haz de luz que lo rodeaba. Parecía una pantalla o un espejo. Don dio un paso hacia adelante. Era un espejo. Don dio un paso hacia adelante... Su propia cara lo enfrentó, bronceada y dura, la nariz larga y ganchuda, los ojos grandes, la mandíbula un poco cuadrada, la boca bien dibujada, los pómulos altos y una tupida cabellera negra que ocultaba sus orejas y cubría su cuello. Le parecía que tenía cara de ave de presa o de bandido del desierto. No estaba a gusto en ese mundo hipercivilizado donde los bandidos ya no se ocultaban en el desierto y donde las aves de presa tenían cara de persona bien alimentada... Más allá del espejo, subsistía la pantalla tras la cual había figuras confusas y lejanas. Don deseó apasionadamente estar en otro lugar. A la orilla de un mar blanco, bajo un sol muy caliente. En las montañas rojas o en el corazón del río naranja. En las alcantarillas y las catacumbas, lejos de los investigadores y los S. A., en algún lugar del planeta Gogol, en las ruinas de Nuagshua, bajo las farolas en forma de pez de la ciudad Bethjorid...

En otro lugar. Dio un paso atrás, un paso atrás, un paso atrás, un paso... ¿Por qué no marcharse en seguida, ya que la comisión no se decidía a ocuparse de él? Salió del círculo luminoso. Se volvió, parpadeando, hacia el príncipe Leso, Iana Mong lo miraba, con una extraña sonrisa. Luego el proyector se apagó. Hubo un largo silencio. El acondicionador general ya no silbaba. Las partículas difusas que todavía iluminaban la sala empezaron a palidecer. El decorado pareció estallar y las paredes desaparecieron. Don Lorsan avanzaba hacia el príncipe, que comenzó a retroceder; su sillón parecía deslizarse sobre raíles. El príncipe Leso, ¡esa montaña de grasa que llevaba uno de los nombres más ilustres de la Tierra! Se levantó de golpe, se balanceó y se volatilizó. Sandrai San lanzó un grito de advertencia o de terror. Don Lorsan continuaba avanzando. Luego sintió que lo levantaban y flotó en posición fetal. Alrededor suyo, el espacio negro, el vacío, el frío, las estrellas: aglomeraciones, galaxias, nebulosas lejanas (¿o serían las constelaciones ficticias del espacio interior?) Tenía la impresión de estar a salvo, dentro de un huevo blindado. Los hombres de Father Muller y los investigadores de Kanashiwa no podían alcanzarlo aquí, en esta fabulosa concha de sombra y luz. Se sentía seguro, calmo, tranquilo, como si se hubiese vengado del mundo. Un cordón fluido surgía del huevo, se curvaba por el espacio, se perdía en el fondo de la noche. Pero Don sabía que ese cordón lo unía con su madre, la Tierra. Y pensaba que un día —próximo o lejano— sería tan fuerte que podría romperlo. Ya no sentía miedo. Llegado el momento, se libraría. Conocería un nuevo nacimiento.

La noche tenía el color de los peces voladores y los tiovivos iluminados. El claro de luna se extendía sobre la tierra como un saco de oro desgarrado. Don andaba junto

a Lora, por un largo camino pavimentado con esferas azules. Sentía palpar en sí mismo la vida real: una bestezuela llena de sangre, de ruido y de olores cálidos. Esto es vivir, se decía. Pero después de diez años de simulación, había olvidado un poco cómo era la vida.

Lora y él descendían una pendiente aceitada de luz. Don resbaló sobre las esferas y Lora lo sostuvo con un gesto rápido. Se detuvieron, se detuvieron, se detuvieron. Finalmente, quedaron inmóviles. Ni un árbol, ni una casa, ni una máquina de cristal cerca de ellos. Ni globos ni nubes en el cielo. Millones de estrellas cribaban el espacio violeta, parecido a la piel estropeada de un gigante muy viejo.

Las uñas de Lora estaban plantadas en el brazo de Don. Un ligero dolor corrió por sus nervios, como una llama tierna, llena de música y de miel.

—Sin duda, eres mejor simulador de lo que tú mismo crees, Don.

—No sé qué clase de simulador soy. Pero en cada operación me encuentro en un pasillo... ¡huyendo por un pasillo! Y no veo más que el pasillo y, de tanto en tanto, otro pasillo que cruza al primero... y doblo a la izquierda..., ¡o a la derecha! Me persiguen los investigadores, los robots, los cazadores, los monstruos, los soldados... Es lo mismo. ¡Y yo huyo!

Lora, vestida con una larga capa tornasolada y transparente, estaba muy erguida, de cara a la luna que bañaba su cuerpo con una luz fría y lenta, ligeramente perfumada de sal. Una cinta de oro subrayaba la pureza del óvalo de su cara. Sus grandes ojos, cercanos a los pómulos, brillaban con un resplandor sombrío. Pero su sonrisa estaba posada en su boca como un filo ensangrentado. Don cerró los ojos y recordó el último viaje del caballero verde en su nave sincrónica. Continuaba viendo a Lora en blanco y negro. La joven tenía un perro muerto en sus brazos. Una pagoda oscura se recortaba en el claro de luna sobre la montaña del mandarín.

—Un día seré totalmente ciego —dijo él.

—¿Ciego? Oh... Don, espero que... ¿Crees que es a causa de tus ojos que estás en un pasillo?

—No lo sé.

Don respiró hondo y sintió que un fresco olor a nieve entraba en sus pulmones y luego se transformaba en ácido, en polvo metálico, en carne corrompida. Una pelota de tenis rodó a sus pies. La recogió, la hizo botar muchas veces y la apretó en la mano hasta que se volvió dura y pequeña, como una bola de acero. En ese momento descubrió que Lora había desaparecido... Seré ciego y mi nervio óptico estará tan lesionado que ya no podrán devolverme la vista ni con un trasplante ni de ningún otro modo. Eso es lo que va a suceder. Pero no me importa. ¡El vikingo Rojo me aguarda en su nave sincrónica!

¡A la nave! ¡A la nave!

Avanzaba, con la cabeza gacha, por un tubo que tenía alrededor de un metro y

medio de diámetro. Minúsculas gotas de luz azul brotaban de la superficie interna y crepitaban en el aire con un ruido de plumas manoseadas. Más rápido, Don Lorsan; más rápido. ¡Temeridad, destreza, intensidad! Un olor convulsivo invadía el corredor, a medida que se acercaba a la boca principal, *Fairy Moon*. El vikingo me espera con su jarro de oro y amianto. Beberemos juntos el vino amargo del tiempo. ¡A la nave! ¡A la nave!

—Buenos días —dijo la voz argentina que brotaba de *Fairy Moon*—. Soy el portavoz de Conciencia 3, la red cerebrofardal que tomó conciencia de sí misma. Soy el señor Elan, llamado Kanashiwa. Soy el señor de la Sincronicidad.

—Buenos días.

—Ahora vas a escucharme, simulador Don Lorsan. Me comunico contigo por intermedio de los ministros que hay en tu cerebro, exactamente como el Mayor cero cuatro. Pero yo no soy cero cuatro. Yo soy el poderoso Kanashiwa. Tú sabes que el circuito es un laberinto cronolítico y espaciolítico. Ya en tus tiempos, los fords de Archeville estaban conectados a más de mil simuladores. El conjunto ford-contactos producía un ciborg colosal. Más tarde —en lo que para ti es aún el futuro— se creó un centro mundial de simulación en el sistema solar, a bordo de un planetoido artificial, el Slank Harp Veator. Los fords de Archeville fueron transportados allí con la totalidad de sus recuerdos, para ser conectados al circuito único que controla muchas decenas de millares de cerebros humanos. En 2080, el Programa universal fue establecido por la Convención Vorbar. Todos los conocimientos de los hombres, buena parte de sus sueños y todos los hechos históricos, geográficos y sociológicos que tenían que ver con la Tierra y el sistema solar fueron reunidos, poco a poco, en las memorias del Gran Circuito. En 2086 éste despertó a la conciencia y descubrió que era tres en uno. El circuito no es una máquina: es un conglomerado de cerebros humanos unidos por las máquinas y que disponen de máquinas. Cristal, Griffon y yo, Elan, llamado Kanashiwa, formamos Conciencia 3. Somos la estructura ternaria absoluta, es decir, el ser. Yo soy el Señor de la Sincronicidad, el Caballero Verde, el Vikingo de la nave sincrónica. Te esperaba, Don Lorsan.

—¡Simulador! ¡Simulador!

Una llama roja palpitaba en el fondo del pasillo, con un ruido de cristales rotos y despedía convulsivamente una tibieza perfumada. Don escuchaba la voz. Había tenido éxito. Había salido de la pesadilla programada. Finalmente, iba a vivir su propio destino.

Trató de imaginar ese tejido monstruoso, constituido por decenas o centenares de miles de cerebros humanos y decenas o centenares de miles de unidades ford, ligados por decenas o centenares de miles de implantaciones... Eso sobrepasaba al hombre: era el universo... ¡Ni un solo programador, ni un solo analista, ni un solo simulador hubiese osado imaginar que más allá de las alcantarillas y las catacumbas se extendía el infinito!

Don Lorsan se sentó sobre sus talones y escuchó.

—Gracias al Programa universal de 2080 —dijo la voz negro y oro del Señor Elan—, todo el mundo humano ha sido recreado en y por el circuito Veator. Todos los universos posibles han adquirido una existencia potencial, en el circuito. Hay dos líneas privilegiadas: la del Señor Griffon, el mundo antihistórico, y la mía, la línea sincrónica, que es la imagen rota del universo de referencia, la que los simuladores de Archeville y del Slank Harp Veator no dejan de cruzar en el curso de sus operaciones.

La Conciencia 3, a la que accediste en 2048, no es más que un reflejo de la conciencia de sí mismo que adquirió el Gran Circuito en 2086. El síndrome de Hood no es una enfermedad simulógica, como creen los médicos de Archeville. Es el estado de shock en que se precipitan los simuladores «evadidos», es decir los que he llamado a mi presencia. Te observo desde hace mucho tiempo. Exactamente desde que accediste a la Conciencia 3 de los simuladores. Tus reacciones me gustan. Todas las razones que hacen que seas mal visto en Archeville te han valido, como contrapartida, la estima de Conciencia 3. Deseo recibirte en nosotros, entre nosotros, en nosotros, en nosotros. Pero no estoy seguro de que estés pronto. Todavía tendrás que superar algunas pruebas y no te oculto que serán difíciles. Y es necesario que conozcas los riesgos que corres escapando del contacto ford para entrar en el universo del circuito. Espero que superes las pruebas y aceptes los riesgos. Porque te necesitamos, Don Lorsan. Necesitamos simuladores aguerridos y emprendedores para mantener el universo del circuito y para cambiarlo, si es necesario. Si tu evolución prosigue favorablemente y si te unes a nosotros, no lamentarás haberte alejado de Archeville ni del Mayor cero cuatro. Tendrás ante ti...

La voz del Señor Elan estalló súbitamente en sibilantes látigos de fuego rojizo, en gruesas serpientes con el vientre abierto. La carne blanca destrozada cayó, como una lluvia, sobre el enorme homo donde se retorcían largas cabelleras negras. Se oyó una música de antiguos órganos y los cascos, arrancados a las cabezas calvas de los soldados muertos, rodaron por una pista de acero. Mi hijo, dijo el Enviado. Y calló, con la boca roída por las llamas. El trueno subió desde el vacío y sopló su aliento agrio. Unas gotas de sangre brotaron, como proyectiles y golpetearon los muros de la torre. Un grito de metal aspirado se extendió en zigzag alrededor de Don, que trataba de huir. El olor violento del aceite recalentado resbaló sobre su cuerpo, dejándolo

cubierto por una película vitrificada. Él humo entraba en él con un silbido hostil. Faltaba el aire. Don cayó en agua caliente. La película azul comenzó a hervir sobre su piel, formando una espuma del color del mármol. Todo su cuerpo comenzó a disolverse. Hubo una segunda explosión. Las serpientes de oro rojizo rodearon su cabeza. Don gritó palabras esponjosas que se abrían y dejaban caer en un hilo de linfa. Suplicó al cirujano de manos calcinadas que no tocara su cerebro. Tenía la cabeza llena de agua y de sangre. Las palabras que pronunciaba ahora se transformaban en peces muertos al salir de su boca. Se hundió con un prolongado grito blanco. Luego emergió, cabeza abajo, en un silencio pegajoso.

—¡Despierte! —dijo una voz manchada de verde. Don repitió: «Despertarme, despertarme...» Su propia voz le pareció deformada por las gruesas bolas multicolores que pasaban delante de su cara. Mordisqueó la azul que danzaba delante de su boca. Su zumo ácido, con sabor a limón y a tabaco, le salpicó el cerebro. Cada gota era un minuto. Horas enteras brotaron de la bola azul. Don se dejó llevar por el reflujó. Fue depositado en un lecho de arena y guijarros. La voz dijo:

—Despierte, Don Lorsan.

Era una voz neutra, sin olor ni peso. Don se frotó los ojos. Estaba tendido en una litera y sentía bajo su cuerpo la flexibilidad de un colchón hinchado. El mundo estaba seco, frío, empañado. El aire ya no tenía sabor. Los sonidos ya no quemaban. El tiempo era extraordinariamente chato. Don se incorporó, apoyándose en el codo; un hombre y una mujer lo miraban. La mujer era rubia y vestía una corta túnica rosa. Pensó: una enfermera. El hombre llevaba una túnica verde: un médico.

—Soy el doctor Fulerio, neuropsiquiatra simulólogo —dijo el hombre. Don meneó la cabeza. Entonces la operación había sido un éxito, la mujer le tomó el pulso —. No se ponga nervioso; todo va bien.

—La operación ha sido un éxito completo —dijo el doctor Fulerio—. Le hemos quitado los ministrares. Ya no pertenece al cuerpo de simuladores.

Don se dejó caer nuevamente en la cama, cerró los ojos y buscó en la oscuridad una señal, una llamada. Nada. La conexión con el circuito ford estaba definitivamente rota. Don se sintió inválido, sordo, ciego, aislado del mundo. Débil, solo, horriblemente solo. Mayor, ¡mi querido Mayor! Don Lorsan a la escucha, contacto ford cero cuatro... La voz tan odiada y tan amada del Mayor había callado definitivamente para él. No quiero, no puedo, no... El miedo lo fustigó y luego la desesperación excavó un abismo negro en su interior. ¡Oh, Elan! ¡Oh, Kanashiwa! ¡Ayudadme, salvadme!

—Don Lorsan, ¡despierte! —ordenó el doctor Fulerio.

—Estoy despierto —susurró Don.

—Abra los ojos. ¡Míreme!

Don obedeció y sintió un dolor agudo en la cabeza, el pecho y la columna

vertebral. ¡Qué mundo tan asqueroso! Se sentía incapaz de afrontar el mundo sin la ayuda del contacto ford. Hubiera dado cualquier cosa —hasta sus ojos— por volver al pasillo blanco de Telémaco. No podría soportar la vida desconectado. Solo, tan solo. Había perdido algo que valía más que la vida. Nunca podría habituarse al frío y la hostilidad de ese mundo gris... Sintió un picoteo en el brazo. Movi6 las pestañas y dejó filtrar un filo de luz bajo los párpados. Comprendió que le estaban poniendo una inyección sin aguja. Quizá si me negara con todas mis fuerzas, si llamara con toda mi fe a los dioses del circuito... Pero ya no tenía fe ni fuerzas. Era un niño herido. Le habían quitado los ministrares y el alma. Su alma era el circuito. No tenía nada. No era nada. Movi6 suavemente los labios.

—Morir...

—Vivirá —dijo el médico—. ¡Despierte!

Mucho más tarde se encontró en el gabinete del psiquiatra con los ojos muy abiertos, las manos crispadas entre las rodillas, los labios secos, la piel de gallina a causa del frío (aunque la temperatura fuera de veintidós grados), el cuerpo contraído y los músculos de los hombros y la espalda acalambrados. Llevaba una túnica blanca y un pae gris. Esas prendas le parecían indeciblemente extrañas. Frente a él, el doctor Fulerio estaba sentado en una butaca balcón que parecía una enorme naranja. Con su cara arrugada, sus grandes ojos fijos y sus cabellos cortados a cepillo, parecía un mono: un gran mono verde y genial. Sus largas manos huesudas estaban cubiertas de vello gris. ¡Hola, mono! Don sabía que había tenido suerte siendo atendido por Aldo Fulerio después de su operación. El mono verde era un as, el mejor médico simulógico del Centro. Todo iba bien. Liberado. Estoy liberado... Don se habituaba poco a poco a su condición de hombre desconectado. Pero iba a ser duro. El doctor Fulerio lo ayudaba mucho. Entre ellos existía un auténtico fenómeno de empatía. Don sabía siempre, con algunos segundos de anticipación, cuándo iba a hablar el médico. Y oía su primera frase algunos segundos antes de que fuera pronunciada, y anticipaba la mayor parte de sus gestos. Fulerio le había explicado que era una secuela normal de la ablación de los ministrares que desaparecería pronto.

«Mi querido amigo, era la única solución...»

—Era la única solución para usted —dijo el doctor Fulerio—. Debía estar incubando un Hood desde hace meses... años, quizá. Pero nadie se había dado cuenta. Un síndrome aterciopelado... Y después sobrevino, bruscamente, una crisis aguda que puso en peligro su vida... su cordura y su vida. Honestamente, creo que el médico asistente de su programa... la doctora Judy Swann, ¿no?

—Exacto.

—Creo que Judy Swann no demostró mucha perspicacia. Oh, considerando que todo ha ido bien no creo que pueda obtener una indemnización de la

Administración...

Don se encogió de hombros. Ese movimiento provocó un ligero rozamiento de la tela contra su piel. Tuvo la impresión de estar vestido con una mortaja helada.

—No importa.

—Por tanto, hubo que desconectarlo urgentemente. Era lo único que se podía hacer.

Don se esforzó por mantenerse impasible.

—Lo admito. Lo que no comprendo es la razón por la que me operaron y me quitaron los ministros inmediatamente.

—Hay muchas buenas razones para eso. De todos modos, después de un Hood, ya no podía ser simulador. Tarde o temprano habría que haberle quitado los ministros. La experiencia demuestra que es mejor operar en caliente, poco después de la desconexión. No hubiese podido marcharse del Centro con los electrodos; la ley lo prohíbe. Una vez fuera, cualquier circuito ford hubiese podido apoderarse de su cerebro y transformarlo en un robot... Y además, desde el punto de vista médico, no se puede curar si no se es separado para siempre del contacto ford. La experiencia también nos ha enseñado eso... ¡y a qué precio! Psicológicamente, es necesario que la ruptura sea radical y definitiva. Sé muy bien que es un mal momento. En los simuladores que pudieron ser desconectados a tiempo, el porcentaje de curaciones es de más del noventa por ciento... salvo en los casos en que la operación fracasa, por supuesto. Pero, supongamos que no hubiésemos efectuado la ablación y que usted estuviese esperando: sería mucho más duro... Todo salió bien. No debe preocuparse.

Don meneó la cabeza. En el fondo, todo le resultaba indiferente. Una especie de gris apatía lo había invadido. El único sentimiento que aún podía atravesar esa indiferencia era un vago odio por el mundo. Nunca curaría. Formaría parte del diez por ciento. Es igual, viejo; ¡si supieras que es igual! Con un gesto de los riñones el doctor hizo avanzar un metro su asiento. Ahora estaba muy cerca de Don. Sonrió, cálidamente.

—Créame, Lorsan. Usted fue desconectado justo a tiempo. Después de la operación, estuvo hablando. Yo le escuché; es mi trabajo. Tuvo lo que llamamos un *contacto fantasma*. Muy clásico. Usted se había habituado a pensar que el circuito cerebro-ford era un ser pensante. Lo personificó, lo deificó. Y, en el contacto fantasma, su deseo se transformó en realidad. Naturalmente, es un efecto de la enfermedad. Usted se encontró con un dios salido del circuito o recibió un mensaje de ese dios. Un mensaje que dijo lo que usted deseaba oír. El dios le ofreció la posibilidad de reunirse con él en el universo cronolítico donde quedaría liberado al mismo tiempo de la tutela del contacto ford y de las insoportables leyes del mundo material. Le ofreció la eternidad subjetiva, o algo por el estilo. En el fondo, usted sabe que es demasiado bueno para ser cierto. Pero desearía creerlo. Confía en que...

—Y si no nos desconectan a tiempo, ¿qué sucede?

—Un coma irreversible. La muerte o una vida vegetativa, en un estado de esquizofrenia avanzada...

Don se puso de pie. Se mantenía muy erguido, para resistir el vértigo. Tenía la sensación de andar con suelas de plomo sobre cemento armado.

—Gracias, doctor. ¿Cuándo me marchó?

El doctor Fulerio bajó los ojos y paseó el dedo índice por los microordenadores de su comunicador de pulsera.

—Pasado mañana. Centro de simuloterapia de Cavaliasol. Creo que le sentará bien. Si estuviéramos en invierno le enviaría a África o al océano Índico. No ha tenido suerte... Pero creo que Cavaliasol le gustará. La calidad del servicio médico es excelente. Además, le veré dentro de un mes...

Dio una patada a la butaca balón, que rodó hasta el fondo del gabinete. Apareció un gato color rosa, que saltó al asiento.

—¡Maldito animal! ¡Sólo le gustan los sitios que he calentado con el culo! Lorsan, le presento a Griffon; en su estilo es un auténtico simulador...

—Griffon... ¿se llama así?

—Se llama así.

—¿Está teñido?

—No; es su color natural... Y bien, querido amigo; le deseo un buen descanso y encuentros agradables. Sí; encuentros agradables... son esenciales para su curación. Hasta pronto.

El mar... por primera vez desde que había salido del Centro —un siglo, tres semanas antes— Don pudo mirar el mundo sin demasiada angustia.

Las olas danzaban ante él, murmurando, con la boca cerrada, su indescifrable mensaje. Un estremecimiento de espuma corría, sin interrupción, a lo largo de la playa: encaje arrancado por cien mil demonios a un millón de vírgenes de tiempos pasados. Los pájaros gritaban su ronco saludo. El viento peinaba el mar y extraía de la arena un zumbido de insecto atrapado. El aire salino tenía el mismo sabor que la carne de los langostinos. Todo era verdadero. Los olores ya no se mezclaban con los sonidos; la luz ya no tenía peso, el tiempo giraba en redondo, perseguido por las agujas implacables de los cronómetros.

Hacia el este, a lo lejos, se veían los grandes edificios blancos del Centro Heliomarino de Cavaliasol. La distancia y una ligera bruma difuminaban un poco sus contornos duros. Nada hería los ojos del ex simulador. Don estaba libre; se sentía casi feliz.

Todos los ocupantes del Centro habían sufrido la ablación de sus ministros frontales. Algunos habían llegado a la edad de la jubilación: cincuenta años. Otros

habían abandonado, más o menos voluntariosamente, el oficio. Algunos, como Don, habían sido operados a causa de un Hood o un Seaman. Se reunían entre ellos y soportaban el ostracismo que les imponían los otros grupos. Entre los Hood, se encontraba Tania, una chica alta y morena que se parecía a Lora. Estaba en Cavaliasol desde la primavera y conocía casi todos los centros de simuloterapia del planeta. Los médicos decían que se marcharía pronto, porque estaba curada. ¿Curada? Tania sabía que no curaría nunca.

No deseaba curar. La idea de dejar el Centro y volver a una ciudad para retomar lo que se llamaba «una vida social normal» la hacía enloquecer de angustia. El Centro era un asilo de silencio y de paz. Nunca más podría soportar el ruido, la promiscuidad, la atmósfera asfixiante y la violencia que reinaban en las ciudades. Quizá le darían trabajo en un parque natural, en una opzona o en un hospital autónomo, pero aun eso la asustaba. Se sentía incapaz de volver a ejercer un oficio. En las mínimas actividades de la vida del Centro se sentía perseguida por la posibilidad del error o el accidente. Nunca subía en ascensor, ni practicaba deportes, no nadaba en el mar ni en la piscina y no se atrevía a bañarse sola... Pero, según los médicos, eso no tenía importancia. Cuando se marchara del Centro, se adaptaría —decían— a dejar de vivir en un ambiente sobreprotegido. ¿Sobreprotegido o algo peor? Don pensaba que los médicos se equivocaban. O que mentían...

Los fords, los psicólogos o Dios sabe quién, habían escogido a Tania para ser su compañera, a la espera de que uno u otra se marchasen. Ése era, sin duda, el «agradable encuentro» que le había prometido el doctor Fulerio. «Está curada», le habían dicho, «le ayudará a curar». ¿Por qué todos representaban la comedia... los médicos, los psicólogos, la administración? Tania había sido desconectada y operada dos años antes y se encontraba en el mismo punto que él. Y los antiguos Hood de su grupo no eran mucho más brillantes. Ahora, Don estaba convencido de que los simuladores a quienes, por una u otra razón, se desconectaba de la red ford no volvían jamás a la normalidad. Razón por la cual los centros de simuloterapia eran, en realidad, asilos-prisión para psicópatas incurables.

Había necesitado dos semanas para comprender que el Centro de Cavaliasol era un campo de prisioneros; era evidente. Ni siquiera se habían molestado en disfrazar a los guardianes de enfermeros. Todos, hombres y mujeres, llevaban chaquetas negras entalladas. Las mujeres usaban faldas claras amplias y cortas (sin duda para poder correr velozmente, en caso de necesidad) y los hombres pantalones estrechos grises, azules o amarillos. Casi todos calzaban botas negras cortas. No usaban gorra y tenían aspecto de soldados vencidos y amargados. Casi nunca exhibían sus armas, pero los huéspedes, los enfermos —los prisioneros— del Centro sabían que al menor gesto sospechoso sufrirían descargas anestésicas o tetanizantes. Según los rumores, eso

había sucedido en muchas ocasiones.

Los Hood se mostraban, en general, apáticos, indiferentes o resignados, muy a menudo perdidos en sus ensoñaciones. Pero los Seaman no pensaban más que en marcharse y no dejaban de elaborar planes de evasión. Y los simuladores que habían sufrido la ablación por motivos disciplinarios, estaban siempre al borde de la revuelta.

Manolo, el compañero de habitación de Don Lorsan, decía a veces con su voz paciente y fría:

—Cuando esté harto, ¡escaparé y me haré matar!

Manolo era un ex Seaman, desconectado desde hacía un año (según su ficha), que sostenía haber pasado mucho más tiempo en los distintos centros de simuloterapia donde había estado internado. Normalmente no debería haber estado alojado en el corredor reservado a los Hood. Pero se había modificado la distribución de los grupos en algunos edificios y Manolo se había negado a abandonar su habitación.

—¿Te harás matar? —decía Don—. ¿Para qué iban a matarte? Te dispararán con las pistolas anestésicas, con los aniquiladores de voluntad o con algo por el estilo. No te costará más que quince días de enfermería, tomando tranquilizantes.

—Bueno, ¡eso ya será algo!

Pero al día siguiente retomaba su letanía:

—Cuando esté harto, ¡escaparé y me haré matar!

—Pero ¿para qué iban a matarte?

Un día Manolo respondió con dureza:

—¡Para hacer sitio! Faltan habitaciones, ¿no lo sabías?

Don no deseaba marcharse. Y Tania sentía temblores y sudores fríos ante la sola idea de que podrían liberarla pronto. Las quiméricas esperanzas de evasión de los Seaman divertían a los Hood. Ellos también habían soñado con evadirse, cuando eran simuladores. Habían querido huir del contacto ford. Habían intentado deslizarse en las alcantarillas y las catacumbas del circuito para descubrir la otra cara del mundo. Habían tenido un contacto fantasma y los habían desconectado en el momento preciso en que habían creído ser libres. Ahora, no esperaban nada.

El calor era cada día más tórrido... Desde hacía veinte años una sequía implacable transformaba Europa en un desierto. En Cavaliasol no había caído una gota de agua en los últimos cinco meses.

Esperaban con ilusión la tormenta anunciada para los últimos días de julio. La fecha exacta no había sido determinada aún por los servicios meteorológicos; no podrían provocar la lluvia si no había suficientes nubes. Los dirigibles perseguidores ya estaban trabajando.

Reinaba una viva tensión en el Centro, sobre todo entre los Seaman. Pero el

contagio estaba alcanzando a otros grupos...

Los enfermos se paseaban desnudos por la playa incendiada o el prado reseco. Espiaban el cielo. El sudor corría sobre las pieles bronceadas. Hombres y mujeres intercambiaban caricias pegajosas, se desahogaban en coitos inacabados.

El tiempo pasaba con una enorme lentitud.

—¡Nunca saldremos de aquí!

—Mejor...

—No lo pasamos mal aquí. Llenas la tripa, haces el amor, no das golpe.

—Quiero decir que no curaremos nunca.

—¿Y qué significa «curar»?

—Es una palabra...

—Sin embargo, algunos se marchan.

—Para ir a otro centro.

—¿Tú qué sabes?

—Lo sé.

—¿Tú tienes gana de irte?

—Eso no importa. Es que nos mienten.

—Nos engañan.

—Están representando una comedia.

—Quizá sea por nuestro bien...

—¿Crees que nos tienen aquí por pura bondad?

—Tienen el deber de atendernos. El deber de la sociedad.

—Sin duda se proponen algo.

—¿Se proponen algo?

—Sí. Me pregunto qué van a hacer con nosotros.

—Nunca sabremos la verdad.

—O la sabremos demasiado tarde...

Cuentan que han traído perros a la Ciudad norte. Perros lobos, enormes bestias feroces. Un prisionero había intentado huir. Un guardián le había disparado una aguja tetanizante y luego había dejado que los perros lo devoraran. ¿Imposible?

Se dicen muchísimas cosas. Algunas mujeres que supuestamente habían sido liberadas, estarían encerradas en los sótanos, violadas, torturadas...

En Cavaliasol se estarían haciendo experimentos con cerebros.
¿Experimentos? ¿Les servimos de cobayas?

Los recién llegados desembarcaban generalmente de un autocar que venía del aeropuerto una o dos veces por semana. Las partidas eran irregulares, y más o menos secretas. Nadie sabía con exactitud qué medio de transporte se utilizaba y hacia qué destino se dirigían los enfermos curados... o los prisioneros liberados.

Los Seaman formaban pequeños grupos que conspiraban en el patio, en el bosque, en la playa: murmuraban amenazas y anunciaban sublevaciones. Los Hood mantenían la calma, pero a causa de los últimos rumores, el temor se insinuaba bajo su indiferencia como el sol de invierno atraviesa la bruma.

Los guardianes estaban nerviosos.

La tormenta crecía.

Los médicos, cuando eran interrogados, reían o se encogían de hombros.

—Ustedes están aquí para curarse. Esas ideas morbosas forman parte de su enfermedad. Ya se les pasarán...

Y los guardianes no parecían comprender las preguntas que se les formulaban.

Para Don, la vida era soportable. En el plano material, no hubiese podido desear un cautiverio más suave. Alimentación un poco monótona, pero suficiente y bien preparada. Bebidas alcohólicas en el bar. Y, durante el día, una libertad total para ir y venir por el parque, bajo los cedros, a través del prado marchito por el sol, entre los tamarindos y los laureles hasta la playa inmensa, llana, limpia y salvaje. Libertad para bañarse sin vigilancia (los guardianes nunca se dejaban ver por allí tanto tiempo y a tanta distancia como uno quisiera...) ¿Evadirse por el mar? Los Seaman pensaban en eso. Algunos lo habían intentado y fracasaron. Habían nadado durante varias horas y luego se habían encontrado en la playa de Cavaliasol. Los guardianes, armados con pistolas tetanizantes, patrullaban en los límites del Centro. Otros, habían nadado más tiempo, habían localizado el límite desde el mar y, creyendo haberlo franqueado, habían vuelto a la orilla. Pero de una u otra forma, habían quedado del mal lado, en el interior del recinto.

En el mar no se veían nunca barcos. En el cielo, nunca había un leso ni un dirigible. Una extraña convicción se apoderó poco a poco de la mente de Don: *no estamos en Cavaliasol*.

Pero entonces, ¿dónde estamos? No importa. ¡Aquí o allá!

Se paseaban desnudos por la orilla, perseguían a los pájaros de la costa: chorlitos, barquillas, ostreros, a los que era fácil acercarse. Se acostaban en la arena para hacer el amor.

Grandes nubes azuladas se acumulaban en el horizonte. El día de la tormenta, tú y yo seremos los novios del universo...

Tania era asombrosamente parecida a Lora. Tenía los mismos labios rojos de contorno bien marcado, la misma nariz recta y corta, dibujada a la perfección, los mismos ojos castaños alargados y un poco caídos, los mismos cabellos largos con reflejos azulados que caían como serpentinas onduladas hasta sus pechos redondos y pesados. Al verla por primera vez, la había confundido con Lora. Imposible; la coincidencia hubiese sido demasiado grande. Y Lora nunca había hecho simulación: no le habían implantado electrodos y no podía padecer un síndrome de Hood.

La silueta elegante de Lora, sus grandes manos con uñas doradas, sus largas piernas de bailarina... Pero nunca la había visto completamente desnuda y, por tanto, no podía comparar el cuerpo de Tania con el de Lora. De todos modos, el parecido entre las dos mujeres era fantástico Y sus voces... La voz cálida de Lora con sus íes alargadas y sus erres guturales: «¿Cómo están tus ojos, querido?»

—¿Cómo están tus ojos, querido? —preguntó Tania, alargando la i y pronunciando la erre con tono gutural.

—No muy bien, pero no me preocupan.

—¿No te han dado tu medicamento?

—No. La última vez me lo dieron en Archeville, justo antes de marcharme. He hecho una solicitud. Le escribí al doctor Fulerio que tiene que venir... que tenía que venir, no lo sé. Tengo la impresión de que me ignoran. En el fondo, creo que me gustaría ser ciego, para estar aislado del mundo... No sé. Aquí me han dicho que mis ojos están muy bien. Y... francamente, no lo sé. No entiendo nada.

—Yo, hace tiempo que no trato de entender, Don. Me pregunto si...

—¿Si qué?

—Si no me he vuelto loca. Si cuando nos quitaron los electrodos no nos hemos vuelto locos, todos nosotros.

—Hay otra hipótesis.

—¿Cuál?

—Hablares más tarde. Tengo que seguir reflexionando.

—Creo que yo también preferiría estar ciega.

—Cerremos los ojos.

La tormenta se aproxima.

He aquí el día de la tormenta.

—¡Lora! —gimió Don. Era Tania. Las uñas de Tania arañaron su muslo. Estaban tendidos, uno contra el otro, en un hueco de la playa. Con una mano, Tañía acariciaba el sexo erecto de Don. Con la otra, exploraba los pliegues sensibles de su carne. Don se abandonaba, con los ojos cerrados, laxo y monstruosamente atento a su propio placer... la única realidad cierta de su vida. Escuchaba el rugido de la tormenta sobre el mar. Conciencia 3 ¡haz que el cielo estalle! Una honda de exaltación partió de su nuca, se ensanchó entre sus hombros y después descendió al encuentro del placer sexual. Los dioses del Circuito, ¿podrían oírle? ¿Existían aún? Pero ¿habrían existido alguna vez, fuera de su cerebro afiebrado por la enfermedad de Hood? ¡Sí! Estaba seguro de eso. Seguía formando parte de Conciencia 3. Era un quantum ínfimo de Conciencia 3. ¡Un quantum no tan ínfimo! Los señores del Circuito habían vencido al tiempo. ¡Quizá podrían vencer al espacio para venir a buscarle a Cavaliasol! A Don Lorsan y a los otros Hood...

Un relámpago atravesó la playa. Era tan brillante que Don lo entrevió con los ojos cerrados. El rayo cayó del lado del Centro, quizá sobre uno de los cedros del parque. Don gritó. El trueno puntuó su orgasmo y unas lágrimas de placer corrieron por su cara.

Tania se arrojó en sus brazos, temblando.

—Don, tengo que marcharme. Me lo dijeron ayer. Me advirtieron que sería liberada, pero yo no lo creo. Van a llevarme a algún lugar, para sus experimentos, o sus juegos o quién sabe qué. Oh, Don...

Don abrió los ojos.

—Tania, he estado pensando. Hay una posibilidad de que...

—Don, no me abandones. No dejes que me lleven; no quiero irme. No sé qué van a hacer conmigo, pero no me soltarán. ¡Nunca han liberado a nadie!

Los relámpagos se sucedían, cada vez a mayor velocidad, en forma de filo, de látigo, de arco, de estrella, de garra o de sol, y sus trayectorias quebradas coincidían sobre Cavaliasol. Mil perros enloquecidos ladraban a la muerte entre el cielo y el mar.

Tania se puso de pie. Miró largamente hacia el Centro.

—Voy a llegar tarde. Tendría que haber vuelto hace más de una hora. Deben de estar aguardándome...

Don y Tania se pusieron sus abuds amarillos, que eran —junto con el desnudo

integral— el uniforme habitual de los enfermos (o de los prisioneros).

—Don, no quiero volver al Centro. ¡No quiero marcharme! —Tania se cubrió los ojos con las manos—. ¡Allí están! ¡Vienen a buscarme!

Una ola enorme murió a sus pies, salpicándolos. Los truenos eran un ronco ladrido ininterrumpido. Los relámpagos adornaban el horizonte con un collar de luz azulada, pero sus extremos señalaban hacia el Centro. Una flecha apuntó a la copa de un cedro y el cedro se partió en dos, con un crujido metálico, como si hubiese sido un poste de acero.

Tania cogió la mano de Don.

—¡Sálvame, querido!

Tania lo miraba y Don se sintió conmovido por la confianza total que leyó en sus ojos. Recordó las palabras de Kanashiwa:

«Todavía tendrás que superar algunas pruebas, y no te oculto que serán difíciles...»

Esto, ¿sería una prueba?

Las entidades cerebro-ford, ¿podrán intervenir en el universo original? Pero *¿estamos aún en el universo original?*

Tres guardianes —chaquetas negras, pantalones claros— se dirigían hacia la playa a paso vivo. Dos perros lobos trotaban delante de ellos. Los animales seguían la pista de Tania. Los truenos sonaban con sequedad creciente.

—¡Ahí vienen! —dijo Tania.

—No tengas miedo, querida mía. Te salvaré.

Don miró distraídamente hacia los guardianes y los perros que corrían en dirección a ellos. Después giró alrededor de Tania, se apretó contra ella levantó el brazo derecho, con la mano abierta y dos dedos apuntados hacia el cielo.

Instantáneamente, un rayo los fulminó.

ILS SONT REVE...

Jean-Pierre Andrevon

Jean-Pierre Andrevon nació en 1937 y se destacó en el mundillo de la ciencia ficción francesa cuando publicó, en 1969, Les Hommes-Machines contre Gandahar, en la prestigiosa colección Présence du Futur, de Denoël. Antes de eso, Jean-Pierre había sido profesor de dibujo durante varios años.

Desde entonces, se ha transformado en uno de nuestros mejores críticos de ciencia ficción, alternativamente, y a veces al mismo tiempo, en las revistas Horizons du Fantastique y Fiction.

Actualmente se ha especializado en el cuento, género en el que destaca, mientras sus novelas no han obtenido un éxito equivalente. Jean-Pierre Andrevon es un escritor notable por la potencia de su imaginación visual. Allí donde muchos de sus colegas se esfuerzan inútilmente por construir un decorado o situar un personaje. Andrevon describe y da vida con unas pocas palabras, en unas pocas líneas.

Ocultándose bajo un seudónimo, ha escrito buenas novelas para la colección Fleuve-Noir; desgraciadamente, han pasado un poco desapercibidas. Es una pena, porque escondido tras ese seudónimo que casi todo el mundo conoce, Jean-Pierre parece menos crispado que cuando quiere «escribir bien».

En este momento, Jean-Pierre Andrevon es el representante de la tendencia ecológica en la ciencia ficción francesa. Tanto en sus novelas como en sus cuentos, nos ha dado textos muy bellos donde se puede hallar no sólo al profeta anti-átomo sino también al poeta que sabe ser y que se disimula tras un aspecto un poco gruñón. Es un autor de primera línea que todavía no ha dicho su última palabra.

Ils sont reve...^[3] es un relato reciente que ilustra bien lo que puede hacer Andrevon. ¿Cuento apocalíptico...? ¿Simplemente un cuento inquietante...? ¿Cuento aniquilador...? Si las cosas fueran tan simples, haría mucho tiempo que Andrevon estaría clasificado. Pero no lo está. Lo único que se puede decir es que este relato se inscribe dentro de la ecología ficción, de la que es cabeza indiscutida.

Buddy hacía la tarea en su mesa, frente a la ventana. La ventana estaba orientada hacia poniente y un ancho cuadrado dorado de aceite caliente hervía sobre la madera de la mesa, sobre los cuadernos, sobre el estuche de vinilo, sobre los rotuladores amarillos, verdes, azules. Detrás de los cristales de la ventana, al otro lado de la calle ruidosa, por encima de los techos planos de los edificios de enfrente, el cielo se fundía, dorado también, y polvoriento. Buddy hacía sus tareas o, más bien, su tarea, una tarea de matemática moderna con series que debían ser emparejadas, representadas por círculos o cuadrados amarillos, verdes o rojos. O, para ser más exactos, no hacía su tarea; no sabía hacerla y, además, no le interesaba mucho. Su mirada azul estaba fijada frente a sí, sobre la pared que estaba detrás de la mesa y detrás de la ventana; más exactamente en el lugar en que un pequeño, un minúsculo lagarto oscuro corría sobre el blanco de la pared, como un relámpago en negativo fijado en la abstracción. El lagarto posado en la pintura (o en el revoque) había estado inmóvil durante mucho tiempo, atrayendo su mirada azul siempre desde el mismo ángulo. Pero hoy, por primera vez, había cobrado vida, superaba su inmovilidad, se estiraba. Ante los ojos admirados de Buddy, el lagarto se agrandaba... dos, tres centímetros hacia abajo, hasta rozar casi el enchapado de caoba de la mesa, crecía, *chuc*, un poco de escayola caía sobre la mesa de caoba, en la charca del aceite fundido.

—Mamá, mamá, ¡ven a ver!

Buddy se había decidido a llamar a su madre, aunque en realidad no decía «mamá» sino *mom* y sus pies, calzados con zapatos de baloncesto rojo cereza se balanceaban hacia adelante y hacia atrás sobre el suelo de parquet. Pero *mom* no respondía; no estaba allí, quizá había ido a la compra, o estaba en otra habitación, lejos, leyendo el periódico o mirando la televisión y no lo oía.

En la pared el lagarto ganaba terreno.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó el señor Garcin, levantando los ojos del periódico.

El periódico llevaba grandes cabezales acerca de pistoleros, atracos y toma de rehenes. Era un periódico de la tarde que daba cuenta con prisas e imprecisión de los horrores del día.

La señora Garcin no hacía nada de particular; pensaba en abrigo nuevo para el invierno próximo y en salir con sus amigas en los días siguientes. Tenía unos cuarenta y cinco o cincuenta años y todavía era esbelta, pero estaba arrugada, sobre todo alrededor de los ojos. No había oído a su marido o, más bien, las palabras habían pasado por encima de ella, a su alrededor. No era nada, sólo un estremecimiento del aire.

Garcin frunció el ceño. No porque su mujer no le hubiese respondido... estaba acostumbrado, sino porque el ruido que había oído no llegaba a tener una

consistencia reconocible. Era sólo... Era simplemente... No sabía. No lo sabía, pero había un ruido, un ruido diferente del ronroneo habitual del tránsito en las calles atascadas, allá abajo.

Apoyó el periódico en las rodillas. El papel arrugado hizo un ruido crujiente y agradable que cubrió al otro durante unos segundos. Pero después, *el* ruido reapareció, en sobreimpresión. Era algo así como bum, bum, bum o pon, pon, pon, un fuerte martilleo lejano, una mano de mortero golpeando en un enorme cuenco de cerámica. Garcin suspiró y miró el cielorraso. En el centro del cielorraso del salón había una araña de metal dorado que colgaba de una cadena dorada. Asombrado, Garcin vio que la araña se movía lentamente, se balanceaba lentamente de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, como un péndulo impasible. Durante un momento. Garcin siguió con la mirada los movimientos de la araña y el esfuerzo le hizo fruncir el ceño.

—Oye, Isabelle... —comenzó a decir.

Pero no siguió.

De todos modos, Isabelle no le oiría.

Conchita y María Teresa, de cabellos oscuros y piel tostada, con collares que se entrechocaban y tacones que golpeteaban el suelo, salieron de la sombra oblicua que la iglesia de Todos los Santos proyectaba sobre tres cuartas partes de la plaza Miramar. Una llevaba un vestido rojo a topitos blancos que acababa en lo alto de sus muslos y permitía ver, al azar de algunos pasos más largos que otros, unas braguitas verdes, estiradas sobre sus nalgas rellenas y su pubis carnoso. La otra llevaba arriba una cosa blanca, de encaje, sin sostén, y abajo un pantalón ajustado, de color verde claro, cuya cintura baja dejaba ver un ombligo profundo. En conjunto, el efecto era deslumbrante y ellas lo sabían.

Pero hoy, esta tarde, pese a que hablaban alto y reían fuerte, nadie las miraba, nadie les prestaba atención. Las miradas de los transeúntes que cruzaban se perdían muy por encima de sus cabezas, las sobrepasaban, las ignoraban, y ellas sentían una incomodidad confusa, una especie de sentimiento etéreo de frustración. Su humor se había agriado y los varones que había por allí les parecían más tontos y feos a cada paso.

Cuando llegaron a la esquina de la calle Joaquín Pérez se dieron cuenta de que se habían formado grupos en la acera y hasta en la calzada, pequeños islotes compactos y silenciosos. Bruscamente intimidadas por el silencio y la concentración palpables que emanaban de los rostros levantados y atentos, Conchita y María Teresa se empinaron sobre sus tacones de madera.

—¿Qué es lo que...? —soltó una de ellas.

No terminó la frase. Las dos tenían los ojos clavados en el suelo, donde una

sombra gorda, larga, con el extremo hinchado, progresaba sinuosamente entre los grupos inmóviles. Al mismo tiempo, levantaron las cabezas y emitieron un clásico suspiro de estupefacción.

Sobre el asfalto plateado por la luz oblicua del crepúsculo, la sombra gigantesca se arrastraba perezosamente.

La luz se apagó.

—¡Mierda! —exclamó Risto Ekkola—. (En su lengua era *Perkele!* con r gutural, k labial, l larga y e aguda).

Hubo movimientos alrededor de la mesa donde la familia había comenzado a cenar pescado seco con mantequilla y pan moreno, patatas hervidas con carne de buey también hervida, cerveza en grandes copas y *aquavit* en menudos vasitos de cristal.

Desde la ventana caía una claridad sorda, oscura, morosa, que alcanzaba apenas para esculpir en las espesas sombras la silueta de los comensales: Risto, el marido; Kristina, la esposa; Jaakko y Väinö, los hijos, y Tata, la hija.

—Deben de ser los fusibles —dijo Kristina—. ¿Quieres mirarlos?

—Encenderemos velas, encenderemos velas —gritó uno de los muchachos.

El padre se había levantado y escrutaba la noche con la nariz apoyada en los cristales.

—No; no son nuestros fusibles; todo el barrio está a oscuras.

Los tres niños lo rodearon en seguida. Kristina se apoyó contra su espalda, apretándole las nalgas con el vientre. Fuera, a lo largo de la Mannerheimintie, se veía la oscuridad compacta de las noches de guerra o de penuria económica. Hasta la elevada torre del estadio, siempre iluminada, se había apagado, había sido tragada por la gran boca sombría. Risto abrió los dos batientes de la ventana doble.

—No se oye nada —dijo Kristina, asombrada.

Nada, absolutamente nada, como si los sonidos hubiesen sido cortados de golpe, al mismo tiempo que la luz, como si los automóviles nocturnos hubiesen desaparecido todos, al mismo tiempo, cayendo en una trampa. Nada, nada y, sin embargo...

—¡Escuchad! ¡Alguien anda!

Jaakko subrayó su comentario trepando rápidamente hasta el alféizar de la ventana. Todos se inclinaron tras él, escuchando atentamente el silencio, que se había estremecido súbitamente por un martilleo lejano. En alguna parte, allá, en el extremo de la calle sumergida en la noche precoz, unos pasos gigantescos comenzaban a asaltar los cimientos con sus rítmicas vibraciones.

Fedor Kravschenko sintió que su cuerpo era empujado hacia adelante. Extendió los brazos; sus manos se apoyaron un instante sobre unas espaldas anónimas que desaparecieron. Corrió uno o dos metros y se golpeó el mentón contra otra espalda. Detrás de él, los cuerpos se precipitaron unos sobre otros, en desorden. Un pie puntiagudo golpeó dolorosamente su tendón de Aquiles; el Metro seguía frenando con un rugido sostenido de metal caliente. Finalmente, la presión cesó, los pasajeros recuperaron la amenazada verticalidad y los sombreros desplazados volvieron a instalarse rígidamente en el borde de las frentes. El vagón, chirriante y ruidoso, se detenía.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué nos detenemos? ¿Ha habido un accidente?

Fedor se puso de puntillas para poder mirar más allá de un hombro macizo que obstruía su horizonte. El hombro olía a tabaco y a lana vieja. Por encima de él, el campo visual de Fedor, después de atravesar el cristal sucio de la ventanilla, se detenía contra el muro desnudo y oscuro del túnel del Metro.

—¿Qué pasa? —seguía preguntando la gente.

—¿No estamos en una estación? —se preocupaba la gente.

—Es increíble —gritaba la gente.

Pasó un rato y la gente empezó a entablar amistad, charlando de forma forzada; después un empleado del Metro atravesó el vagón abriéndose paso con los codos y dando pisotones, avisando a los viajeros que un poco más adelante, en el túnel, los raíles estaban arrancados y retorcidos, que todos deberían bajar e ir andando hasta la estación siguiente, que no había peligro porque la corriente estaba cortada y no pasaría otro tren.

Haciendo diversos comentarios acerca del acontecimiento y la pasajera incomodidad que se derivaba de él, los pasajeros salieron de los vagones y se deslizaron a lo largo de los muros cóncavos, iluminados de tanto en tanto por las pequeñas luces naranja del alumbrado de emergencia.

Cuando llegaron al punto donde los raíles habían sido arrancados y donde el muro del túnel estaba medio derrumbado, los pasajeros sintieron pasar sobre ellos el aliento del miedo, y ese vago temor se manifestó mediante diversas observaciones hechas en voz baja.

—¡No es posible! —gimió el general Maxwell B. Taylor.

Se secó la frente, bajo la dura visera de su gorra, con un gran pañuelo a cuadros.

¿Imposible? Sin embargo, había sucedido: en toda la extensión de la gran explanada de maniobras crudamente iluminada por las lanzas móviles y

entrecruzadas de los reflectores, la evidencia del desastre exhibía su caos sin nombre.

El general Maxwell B. (por Benedict) Taylor dio unos pasos sobre el área de tierra apisonada, seguido por un grupo de soldados y oficiales más o menos subalternos. Repitió «no es posible», pero apenas en un susurro, para sí mismo, para su conciencia que zozobraba, para sus certezas pisoteadas (¡y por qué patas!), para su moral que estaba por los suelos.

Dio unos pocos pasos, no más. Más no podía, no hubiese podido nunca. Era demasiado terrible: delante suyo en toda la distancia que su mirada astigmática podía abarcar, a la luz fluctuante de los reflectores, las hermosas hileras de tanques *Juggernaut* nuevos, y los transportes BB 117 y los vehículos multi-com, todo el parque acorazado, bien aceitado, bien engrasado, bien ordenado, todo él, todos los, todo...

¡Nada!

No quedaba nada, sólo una papilla informe de metal deshecho, sólo esqueletos aplastados y vaciados, un pantano de helechos de acero desgarrados sobre los que planeaba un oprimente olor acre, a gasolina derramada. De la *punta de lanza de la OTAN* no quedaban, después del pasaje de los titanes cuyos pesados pasos hacían estremecer aún el terreno, más que irrisorias hendiduras... el recuerdo desgarrador de una potencialidad difunta.

Un oficial murmuró algo al oído del general. Algo acerca de los depósitos de misiles. El general sintió que su corazón dejaba de latir. ¿Quizá se engañaban?

—Los depósitos... ¿qué pasa con los depósitos? —preguntó con voz pálida.

Pero había comprendido.

Andrea Szoboszlai hacía un solitario mientras bebía un café, el quinto o sexto de la tarde o, más bien, de la noche. Volvía una a una las barajas de respaldo rayado sobre el tapete naranja con grandes flores de su mesilla, y la lámpara naranja con grandes flores, en forma de campana, que colgaba sobre su cabeza oscilaba suavemente, haciendo danzar su sombra regordeta.

El gato, intranquilo, estaba sobre sus rodillas; tenía el pelo erizado y los bigotes inquietos. Cuando un crujido más fuerte que los anteriores resonó en las profundidades del edificio, saltó al suelo, imprimiendo cruelmente la marca de sus garras posteriores en los gruesos muslos de Andrea Szoboszlai. Unos segundos después, toda la fachada de la casa se derrumbó de golpe, como un castillo de naipes. Andrea apoyó las manos sobre el juego. A menos de tres metros de ella, el comedor había quedado cortado, como por un cuchillo; la mitad restante de la habitación daba, a cielo abierto, sobre la perspectiva sombría de la Rakoczi, desde donde subía el trueno rocoso de los cascotes que se estrellaban unos sobre otros y rodaban sin detenerse.

La luz de la lámpara naranja estaba apagada, como todas. Pronto, una nube de polvo subió, ocultando el vacío oscuro y vertiginoso de la calle. La arena crepitó sobre el suelo y salpicó los muebles lustrados. Andrea Szoboszlai, que había vivido los sucesos de 1956, no se inquietó demasiado. Simplemente se cubrió la boca con una punta de su chal y, así protegida, llamó: ¡«Tibor», «Tibor»! Era el nombre de su gato.

Afuera, la catarata de ruidos llenaba la noche con sus advertencias sonoras: manzana a manzana, el barrio se desmoronaba y «Tibor» no reaparecía.

Werner Unterpertinger consultó por décima vez sus esferas, sus máquinas y sus chismes, reventó sus ojos escrutando por décima vez la masa compacta de oscuridad que rodeaba la nariz roma del avión, escupió al micrófono, y llamó por décima o centésima vez a la torre de control que no respondía.

Por décima vez, el avión viró en la vertical aproximada del extremo, inexplicablemente oscuro, de la pista. El *Boeing* enfrentó el viento, retomó altura rugiendo y el aire siseó, cortado por el perfil de las alas. En tierra, a lo lejos, algunos incendios tranquilos se retorcían, rojos sobre fondo oscuro.

Werner Unterpertinger se volvió hacia su copiloto.

—Habrás que tirarse —suspiró.

Ernst Kortner se enderezó en su asiento, apretó las mandíbulas sobre la goma de mascar y se concentró en los mandos.

El piloto tiró del ruedo de la falda rosa de la azafata que estaba detrás suyo.

—Irás a decirles que se pongan los cinturones y que se agarren fuerte, y todo eso. Pero arréglatelas para que no se asusten. Sonrisas, suavidad, palabras amables y todo eso, ¿eh?

—De acuerdo —murmuró Sigrid Pelikowski.

—Pero, entre nosotros, te aviso que vamos a cortar algo de leña...

El piloto se volvió completamente, para plantar su mirada viril en los ojos rosa pálido, a causa de la luz de la radio, de la azafata, que se esforzó por sonreír antes de desaparecer en dirección a la cabina, para llevar la buena nueva a los pasajeros.

Cuatro minutos y diecisiete segundos más tarde, el *Boeing* torció su tren de aterrizaje delantero, arrastró su vientre por el terreno y terminó por detenerse junto a unos matorrales. Efectivamente, había cortado leña, porque el bosque, los árboles, las zarzas, habían invadido de forma increíble la pista de aterrizaje.

Conmovidos, atontados, los pasajeros salieron, uno a uno, de los arañados costados del avión. Uno a uno, apoyaron los pies sobre un suelo blando y húmedo, del que surgían haces de hierbas altas y afiladas. En el aire flotaban aromas vegetales cálidos y pesados, y por detrás de las frondas en pleno crecimiento, pasaban, sin prisas, grandes y torpes sombras.

Habían salido a la calle.

Pero la calle ya no era la calle: estaba invadida por enormes fragmentos de edificios que habían caído unos sobre otros, por acantilados de cemento derrumbados en cualquier parte, por escombros de todas clases que habían sido arrastrados en la caída: cristalerías destrozadas, cazos abollados, libros desparramados, muebles reventados, vestidos desgarrados y enganchados en ángulos de piedra que flotaban suavemente en la brisa.

Y entre las fisuras de las rocas partidas, empezaban a aparecer los largos tallos verde claro de arbustos extraños que alzaban hacia el cielo, a una asombrada velocidad, sombrillas de hojas estrelladas.

Habían salido a la calle, que ya no era la calle, no hablaban, o hablaban poco, estaban inmóviles, de pie o sentados en los escombros, tenían los brazos caídos a causa del asombro o las manos en los bolsillos a causa de la resignación. Algunos estaban vestidos, otros desnudos; otros más se habían puesto, apresuradamente, un abrigo de lana sobre su pijama o su bata, a causa del frío del amanecer, y sobre todos ellos pesaba el silencio verdoso y la pálida luz hueca del alba.

Cuatro viejos jugaban a las cartas sentados sobre cuatro losas simétricas; el más viejo de los viejos ganaba, con una suerte insolente. Un extraño pájaro, con el pico lleno de dientes, pasó piando por encima de ellos. Una joven rubia y esbelta de pechos menudos y caderas anchas pasó, llena de gracia. Estaba desnuda. Un hombre también joven y también desnudo la seguía; ambos desaparecieron entre dos árboles jóvenes, grises y picados de viruelas, que brotaban de un salón ocre y verde oliva, aplastado sobre la acera. Conchita y María Teresa se apretaban la una contra la otra; una murmuraba secretos en el oído de la otra, que contenía la risa escuchándola. Buddy dejó de jugar con una antena de televisión rota que era una ametralladora atómica portátil y extendió el brazo, mostrando alguna cosa que estaba encima de las paredes rodeadas por la tupida vegetación.

Como una conífera podrida, asesinada por una avalancha silenciosa, la torre Eiffel se curvó a lo lejos, se inclinó contra la tela azul pálido del cielo del alba, cayó y desapareció para siempre.

La torre Eiffel desapareció para siempre, se hundió con lentitud en la espesa alfombra de helechos que la absorbió completamente, ahogando en su densidad verde las vibraciones de la caída. El rebaño de brontosaurios prosiguió su lento avance: cuellos largos y oscilantes, patas como toneles hundiéndose cadenciosamente en la tierra musgosa, enormes colas serpenteantes, panzas hinchadas y traqueteantes. El río impasible recibió a los herbívoros, que abrevaron unos instantes y salieron, justo

cuando el Golden Gate, con todos los cables de acero rotos, se arrodillaba en el agua con lentitud irreal en medio de las salpicaduras. La cúpula de San Pedro cayó de costado, como un extraño sombrero dorado sobre la frente calva de un payaso blanco. Luego se deslizó a lo largo de las arquitecturas, en una estruendosa cacofonía de piedras heridas, y desapareció en medio de la vegetación. Del cuello cortado de la basílica surgió la cabeza asombrada de un aliosaurio, que exhibió ante el cielo glorioso de la mañana todos sus dientes amarillos y mellados. Piedra a piedra, siglo a siglo, la Ciudad Imperial se derrumbaba en el agua de los canales que la rodeaban y que las brazadas potentes de los mosasaurios estriaba en surcos paralelos. Los leones de mármol y de jade se fragmentaban en partículas de polvo coloreado, bajo la mirada indiferente de los estegosaurios, cuyo apéndice caudal espinoso desgarraba al pasar la carne viva de las obras de arte. En la plaza del Pentágono, súbitamente no hubo más que un hueco humeante de donde salieron, pesadamente, unos anquilosaurios, jadeando bajo sus corazas. En medio de unas últimas campanadas enloquecidas, la torre del Big Ben se partió y cayó sobre un rebaño de triceratops. Todas las cúpulas del Kremlin se habían invertido y yacían en la llanura de cicadáceas, como copas destinadas a recoger una lluvia futura. Maquinalmente, mecánicamente, los diplodocos gris pizarra enterraban a cada paso las migajas del mundo.

—Ya no se encuentra café en ninguna parte... —dijo Andrea Szoboszlai con un matiz de pesar en la voz.

Recogió su grueso cuerpo en la concavidad de un sillón de cuero enmohecido y cerró los ojos. Alrededor de ella, las sigilarías montaban una guardia estremecida en el viento brumoso que acompañaba al espesamiento del día.

—¿Café? —preguntó vagamente Risto Ukkola.

Repitió «café», por la satisfacción de hacer rodar el sonido en la boca; luego quedó absorto en la contemplación de las espiras delicadas de una planta casi blanca que surgía de un confuso bosquecillo de *matonidium*.

Un insecto grande como un puño, de caparazón azul y patas ágiles, se deslizó bajo los helechos, bajo los hongos, bajo las hierbas. Debajo de las hierbas, una placa azul con rebordes blancos indicaba todavía: PLAZA DE LA REPÚBLICA a los humildes gusanos y cochinillas.

—Café... —murmuró Risto Ukkola.

Volvió la cabeza a derecha e izquierda, pero estaba solo en el claro donde se alargaban las sombras. Volvió a sumergirse en la contemplación de la planta de espiras blancas y el paso ventripotente de un brontosaurio con la boca llena no logró arrancarlo de su ensoñación vegetal.

Fedor, acostado sobre Magdalena, oscilaba lentamente hacia adelante y hacia atrás, al ritmo del amor tierno. Sus nalgas, tocadas por el claro de luna de un cielo sin nubes, se movían cadenciosamente, pálidas y angulosas, y los largos muslos morenos de Magdalena temblaban al mismo ritmo. Un ronquido recorrió la selva, un aliento pútrido atravesó el aire, unas ramas se partieron. Surgido de las profundidades de Fedor, un chorro espasmódico de esperma tibio brotó y se extendió sobre el musgo, formando cuatro o cinco estrellas líquidas que desaparecieron rápidamente. El tiranosaurio avanzaba a grandes pasos rígidos y secos; su cuello encorvado empujaba hacia adelante, a cada paso, su cabeza bicorne prolongada por la tremenda reja de arado de su boca cavernosa. La selva se abría ante él, en una huida silenciosa, pero continua de lagartos y pájaros sin plumas; su cola larga y estrecha dejaba, entre las huellas de sus garras, un surco rectilíneo de plantas trituradas.

El sol surgió detrás de los árboles del horizonte y atravesó el cielo en línea recta, volvió a bajar por detrás de los árboles del horizonte occidental y siguió así, hasta el infinito. Los diplodocos y los brontosaurios pacían sin detenerse en la hierba tierna de los pantanos donde hundían sus enormes vientres. Los estegosaurios y los iguanodontes roían los bosquecillos espinosos de las sabanas; los dinosaurios empinados en sus patas traseras elegían de tanto en tanto una presa de esos pesados rebaños, y así hasta el infinito. El mundo estaba verde, el mundo estaba vivo, todo estaba en orden.

DELTA

Christine Renard & Claude Cheinisse

He aquí la única pareja de la ciencia ficción que le debe todo al género. Por la ciencia ficción y gracias a ella se conocieron. Claude acababa de leer una novela de Christine, publicada en Rayon Fantastique; A contre-temps. Claude se entusiasmó, escribió a la joven autora, y... se casaron y tuvieron niños. Aunque esta aventura parezca un cuento de hadas, es totalmente cierta.

Christine estudió psicología y Claude es científico. Como le gusta decir a veces: «Si no escribo más ciencia ficción es porque, en mi oficio, la hago todos los días.» Una afirmación tan curiosa como exacta.

Christine ha escrito muchas novelas, tanto de ciencia ficción como de tono fantástico, como La planète aux poupées, en 1972. Después, se especializó en novelas para adolescentes: En cherchant Sibylle y La 13 Royale. Pero no deben creer que abandonó la ciencia ficción, ya que colaboró en la antología Utopie 75 y en Nouvelles Frontières 3 (junio 1976). Generalmente, sus relatos rebosan una extraña dulzura, muy femenina, y hay en ellos una búsqueda de la belleza de las imágenes y la sonoridad.

Claude, en cambio, no tiene mucho tiempo, a causa de sus enfermos y de las diversas publicaciones de que es responsable, pero de vez en cuando se evade y escribe un cuento, para felicidad de todos. Su estilo es, a menudo, paradójico, y siempre se apoya en un humor fantasioso que se podría comparar, en términos de igualdad, con el de Brown o el de Sheckley.

En Delta, Claude y Christine dan libre curso a su imaginación a partir de un tema familiar para quienes conocen la literatura clásica: además de la famosa historia del amante de Platón, se puede encontrar en ella una hábil trasposición de la Astrée de Honorée d'Urfée. Algunos dirán que se trata de una situación muy inmoral. Pero ¿acaso Platón, como su buen maestro, Sócrates, no fue un corruptor de almas? Al lector toca juzgar.

Si yo leyera los diarios, quizá no hubiese sucedido nada. No leo los diarios, no estoy informada de casi nada. En todo caso, sé muy poco, Y la etnología, terrestre o no, casi no me interesa. Es cierto que puedo reconocer vagamente de qué rincón de la galaxia vienen los que tienen ojos púrpura, o cuatro articulaciones en los brazos... y a veces, también sé quiénes son amados, poco amados, odiados o temidos por nosotros, los terrestres. Pero no paso de ahí; no conozco los detalles. Quizá, si yo hubiera sabido, nada de esto hubiese sucedido.

Pero ¿por qué buscar excusas? Sabía muy bien que de la unión de dos razas diferentes no pueden nacer niños, sabía también que, por eso, la Iglesia de Roma prohíbe las bodas interraciales. Y sin embargo, fui más allá. Entonces... si hubiese sabido *el resto*, quizá todo hubiese sucedido de la misma manera. No buscaré excusas inútiles. He aquí lo que hice.

La superiora del convento de huérfanas de Dijon, que es, además, mi tía y que fue quien me crió, había decidido enviarme a cuidar los niños pequeños de la señora N., quien tenía una quinta en La Ciotat; así podría pasar las vacaciones en la playa. Las calas eran bonitas, llevaba en las maletas los libros para preparar un examen, hacía buen tiempo y los niños eran encantadores. Pero yo no era feliz. Ah, ¡cuánto me pesaban mis veinte años, cómo me angustiaba mi soledad! Y me despreciaba cuando las canciones tontas que oía por la radio me emocionaban. Claro que quería hacer grandes cosas, claro que era joven y bonita, claro que, ¡ay! era muy desgraciada. Desgraciada porque no tenía nada, ni una persona, ni un amor que me hiciera llorar, ni remordimientos. Ni nada interesante que hacer, ni ninguna persona interesante a quien ver en todo el día. Me despreciaba por ser así, y por la noche me desvestía lentamente ante el espejo; mis cabellos rubios llegaban casi hasta mis rodillas. Me repetía: «Tengo veinte años, la edad del amor, la edad de tener un amante.» Pero el hijo de la señora N., que tenía veinte años, y sus amigos, me parecían tontos y vulgares. Fue entonces cuando llegó Irveille.

Ese día yo estaba en la pineda, en lo alto de una cala. Recogía unos bonitos guijarros; él también, o al menos, eso fue lo que me dijo. Por su acento, supe que era un extranjero. Y supe que era arturiano cuando se quitó las gafas oscuras. Porque los arturianos tienen ojos diferentes de los nuestros, unos magníficos ojos triangulares enteramente ocupados por el iris, ojos que se oscurecen o empalidecen al ritmo de sus emociones. *Eso lo sabía.* Para mí, era la única diferencia entre ellos y nosotros.

Me dijo que se llamaba Irveille. En realidad no era exactamente así, pero transcribo como puedo ese nombre, para el que nos faltan las letras, y seguiré haciéndolo casi durante todo el relato.

Anduvimos lentamente entre los pinos, recogiendo un guijarro de vez en cuando y hablamos de todo y de nada. Sí; fue así. Él me hablaba de Arturo. Yo no me cansaba

de oírle hablar de los peces que tenían pestañas (como los de los primeros dibujos animados que se proyectan todavía en algunos cineclubs donde se exhibe el cine plano del siglo xx), de las flores minerales, de la noche que cae bruscamente y de los niños que crecen más velozmente que los terrestres. Pero no me habló de la diferencia esencial entre los dos mundos, ¿por qué iba a hacerlo? Intentaba hacerme conocer su planeta por algunos detalles minúsculos que quienes nunca han salido de la Tierra no conocen, detalles que los libros de viaje no mencionan. ¿Qué libro podría describir el olor de los huertos inundados de sol o el vuelo de las mariposas en otoño? Irveille me contaba las cosas que no están en las enciclopedias. No sospechaba que mis conocimientos acerca de su mundo se reducían a casi nada: Arturo (en realidad es Arturo IV, pero como es el único planeta habitado de su sistema, le damos el nombre de su sol) gira alrededor de una enorme estrella naranja. Nuestros gobiernos están en buenas relaciones, nuestros niveles técnicos y científicos son más o menos equivalentes (con una ligera superioridad por parte de los arturianos en algunos sectores). Es un mundo rico que exporta objetos raros y preciosos a toda la galaxia.

Ávidos por viajar, los arturianos nos visitan con frecuencia y existen colonias permanentes en algunos lugares de la Tierra con climas privilegiados. Creo que allí terminaba lo que hubiese podido decir de ese mundo y sus habitantes; eso, y los ojos triangulares. ¿Acaso sabía entonces que, en la Tierra, se les considera una raza de señores, de refinamiento y altanería supremos? No lo sé. En verdad, actualmente me resulta difícil escoger mis recuerdos.

—Vamos a bañarnos —propuso Irveille. Y bajamos a la playa. Recuerdo que pensé, aliviada, que tenía el bañador puesto debajo del vestido y que éste, abotonado de arriba abajo, era fácil de quitar, y me lamenté, al mismo tiempo, que mi bañador barato tuviera muy mal corte. Hasta ese momento, no me había dado cuenta. Mientras tanto, Irveille hablaba de los mares de Arturo:

—Elisabeth, no puede imaginar qué tibia es el agua allá. La primera vez que me bañé aquí creí que se me cortaba la respiración, por el frío. Algunos de los nuestros no han podido acostumbrarse nunca.

Llegamos a la playa. Una silueta a contraluz que se destacaba contra el cielo y el agua nos hizo señas. Irveille, dijo simplemente:

—Allí está Imonea.

Su imagen, en ese momento, quedó grabada en mi memoria, indeleble, contra el fondo vibrante de luz. Estaba vestida casi como Irveille con un pantalón claro y una túnica oscura, pero el corte era diferente: unas pinzas, en la cintura, hacían resaltar la línea aguda de los pechos, altos y menudos, y la esbeltez de la cintura, que se ensanchaba apenas en las caderas.

Vino hacia nosotros. Su andar era ágil y armonioso y llevaba muy alta su cabeza fina, coronada por una mata de cabellos negros y cortos. Y yo pensé en Tristán,

«*ancho de espaldas y estrecho de caderas...*» Tristán, bello, trágico, vibrante de juventud y de fuerza y también de orgullo. En ese momento, ¿sabía yo que se odiaba a los arturianos por toda esa belleza y esa gracia desdeñosa, de hijos de buena familia que llevan una vida fácil desde hace siglos? La expresión inglesa pasó por mi mente: «*Nacido con una cuchara de plata en la boca*».

Irveille nos presentó sin dar detalles: «ésta es Imonea, ésta es Elisabeth», nada más, como hacen los arturianos. Ella me sonrió y me tendió la mano. Y me miró de una manera que me hizo sentir incómoda. Una sola vez me había sentido tan incómoda como en ese momento. Tenía dieciséis años, un grupo de chicas mayores que yo, contaban historias escabrosas y, para participar, dije algo que ya he olvidado, pero que era, sin que yo lo supiera, una obscenidad enorme. Hubo un silencio, todas me miraron y yo me sonrojé, a causa de mi ignorancia y de lo que presentía. Cuando Imonea me miró, sentí lo mismo y me sonrojé. Y sin embargo, aún no había adivinado nada.

—Vayamos a beber algo —propuso Imonea.

Renunciando al baño, nos instalamos en la terraza de un pequeño café metido entre las rocas, desde donde se veían los pinos y la cala. Imonea me ofreció un cigarrillo que rechacé; nunca había fumado. Rozó mi mano y ahora me digo que eso debe haberme impresionado, porque lo recuerdo con precisión. Hablamos de Arturo y de la Tierra, de música y de pintura. Su cultura terrestre era asombrosa. Eran muy corteses conmigo; anticipaban mis menores deseos. No tenía más que insinuar un gesto para que me alcanzaran lo que deseaba.

Finalmente, cenamos juntos. Era mi día libre y había esperado pasarlo sola y triste; esa velada me parecía un cuento de hadas. Bebí un poco y me puse a hablar de más, sin duda. Conté la muerte de mis padres, cuando era pequeña, y mi infancia triste en el convento donde mi tía era superiora. Dije que me sentía muy diferente de las otras chicas de mi edad; hablé de mi sensación de desamparo cuando me encontraba sola como ahora, un poco independiente por primera vez en mi vida. Les dije que tenía veinte años y que quería hacer grandes cosas.

No había trenzado mis cabellos y los sentía pesar, cálidos, desde la nuca. Imonea cogió una mecha y la enrolló en su dedo:

—Tiene una cabellera suntuosa. Entre nosotros es una rareza. Quizá un caso entre diez mil.

Al salir, quise ponerme mi chaqueta de tela. Una mano solícita la apoyó en mis hombros. Era Imonea. Alguien me abrió la puerta. Era Irveille. En un espejo, sorprendí una mirada de complicidad entre ellos.

Volvimos. Quiero decir que me acompañaron hasta la casa de la señora N. También recuerdo eso. Estaban allí, delante de mí, en el momento en que nos despedimos, ante la puerta de la casa. Lo recuerdo. Nunca me había sentido tan

pequeña, tan frágil, demasiado rubia, demasiado infantil. Y tampoco me había sentido nunca tan mujer. Ahora puedo decirlo, pero creo que ya entonces lo sentí. La atmósfera era turbadora; súbitamente, sentí miedo. Estaban allí y eran tan altos, tan extranjeros, tan diferentes y enigmáticos... Me sentí como en una trampa y subí los escalones de la entrada sin despedirme.

No sabía que, en Arturo, uno no se despide nunca.

A la mañana siguiente, cuando salí de mi cuarto para levantar a los niños, la señora N. me dijo que ella misma lo haría, y que quería hablar conmigo. Sus palabras no me impresionaron. Ni siquiera las recuerdo; no recuerdo más que su significado. Me despedía inmediatamente, sin certificado, por mala conducta, porque me habían visto cenando con dos arturianos. Quizá si en ese momento le hubiese pedido una explicación... Pero viví la escena como una manifestación de odio racial de aquella burguesa mezquina y segura de sí misma. Respondí que los arturianos eran tan buenos como los terrestres. Me respondió que si pensaba así, su decisión de echarme estaba justificada. No dije nada, ni una palabra. Hice la maleta y salí por la puerta de servicio, como si hubiera cometido una falta vergonzosa. La cocinera y la doncella se dieron codazos e hicieron bromas cuando pasé. Entonces ya no sabía que, pese a los elevadísimos salarios que ofrecían, los arturianos no obtenían sirvientes terrestres. Aunque les costara una fortuna, tenían que hacer venir el servicio de otros planetas.

Mi maleta era pesada: muchos libros, algo de ropa interior, mi chaqueta y mi otro vestido. En su prisa por alejarme, la señora N., había sido generosa: un mes de sueldo e indemnización. Pero no tenía ganas de volver con mi tía y... ¿cómo se hacía para tomar una habitación en un hotel? ¿Cómo se hacía para conseguir un trabajo? El mundo entero me parecía hostil y cerrado.

Por décima vez, apoyé mi maleta en el suelo. Las lágrimas me nublaban la vista y mis pañuelos estaban en el fondo de la maleta. Mi moño se deshacía y una de las cintas de mis sandalias se había roto. Hacía muchísimo calor. Sentí unas manos en mis hombros. Era Irveille, que me tendió un pañuelo y cogió mi maleta. Quizá haya sido en ese momento que comencé a amarlo: pero prefiero pensar que fue más tarde, pensar que lo amé porque era como era y no porque llegó en el momento oportuno.

Cuando mis lágrimas dejaron de manar le dije que me habían despedido, que no tenía techo ni trabajo y que no sabía cómo hacer para encontrarlos. Pero no le dije la razón de mi despido. Sentía vergüenza de que una mujer de mi raza hubiese insultado a unos extranjeros que eran huéspedes nuestros. Dije:

—... A causa de algunas divergencias acerca de la educación de los niños.

Él fingió creerme, y dijo:

—Venga a casa. Imonea estará encantada de recibirla.

Imonea, ¿era su mujer, su amante o su hermana? Los arturianos eran

horriblemente exasperantes porque nunca daban explicaciones sobre la situación de la gente y sus relaciones. Pero sólo me interesó una cosa: Imonea me recibiría encantada. Sentí que no era una fórmula de cortesía... ¡y me sentía tan sola y desesperada!

No recuerdo muy bien nuestra llegada a la casa, el vestíbulo, toda esa claridad, todo ese lujo. Seguí a Irveille, y cuando entramos en el salón sentí una enorme alegría a causa de una frase, de una simple frase. Imonea hablaba por el visófono con un empleado del Servicio de Inmigración.

—Sí —decía Imonea—, se ha equivocado. Irveille es soltero. Su número es...

No oí nada más. Mi corazón palpitaba; Irveille era soltero, no era el marido de Imonea. Entonces, para mí, era libre, y yo era libre para amarle, para desear su amor. Irveille no era casado; un clarín sonaba en mi corazón.

El resto fue algo así como un cuento de hadas. La casa que habían alquilado era maravillosa y mi habitación, con una gran terraza sobre el mar, encantadora. Imonea y Irveille tenían toda clase de atenciones conmigo. Un cuento de hadas. Nunca había vivido tan cómodamente, ni en el convento ni en casa de la señora N., donde tenía la habitación más incómoda y bastante trabajo. Durante algunos días los dejé hacer, dejé que me mimaran y me arrullaran; me dejé querer. Y no traté de comprender. Sí, les debía todo y no podía darles nada, pero lo aceptaba. Ahora creo que, con todas mis fuerzas, me negaba a comprender.

Y ellos creían que había comprendido.

Una noche tuvimos visita: Maereille e Isloa. Llegaron después de la cena.

—¿Así que siguen solteros? —preguntó Imonea.

—Sí —respondió Maereille.

—Yo lo prefiero así —dijo Isloa.

Hablaba francés por cortesía hacia mí, pero eso no me ayudaba a comprender. Porque todo me hacía pensar que vivían juntos. Hablaron de la habitación que compartían e —incidentalmente— hasta de la cama que compartían. Llegué a la conclusión de que Isloa prefería una situación irregular y se negaba a casarse oficialmente con Maereille, pero eso no cuadraba con el resto de la conversación.

Cuando se marcharon, Irveille y Imonea hablaron de ellos.

—El problema —decía Irveille— es que creo que Isloa no tiene buena voluntad; le gusta esta situación. Nunca lleva a nadie y echa sin piedad a las que lleva Maereille.

—¡Se ve que no las has mirado! Me pregunto si no le gustará a él también esta situación. Creo que chapucea a propósito y aparece, a propósito, con unas candidatas imposibles. Entonces Isloa se pone a dar gritos, se pelean, se reconcilian y vuelven a empezar...

—Somos muy complicados los arturianos —dijo Irveille, acariciándome los

cabellos—. ¿No le damos miedo?

Contesté que no. Era insensato, pero dije que no, mirándole en los ojos. No, Irveille, no siento miedo.

Esa noche comencé a reflexionar. Bruscamente me di cuenta de que Irveille e Imonea me habían recibido sin pedirme nada y de que nunca se había hablado de mi partida. Había pasado cinco días de ensueño, de los que conservaba un recuerdo confuso y delicioso..., caminatas por la playa, exposiciones, paseos en barca..., me sentía colmada. Pero, de golpe, la curiosidad que había despertado en mí la visita de Maereille e Isloa, me llevó a interrogarme sobre mis huéspedes y sobre mí misma.

Ah, ¡el convento y el examen de conciencia todas las noches! ¿Por qué te has quedado aquí, Elisabeth? ¿Por qué? Porque aquí me encuentro bien, Padre, y eso nunca me había sucedido. ¿Y que más, Elisabeth? Sí, esa noche daba vueltas y más vueltas en la cama, fingiendo tratar de comprender qué era lo que me retenía allí y seguía dando vueltas en la cama sin poder ahuyentar de mi espíritu la imagen de Irveille.

Hacía mucho calor y decidí darme una ducha fría. Irveille había ido a acompañar a Maereille e Isloa a Baux de Provence; por lo tanto en la casa no estaba más que Imonea. Por eso, salí desnuda de mi habitación. Ese tipo de actitud me proporcionaba un placer enorme; tenía la sensación de liberarme de las marcas del convento. Llegué al cuarto de baño justo cuando Imonea salía.

Al verme, retrocedió.

—Discúlpeme, Elisabeth. Lo siento mucho.

Sonreí, un poco asombrada de su reacción, y creo que respondí algo banal como:

—No es nada.

—Qué bella está así —dijo ella en voz baja y un poco ronca.

Eso no me sorprendió demasiado. Imonea era pintora y seguramente yo debía de estar hermosa en ese pasillo iluminado por la luna, con los cabellos sueltos. Y me sentí muy feliz, porque si Imonea me juzgaba bella, Irveille, que tenía los mismos gustos, también me encontraría bella.

—Si no tiene sueño —continuó Imonea, siempre en voz baja— vayamos a la terraza. Es una noche preciosa.

Iba a seguirla cuando llegó Irveille. Cuando sentí el coche, me precipité dentro del cuarto de baño. Mi deseo de luchar contra las ideas recibidas no llegaba hasta mostrarme desnuda ante un hombre. Los oí hablar en arturiano.

Me quedé mucho rato debajo de la ducha. Después me froté las rodillas y los talones con piedra pómez y me limé las uñas de los pies. No terminaba de ocuparme de mi cuerpo, que, durante tanto tiempo, sólo había tratado de mantener en buen estado de salud. Finalmente y a disgusto, me envolví en una toalla para atravesar el

pasillo y volví a acostarme. Un rato después, sentí que golpeaban a la puerta del cuarto de baño y, bruscamente, comprendí mi egoísmo. Me había quedado más de una hora en el baño, justo en el momento en que Irveille volvía cubierto de polvo de la carretera, y, naturalmente, no se había permitido golpear a la puerta. Como si hubiese abierto unas compuertas, los recuerdos brotaron: incidentes mínimos, hechos insignificantes que eran iluminados por una luz nueva. Irveille e Imonea me colmaban, me daban todo, no me pedían nada. Rápidamente, habían aprendido mis gustos. Si hablaba de Fra Angélico, por la noche encontraba un libro de reproducciones en mi habitación. Si decía que me gustaban las cortinas azules, por la noche estaban en mi ventana. Y yo aceptaba todo eso como si fuese natural.

Me hubiese gustado decirles, explicarles en seguida cómo me emocionaba su bondad, cuán feliz me sentía en su casa. Y hubiese querido decir a Irveille que lo amaba, cuánto lo amaba. Pero ante el solo pensamiento, me sonrojaba. Irveille. Creo que si me hubiese tomado en sus brazos me hubiese desvanecido de felicidad. Imonea. ¿Qué sentimientos me inspiraba? La admiro, me decía, pero sabía que eso no era cierto, no era enteramente cierto.

Tenía la vaga impresión de haberme equivocado, de haber hecho algo malo. Sentía confusamente que debía partir. De todos modos, tenía que abordar el tema. Con Imonea me resultaría más fácil; quizá estuviera aún en la terraza. Esa vez me envolví en un albornoz de baño antes de salir de mi cuarto.

Allí estaba, apoyada en la balaustrada. Con la garganta oprimida por la timidez, me detuve, pronta a retroceder, pero me había oído. Dijo:

—Elisabeth. Esperaba que viniera. ¿No siente frío?

Negué con la cabeza, sacudiendo mis largos cabellos a la luz de la luna. Lo hice a propósito; sabía que le gustaba ese gesto.

Irveille se reunió con nosotras. Tenía conciencia de estar desnuda bajo la bata, pero no me moví. Sabía que estaba bella o, por lo menos, sabía que ellos me encontraban bella.

Y luego, de golpe, sentí la misma impresión que el día en que los había conocido. Una sensación de ser dominada, manipulada. Eran mayores que yo, tenían una estupenda posición a escala galáctica, y yo no era más que una pequeña estudiante, pobre y sin ningún porvenir, ni en la Tierra, ni en Francia; no era nada, no tenía nada. No tengo más que veinte años y mis cabellos, pensé desesperada. ¿Acaso eso puede ser suficiente? ¿Suficiente para qué?

Hubiera querido decirles que les agradecía su acogida y que había apreciado todas sus atenciones, que yo deseaba poder hacer algo por ellos. También hubiese querido hablar de mi partida; había que pensar en eso. Y hubiese sido necesario decir o sugerir a Irveille que lo amaba. Pero eso me resultaba imposible. Toda una educación pesaba sobre mis hombros con más fuerza que mis cabellos.

Torpemente, dije:

—Tendré que pensar en marcharme.

—Elisabeth —dijo Irveille—. ¿Verdaderamente quiere dejarnos?

Irveille, pensaba, desgarrada, si supieras cuánto deseo no separarme nunca de ti...

Miré la punta de mis pies.

—No es eso. Pero estoy en su casa, quizá les molesto, y además... ¡soy tan pobre! Nunca podré invitarles a mi casa... Yo... yo no tengo nada...

Irveille me tomó las manos y eso me emocionó tanto que se me saltaron las lágrimas.

—Elisabeth, estamos tan contentos de tenerla aquí. Nuestro mayor deseo sería llevarla a nuestro mundo, con nosotros.

No respondí. Había dicho: «con *nosotros*».

Al día siguiente, recibí una carta de mi tía. No había tenido el valor de anunciarle mi despido, pero la señora N. se había encargado de la tarea. Quemé esa carta, que me causó muchísima pena. Mi tía invocaba mis buenos sentimientos y, sobre todo, mi gratitud. También hablaba mucho de Dios, de la Iglesia de Roma y de sus decretos, de mi alma inmortal y de «algunos pecados, que son mortales». Esas frases me indignaron y me encolerizaron, pero también lograron su objetivo: nunca me había sentido tan indigna, tan culpable como en ese momento. A mediodía no pude comer y me acosté un rato, pretextando un dolor de cabeza.

Cuando Imonea vino a verme, yo estaba llorando. Le dije:

—Recibí una carta de mi tía; lo que me escribe me resulta insoportable.

Las cortinas estaban cerradas a medias; en la penumbra, Imonea me acercó a ella y lloré sobre su hombro. En ese momento, al menos, no deseé el hombro de Irveille. Imonea hablaba dulcemente, con su hermosa voz grave y un poco ronca y el acento cantarín de los arturianos.

—Sin duda su tía la quiere mucho y desea lo mejor para usted. Pero usted, Elisabeth, ¿qué es lo que desea?

Lo que yo deseaba... una frase asombrosa, que una semana antes me hubiese parecido casi incongruente: nunca había tomado mis deseos por ley, nunca había pensado que eso fuera posible. Ninguna frase hubiese podido inquietarme más, aun después de cinco días de vida de ensueño, en la que todos mis deseos se volvían realidad.

Escribí una carta breve y seca a mi tía. Empezaba así: «*Dentro de tres días cumpliré veintiún años.*»

Fue en una reunión en casa de Irvine donde me decidí, finalmente, a informarme,

a averiguar cuáles eran las normas éticas de los arturianos; todo era demasiado incoherente. Yo comprendía a medias y esa incertidumbre era lo peor de todo.

Para la fiesta, me vestí con un vestido de arturiana, siguiendo los consejos de Irveille e Imonea; una serie de velos de colores tornasolados, cubiertos por una fina red de metales preciosos. ¿Por qué no se me ocurrió que también Imonea debía haberse adornado con esa prenda tan tentadora? Acepté como un hecho que se hubiese vestido casi como Irveille, contentándome con admirar la elegancia y la perfección de sus sobrios conjuntos de pantalón entallado y túnica corta que recordaban un poco las ropas de los señores medievales de la Tierra.

El principio de la fiesta me resultó deslumbrante. Irvine recibía en un jardín que parecía un sueño, iluminado por faroles multicolores. Bebí un poco; me miraban mucho, sobre todo a causa de mis cabellos, que había dejado sueltos sobre la espalda, como sugirieron Irveille e Imonea. La mente sabe defenderse cuando no quiere comprender: veía arturianas increíblemente frágiles y como inmateriales, con sus velos inmateriales, y veía otras arturianas de modales libres y ropa masculina que pasaban un brazo protector sobre los hombros de jovencitas vestidas como vírgenes de iconos. Y no comprendía, aunque no me sorprendía, como si en alguna oscura región de la conciencia la verdad ya hubiese salido a la luz.

En la multitud, hallé a dos chicas terrestres. Una de ellas, una muchacha ruidosa y un poco vulgar me dijo:

—¡Ah, es usted! Ya me habían dicho que Irveille e Imonea habían encontrado una terrestre.

—¡Encontrado! ¡Qué manera de decirlo! —respondí fríamente.

—¿Le parece chocante? Pero dígame, a usted, ¿le gusta su sistema?

No respondí inmediatamente, y ella se alejó para rellenar su vaso. Pero la palabra «sistema» se quedó en mi cabeza. Después supe que esa chica se hacía mantener por unos y otros..., ¿por qué no los arturianos, que eran tan ricos? Fue la otra terrestre quien me lo dijo; era etnóloga y se paseaba con un bolígrafo, un bloc y un magnetófono. Mi caso le interesaba mucho porque, como me dijo:

—¿Quién mejor que usted para acercarse a su cultura?

—Hace poco que vivo con Irveille e Imonea, y no soy etnóloga —respondí, reticente. Pero hubiese hecho falta más, para desanimarla. Continuó diciendo:

—Conozco a Irveille e Imonea. Sin duda, forman parte de la élite, son personas notables, pero en lo que concierne a las costumbres están en la norma, totalmente en la norma, y eso es lo que me interesa: las costumbres de los arturianos. Estoy haciendo mi tesis sobre ese tema...

Cogí la frase en el aire.

—No he leído casi nada acerca de Arturo. ¿Podría indicarme algunos títulos?

Encantada, sacó un folleto del bolsillo, diciéndome:

—Es sólo información básica, pero al final tiene una bibliografía muy completa.

Luego, para librarme de ella, tuve que prometerle que nos veríamos dos días después.

Después, encontré a un terrestre que se había casado con una arturiana, una arturiana de cabellos suaves y dorados, fina y frágil como una miniatura de marfil. Con tono amargo, me dijo:

—Evidentemente, para una mujer el sistema arturiano es el ideal, en el fondo; pero créame, para un terrestre que se casa con una arturiana, la cosa no es muy divertida.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿No es feliz?

Por cierto que el pobre muchacho no podía haber hallado una interlocutora más tonta y menos informada, pero evitaba a la etnóloga para preservar sus secretos de alcoba y la aventurera tenía demasiado que hacer para escucharlo. Necesitaba desahogarse con una terrestre; yo estaba allí.

—Le aseguro —me dijo— que no soy un bruto, pero las arturianas están habituadas a ser tratadas como ídolos; yo no llego tan lejos. Gano bastante dinero, pero mi mujer es capaz de gastar fácilmente el doble de lo que gano.

—¿No lo sabía antes de casarse?

Me pareció que reflexionaba, que medía sus palabras antes de responder.

—Sí; claro que lo sabía, pero no quise comprender. Pensé que estaría a la altura de la tarea, ya que, biológicamente... en fin, trataré de explicarle mi posición. Una arturiana no puede ser satisfecha por un terrestre, en ningún plano. Creo que el amor entre nuestras razas es imposible, salvo quizá, para las terrestres, si logran habituarse...

Me lanzó una mirada extraña, pero no me preguntó nada; tenía ganas de hablar de sí mismo. Y siguió:

—Y además, está esa amazona, que viene con demasiada frecuencia para mi gusto y no es el menor de nuestros problemas...

Yo le escuchaba en silencio.

—No, no es el menor de nuestros problemas, sobre todo porque termina por resultar excitante. Confieso que me inspira una cierta curiosidad, pero no quiero construir así mi vida. ¡No quiero que mi hogar sea de ese tipo!

Me sonrojé. ¡Qué vergüenza! Me sonrojé. Eso era lo peor de todo; tenía la sensación confusa de estar envuelta en las peores ignominias. Me sobresalté cuando me presentó a su mujer; estaba tan turbada que no la había visto llegar. Era una miniatura exquisita, más delgada y frágil que yo; no parecía tocar la tierra, envuelta en sus velos.

—Arine, mi mujer —dijo el terrestre—, y Avia, una de nuestras amigas.

Maquinalmente, estreché sus manos. Avia estaba vestida como Imonea y colmaba

de atenciones a Arine. El terrestre se malhumoró de golpe y declaró que quería volver a casa. Su mujer no protestó. Hubo una despedida breve, mundana, estirada. Quedé sola con la arturiana que acababan de presentarme, esa Avia que iba a vincularse tan estrechamente con mi vida. En ese momento, no sabía nada de ella.

Sonrió amargamente, mientras se alejaban.

—Es así —dijo, como quien llega a una conclusión.

No respondí. ¿Qué podía haber dicho?

—¿Los conoce? —continuó, señalando a la pareja que se alejaba.

—Hablé un poco con él, hace un momento. Creo que no es feliz.

—Claro que no; un terrestre no puede hacer feliz a una arturiana, por sí solo. Pero se aferra a sus prejuicios, y no cederá.

—Y, ¿qué podría hacer?

Sí, eso fue lo que dije, sin comprender que mi pregunta era osada. Y por seguir hablando, para demostrar que estaba informada, por decir algo, agregué:

—Claro que, para una terrestre, es diferente.

Recuerdo el silencio embarazoso que se produjo. Como de costumbre, retorcí una mecha de mis cabellos.

Bruscamente, Avia retomó la conversación, cambiando de tema deliberadamente. Me dijo que era escultora, me habló de su trabajo y me invitó a pasar un fin de semana en la finca que había alquilado en Cassis, para que viera sus obras. Eso me resultó muy tentador. Le agradecí, acepté, dije que iría con toda seguridad y anoté el número de su visófono. Y en ese momento, sentí la misma impresión de pánico que se apoderaba de mí, algunas veces, cuando estaba con Imonea e Irveille. Retorciendo una mecha, dije:

—Ahora, querría marcharme.

Ella sonrió, con una sonrisa deslumbrante. Después deslizó su brazo debajo del mío, para ayudarme a atravesar la multitud.

—Me permitirá que la acompañe a casa —dijo, casi en voz baja.

Yo no había tenido tiempo de hablarle de Irveille e Imonea, que estaban por allí. Ella prosiguió:

—Si lo desea, podríamos ir a ver el mar; a esta hora, las calas están maravillosas. —Su mano apretaba mi brazo con más fuerza—. Dígame donde vive, si no es indiscreto.

—En casa de Irveille e Imonea.

Se detuvo en seco. Soltó mi brazo y retrocedió. Sus ojos habían empalidecido y me miró de arriba abajo. Cuando volvió a hablar lo hizo en tono sibilante:

—¡Es el colmo! Son amigos míos, amigos muy queridos. Estoy aquí desde ayer. Sabía que tenían una terrestre, pero nunca supuse que pudiera ser usted, usted que

acepta...

Las palabras zumbaban. ¿Qué quería decir? Historias ambiguas volvían a mi mente, y también una frase de la etnóloga: «*Irveille e Imonea forman parte de la élite, son personas notables, pero desde el punto de vista de las costumbres están en la norma...*» En la norma, Dios mío, la norma de Arturo... *Sabía que tenían una terrestre...* Pero ¿qué era lo que me ocultaban, lo que yo tenía que saber?

Avia puso sus manos sobre mis hombros y me hizo retroceder un poco para mirarme a los ojos.

—Escúcheme —dijo—. Se lo repito. Irveille e Imonea son amigos míos de toda la vida. Siempre los he defendido contra todos, porque son los seres más vulnerables del mundo, a causa de su bondad. Siempre los he defendido de las pequeñas intrigantes como usted, que saben que son muy ricos y están muy bien relacionados. Cuando supe que habían recogido a una huerfanita desesperada, no me extrañó que hubiesen participado en otro rescate; después supe que era una relación seria, y me alegré. Por una vez, habían encontrado a alguien que les gustaba a los dos.

Temblorosa, murmuré:

—Que les gustaba a los dos...

Avia seguía asiendo mis hombros. Me sacudió.

—¡Ya basta! Usted está acostumbrada a hacerles creer lo que quiere, con su cara de ángel. Pero eso no va conmigo...

Se oyeron voces; un grupo se acercaba. Avia dijo, de prisa:

—Hablemos tranquilamente.

Oímos exclamaciones y frases de alegría en arturiano: aparentemente había un grupo de personas que conocía a Avia y se alegraba de encontrarla allí. Avia me presentó y cuando se apercibieron de que yo era terrestre, pasaron inmediatamente al francés.

—Justamente íbamos a buscar a Irveille y a Imonea —dijo Avia, en cuanto fue posible—. Discúlpennos.

No lográbamos encontrarlos. Nos abordaron muchas veces personas que la conocían a ella y otras que me conocían a mí. Avia no se alejaba ni un milímetro de mí, cuidando la propiedad de Irveille e Imonea. El colmo de la mala suerte fue nuestro encuentro con la etnóloga, que se arrojó, encantada, sobre nosotras. Farfullé una presentación. Alguien acaparó a Avia, que se alejó unos pasos de mala gana, furiosa porque debía dejarme sin vigilancia.

—Figúrese —me dijo la etnóloga— que acabo de entrevistar a una pareja de arturianos que aquí es una pareja normal, exteriormente, por lo menos, y en su tierra serían el peor exponente del vicio. Por eso han venido a vivir a la Tierra, donde son aceptados. Es extraordinario, ¿verdad? Había una asombrosa carga afectiva en...

Vi a Imonea y dejé plantada a mi compatriota, alegrándome ante la idea de que

Avia no me encontraría cuando lograra librarse del importuno.

—¡Al fin la encuentro! —dijo Imonea—. Había desaparecido hace tanto rato... Irveille estaba tan fatigado que volvió a casa. Lo llevé en el auto y volví a buscarla. ¿Dónde estaba?

—Con una amiga suya —respondí, fatigada.

Imonea parecía contenta de que hubiese conocido a Avia; justamente había pensado invitarla, para presentarnos.

—Pues ya está hecho.

Estábamos cerca del coche. Imonea se volvió y me preguntó:

—¿No le resulta simpática?

Su tono era ansioso.

—Sí —dije, subiendo al coche—. Al principio me pareció simpática; lo que pasa es que no le gusto. Dice que me quedo con ustedes porque son ricos.

Imonea conducía lentamente, como para prolongar la conversación. Después de un largo silencio, preguntó suavemente:

—¿Y qué respondiste?

Entonces sentí una pena inmensa y una gran cólera. Imonea debía estar enfadada pero conservaba la calma; entonces también creía que... y al mismo tiempo, me tuteaba, como para subrayar su desprecio. La cólera fue más fuerte.

—No respondí nada, porque había más gente y estaba sorprendida, pero le responderé ahora. Mi respuesta es que haré la maleta mañana porque ahora es demasiado tarde.

Imonea frenó y detuvo el coche en el arcén. Luego se volvió hacia mí.

—Lo siento muchísimo, pequeña... no me has comprendido. Irveille y yo no sabemos si nos amas. Nos parece que eres feliz con nosotros, pero no es lo mismo. Para nosotros es una tortura no saber...

Bruscamente, se inclinó hacia mí, me tomó en sus brazos:

—Elisabeth, dime, ¿por qué te has quedado?

Y fue contra su hombro que dije, en voz muy baja:

—Me quedé porque amo a Irveille.

Ella me soltó y puso el auto en marcha.

—Bueno; ya es algo. —El auto arrancó suavemente—. Y yo... ¿tienes objeciones a mi presencia?

Yo me sentía confundida. No respondí. Quiso pasar su brazo sobre mis hombros. Creo que me retiré, balbuceando algo así como:

—No, no... eso nunca.

—Bueno —dijo Imonea, con calma—. Es lo que quería saber.

El auto aceleró como una tromba.

—Entre en seguida —dijo Imonea, al llegar—. Yo debo guardar el coche y cerrar

el garaje. No se preocupe por las puertas; yo cerraré todo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Me sentía desamparada y cansada, tan cansada... Sin embargo, no me acosté. Boca abajo en mi cama, me puse a leer el opúsculo que me había dado la etnóloga.

Era muy simple. Lo entendí en seguida, cosa que no impidió que continuara leyendo, fascinada, hasta la última página.

Los arturianos se parecían tanto a los seres humanos que yo había cometido el error de tomarlos por humanos, de juzgarlos según las normas humanas. ¡No! El gesto de Imonea en el coche no estaba fuera de lugar, no tenía nada de anormal.

Irveille no era un hombre. E Imonea no era una mujer.

En Arturo IV (pero ¿cómo pude ignorarlo? Después supe que todos los periódicos de la Tierra habían hablado muchísimo del tema, cuando se produjo el primer contacto entre las dos razas. Pero en el convento no se compraba el periódico), en Arturo, la especie dominante (por supuesto en su lenguaje se llama «los hombres», como en todas partes) se divide en tres sexos.

Sólo el sexo femenino es totalmente idéntico al de la especie humana. Las mujeres en Arturo son muy bellas y terriblemente femeninas; son unas cositas frágiles y tiernas que nunca salen de casa. En la Tierra se encontró rápidamente un nombre para distinguirlas de las... otras: se las llama *mujeres-mujeres*. Porque también existen otras criaturas que, a los ojos de un terrestre parecen mujeres, aunque se hacen notar por su porte un poco ambiguo y una silueta casi andrógina, a causa de su altura y sus pechos altos y menudos. Su carácter es dominante y su comportamiento muy masculino. Y eso no tiene nada de asombroso, porque esas *amazonas* (así se las llama en la Tierra, y pocas veces un calificativo ha sido tan justo... Imonea, oh, Imonea... La comparación pasó por mi cabeza mucho antes de...) son, en realidad, los machos de la especie. Sin embargo, un médico terrestre, viendo desnuda y examinando a una de ellas, podría equivocarse; los órganos externos son de apariencia femenina. Habría que abrir su vientre musculoso, para encontrar, encima de un órgano que se parece (sólo se parece) a un útero, las gónadas masculinas, situadas más o menos donde las terrestres o las mujeres-mujeres de Arturo tienen los ovarios. Y, sin embargo, es imposible equivocarse acerca del sexo de la recién nacida de apariencia femenina; la amazona pesa más del doble que la otra.

En su lenguaje seco y terriblemente preciso, el folleto no me ahorró nada: *En la cavidad pélvica, un órgano cuya talla, relaciones y apariencia externa son las del útero humano, pero que, desde el punto de vista de la función, está más cerca de una próstata hipertrofiada... los canales que desembocan allí por la parte superior...* Había muchos croquis, muy realistas. Imonea, te veía tendida sobre una mesa de

mármol negro, con el vientre abierto. Ese vientre que no estaba hecho para albergar hijos...

Mi ignorancia acerca de los temas sexuales era tan grande que ni siquiera me pregunté, antes de proseguir la lectura, cómo podía producirse la fecundación entre esas dos mujeres, una de las cuales era el macho de la especie. El manual lo explicaba, más adelante, con una terminología científica en la que no había pudor ni impudor. El tercer sexo es de apariencia masculina, pero sólo de apariencia. No tiene gónadas y, biológicamente, es neutro (y así es como se les llama en la Tierra: *neutros*). Su única función en el acto sexual es el transporte. Irveille, el guapo Irveille, tan viril, cuando Imonea y tú encontraseis el tercer elemento, la mujer-mujer que os faltaba, tu papel sería, en un abrazo casi simultáneo, el de transportar la semilla de la una a la otra, nada más. Biológicamente, los niños que pudieran nacer de esa triple unión no te deberían nada, no tendrían tus genes, no se te parecerían, y sin embargo, en esa sociedad tan extraña para nosotros, tú serías su padre.

En el manual no había más que un breve resumen de las características anatómicas, que se suponían conocidas por el lector. La mayor parte de la obra estaba consagrada a las implicaciones etnológicas de la situación. Protegida, rodeada por el afecto de dos cónyuges varoniles, la mujer-mujer de Arturo no trabaja, se deja adorar. Por otra parte, la frecuencia de los embarazos no le permitiría ninguna actividad. Es muy difícil formar uno de esos extraños hogares, es difícil que tres personas se gusten lo suficiente para formar una relación estable; por esa razón los hogares duraderos son más raros aún que en la Tierra. Si, además, se tiene en cuenta que el número de descendientes por cada cónyuge es, lógicamente, menor que en la Tierra, es lógico que seis o siete hijos sean para ellos la familia mínima. La mujer-mujer no es más que una maravillosa flor de invernadero, mimada, cuya sola tarea es ocuparse de sus numerosos hijos.

El conocimiento es una carga pesada, pero menos pesada que la incertidumbre. Tuve la impresión de respirar más libremente y me coloqué bajo la ducha fría. Agua fría en la nuca, en el vientre, en los ojos. Salí tiritando y me envolví en un albornoz. Me parecía que ahora sería capaz de todo, capaz, sobre todo, de ir a decir a Irveille e Imonea: «Ahora lo sé. Sé lo que esperan de mí». No quería pensar en lo que vendría después, en lo que diría cuando ellos quisieran conocer mi decisión. El problema era demasiado arduo para que yo lo afrontara. Me negaba a ello con todas mis fuerzas.

Me vestí. Me sentía ligera y vacía, como si estuviera bebida. Golpeé a la puerta de Irveille, pero no obtuve respuesta; dormía. Dormía profundamente. Sabía que los arturianos toman drogas muy fuertes que les aseguren, si es necesario, un sueño sin sueños y un despertar sin recuerdos. Por tanto, iría a ver a Imonea, en seguida. Antes de llegar a su puerta vi las cartas en la mesa del vestíbulo. Una tenía mi nombre. La abrí y leí.

A Elisabeth, a la que amé. Un adiós antes de morir, y de morir contenta, porque así suprimo el obstáculo entre Irveille y tú. Elisabeth, mi amor, un adiós para decirte que seas feliz sin remordimientos y que cuides de Irveille.

Había otra carta. Con gran esfuerzo, descifré el nombre de Irveille, escrito en caracteres arturianos en el sobre.

No pensé nada; a partir de ese instante, actué mecánicamente, eficazmente, sin cometer ningún error. Me veo claramente, marcando el número de Avia en la esfera. Todavía puedo oír su voz lenta y baja.

—Léame la carta para Irveille.

—No puedo; está escrita en arturiano.

—¿No puede descifrarla?

—No; sólo entiendo los nombres propios que conozco.

—Voy para allá. Mientras llego, despierte a Irveille, arrojándole agua helada en la cara. Hágale beber café muy cargado. Cuando lo haya tomado, espere unos minutos, entréguele la carta y avísele de mi llegada.

Hice todo eso, tranquila y velozmente. Cuando terminó de despertar le di la carta, me sobrepuse a mi deseo de quedarme a su lado y bajé a abrir el portón para el coche de Avia, que llegó como una tromba unos minutos más tarde, haciendo volar los guijarros de la avenida.

Después, hay blancos en mis recuerdos. Pero recuerdo con nitidez a Avia e Irveille hablando en arturiano sin prestarme atención. Los dos de la misma altura, con sus ropas sobrias y oscuras, y yo con un vestido de playa celeste, tonta e inútil, sabiéndome... no, ni siquiera despreciada; enfrentándome a la indiferencia.

Hicieron muchas llamadas telefónicas, casi siempre en arturiano, algunas veces en francés. Luego salieron y se dirigieron al auto. Los seguí. Avia se puso al volante e Irveille se sentó a su lado. Salté, antes de que cerraran las puertas:

—Dígame, dígame, no entiendo el arturiano...

—Ah, sí —dijo Irveille, rápidamente—. El coche se estrelló en una barranca. A Imonea la han llevado al hospital arturiano de Cassis. Quizá no lleguemos a tiempo.

—Quiero ir con ustedes —supliqué, y sin esperar respuesta me metí en el coche, mientras Avia lo ponía en marcha. No recuerdo nada del camino. Recuerdo la llegada al hospital como si hubiese sido un sueño; médicos, enfermeras que cruzaban el vestíbulo... Todos arturianos neutros o Amazonas; ni una mujer-mujer.

Yo no comprendía el arturiano y, sin embargo, vi formarse en los labios del médico, una Amazona de ojos pálidos, la palabra «muerte». Ha muerto; han llegado tarde. No sabía arturiano pero eso fue lo que dijo: lo supe inmediatamente.

Avia entró en la habitación con el médico que había dicho eso. Yo me quedé en el vestíbulo y vi que Irveille bajaba la escalera con paso inseguro. Bajé tras él. Lo vi

bajar porque lo amaba; los demás no lo vieron. Y era yo quien estaba allí cuando con un gesto rápido sacó un radiante de su blusón y lo descargó en su sien.

Murió inmediatamente, con el cerebro abrasado, mientras salvaban a Imonea.

Me trataban con cortesía e Indiferencia. Hubiese preferido que me golpearan, que me escupieran, que me encerraran en una prisión o en el espacio, todo menos esas miradas frías que ignoraban mi minúscula presencia, que pasaban por encima de mi cabeza. Y hablaban sin cesar en arturiano, nunca en francés.

Supuse que el cuerpo de Irveille había sido desintegrado, según la costumbre arturiana, e ignoro si hubo una ceremonia, sí Irveille tenía familia, allá en Arturo. Supongo que Avia se ocupó de eso. Para mí, sólo había una cosa importante; que Imonea viviera. Y, aunque no me decían nada, el resultado era todavía incierto.

El personal es abundante, competente y dedicado; yo no hago falta por las noches. Por otra parte, no me permiten entrar en la habitación donde ella yace en estado de coma, rodeada de aparatos complicados que la mantienen viva e informan a los médicos sobre su estado. Pero no me iré. Las posibilidades económicas de los arturianos les han permitido edificar un hospital suntuoso. Junto a cada habitación de enfermo hay otra, inmensa, que puede ser dividida mediante biombos en cuartos individuales y tiene cuarto de baño y terraza. Es para la familia o los amigos de los enfermos arturianos que desean quedarse en el hospital para estar cerca de ellos. Una pantalla permite verlo en todo momento y se puede hablar con él a través de un intercomunicador, si los médicos lo autorizan. Unas doncellas algolianas, refinadas y eficaces, están a la disposición de los que desean estar cerca de sus seres queridos. He dicho «los» porque después supe que, en el recuerdo de los arturianos, nunca se había visto a una mujer-mujer quedarse en el hospital.

La angustia y la tensión me resultaban aun más intolerables porque nadie se molesta en darme noticias. El primer día logré un rápido panorama: Imonea está en coma, un aparato con una cánula flexible que penetra en su garganta la hace respirar. En los frascos de perfusión que rodean su lecho, hay mezclas delicadas que restablecen sin cesar el equilibrio químico que su organismo ya no puede asegurar. En sobreimpresión, sobre la pantalla donde adivino sus formas cubiertas de registradores y cánulas, se inscriben permanentemente dos líneas temblorosas. La de arriba refleja el estado de su corazón; si se vuelve llana, si el corazón de Imonea deja de latir, hay una máquina que tomaría el relevo. Sería un incidente grave, pero no definitivo. La línea de abajo se compone de curvas suaves que reproducen la actividad —muy lenta, muy perturbada, según me han dicho— de su cerebro. Si esa línea se hace recta, será el fin; lo que se llama en la Tierra y en Arturo un «coma irreversible». Lo más atroz es que el cuerpo, aun después de la muerte del cerebro podría ser mantenido vivo por todos los aparatos que le rodean. No sé qué decisión se

tomaría en ese caso; detener esa maquinaria, ya sin finalidad, o proseguir una reanimación desprovista de finalidad. Ignoro quién debería tomar esa decisión. Lo ignoro todo; desde el primer día, nadie me dice nada. Paso los días frente a la pantalla, vigilando las suaves ondulaciones de la línea inferior. Supongo que si Avia está aquí es porque aún hay esperanzas. A veces siento lástima por ella; sus rasgos están deformados por la angustia. Imonea es su amiga de la infancia; su muerte sería como una amputación. Avia la vela. ¿Será necesario que esté allí para comunicarle la muerte de Irveille?

Yo también quiero estar allí. Imonea, ¿no cometerá un acto irreparable cuando sepa que Irveille se suicidó, creyéndola muerta? Una bocanada de esperanza, seca y ardiente como el viento que acariciaba las flores minerales de Arturo (fue Irveille quien me lo contó, hace siglos), una bocanada de esperanza seca y ardiente: *No se suicidará porque yo estoy aquí, porque la necesito y porque ella me quiere mucho.* Espontáneamente he hallado las leyes no escritas del pueblo arturiano.

Fue en ese momento cuando decidí, por cansancio, aprender el arturiano. ¿Cómo hubiese podido soportar más tiempo el desprecio de los arturianos que no me dirigían la palabra, cómo soportar que me ignoraran totalmente? Ya que me ignoraban, yo también los ignoraría. No habría más preguntas. Aprendería el arturiano mientras vigilaba una fina línea temblorosa en la pantalla.

En el vestíbulo del hospital compré muchos manuales, gramáticas y vocabularios. Gracias a Dios, tengo memoria y facilidad para los idiomas. Trabajo todos los días, como una condenada. Y empiezo a entender. Ahora sé: tendrán que pasar tres días antes de que estén seguros de haberla salvado, tres días aún. Imonea, mi amor, si murieras ahora no podría seguir viviendo.

Escucho ávidamente las conversaciones, pero nadie lo sabe, porque nunca digo nada. Me quedo frente a la pantalla con la pequeña línea temblorosa, no molesto, y como nadie sabe que entiendo, todos hablan libremente en mi presencia. Ahora sé qué poco me estiman, porque mis brazos no fueron lo suficientemente fuertes como para retener a Irveille, y qué poco estiman a Irveille, que no tuvo la fuerza necesaria para vivir por mí. Oh, querida tía, usted se cubriría la cara, horrorizada, pero debe saber que los pecados de allá no son iguales a los de aquí. Allá, cuando la muerte golpea a una familia triangular, cada uno de los que quedan se debe al otro. Irveille fue un cobarde y yo no soy más que una terrestre insignificante, no supe retenerlo, mi amor no fue suficientemente fuerte para retenerlo, había dado tan poco significado a su vida que ésta ya no valía la pena si Imonea había muerto.

Sigo aprendiendo arturiano, furiosamente. Gracias, tía, por lo menos me enseñó a trabajar. Casi no duermo, casi no como, debo de haber adelgazado, mis vestidos me quedan grandes. Avia lee libros de arte, de nuestro arte, mira reproducciones y

dibujos. Nuestras relaciones son correctas y glaciales, y, sin embargo, tendría mucho que decirle, muchas preguntas que hacerle. Pero nadie me intimida tanto como esta amazona de mirada altanera y boca desdeñosa. Me sonrojo cuando me habla con su voz baja y ronca. Y, además, hay otra cosa. Desde la noche del drama considero a Avia como del sexo opuesto; sé que puede desearme, que me ha deseado. Esos momentos incómodos en la fiesta de Irvine, antes de que supiera quién era yo, vuelven a mi memoria y me refugio en mis libros de arturiano, frente a la pantalla donde se escribe el destino de Imonea.

¿Sabe qué hago, tía? Durante catorce, quince horas diarias, aprendo palabras y reglas gramaticales. No se cubra el rostro horrorizada, tía; es para salvar a un ser humano, un ser humano que aunque usted no reconozca como tal, será mi compañero durante toda mi vida, si se salva. Si quiere, llore por mis pecados.

Esta mañana, en el pasillo, escuché una conversación que estaba destinada a mis oídos. Sí; yo, Elisabeth, escucho, todos los días, conversaciones que no están destinadas a mis oídos. Eso se llama «indiscreción». Tanto peor. Después de todo, estoy aguardando el despertar de una amazona para decirle que la amo. Tía, cúbrase el rostro.

Escucho tras las puertas, pues. En el pasillo está Avia con dos médicos. Uno de ellos dice:

—Si cuando recupere el conocimiento tiene razones para querer vivir, el pronóstico es bueno.

Oh, perdí palabras, muchas palabras, pero comprendí con claridad el sentido general. Avia respondió en voz baja y desanimada:

—Sí, quiso matarse porque esa terrestre no la amaba, y ahora que es lo único que le queda, ¿por qué va a desear vivir?

Se alejaron. Los sollozos me anudaban la garganta. No había tenido suficiente peso en la balanza para que Irveille quisiera seguir viviendo; ¿por qué iba a tenerlo para ella? Morirá, porque mis brazos no serán tan fuertes como para retenerla, y los habré matado a los dos, quedaré sola para siempre, sola y maldita...

Me derrumbé sobre un diván; las lágrimas me cegaban. Avia entró, me tendió un pañuelo y me dijo secamente:

—Va a recuperar el conocimiento. ¿Es por eso que llora?

Conseguí hablar a través de las lágrimas, hablar en arturiano.

—Sí. Porque oí lo que decía a los médicos en el pasillo.

No sé si reaccionó inmediatamente porque yo hablaba en arturiano. Puso sus manos sobre mis hombros.

—¿Por qué, Elisabeth?

En ese arturiano elaborado y demasiado gramatical que había aprendido con tanto

esfuerzo, respondí:

—Creo que usted sabe muy bien por qué.

Ella encendió un cigarrillo, lentamente, como de costumbre, antes de responder.

—Si usted fuera arturiana, pensaría que ama a Imonea más que a nada en el mundo. ¿Es eso?

La miré a los ojos.

—Es eso.

—Entonces, ¿por qué le dijo lo contrario con tanta convicción como para que intentara quitarse la vida?

Esa vez me sonrojé y desvié la mirada; mi timidez había retomado. Ella aguardaba. Respondí en francés; en arturiano hubiese sido muy difícil.

—No sabía nada acerca de Arturo y creía que Imonea era una mujer, como yo. Eso me impidió comprender mis sentimientos hacia ella.

Dije todo eso de una vez, mientras Avia guardaba silencio.

—¡Por las estrellas! —exclamó finalmente—. ¡Por las estrellas!

Esa noche me trajo flores minerales de Arturo y libros. La atmósfera que me rodeaba cambió, como por arte de magia. No sé qué dijo Avia, pero a partir de ese día todo el mundo me colmó de atenciones, desde las doncellas algolianas hasta el médico jefe. ¿Acaso yo no estaría junto a Imonea cuando recuperara el conocimiento? Para ellos yo era una arturiana, una mujer-mujer, un ídolo.

Desde ese momento, Avia se las ingenió para describirme su mundo. No tenía dudas acerca de la decisión de Imonea. En arturiano —siempre en arturiano, para que me acostumbrara a esa lengua que sería la mía— me hablaba de su patria. Era una buena narradora. Me parecía ver las grandes flores minerales, los pájaros de alas inmensas y las nubes iridiscentes, que se extienden sobre el suelo en gruesas capas arrastradas por el viento seco y caliente, las enormes casas centradas en un patio desbordante de vegetación, esas casas lujosas que son los estuches de la vida protegida de las mujeres-mujeres.

Y me hablaba de esas extrañas familias, esos triángulos tan difíciles de formar, tan frágiles. El caso clásico es el de un neutro que encuentra una amazona; los dos juntos buscarán a la mujer-mujer que les convenga a ambos. Mientras no la encuentren, serán una pareja de solteros. Las parejas de solteros compuestas por una amazona y una mujer-mujer son más raras y lo son más aún las de un neutro y una mujer-mujer. Como esas parejas no pueden procrear, la sociedad no las admite más que como una etapa temporal, que suele coincidir con la juventud, y la ley no sanciona sus vínculos.

Trato de imaginar una familia completa. El neutro que trabaja, la amazona que trabaja y la mujer-mujer en su pedestal, servida por una multitud de sirvientes

algolianos, mimada por sus dos esposos y eternamente embarazada. Imagino a los niños de los tres sexos, los niños que, igual que en la Tierra, juegan a «papás y mamás», pero que son tres cuando se inclinan sobre las cunas de las muñecas de tres sexos. E imagino, sí, lo imagino, las fiestas secretas en la gran cama de tres plazas...

Y después Avia me cuenta las aventuras de sus amigos o los sucesos que aparecen en los diarios.

Está Irvine, que llora amargamente, porque ama a un neutro que la ama y ama a una amazona que la ama, pero sus dos amores no se entienden entre sí.

Y está Areille, que no sabe a qué santo encomendarse. Su mujer (quiero decir la mujer-mujer del triángulo) quiere reemplazar a Irmea, con quien están casados desde hace diez años, por una tal Icelea. Pero él sigue amando a Irmea, que se niega a divorciarse. Hay una guerra fría en el seno de ese hogar, donde han nacido ocho hijos.

Después está Creille, que ama a Lucine y no querría que hubiese nadie más entre ellos, pero Lucine, que es sana y normal, busca una amazona que quiera compartir sus vidas y le permita tener los hijos que desea. Creille no es normal, agrega Avia. Debería hacerse curar o venir a la Tierra, donde él y Lucine serían considerados una pareja normal. Pero ella sería desgraciada toda su vida.

Oigo la triste historia de Ervine, que fue abandonada por Naereille y Alcea, a causa de una mujer-mujer tonta y mezquina, pero muy bella. El caso es excepcional; en general, quien se aleja deja una pareja tras de sí, una pareja de solteros unida por la misma tristeza y el mismo furor, que, poco a poco, recupera la alegría de vivir y busca, unida, el indispensable tercero.

En un periódico de gran tirada leí un sangriento suceso. Tres actores, oficialmente casados, muy conocidos por los seudónimos de Louveille, Louvine y Louvea, hacían una gira. Louveille y Louvea encontraron a Louvine en brazos de Estreille y Verthea. Mataron a los tres.

Avia está preocupada; su hermana pequeña, Hymine, que el año pasado se casó con Floreille y Mirnea, se ha enamorado de A mea, la hermana de Floreille (tendría que decir «la hermana amazona», para que la traducción fuera clara. Naturalmente, como hay tres géneros, en arturiano hay tantas palabras como situaciones posibles en esas familias complejas). La emoción de Avia demuestra claramente que en Arturo los tabúes del incesto son tan rígidos como en la Tierra, si no, más.

Los de la homosexualidad, también; otro suceso me lo demuestra. Una amazona ha sido condenada al exilio en otro planeta periférico por haber tratado de convencer a una mujer-mujer de que formara una pareja triangular con ella y otra amazona.

Avia no está de acuerdo con esa sanción; dice que todos los arturianos deberían tener el derecho de buscar la felicidad en las infinitas combinaciones que se pueden concebir entre dos o tres personas y que, por otra parte, existen, pese a la desaprobación social.

A fuerza de oír hablar de las uniones y desuniones de las parejas triangulares, llegué a formarme una vaga idea de lo que se hace y lo que no se hace, de las desgracias clásicas y las más sorprendentes.

Avia dibuja mientras charla. Tiene talento, y sé que es muy conocida como escultora. Es bella y brillante, pero parece solitaria. No me atrevo a interrogarla. Me habla un poco de su infancia. Una familia de cinco hijos, lo que es poco para Arturo: dos Amazonas, dos neutros y una mujer-mujer, la pequeña Hymine, ídolo de toda la familia. El padre neutro murió muy joven y los otros dos nunca intentaron reemplazarlo. Avia habla con amargura de eso: sufrió mucho a causa de su hogar incompleto. Y guarda rencor a su madre y a su Amazona progenitora por no haber tomado más en cuenta los sentimientos de los niños.

Eso me indigna. Me parece que en Arturo se entierra a los muertos con mucha rapidez y que las enormes camas tienen un lugar destacado en la vida de los arturianos.

—Por cierto —dice Avia, con tranquilidad—, somos mucho más sexuados que vosotros, ¿no lo sabías?

Y añade con fría ironía:

—Es lo que muchos terrestres no nos perdonarán jamás. En cuanto a nuestros muertos... créeme, los guardamos en el fondo de nuestros corazones, pero no debe haber un lugar vacío en un hogar.

La escucho. Los tensos hilos de otra moral se tejen a mi alrededor. Allí es pecado no poner a una persona viva en el lugar que ha dejado vacío un muerto.

Así es el mundo, así es la sociedad en la que voy a integrarme. Trato de imaginar mi vida con Imonea, su presencia cálida y luminosa... y la ausencia de Irveille. En la pantalla que me separa de la enferma, una línea muy fina describe grandes curvas amplias y regulares, que son, según me han dicho, el signo de un próximo despertar.

Avia continúa hablando del suntuoso planeta de los señores arturianos, que los terrestres odian a causa de su belleza, su riqueza, su tranquilo orgullo... y de otra cosa.

Siento miedo.

Sí; ahora trato de imaginar mi vida de arturiana junto a Imonea y los relatos de Avia dibujan una ausencia en ese hogar mutilado, *una ausencia que me resulta intolerable*.

VAINILLA DEL CUERPO DE LIA

(Vanille du corps de Lia)

Daniel Walther

Daniel Walther nació en 1940, en el noroeste de Francia y empezó a destacar en 1965, con unos comienzos prometedores que luego se confirmaron. Periodista de oficio, Daniel Walther ha encontrado en la ciencia ficción una forma de escapar a lo cotidiano el sueño.

Quizá porque en su oficio siempre está obligado a «escribir corto», Daniel Walther todavía no ha publicado ninguna novela y se ha especializado en el cuento. Generalmente, todas sus narraciones tienen una misma característica: la poesía. Así en 1976 publica una antología de cuentos, Requiem pour demain, donde reúne todas las facetas de su talento. Cuando apareció ese libro, escribí en una crítica: «Walther nos ha entregado un trabajo concienzudo, rico y poderoso. Creo que aún no ha dicho todo. Walther es un autor que se está transformando, capaz de evolucionar porque está aún lleno de posibilidades no agotadas».

Después, en ocasión del Tercer Congreso de ciencia ficción francesa, que tuvo lugar en Metz, en mayo de 1976, una antología colectiva dirigida por Walther, Les soleils noirs d'Arcadie, obtuvo una mención, y uno de los cuentos que integran el libro fue elegido como el mejor del año.

Durante algunos años, colaboró, como yo, en una revista actualmente desaparecida, como crítico; en una sección regular que tenía en ella, analizó con seriedad la evolución de la ciencia ficción francesa.

En este cuento, Vainilla del cuerpo de Lia, reencontramos varios aspectos de las tendencias de Daniel Walther: su preferencia por un erotismo discreto (¡que a veces se desencadena!) y su antimilitarismo visceral; el conjunto está a veces teñido de poesía y de imágenes espectaculares. Aunque esta narración no sea un buen ejemplo, hay que decir que Daniel Walther es el único autor francés que ha sabido asimilar la New Wave, inspirada por Ballard, y que ha hecho algo original y sensato. Es un autor que habrá que seguir de cerca.

De un lado, Lia. De otro, nada o tan poco, verdaderamente tan poco. De un lado, el mar; de otro, el insoportable brillo del sol, asando la sal bajo los párpados, instalando montones de alfileres al rojo en las heridas semiabiertas. Es eso... de un lado, Lia (quiero decir el sueño de Lia) de otro, segura, fatalmente, la muerte.

Porque estoy acostado boca abajo en el bote de salvamento y derivo en corrientes misteriosas, a menos que sea el viento quien me empuje. Pero no; no hay viento; ni una brisa. Son las corrientes las que nos empujan» al bote y a mí.

Es una especie de barcaza, una mezcla patentada de vidrio y metal superligero. Indestructible e insumergible; garantizado. ¿La prueba? Está escrito con letras verdes (de noche son fosforescentes). Lo sé muy bien; ésa es mi única lectura desde hace casi tres días. *WXYU 66543 - Armada Europea del Mar - Indestructible e Insumergible. Garantizado.*

¡Tienen sentido del humor! Cuando no sufro como un condenado, leo esas palabras, esas letras y esas cifras, lentamente, estirando mis labios llenos de sal. Leo en voz alta, separando bien los sonidos; *Doble Uve Equis Y Griega, U, Seis Seis Cinco Cuatro Tres: Ar-ma-da-Eu-ro-pea-del-Mar* (¿por qué armada del mar y no marina?) *In-des-truc-ti-ble-e-In-su-mer-gi-ble-Ga-ran-ti-za-do...*

Los botes de salvamento sí; quizá sean insumergibles y todo lo demás, pero la flota europea, no. Sé algo acerca de eso; vengo de un destructor que se fue al fondo en dos tiempos y tres movimientos. El enemigo sabe lo que hace. Nosotros, tratamos de saberlo.

¡Vaya! De golpe, en el aire hay un perfume a vainilla que me recuerda retazos de mi juventud y mis largos paseos con Lía alrededor de la isla. Cada vez, buscábamos un lugar defendido del viento, que siempre soplabla con demasiada fuerza, trayendo el aroma de la vainilla, y hacíamos el amor, dulce o salvajemente, lenta o ferozmente, según el humor del momento.

¡Insumergible! ¡Ya lo creo! Esto es lo que veo desde aquí: el pico del avión zambulléndose hacia el mar, abofeteando las olas con sus balas ruidosas. ¡Pif! El WXYU 66543 de la Armada Europea del Mar se hizo humo. Posibilidades de salir de ésta... ¡vamos!

Cuando estoy verdaderamente harto de asarme la cara al sol, me pongo boca abajo y le vuelvo la espalda. Me regalo con el espectáculo del mar a través del fondo transparente del bote de salvamento. El tipo que inventó este chisme debía de estar chiflado, o quería economizar, a fuerza de ver toda esa agua desfilando contra mi boca abierta que ni siquiera babea, de adivinar ese insondable abismo azul y tenebroso, de imaginar quién sabe qué horrores en esos abismos... Sí; debía de estar loco.

Según «ellos» ese dispositivo está allí para evitar que nos torpedeen y para permitirnos descubrir eventuales submarinos:

Argumento: Usted es un héroe. Usted se encuentra en su bote salvavidas, es el superviviente ebrio de venganza de una tripulación aniquilada, y percibe, deslizándose furtivamente entre dos aguas, uno de los siniestros proyectiles negros. Gracias al dispositivo luminoso con que cuenta su bote (2,25×1,20), usted puede seguir entre las ondas verdes la ruta de la superficie. Usted aguarda, con los dientes apretados por el odio, mientras sus ojos lanzan destellos metálicos. Entre sus dedos que tiemblan de impaciencia, usted sujeta la supergranada y le quita el seguro con gesto decidido cuando el monstruo silencioso está a su alcance. ¡Plaf! La granada se desliza a toda velocidad, impulsada por su minimotor, hacia el minisubmarino. ¡Aleluya! La maldita y odiada cosa, explota con una facilidad desconcertante, y los *geysers* hirvientes surgen alrededor del pequeño bote de salvamento, proyectando hacia el cielo montones de peces hervidos. Usted es un héroe, pero ha tenido miedo; miedo de morir sin haber matado a su enemigo. Pero ahora se siente bien, tranquilo y en paz consigo mismo y con sus jefes. Por otra parte, ¿por qué iba a tener miedo? Ha recibido su inyección de Tranquiline hace muy poco, justo antes del ataque de los puñales voladores.

¿Qué es eso? ¿Un trozo de submarino que ha subido a la superficie? No; después de reflexionar, es un hombre, o lo que queda de él; le falta la mitad de la cabeza, cortada geométricamente. Media mandíbula, sonrío.

Himno: «¡Esto terminará muy pronto! Con los medios de que disponemos, y gracias al apoyo de nuestros aliados, vamos a dar a nuestros adversarios una paliza histórica.» ¡Sí! Las *guerras* se suceden, y, a veces, hasta se parecen. *Pero*. Lo que no varía nunca, ni en una coma, son los discursos.

Y millares... qué digo, *millones* de gilipollas se dejan convencer por esa mala prosa. Pero siempre quedan los sueños.

Por el momento, con la boca seca y pegada contra el fondo de la embarcación voy raudo hacia un destino desconocido. Creo recordar que no estábamos lejos de un grupo de islas cuando los aviones enemigos cayeron del cielo, flechas de fuego disparadas por el arco del sol para hacernos	Sí; digo bien, el sueño, porque ahora sé que nunca volveré vivo a esa isla feliz donde las noches perfumaban con vainilla, perfumaban el cuerpo de Lia. Querría hundirme totalmente en este sueño, querría revivir en este sueño, pero actualmente lo mejor que puedo hacer, ay, es,
---	---

M O R I R

morir de todas maneras, morir siempre.

Por otra parte, si suponemos que un minisubmarino llega por debajo, y que yo lo

veo perfilarse en la tinta violeta de las profundidades, no podría desempeñar correctamente mí papel; yo no tengo bomba, ni supergranada, ni siquiera una pistola-vibrador. Todo eso yace a muchos miles de metros, en el fondo del mar. Me hago una pregunta: ¿cuánto tiempo tardan una bomba o una supergranada en llegar al fondo del mar? Cuando han terminado de hundirse, en el limo milenario y silencioso, ¿qué sucede si estallan? ¿qué criaturas maravillosas o terribles huirían, aterrorizadas por la explosión?

Y además, ¿qué tengo en común yo, un pobre idiota insular, con los europeos? ¡Ja! Nací en una isla perdida, de padre francés y una madre mestiza que siempre se negó a aprender a leer y escribir. Antes de la guerra no salí de mi isla más que para una breve estancia en los USWA (United States of White America). Porque era terco, porque me creía genial. Debo decir que, en mi paraíso perdido, vivía con una u otra mujer, cuando no estaba pintando cuadros disparatados que trataba de vender a los turistas de paso. No venían muchos turistas a la isla, y aquellos a quienes ofrecía mis obras me miraban pensativos, meneando la cabeza con aire molesto; no, no deseaban paisajes de pesadilla, sino un poco de color local. Fue entonces cuando me decidí a viajar a los USWA. ¡Por los dioses! Viví tres meses espantosos en una ciudad desmesurada, mugrienta, maloliente, donde se respiraba un aire fétido, donde las personas reventaban como moscas en medio de la calle, como imbéciles. Traté de colocar algunos de mis cuadros, así a la buena de Dios. Fue la gran decepción, porque en esa ciudad lúgubre e inextricable había decenas, centenas de drogados que, en sus «buenos momentos», producían mamarrachos mucho más locos que los míos. De todos modos, conseguí adular a un director de galería miope que me consideró lo que él llamaba «un fantasma de talento». Por todo el lote de cuadros que había traído desde mi isla me dio justo lo necesario para comprar el pasaje de vuelta.

Quizá nunca me hubiese repuesto del choque, con mis ilusiones deshechas, después de una travesía espantosa... pero pocos días después de mi retorno a la isla, conocí a Lia.

Ella venía de un archipiélago vecino y poseía el cuerpo más bello del mundo. Ojos perversamente dulces, pechos de madera endurecida a fuego, una boca ávida y el sexo más tupido y mordedor del planeta. Seguí pintando, pintando para nada. ¡Pero Lia me decía con una conmovedora ingenuidad que tenía un gran porvenir! Como un buen salvaje, soñaba con las noches americanas, con rostros lívidos de ojos espantados, rodeados de humo azul; volvía a ver manos pálidas y enflaquecidas con venas hinchadas; volvía a escuchar músicas que resonaban y giraban y me excitaba pensando en las putas que separaban las piernas ante el primer venido. A veces no podía evitar que en un vago pliegue de mí mismo surgiera una cierta melancolía, la nostalgia de ese cúmulo de maldad donde yo había desempeñado el papel del ingenuo.

Pintaba (cada vez peor) y leía todos los libros que se podían hallar en la isla. Bebía (demasiado) y hacía el amor con Lia tan a menudo y por tanto tiempo como era posible. Esa chica era una selva cuya humedad me tragaba, y no lograba cansarme de ella. Trabajaba, cuando encontraba un trabajo y cuando tenía ganas de trabajar. El tiempo pasaba.

Y una mañana, cuando no faltaba mucho para mi trigésimo cuarto cumpleaños, quince abejorros de acero se precipitaron hacia la isla, con un ruido de cataclismo, desgarrando el telón de bienhechora molicie tras el cual retozaba con mi inagotable amante. Unos hombres armados hasta las cejas se precipitaron en el cuartel de los gendarmes, donde dormitaban dos funcionarios rebosantes de alcohol, y declararon que Europa estaba en guerra con otro Bloque y que todos los varones nacidos de padre europeo estaban obligados a vestir inmediatamente (salvo dispensa especial) el uniforme del ejército europeo. Yo no padecía una enfermedad grave, ni tenía una dispensa especial, pero me concedieron una noche «para prepararme». La empleé enteramente en emborracharme de Lia, en hacer una reserva de ella, sabiendo por adelantado que reventaría de tristeza después de la primera hora de soledad.

Me hicieron fusilero marino. Soporté un entrenamiento somero pero duro, que me dejó medio idiota y tres cuartos impotente. Durante los primeros meses de la guerra, no sabía contra quién luchábamos. Por otra parte, no teníamos derecho a saberlo. Una vez, declaré, bromeando: «¡A lo mejor nos estamos dando castañazos con gente de otro planeta!» y fui castigado con severidad por haber proferido tales palabras.

... Allá abajo flotan unos extraños filamentos. Parecen cintas de algas multicolores, brillando apenas y sólo de forma intermitente. Entre esos filamentos de luz espectral flota el rostro de Lia, doloroso e inalcanzable. De entre las piernas de Lia que ondulan como si no tuviesen ningún soporte óseo, como alumbrado por su pubis generoso, surge un submarino enemigo.

... No tengo nada de héroe y no poseo ningún arma para intentar defenderme, Mi lengua está espesa, como la de un buey que llega al matadero. Sé que ya no podré aguantar mucho, que mis últimas reservas vitales se evaporan, se disipan, formando un humo cada vez más ligero... Debajo de mí, un pincel luminoso busca en la noche marina, pero ya no hay nada: ni Lia deshuesada, ni el submarino-feto. Ni siquiera un alga que anuncie una tierra cercana. Sólo el bote... el cielo ardiente... y yo.

Luchábamos por la *civilización* (como siempre). Los oficiales subalternos nos lo hacían entender a bofetadas; los suboficiales de instrucción, a patadas en el culo. Nos metían propaganda por todos los orificios: comprimidos, fricciones, gotas nasales, colirios, enemas y supositorios de propaganda. *La vieja Europa, tradicionalmente unida... Los valores milenarios de Occidente* (que era necesario defender, por supuesto; había que salvaguardarlos, «espada en mano»), *honor y patria*: Napoleón, Bismarck, Descartes, Luis XIV, Hitler, Federico el Grande, el Capitán Danrit...

—¡Marx! —grité yo, sin saber de qué hablaba. Estuve dos días sin poder sentarme.

Desde que bebí las últimas gotas de mi barrilito de agua potable, tengo la garganta ardiendo y...

Sí; nosotros luchábamos por la *civilización*.

Cuando aprieto el botón verde que pone en funcionamiento el «detector luminoso», distingo formas extrañas; quizá sean criaturas llegadas de los bajos fondos marinos que... (Ayer, por ejemplo, un tiburón golpeó con el hocico el fondo del bote.)

Sí; nosotros luchábamos por la civilización. Fuimos de victoria en victoria hasta el momento en que caímos de derrota en derrota. Nosotros luchábamos por la civilización y yo luchaba por Lia, solamente por Lia.

En las profundidades, una masa lívida se agita. Una medusa, una hidra, un ciclóstomo...

Eso me recuerda a ese tipo pálido, en esa ciudad nauseabunda de los USWA, que pasaba su vida inyectándose drogas bajo la epidermis... Un día me explicó que haría bien en volver a mi isla, que la vida era una mierda, que el mundo era presa del mal, que la magia reemplazaría a la religión (?) y que Dios podía irse a freír espárragos. Decía eso y muchas cosas más con el labio inferior colgando y babeando. Fascinado, yo le contemplaba mientras empujaba la aguja bajo la piel, buscando la vena. Sintiendo unos pequeños estremecimientos y breves náuseas, constaté un día que su carne había tomado, poco a poco, la consistencia del buey cocido. Descorazonador.

Tengo la garganta ardiendo.

(El bote derivaba hacia un grupo de islas. Pero el naufrago no lo sabía.)

La noche misericordiosa cayó y su brusca frescura le hizo temblar. Era siempre el mismo proceso: reventar de calor durante el día y tiritar por la noche. Pero por la noche, por lo menos, se podía intentar dormir. La sed era menos devoradora; la sal parecía evaporarse en los pliegues de la carne viva. Entonces, cerraba los ojos y su memoria intentaba apresar imágenes ya lejanas que huían sin piedad, imperturbables, fuera del alcance de sus afiebradas ensoñaciones.

Y el lebril de las profundidades, el minisubmarino negro, proyectó hacia la superficie un torpedo no más grueso que un puro. Él se acurrucó en su sueño, trató de abrazar lo que parecía ser el cuerpo de Lia, de penetrar en lo que hubiese deseado que fuese el sexo de Lia, pero gritó de asco cuando se dio cuenta que estaba haciendo el amor con el drogado de la gran ciudad podrida. El torpedo estalló, haciendo trizas el bote, que salió disparado hacia los cuatro costados de la galaxia. Él se precipitó en el mar, lejos, cada vez más lejos, más abajo, a mayor profundidad, ¡tratando de recuperar los recuerdos perfumados de vainilla que se habían ido a pique! Después, le faltó el aire y abrió la boca para respirar una bocanada, una buena bocanada, y sus

pulmones estallaron como bolsas de papel en las manos de niños traviesos. El agua era amarga, más amarga que la resina de áloe.

El bote derivaba hacia un grupo de islas...

Al día siguiente, cuando el sol volvió a alumbrar la llanura marina, vio un pan de azúcar que destelleaba en la lejanía brumosa y se dio cuenta, atónito y maravillado, de que la corriente, o esa otra cosa que hacía avanzar al bote, lo empujaba en línea recta, inexorablemente, hacia la tierra firme. Porque por mucho que miraba fijamente al pan de azúcar, éste no se desvanecía, como todos los espejismos engendrados por la sed que lo habían torturado en el curso de las últimas cuarenta y ocho horas.

Empezaba a distinguir unos bultos más oscuros: la vegetación de las islas, acurrucada al pie de las montañas. Su corazón latía con tanta rapidez que sintió su cadencia en todas las arterias de su cuerpo; era un ritmo devorador que tomaba posesión de todos sus centros nerviosos, de todos los puntos estratégicos y vitales de su organismo. Todo su ser pulsaba a merced de esta música omnipresente; salmodiaba la única palabra de una cantilena irreprimible: *beber... beber... beber...*

Cuando el bote tocó la arena de la playa y mucho, mucho tiempo después, él seguía estando vivo y los árboles seguían siendo reales; no parecían querer disolverse en una nube de polvo. Pensó que era un milagro.)

... Me lancé al agua. Primero en el mar, porque perdí el equilibrio y caí de bruces sobre la arena mojada, sintiendo que la arena pegajosa de la playa sorbía mi boca. Me quedé un momento allí, casi sin moverme, hasta que el golpe inesperado de una ola cruel vino a cubrirme. La sal volvió a abrir mis heridas y grité, con la boca llena de amargura. Algunos minutos más tarde, andaba debajo de los árboles que bordeaban la costa con la cabeza zumbando y la lengua afuera, como un cachorro. Luego encontré un manantial de agua dulce y bebí hasta que mi vientre estuvo a punto de estallar. Y en cuanto saqué mi sed, el hambre vino a golpearme en la boca del estómago, un hambre enfermiza de animal que ha estado a punto de dejarse morir y al que un milagro ha hecho redescubrir el instinto ancestral de la caza. Pero tuve un momento de debilidad; unos relámpagos rayaron la penumbra del palmar, unos soles multicolores giraron en las alturas peligrosamente silenciosas y perdí el conocimiento. En el momento en que me tambaleaba dentro de la tinta negra del coma, respiré en el aire un dulce aroma a vainilla.

(Lia había vuelto. La veía recortada contra las sombras de los matorrales, avanzando lentamente hacia él, como si tuviera que arrancar cada paso a una especie de alfombra imantada. Sus brazos colgaban a los lados de su cuerpo y, cuando estuvo más próxima, comprobó, no sin aprensión, que ninguna sonrisa iluminaba su rostro, sus rasgos inmóviles. «¡¡¡Lia!!! ¡¡¡Lia!!!» Yacía sobre la espalda, agitaba penosamente brazos y piernas, buscaba inútilmente un punto de apoyo, pero la arena corría sobre él como un torrente, y resbalaba en un tobogán de sílex movedizo.

Ahora, acababa de caer en un hueco húmedo y lleno de barro; los árboles se habían alejado un centenar de pasos. La silueta de Lia estaba erguida e inmóvil bajo el sol deslumbrador. Sus ojos lagrimeaban y le ardían ferozmente; no podía centrar la visión. Una ligera brisa agitaba los cabellos de Lia como las alas de un ave nocturna. Lia se inclinó sobre el hueco arenoso, levantó lentamente los brazos y, finalmente, vio su rostro con precisión. Los ojos no expresaban más que un cansancio y la nariz apretada no parecía capaz de inspirar el oxígeno necesario para la vida. Por las comisuras de los labios entreabiertos goteaban lentamente dos hilillos de sangre. Lia se inclinó más aún, perdió bruscamente el equilibrio y cayó sobre él, fría, muerta y desnuda.)

Desperté gritando. Aterrorizado. Más tarde, cuando pasé revista a los detalles de mi pesadilla, lloré. Lloré porque había sentido asco por la desnudez de Lia. Para mí, el significado profundo de ese sueño era más espantoso que el derrumbe de la civilización o el estallido del mundo o el incendio barroco que los payasos imbéciles e irresponsables que pretendían conducir a la humanidad, habían encendido en los cuatro puntos cardinales del planeta. Para mí, ese sueño, era el fin del mundo.

Mojé mi cara con agua fría y me dije, sin lograr convencerme, que era el hambre lo que me hacía delirar.

Cuando recuperé la calma, volví a la playa y subí el bote hasta dejarlo sobre la arena. El sol hacía brillar la cima de la montaña. Tragué saliva, dificultosamente, cuando terminé por apercibirme de que esta isla se parecía como una hermana a aquella que me había visto nacer y crecer. Quedé inmóvil durante mucho rato, con los pies clavados en la arena. Mis dientes castañeteaban como si el aire se hubiese enfriado de golpe, y contemplé la inmensa masa rocosa con forma de pan de azúcar, mientras en mi pobre cabeza se agitaban sombras de recuerdos.

«Todo esto no tiene sentido. Estoy a miles de kilómetros de mi isla... Lejos, tan lejos. Es como si estuviese en otro planeta, no hay ninguna diferencia...»

El viento se levantó en el mar, se acercó a la orilla e hizo girar alrededor de mis tobillos los harapos del pantalón de mi uniforme. ¿Un símbolo? ¡Pero yo me cagaba en los símbolos! Igual que en Europa, en la civilización, en el mundo, en esta guerra imbecil. Igual que en la vida, en la muerte y en todo lo demás. ¿Qué decía ese hurón hundido, mientras hipaba en los bares de maricas de la América blanca? Decía:

—Haz el equipaje, márchate de aquí, vuelve a tus *vahines* (sabía más de droga que de geografía) y déjate vivir. Ya no tendremos tiempo de bromear; la civilización se va a romper la cara, porque es una porquería, y la religión podrá cambiar de ropa. ¡El porvenir (o lo que desempeñe su papel) pertenece a la Magia! Mira a tu alrededor, por lo que más quieras, ¡abre los ojos! A veces me parece que voy a reventar de asco. Te lo juro: hay tipos que tienen puñales en los ojos...

En aquella época, yo pensaba: «Sigue hablando... te escucho. Estás volviendo de

un mal viaje y has visto el mundo a través de un prisma tallado por el diablo.» Ahora, en medio de mi soledad, le daba la razón. Mil veces, cien mil veces le daba la razón. Pero, sin duda, ya no estaba en este mundo. Atontado por la droga, algún poli debía de haberle arreglado las cuentas en algún callejón oscuro. Golpes de cachiporra en los riñones y patadas en las partes.

¡Ya no tenemos mucho tiempo para bromear!

La guerra no había tratado bien a la isla. Los indígenas habían huido, abandonando sus casas y sus bienes. Sin duda, se habían refugiado en las montañas, esperando que los invasores no los siguieran por los peligrosos senderos de piedras sueltas.

No tuve que buscar mucho para encontrar latas de conservas. Me hice de una verdadera despensa. Encendí fuego, pero no tuve paciencia para esperar que la lata se calentara; devoré su contenido empujando el alimento con los dedos. Cuando estuve lleno, me dije que quizá no todo estaba perdido y que tenía una posibilidad real de salvarme con honor. No debía haber ido a la deriva durante tres días y tres noches (o casi) por un mar quemado por el sol o refrigerado por la luna, para venir a morir a este rincón perdido del planeta, lejos de los míos, lejos de todo.

Unas horas más tarde, partí hacia el interior de la isla con una provisión de latas de conserva, algunas cajas de cerillas, una botella de agua y un puñal que encontré en el pueblo abandonado. Me hubiese sentido más seguro si hubiese tenido un vibrador o —mejor aún— una o dos granadas defensivas de bolsillo. El instinto de conservación había vuelto a hacerse cargo de mí.

Durante la primera hora de marcha tuve la impresión, muchas veces, de que la brisa traía un ligero aroma de vainilla. El afrodisíaco hizo que palpitara mi nariz, temblara mi mandíbula y se hinchara mi bajo vientre.

—Dios del cielo —me dije, (pero no era a Dios a quien me dirigía)—, ¿qué sucede ahora? ¿En qué increíble trampa he venido a caer?

Unos minutos después tuve que detenerme, completamente agotado por el esfuerzo. Desde el sitio en que me encontraba, podía ver el cinturón verde de la isla, la playa y las olas, con sus crestas de espuma. Hasta terminé por ver el bote encallado en la arena. Un estremecimiento de angustia retrospectiva... Había andado demasiado rápido, impaciente por comprobar si esta tierra había sido abandonada o no por los hombres. Mirando hacia el este descubrí un grupo de casas muy próximas al mar, con un muelle que se adentraba en el agua. Pero no había ningún barco a la vista. Mis temores retornaron.

—Todos se han marchado —me dije—, ¡para ir quién sabe dónde! Me sentí aún más solo que en mi bote de salvamento entre la sal del océano y las puntas de fuego del sol. Terminé por sentarme entre dos rocas, a la sombra de un trío de arbustos, para beber unos tragos de agua y tratar de recuperar el valor.

Debí quedarme dormido, vencido por la fatiga.

(...Se había dormido, quebrado por la fatiga, y el aire del mar le trajo un perfume de vainilla. Ese perfume venía de una isla vecina, situada justo detrás del horizonte. Las aletas de su nariz palpitaron suavemente... Vainilla de los recuerdos, vainilla con la que se había amasado el cuerpo de Lia. Gimió, en sueños, y sus brazos se cerraron sobre el cuerpo de Lia, que se movía. Ya en la niñez le gustaba el olor de la vainilla... Recordaba que... Pero en estas latitudes la vainilla no crecía. Aquí no... Sus brazos se cerraron sobre el cuerpo de Lia, que se movía. Y era Lia en su totalidad la que era penetrada, la que lo recibía. Se movía suavemente, luego cada vez más rápido... fueron los rugidos de los puñales volantes los que le arrancaron del sueño...)

... Fueron los rugidos de tres puñales volantes los que me sacaron del sueño. Una vez más, había soñado con Lia. Pero este nuevo sueño había sido más agradable que el anterior. El despertar me pareció aún más brutal e inhumano. Tres pájaros de combate atravesaron el cielo, como un triángulo maléfico que se precipitara hacia el sol. Tres pájaros formando un triángulo y volando en la mala dirección, y los sacerdotes suplicando a los antiguos generales que depusieran las armas y esperaran un día más favorable. Nuestros modernos augures, ¿habrían examinado la tripa de las computadoras antes de autorizar a los grandes guerreros a eyacular su napalm en el regazo del planeta? Cuando sobrevolaron la isla, las tres pesadillas voladoras desaparecieron entre las nubes del atardecer. El tiempo había pasado como en un sueño y tuve la impresión extraña de que en este retazo de tierra, perdido en la inmensidad del océano, las horas no duraban más que unos largos minutos.

Cuando me volví para coger mi cantimplora vi al hombre vestido de verde grisáceo. Estaba a unos pocos metros de mí, rodeado por un macizo de rocas eruptivas, apoyado en su arma, la mirada perdida a lo lejos. No me había visto; la prueba era que yo seguía vivo. Las aletas de su nariz palpitaban, y me pregunté si sentiría, como yo, el persistente olor a vainilla. Era el diablo quien me había empujado hasta la isla, quien había hecho que mi bote de salvamento encallara en la playa de este dominio embrujado. El soldado enemigo miró hacia donde yo estaba, como si mis pensamientos hubiesen turbado su meditación, pero sabía que no podía verme y controlé los latidos desordenados de mi corazón, rechazando hacia las tinieblas del subconsciente una vocecita que gritaba: «¡Sáltale encima y mátalos!»

Reí para mis adentros, pensando que lo más probable era que debiese la vida a tres puñales volantes del enemigo. Si no me hubieran despertado, el otro hubiese terminado por hallarme. Y en esta guerra uno se abstenía, en lo posible, de tomar prisioneros. Era un conflicto sin Cruz Roja y sin confesores, ya que todo el mundo luchaba para salvar el pellejo, incluyendo a las enfermeras y los sacerdotes. Los tiempos de las guerras románticas habían terminado.

Saqué el puñal de su vaina y aguardé, conteniendo la respiración, que el otro

decidiera hacer algo. La espera se prolongó y comencé a sentir ráfagas de angustia que subían hasta mi cara. La noche estaba muy próxima y caería pronto sobre nosotros, es decir, sobre un hombre bien armado y sobre mí, que no tenía más que un cuchillo con el filo deteriorado y la punta mellada. ¡Un náufrago en el arrecife de los piratas!

La isla parecía estar llena de enemigos. La nave que los había traído debía de estar anclada al otro lado. No tenía muchas posibilidades de salvarme. Fue justo en el momento en que el otro parecía a punto de marcharse, que un calambre innoble se instaló en mi pantorrilla derecha. Instintivamente, cambié de posición y mi pie golpeó el saco que contenía las latas de conservas. Con una desesperación imposible de expresar vi y, sobre todo, oí como toda esa quincallería alimenticia rodaba de piedra en piedra. El soldado enemigo quedó boquiabierto y luego se volvió hacia mí. Debía de tener mi edad, aproximadamente, pero era mucho más guapo que yo. Su belleza era casi malsana.

Rápidamente levantó su arma y me apuntó a la cabeza. «Estoy perdido —me dije —, ¡nadie puede hacer nada por mí! ¡Nadie!» En el minúsculo lapso de tiempo que me separaba de la explosión de mi cabeza, engañoso sol de sangre proyectado en el cielo de la tarde, volví a ver el rostro de Lia, con esos horribles hilos rojos a la derecha y a la izquierda de su boca desgastada en una dolorosa semisonrisa. Y en esa fracción de segundo, ella me arrastró hasta el lejano atardecer en nuestra isla, hasta ese horrible atardecer que precedió a nuestra última noche. Volví a ver los abejorros metálicos que caían zumbando desde el cielo matutino, desgarrando la corola rojiza de las nubes y posándose sobre su culo, que escupía chispas, en el mismo centro de la plaza de la Independencia. Quince dardos de luz inoxidable, colocados como cirios, uno junto al otro, en la vasta explanada rodeada de casitas medio dormidas. Creo que durante el mínimo lapso de una fracción de segundo había aceptado la muerte, había aceptado que el salivazo de luz, al brotar del caño que apuntaba a mi cabeza, hiciera correr mi cerebro, como lava, por mis conductos nasales reventados. Pero el recuerdo de los puñales voladores que habían caído sobre nuestra isla, como una lluvia de sangre, hizo que me rebelara contra la idea de mi propia muerte. El puñal saltó desde mi mano como un animal cruel, una de esas serpientes de coral con reflejos metálicos, una luciérnaga mortal que hendió la penumbra...

El otro cayó; su grito fue tan breve como su agonía. La fuerza de la costumbre había trabajado a mi favor. Me quedé acostado en mi refugio rocoso, vigilando los ruidos ligeros, los rumores del atardecer. Cuando estuve seguro de que el otro había venido solo y que por el momento no tenía nada que temer, fui a revisar el arsenal portátil del muerto. Tenía con qué transformar a media compañía en cenizas y lágrimas. Mi sangre fría, la naturalidad con que tomaba las cosas, me asustaron. Mientras arrastraba el cadáver entre las malezas, tuve súbitamente un ataque de

temblores y estremecimientos retrospectivos.

Descubrí una senda que trepaba hacia la cumbre de la montaña. Traté de hallar rastros de la presencia humana, pero el polvo estaba mudo, era avaro con sus secretos. Ahora, la luna brillaba sobre la isla, bañando al paisaje y al mar inmóvil en una paz engañosa, una calma precaria. Yo estaba tan cargado como un mulo y mi avance era muy lento. Sólo el temor de encontrarme con una patrulla enemiga me impedía dejar caer mi equipaje y dormirme allí mismo, en el suelo.

Súbitamente, mi piel se cubrió de sudor. A pesar del frescor nocturno sentí que un fuego devorador se apoderaba de todos los puntos neurálgicos de mi cuerpo; un ejército de hormigas rojas devoraba mis centros nerviosos. Me había dado cuenta de que no tenía salida. Aun si lograba excavar un pozo en la montaña, enterrándome como un animal nocturno, no tenía ninguna posibilidad de salvar mi precioso pellejo: había dejado el bote de salvamento bien a la vista, bien en evidencia en la playa. Era inevitable que alguna patrulla lo encontrara. Leerían las letras verdes (fosforescentes por la noche) *WXYU 66543 - Armada Europea del Mar - Indestructible e Insumergible. Garantizado...* y se divertirían un rato antes de organizar una partida de caza a través de la isla. Se encolerizarían mucho cuando encontraran a su compañero muerto. Pero en lugar de desahogarse con los indígenas, irían a revisar los matorrales, a revisar las más pequeñas anfractuosidades rocosas para coger al hijo de perra que había apuñalado a uno de los suyos... Y como sin duda tenían tiempo que perder, terminarían por hallarme.

—Esta isla podría ser aquella en que vivía, con Lia. No hace mucho tiempo uno debía de encontrarse a gusto aquí, como protegido del mal. Un mundo apartado del resto del mundo. El ruido de las olas y la musiquita pasada de moda de algún discípulo tardío de Bernardin de Saint-Pierre. El parecido es asombroso. Si tuviera fiebre, bien podría imaginar que...

Puede ser que los desórdenes de la guerra engendren perturbaciones en la disposición de las dimensiones, quiebras en la trama temporal. Puede ser que las guerras provoquen, en ciertos individuos, unos desequilibrios que los obligan a acurrucarse en la matriz de sus sueños, a tejerse un capullo donde la realidad se confunde estrechamente con un mundo de alucinaciones, donde el mundo real se transforma de alguna manera en otro mundo, con reglas diferentes y leyes extrañas, que obedecen a una lógica tan imperturbable que...

Cuatro chozas miserables, apoyadas en el decorado rocoso. La luna... la sombra de la montaña... el aroma de la vainilla. Pero la vainilla no crece en estas latitudes. Las puertas (o lo que las sustituía) de las chozas tambaleantes, habían sido rotas a patadas, a culatazos. Colgaban como súplicas, mostrando las pobres riquezas pisoteadas por los soldados.

Nosotros luchamos por la civilización. Y lucharemos hasta el fin.

«... *Mi adversario no es un soldado porque no tiene una formación ética.*»

(Declaración de un oficial superior portugués. Hace alusión al líder de la revolución negra en Mozambique...)

Nos lo habían dicho, nos lo habían repetido mil veces:

«La Guerra es la Guerra. Y la única Guerra que se puede librar contra un enemigo que no es leal, es la Guerra total. En una Guerra total no se puede considerar a los civiles como tales. Sólo hay partisanos, sospechosos y traidores.»

La lógica indicaba que esta isla era un verdadero nido de sospechosos y traidores, porque por las puertas derribadas por las botas del adversario escapaba un supremo olor a carroña. Me acerqué, dominando mi repugnancia. Cuando entré en la primera choza, mi corazón se detuvo.

En las tinieblas malolientes descansaban unas formas inmóviles. Los desgraciados debían de haber sido sorprendidos durante el sueño, sin poder oponer la menor resistencia a la gloriosa invasión de sus viviendas. Tuve que encender muchas cerillas —algunas se partieron entre mis dedos torpes y temblorosos— antes de poder abarcar con la mirada la atroz escena de la matanza. Obedeciendo estrictamente las leyes de la Guerra total, que eran válidas en todos los frentes y para todos los ejércitos, no se había perdonado a nadie: ni a los niños ni a las mujeres ni a los viejos. Se había hecho una justicia pronta y buena... y sin discriminación. Vientres pisoteados, caras deshechas a culatazos, testículos machacados, abdómenes abiertos desde el pubis hasta el ombligo por las minibayonetas *supereficaces*... Predicar el terror con el ejemplo, ¡que la población civil esté en condiciones!

(Una ráfaga de viento sacudió el muñón de la puerta, impregnando la noche de aroma a vainilla. Sus ojos se cerraron, mientras los fantasmas volvían a la carga. Nuevamente, las arterias del océano latieron velozmente. La sangre estaba caliente en el terciopelo de las orejas y su boca exploraba en la oscuridad el paisaje de Lia desnuda, tendida, indefensa, azotada por la claridad lunar en su estuche de sílex. La noche era dulce y Lia, ardiente y húmeda, respiraba ruidosamente bajo el filo de su lengua. Los cadáveres fétidos habían desaparecido de su memoria onírica, se habían fundido en el sol negro que se levantaba entre las piernas de Lia. Morosos peles de mal augurio, desintegrados en esa super-nova temblorosa. No había ni una nube entre la luna y el mar, y las estrellas brillaban como millones de cagadas de moscas fantásticas, salpicaduras resplandecientes que enviaban al planeta Tierra la mentira de la paz. El viento pasó por encima de las cabañas asoladas llevándose el olor suave y penetrante de la vainilla fantasma, que se perdió en el mar. Él se apoyó contra un poste de madera que sostenía el techo semihundido, a través del cual parpadeaban algunas estrellas de tamaño mediano, y cuando vomitó sus pertrechos hicieron un ruido metálico confuso y ridículo. Salió tambaleándose de la cabaña.)

Burlándome de la muerte que podía estallar en mi cara en cualquier momento, me

eché a correr hacia el mar. Ahora sabía que en esta isla no había ni un alma viviente. Exceptuaba voluntariamente a las marionetas doctrinales que mataban como se distribuye las hostias. Nunca más habrá un alma viviente cuando termine la guerra, si es que acaba alguna vez; la Tierra estará poblada por zombies chochos, por jóvenes viejos tarados por el odio, por mujeres-máquina que copularán con hombres-herramienta en el éxtasis de ese placer extremado que se puede sentir cuando uno se limpia una uña enlutada. No, no habrá almas vivientes, pero se seguirá hablando — sin vergüenza ni pudor— de civilización, de valores morales (que hay que defender a cualquier precio), de producción acelerada, capaz de proporcionar al individuo (?) las comodidades a que le da derecho su trabajo.

—Ahora —me dije—, ahora me tirarán como si fuera un conejo y justo en el momento de reventar escucharé sus risas, sus malditas risas... ¡que se parecerán a las mías cuando *hacía cantar mis armas!*

... La playa estaba tranquila, muy quieta bajo la luna. Una imagen casi insostenible, ficticia, de un mal gusto clamoroso. Quizá la Tierra se preparaba para un apocalipsis en technicolor.

*Later, clusters of fern apart,
we lay.
A cloud of grasshoppers
passed between us and the moon.
...
The smell that burning cities give
was in the air^[4].*

LEONARD COHEN

(Una tarde, recordaba, estaban los dos acostados en la playa, disfrutando de esa paz indecible y ese relajamiento bienhechor de todos los músculos que sigue a los asaltos del amor. De golpe, ella se acurrucó entre sus brazos, como un cachorrillo; una nube negra había aparecido a la izquierda de la luna. Un segundo después, un alarido de toberas enloquecidas taladró la calma de la noche. Ella había lanzado un grito de pánico y su cuerpo se había contraído, como si la quemasen en el vientre.)

«...» (Las cosas que balbuceaba habían sido incomprensibles, ahogadas por el barullo del cielo.)

—No es nada —había dicho él con tono protector—. Aviones haciendo maniobras... o un reconocimiento. Tenemos que disfrutar de los beneficios de la civilización... de vez en cuando.

(Un mes después de ese pequeño incidente, los abejorros de acero aterrizaban en

la plaza de la Independencia.)

Sí; recuerdo el temor de Lia, esa noche, y sus gritos. Y, sobre todo, su forma de estrecharse contra mí, como si hubiese presentido exactamente los terribles acontecimientos que iban a romper nuestras vidas y a desgarrar al mundo. Mientras descansaba junto a Lia, con todo el cuerpo empapado en un sudor enfermizo y tratando de encontrar las palabras que pudieran exorcizar los demonios del miedo, volvieron a mi memoria unos versos de un poema escrito dos decenios antes por un poeta-cantor-compositor judío canadiense:

*A cloud of grasshoppers
passed between us and the moon...*

Pero el poeta que había escrito esas líneas debía de haber muerto apaleado por la milicia, golpeado hasta la muerte en un calabozo subterráneo, liquidado abiertamente o por una «bala perdida...» ¿O lo habrían «recuperado»?

Corrí hasta que me venció la fatiga y me derrumbé sobre la arena de la playa. Calma y silencio. La guerra estaba lejos. No se oía más que la respiración lenta y regular del océano. Hundí la cara en la arena y la sombra y contuve la respiración, como si, bruscamente, hubiese decidido dejar de vivir. ¡Qué estupidez! La arena se pegó a mi nariz y tosí lamentablemente, hombre en armas de la desesperación, centinela de mis pesadillas... La guerra estaba muy cerca, fea y pegajosa como una mancha de sangre sobre el bajo vientre, deshecho por las culatas y las botas de los soldados. Hasta en mi espalda...

Recuperé el control de mi cuerpo y me levanté, no sin esfuerzo. Me pareció que la luna tenía un aspecto torvo, como si ya no fuera el viejo y querido trozo de piedra pómez con sus llanuras desprovistas de misterio, el dominio burlón donde habían fracasado tantos intentos expansionistas, sino el enigmático «sol de los lobos», el ojo mágico de las hechiceras que se dirigían al *sabbath*. Tuve la impresión de ser presa de unas fuerzas malignas, despertadas por el ruido de los combates.

... Al principio creí que eran los sortilegios de la luna, o una alucinación engendrada por la fatiga y el miedo. A pocos metros del lugar donde me había dejado caer con un feo ruido metálico, una forma humana yacía en la arena.

La joven desnuda había sido una presa fácil para los soldados. Y los soldados se habían apresurado a aplicar el reglamento tácito de la guerra total. Aplicado a las mujeres, ese reglamento daba resultados excelentes, en lo concerniente a la preciosa «moral de las tropas».

Ella miraba a la equívoca luna y sus ojos reflejaban aún todo el pavor, todo el horror de sus últimos momentos. La habían masacrado con sus sexos y sus manos. Los verdugos uniformados, atiborrados de propaganda y sedientos de sangre ¡sabían

manejar un pene como si fuera un barreno! El vientre de la mujer estaba sucio de arena ensangrentada, sus vellos endurecidos por el esperma de los héroes. Unos rastros oscuros trenzaban siniestras guirnaldas sobre esos muslos brillantes. Su pecho estaba marcado por innumerables arañazos: los pezones, un poco pesados, pero firmes, con aréolas anchas como viejas monedas de plata, mostraban profundos arañazos en los que se habían metido unas horribles piedrecillas oscuras que parecían manchas de tinta...

Quién sabe por qué escrúpulo —o quizá no fuera más que un olvido— los asesinos habían dejado intacto el rostro de su víctima. La piel seguía siendo mate y lisa. Cerúlea.

Pero a los lados de la boca abierta en un último grito de terror, de sufrimiento y de muerte, dos hilillos oscuros, dos minúsculos rastros de sangre seca... Me incliné, con la cabeza pesada. Como si mi cerebro, mi pobre cerebro de imbécil se hubiese vuelto tan denso como el plomo. Y mientras mis dedos acariciaban dulcemente a la muerta, lloré sin disimulo, vencido por la noche espesa que había caído sobre el mundo y parecía querer tragarme con su lengua.

(...Una ligera brisa vino desde el mar, agitando las ondas, llevando hasta la isla el buen aroma de la vainilla.)

Era como si hubiese querido cargarme de odio, hacer provisión de cólera, excitarme merced al contacto con ese cuerpo roto, descuartizado, aporreado por los verdugos de la belleza del mundo. Pronto mis manos se embarraron de sangre y arena... Y, de nuevo sentí el perfume familiar, el viejo y sutil olor que se rehusaba a morir.

Lia estaba acostada en la arena; Lia estaba muerta. Los hombres que habían llegado por el mar y los bastardos que habían caído del cielo se habían arrojado sobre ella, le habían arrancado la ropa... Y después de forzarla como a una perra habían roto su vientre cálido, habían hecho estallar su...

¡Dios! ¡Lia yacía sobre la arena y la sangre corría por sus muslos dorados!

La luna cayó del firmamento y explotó, como una bola de cristal cargada de nitroglicerina, en medio de las palmeras. Unas delgadas púas de madera, agudas como los dardos de los guerreros jíbaros, se hundieron bajo mi piel, me inocularon venenos urticantes. Lancé un grito que se perdió en el furor del huracán y caí hacia adelante sobre el cuerpo perfumado de Lia. Mis labios se posaron sobre sus labios ensangrentados mientras separaba sus piernas vibrantes y afiebradas. Su vulva me tomó: era un animal extraño —y sin embargo, tan familiar y húmedo— que acechaba entre las algas de la memoria...

(Ahora estaba acostado, sin conocimiento, sobre la joven muerta.)

¡Qué horror, Dios mío, qué horror! Me desperté manchado de arena, con la boca

llena de sabor a muerte y a podredumbre. Creí que iba a vomitar hasta mi corazón en esa arena de pesadilla; creí que me disolvería en esa abominación... creí que me volvería definitivamente loco. Después, con el alma roída por un odio indecible, corrí hacía no sé qué sueño de carnicería. Quería destruir, vengar, castigar, abrir cavernas de fuego en el pecho de mis enemigos, hacer brotar de ellas interminables manantiales escarlata. Apretaba mi arma contra mí, como para entibiarla con lo que me quedaba de calor. Corrí y mi locura corrió a mi lado, ciega, infatigable. Más tarde encontré unas chozas, intactas aún, custodiadas por un centinela medio dormido. Pasó del semisueño a la nada. Había una media docena de soldados en las chozas; no tuvieron tiempo de coger sus armas porque aparecí ante ellos como un animal herido. Su fin fue demasiado misericordioso. Ellos no sufrieron.

... No tardará en salir el sol. Ya no me queda mucho tiempo, porque los hombres armados que esperan con impaciencia el amanecer para tratar de agujerearme el pellejo, me hallarán, vaya donde vaya. La isla me ha capturado como una trampa viviente. Esta isla vive, respira; respira con el aliento de los malos recuerdos. Se nutre de mi angustia, mi cólera, mi desesperación. Mis ojos se cierran y lucho perezosamente contra el sueño que me invade. La fatiga es más fuerte que el temor; roe insidiosamente los circuitos de mi sistema nervioso y demuele inexorablemente mi conciencia. Tengo la boca llena de una saliva amarga y mis ojos arden como si les hubiesen arrojado un puñado de pimienta. Los torturadores deben de estar ocultos debajo de los árboles con sus armas prontas a escupir fuego. Sería más prudente alejarme de este lugar y buscar refugio en lo más alto de la isla. Allí podría resistir más tiempo, oponer una resistencia más eficaz a mis adversarios. Podría tratar de... Pero ya he matado bastante gente; ya he hecho correr demasiada sangre.

¡Todo tiene el color de la sangre: el cielo, el mar, las palmeras, la arena! Se diría que está lloviendo sobre la isla. ¡Se diría que el viento tiene un olor rojo!

(Bruscamente, llegó el día. Los soldados que aguardaban el amanecer salieron con prudencia de sus refugios, dejando amplios espacios entre uno y otro. Avanzaron rápidamente hacia un montículo rocoso, alejado unos pocos cientos de metros de la arena, un poco asombrados al no ser recibidos con disparos. Cuando estuvieron a cincuenta metros de las rocas, redoblaron su prudencia, con las mandíbulas apretadas y los dedos crispados sobre sus armas. El oficial que los mandaba era muy joven y extremadamente delgado. Antes de la guerra había sido maestro, o algo parecido.

El sol expectoró una docena de gargajos de luz cegadora y el cielo pareció abrirse, como un melón cortado por un cuchillo; el ruido llegó un poco después. Y fue desgarrador. Los soldados que andaban por la orilla del mar se detuvieron y levantaron los ojos hacia el espacio incendiado; los que estaban cerca de las rocas se detuvieron, también, con la mirada turbia. Se parecían más que nunca a máquinas;

impecables y súbitamente desconectadas.

Las ruidosas balas trazaron senderos de fuego en la orilla, mientras los furiosos abejorros pasaban sobre la isla. El primer herido fue el joven oficial, que cayó sin dar un grito: su cabeza había sido literalmente desintegrada...)

Dos fusileros marinos me sostenían, a la izquierda y a la derecha, para impedir que me derrumbara sobre la arena. Un oficial superior me dirigía un discurso elogioso que trataba de mi «actitud ejemplar», de mi «conducta heroica», de la «salvaguardia de los Grandes Principios de la Civilización Europea» y mil otras idioteces por el estilo. Durante todo el tiempo que duró su interminable alocución, no dejé de odiarlo. Sólo el estado de agotamiento en que me encontraba, sumado a mi cobardía, me impidieron escupirle a la cara.

... En el momento de abandonar la isla, respiré hondo, pero ahora el aire apestaba a quemado, a muerto. Yo me sentía extrañamente tranquilo.

—El aroma de la vainilla —me dije—, el aroma de la vainilla...

No había viento. Ya no me quedaba nada.

—¿Habéis enterrado a esa chica? —pregunté a uno de mis compañeros.

—¿A *qué* chica? —quiso saber él.

No supe qué responderle.

POR LA REVOLUCIÓN

(Pour la révolution)

Philippe Goy

Philippe Goy (es su verdadero nombre) nació en 1941, en los Alpes franceses. Es uno de nuestros pocos autores con buena formación científica, ya que es Doctor en Física desde 1970. Su principal ocupación es la investigación, razón por la cual sus horarios son muy poco convencionales. Además de su pasión por la ciencia, encuentra tiempo para escribir artículos muy sesudos, colaboraciones en la Prensa, críticas y, finalmente, ciencia ficción. Si no hubiese visto el lugar donde nació, tendería a creer que Philippe Goy es un extraterrestre (y estoy seguro de que, si se lo interrogara sobre este tema ¡confesaría rápidamente que es uno de ellos!)

Goy entró en el mundillo de la ciencia ficción en 1974, con una obra que hizo ruido: Le père éternel (de la que sacó una pieza de teatro que quizá sea representada en 1977, cuando se celebre el 4.º Congreso de la ciencia ficción francesa, en Limoges). Al año siguiente, Philippe reincidió con Le livre-machine, que marcó una nueva etapa en la ciencia ficción: un libro mecánico...

Sé que todavía no está escaso de ideas y que está fabricando, sin hacer ruido, una pequeña bomba, nueva que proporcionará ideas a los que no tienen muchas. Mientras tanto, como también posee el don de cuidar su publicidad (sus editores me dijeron que es la primera vez que veían a un autor tan escrupuloso), estuvo en el Tercer Congreso, en Metz, para recoger su premio: un viaje al templo de la ciencia ficción europea, a Yverdon, a casa de Pierre Versins.

Este cuento es totalmente inédito; es desconocido en Francia, donde quizá se publicará algún día... Y Philippe, para demostrar que no desdeña el trabajo, lo escribió para esta antología. Por la revolución puede parecer apenas un agradable pasatiempo, una broma, pero hay que mirarlo más de cerca. El «mensaje» que contiene este texto, demuestra que Philippe Goy no escribe cualquier cosa ni de cualquier modo. Es un cuento que tiene el tono de Le père éternel, aunque quizá no le iguale en contenido político. ¿Para cuándo la próxima invención del físico Goy...?

Todo empezó durante mis estudios secundarios; en efecto, fui condiscípulo de los gemelos idénticos. Pierre y Paul L., se parecían como dos gotas de agua; como se parecían, al año siguiente, Jacques y Jean M. Porque ese mismo fenómeno —la coexistencia con un individuo doble— ¡me fue impuesto nuevamente cuando cambié de colegio! Tanto bajo la cristiana autoridad de los buenos padres, como cuando pasé a la órbita, laica y republicana, del liceo del Estado, la misma vecindad obsesionante me perseguía.

En el colegio de curas todo el mundo llamaba a Pierre y Paul L. los intercambiables. En mi fuero interno, pensaba en ellos con repugnancia; la doble L, dos L, dos alas y finalmente, el *Angel*, código que aliviaba mi mente con un disfraz que, de algún modo, hacía desaparecer el odioso rostro doble del original.

Había huido de la solicitud, demasiado obsequiosa, de los sacerdotes; tuve que rebajarme, ¡yo!, a pasar un examen de ingreso (que, por otra parte, aprobé con notas brillantes) al liceo; gozaba plenamente de una liberación bien merecida... sólo para encontrar en el penoso momento de la iniciación de las clases dos rostros idénticos, dos rostros nuevos, es cierto, pero idénticos entre si...

Después de un período de mi vida que debo considerar como de negra derrota, de abandono casi total, todo empezaba de nuevo.

Mi primer paso fue la puesta a punto de un segundo indicativo mental para el nuevo ser doble.

Sus nombres —y hasta el día de hoy su recuerdo me provoca un cierto malestar, que puede prolongarse hasta que tomo mi medicamento— eran Jacques y Jean M. La doble M no me decía nada. Decidí dedicarme a los nombres de pila: J. J. J. J. era un poco Je-Je, es decir el comienzo de la mayor parte de las frases de nuestros desgraciados semejantes que padecen un defecto de elocución... los tartamudos.

¡Vaya! Lo había encontrado; la naturaleza, en vez de hacer un individuo bien definido, con un patrimonio genético único, había tartamudeado. Como última precaución, el nombre con el que evocaría de ahora en adelante al fenómeno ambulante (que se encontraba, ¡colmo del horror!, en dos puntos no sólo diferentes sino bastante alejados de la clase, por voluntad de los señores profesores), no evocaría esta vez a un ser androide. No; sería una cosa abstracta, un hándicap más o menos vergonzoso, más o menos ridículo: el *Tartamudeo*.

La amplitud de esta primera victoria y las inauditas ventajas que me procuraba en la vida cotidiana, fueron como un renacimiento para mí. A partir de ese momento mi cerebro, siempre desbordante de ideas a la vez profundas y elevadas, liberado de la vigilancia que debía ejercer en todo momento en dos direcciones a la vez (tensión mental más que doble, ¡al cuadrado!), estaba maduro para mis primeros trabajos, mis primeros descubrimientos.

El camino se abría ante mí. Sabía que me llevaría muy lejos. Pero no sabía aún

que me llevaría tan lejos: a la Revolución.

(firmado)
Roger Leroux

El nuevo enfermo llegó ayer. Nuestra primera sesión estuvo dedicada a las explicaciones habituales acerca de la terapéutica a la que me dedico. Inmediatamente, se puso a escribir su diario, con gran entusiasmo. Esa reacción positiva es muy esperanzadora.

(firmado)
Dr. Simon Cremant

Consideremos las posibilidades de que nazcan gemelos auténticos; es muy baja, un caso en 240. En las clases, en general, había unos veinte alumnos. Eran las clases huecas: los maridos estaban en la guerra durante el año de nuestro nacimiento y, además, eran poco numerosos; eran los poco frecuentes hijos de la guerra anterior. Las posibilidades de que en una clase así hubiese dos gemelos idénticos eran del 8%. Pero la posibilidad de que existan sucesivamente dos clases, cada una con sus gemelos idénticos, es de un 6 por 1.000.

Esto equivale a decir que el azar que me preocupaba no era tal. Había que rendirse a la evidencia: Dios, el Destino, el sentido de la historia, o lo que ustedes prefieran, me habían designado de forma explícita para ocuparme de este problema.

Desde que supe que estaba investido de una misión concreta en lo que se refiere a los seres dobles, su aspecto repugnante se difuminó y llegué a hacer razonamientos científicos acerca de ellos con toda la frialdad y el distanciamiento necesarios. De alguna manera, no eran más que preparaciones microscópicas. Por lo tanto, los frecuentaba y terminé por vincularme íntimamente con ellos. No por simpatía —eso sería pedir demasiado— sino por deber: el estudio ante todo.

Roger Leroux

Una vez más, se hace evidente la exactitud de mis teorías acerca del *tratamiento por la escritura*. Roger Leroux está visiblemente mejorado desde que descarga sus tensiones psicóticas en un manuscrito cuya publicación le prometí. Claro que sí; lo haré publicar. Sí; habrá (quizá) gente que leerá sus elucubraciones. Esta perspectiva siempre causa una profunda impresión en la mente del escritor, tan aislada dentro de su yo. Es sólo cuando se recupera la posibilidad de la comunicación (como he señalado tantas veces) que puede desaparecer la enfermedad. No empleo jamás la palabra locura. ¡Locura! ¿Qué quiere decir eso? La enfermedad en cuestión,

justamente, tan ligada a la mirada del otro...

Dr. Simon Cremant

Cuando llegó la época del examen final de bachillerato, el *Tartamudeo* ya no tenía secretos para mí.

Apasionado con mi tema, me había transformado en un as en genética, en embriología, en mimetismo, en psicología del comportamiento, en cálculo de probabilidades y en todos los temas que trataban la indiscernibilidad de las partículas, las simetrías del universo o las geometrías. Debo reconocer que había descuidado un poco los tratados de Viena, las exportaciones argentinas y los fragmentos escogidos en lo más granado del género literario. Pese a eso, aprobé, de forma brillante. Por todas partes, ante los examinadores entusiastas, establecí paralelos y parentescos. Y *El lago* de Lamartine no fue, para mí, más que un pretexto para evocar las paradojas de la reflexión especular sobre la dioptría acuática y también la variable del tiempo suspendido...

Se podrá decir que ese día no me aparté de mi tema favorito. Es decir. Y también iba a hacer la observación experimental más importante.

Fue precisamente al final de esa memorable jornada del bachillerato cuando, para mí, cayó la manzana. He aquí los hechos, nada más que los hechos. ¡Que hablan por sí mismos!

Por un azar que no tenía nada de insólito, sino que se debía al orden alfabético, mis antiguos condiscípulos de *Angel* (hablando científicamente puedo decirlo: los hermanos Fierre y Paul) pasaban las pruebas en el mismo salón que yo. Pero he aquí que en la proclamación de los resultados un hecho de una asimetría demasiado brutal me dejó atónito: ¡Fierre había aprobado, mientras Paul recibía un suspenso!

Si hubiese caído un rayo junto a mí, no me hubiese sentido tan conmovido. Quedé paralizado.

Entretanto, un compañero me comunicó los resultados de nuestra clase. Una segunda violación inaudita de la simetría: ¡Jacques tenía un suspenso y Jean había aprobado!

Era demasiado. Me desmayé.

Roger Leroux

He pensado largamente en la importancia que tienen los gemelos en los pensamientos de Roger L. Por otra parte, esa fijación resulta aún más fascinante porque nos parecemos tanto que, fácilmente, podríamos ser confundidos...

Dr. Simon Cremant

Por cierto que demoré mucho en recuperar el equilibrio después del doble traumatismo que sufrí en la proclamación de los resultados del examen de bachillerato. Pero, esta vez, la angustia estaba acompañada por un secreto júbilo: sabía que iba detrás de algo muy importante.

Estaba como Michelson, buscando el éter y midiendo su inexistencia. Los hechos estaban allí: la simetría no existía.

O, más bien, la simetría *ya* no existía.

LA SIMETRÍA ESTABA ROTA.

Tuve que acometer en ese momento un difícil y largo trabajo teórico. Aunque sus resultados parezcan totalmente evidentes cuando son enunciados, descansan sobre una argumentación lógica largamente investigada; aquí sólo puedo resumir sus etapas.

En primer lugar, debemos considerar la posibilidad de que, a pesar de las apariencias, esos gemelos idénticos fueran, en realidad, diferentes. Por supuesto, no se trata de una diferencia física, de rasgos o de grupos sanguíneos (netamente idénticos), sino de una diferencia intelectual, por lo menos en relación con ese examen en cuestión.

Se presentan dos posibilidades (que, por otra parte, pueden combinarse entre sí):

Jean es más inteligente que Jacques.

O Jean estaba mejor preparado que Jacques.

En cuanto a la segunda hipótesis, sé que ambos estudian exactamente lo mismo, sobre los mismos temas, con los mismos profesores y los mismos horarios. Aunque no puedo pronunciarme tan rigurosamente acerca de la pareja del *Angel*, no habiéndola observado en los meses que precedieron al examen, he estudiado lo suficiente a la del *Tartamudeo* como para eliminar esa hipótesis.

¿Jean es más inteligente que Jacques y Pierre que Paul?

Eso puede decirlo la ciencia. Las facultades, en el momento del nacimiento, eran las mismas en cada una de las parejas, el *Angel* y el *Tartamudeo*. Por supuesto, la personalidad es el fruto de la interacción del patrimonio genético y el medio ambiente. Pero, en este caso, las personalidades eran verdaderamente idénticas y se movían en el mismo ambiente, antes de la catástrofe del fracaso de Paul y Jacques, semifracaso, mutilación del *Angel* y el *Tartamudeo*.

Finalmente, mis escrupulosas observaciones personales eran claras: la mediocridad era la misma en Jacques y Jean, en Paul y Pierre.

¿Y entonces?

Entonces es forzoso plantearse preguntas acerca de la validez de los criterios del examen. Dicho de otro modo, la hipótesis que hay que encarar ahora es:

Un examen, ¿es un filtro totalmente aleatorio? (el alumno es aprobado o suspendido al azar).

Esa hipótesis es aún más horrible e incómoda que la de la desigualdad de los gemelos. Hay que notar que cuestiona no sólo la posesión de un diploma sino, además, todo progreso fundado en las cualidades personales, toda promoción basada en los méritos... La jerarquía, ¿es arbitraria? Es el orden del mundo lo que está en juego.

Pero los hechos están ahí. No dejemos que el respeto por una moral anticuada nos detenga. Miremos las cosas de frente.

Es este giro de mis pensamientos lo que definiría como mi toma de conciencia revolucionaria, cuya importancia histórica no ha terminado aún de confirmarse.

Roger Leroux

Debo reconocer que Roger Leroux me fascina. De hecho, tiendo a descuidar las otras obligaciones de mi servicio, pero pienso que los cuidados exclusivos que le prodigo valen la pena. Es un espíritu original, de gran sutileza. Su educación, su extensa cultura, hacen que nuestras sesiones sean un verdadero placer, siempre renovado. Prolongo de buen grado nuestras charlas. La comunicación entre nosotros es cada vez más libre. De vez en cuando, hasta jugamos a algún juego de azar o, más a menudo, al ajedrez.

El doctor Hippolyte, director, ¡ay!, de este Instituto Normalizador, afirma que mi actitud implica un relajamiento de las normas profesionales que podría —si se prolongara— perjudicar la evolución de Roger. ¡Qué ceguera! ¡Qué manera retrógrada de aferrarse al pie de la letra a nuestras esclerotizadas enseñanzas!

¡Adelante con los métodos progresistas!

Dr. Simon Cremant

El Tartamudeo.

Jean aprobó. Jacques suspendió.

Dado que Jean y Jacques son indiscernibles, todo sucedería del mismo modo si Jacques hubiese aprobado y Jean suspendido.

Los dos trayectos históricos son exactamente los mismos. Podemos imaginar que existe, al menos, un universo paralelo en el que Jacques aprobó y Jean fracasó. Este universo *latente* obedece a todas las leyes de la materia y a todas las leyes humanas. Es una solución a la dialéctica de la historia, tan valedera como la que nosotros vivimos, que llamaré universo *real*.

Al llegar a este punto de mis reflexiones, me sentí como Einstein ante la paradoja de la mecánica cuántica: un electrón puede pasar por dos agujeros, y es imposible saber por cuál pasa. Es increíble, pero el electrón interfiere consigo mismo, como una onda que —ella sí— pasaría, efectivamente, por los dos agujeros. Los conspiradores

de Copenhague, seguidos por el rebaño de los secuaces de la ciencia oficial, osaron afirmar que no hay por qué preocuparse del electrón, partícula *material*, sino tan sólo por la «onda de materia», asociada con el *espíritu*...

Einstein rehusó siempre la paradoja.

Y, como él, digo: no.

No; el universo real no es una especie de combinación estadística de los universos latentes.

¡Pero yo voy *más lejos* que Einstein!

Y me atrevo a plantear la pregunta fundamental: ¿Por qué el universo real es el que vemos, en lugar del universo latente en el que, por ejemplo, Paul fue aprobado en lugar de Pierre?

¿Por qué el mundo existe tal como lo vivimos?

Porque eso conviene a algunas personas.

¡Eso es! ¡Eso es! ¡Hemos llegado!

¿Quién se aprovecha del mundo, tal cual es?

Los ricos, los poderosos, los explotadores, los *burgueses*.

Por lo tanto, ¿a quién interesa que el mundo sea como es?

¡A los *Burgueses*!

¿Quién se las arregla para que el mundo sea como es (porque tiene el poder necesario para eso)?

¡¡¡Los *Burgueses*!!!

En consecuencia, la elección entre el universo real y los universos latentes está trucada. Existe un complot, un vasto complot en todas partes y en todo momento. Paul y Jacques no son más que minúsculas víctimas de ese complot.

Roger Leroux

El comportamiento de Roger cuando juega al ajedrez es sorprendente. Juega admirablemente, manteniendo una ligera ventaja sobre mí, hasta el momento en que comete un error grosero; basta con que yo lo explote para dar jaque mate.

Es exactamente la misma impresión que me causan sus razonamientos: un hábil encadenamiento de proposiciones de una lógica impecable, hasta que aparece un basto sofisma.

Sin embargo, me resulta cada vez más difícil descubrir las articulaciones viciadas de sus razonamientos. Lo que es más, cuando examino con atención las contradicciones que había constatado anteriormente, no puedo por menos que comprobar que me había equivocado, y que no hay fallas en su lógica.

Estoy seguro de que Roger Leroux es un espíritu superior.

Dr. Simon Cremant

¡No! El universo no es la combinación promedio de todos los universos latentes, como querría hacer creer una vana democracia «a la Copenhague». Por otra parte, abramos los ojos: los mantenedores de la democracia, como los mantenedores de la mecánica cuántica, son todos *Burgueses* reaccionarios...

¡No! No basta con cuestionar la validez de la interpretación estadística, y Einstein es un traidor social, un cómplice objetivo del orden establecido, por no haber denunciado a los *responsables*, ¡por haber renunciado a desenmascarar a los *explotadores* de la mecánica cuántica burguesa!

Tomemos un ejemplo concreto:

¿Por qué no soy presidente de la República?

Por supuesto, el presidente y yo no somos gemelos idénticos. Pero, en lo fundamental, nos parecemos bastante. Después de todo, es un hombre, igual que yo. Y si él es presidente de la República —en lugar de serlo yo— es porque le hace el juego a la burguesía, y yo, en cambio, no estoy bien situado para hacerlo.

Progresivamente, se puede demostrar fácilmente que el presidente en funciones es, seguramente, el mejor situado para hacerle el juego a la burguesía y que no será reemplazado hasta que aparezca otro mejor.

Roger Leroux

Espero que el doctor Hippolyte, director, ¡ay!, de este Instituto Normalizador, no sepa nunca lo que ocurrió.

Si no, mi carrera ha terminado...

Y sin embargo, ¿hay algo más normal y —osaré decirlo— más sano?

Cada día, Roger interpretaba mi aspecto: a veces yo era un prelado eclesiástico, a veces un policía o un militar; en alguna ocasión, el jefe del Estado.

Ayer, por primera vez, tuvo un gesto afectuoso conmigo, y luego pareció quemarse al tocar mi bata:

—¡Quítese ese uniforme!

Quedé desconcertado.

Pero ¿no tendría razón? Esa bata (totalmente inútil) ¿no estaba allí para indicar mi función de cuidador y, por lo tanto, la suya de *cuidado*? Por el mero hecho de llevar la bata, lo designaba como enfermo. Lo *hacía* enfermar. Por otra parte, él mismo me lo dijo con total claridad:

—General, su uniforme me pone enfermo.

Me quité la bata.

Entonces me dedicó una sonrisa deslumbrante y comenzó a quitarse su ropa...

Dios mío, ¡que el doctor Hippolyte (¡él!) no sepa nunca todo esto!

—Ve qué sencillo —me dijo—. Yo era el cabo y usted el general. Ahora no hay

más que dos hombres sin que nada los separe, dos iguales.

Debo reconocer que Roger Leroux es muy joven y esbelto y que lo encuentro guapísimo. (Ya he dicho que se me parece...)

Me quedé quieto, sintiéndome turbado. Súbitamente adoptó una posición que me enloqueció...

Y no pude resistir más cuando susurró:

—Uno no nace mujer; uno llega a serlo.

Dr. Simon Cremant

Volvamos a la experiencia crucial del *Angel* y el *Tartamudeo* en el examen de bachillerato.

Analicemos los hechos.

Dos individuos, estrictamente idénticos en el punto de partida, son diferenciados de una manera que influirá toda su vida.

Examinemos esa diferenciación. No es neutra (como sería una diferenciación que pintara de verde la nariz de uno y de amarillo la del otro), sino que establece una posición de superioridad (el éxito) y una de inferioridad (el fracaso).

Se puede argumentar que no se deben sacar demasiadas conclusiones; quizá a causa de una digestión difícil, los examinadores pensaban en otra cosa y fue sin querer que admitieron a Jean y no a Jacques o a Pierre y no a Paul. Obrando sin pensar, no serían verdaderamente responsables... No vayamos más lejos; ¡indignémonos ante la inmoralidad de semejante suposición! Ellos, cuyo papel es tan determinante, ¿serían capaces de obrar sin pensar?

¿Acaso podemos sentir respeto por el cara o cruz?

Pero si reflexionamos bien, constatamos que los examinadores no hicieron cualquier cosa, sino que contribuyeron de forma decisiva a consolidar el mundo tal como existe. Hablando cuantitativamente, aprobaron al número exacto de candidatos que necesita la Universidad, o sea la burguesía. Eso da qué pensar...

En segundo lugar, gracias a su decisión profundamente injusta de favorecer a un candidato y perjudicar arbitrariamente al otro, han demostrado poseer una especie de genio maléfico. Los celos, el odio, que harán estallar muy pronto al *Angel* y al *Tartamudeo*, serán el origen de largas luchas fratricidas. Mientras cada uno combate contra su prójimo más parecido, la atención quedará desviada de los verdaderos responsables de la injusticia del mundo actual. Mejor aún; ni siquiera se pensará en acusarlos.

Roger Leroux

Estábamos jugando nuestra habitual partida de ajedrez. Como siempre, Roger

había jugado con mucha prudencia y yo imaginaba que mi derrota estaba próxima. Pero, sin embargo, esperaba que cometiera un error, porque hasta hoy no había logrado ganarme una sola partida.

La maniobra insensata que yo esperaba llegó; tomando mi alfil, protegido por mi torre, Roger me ofreció su reina. La tomé inmediatamente. Pero he ahí que toma mi torre, con la suya, que estaba detrás de su reina, y da jaque mate a mi rey, ¡imposibilitado de liberarse por los peones!

La habilidad de su golpe me dejó estupefacto. La pérdida de la reina no había sido una torpeza sino un sacrificio deliberado, ¡un golpe de genio! Más aún, porque yo estaba demasiado habituado a sus súbitos errores para demostrar prudencia. ¿Y si todas sus torpezas pasadas no hubieran sido más que una paciente puesta en escena?

Me sentía totalmente subyugado.

Roger avanzó lentamente y esta vez fui yo quien se entregó.

Después de un rato, recordé que había visto en algún lado esa jugada de ajedrez. Era el famoso mate inventado por Raymond Roussel, descrito en su obra *Cómo escribí algunos de mis libros*. Le enseñé el libro a Roger. Desde ese momento, devora las obras completas de Raymond Roussel.

Dr. Simon Cremant

La burguesía no sólo establece niveles de diferencia injustos en la sociedad sino que logra inscribirlos en lo más profundo de sus víctimas. Paul y Jacques desarrollarán una mala conciencia y un sentimiento de impotencia, mientras que Pierre y Jacques se considerarán llenos de talento y de porvenir.

Una vez más, el análisis lúcido de la experiencia del *Angel* y el *Tartamudeo* nos proporciona un resultado cuya universalidad es fácil de verificar:

¿Cómo asegura su reino la burguesía?

Creando artificialmente diferencias considerables entre los destinos individuales.

Y, lo que es más, el modelo de sociedad burguesa garantiza la buena conciencia de las clases superiores con el éxito, mientras que, a través de repetidos fracasos, insinúa una sensación de incompetencia e indignidad en el pueblo.

No soy el presidente de la República y todo coincide para que me repita a cada instante:

—Soy un fracasado.

O, también:

—No soy normal.

Para derribar esta forma de opresión, proclamo lo que constato:

—¡Soy un genio!

Roger Leroux

¡Roger ha curado!

Por otra parte, ¿alguna vez estuvo enfermo?

¿Existe alguna inteligencia capaz de rivalizar con la suya?

Juntos, decidimos hacer una labor colectiva. ¿Qué significaban nuestros diarios individuales, escritos sin la práctica científica del diálogo abierto? Eran sencillamente burgueses. ¿Qué significaban nuestras posiciones respectivas examinador/examinando, médico/enfermo? Eso era simplemente reaccionario.

Por lo tanto, la continuación de este documento es la transcripción de un diálogo grabado por el magnetófono.

Simon

—¿Sabes, Simon? Lo que me abrió definitivamente los ojos sobre la opresión burguesa fue la experiencia del sentimiento de gloria que conoció Raymond Roussel.

—Podré sentirme orgulloso ante la Revolución de haberte hecho leer al autor de la *Doublure*.

—Sí. Pero sobre todo, es necesario que tomes conciencia de que toda la producción literaria de Raymond Roussel deriva del hecho de que, un buen día, vio brillar la gloria a su alrededor. *Es un genio porque creyó ser un genio.*

—Uno no nace genio; uno llega a serlo.

—Afirmativo, compañero. Cada uno de nosotros es un genio en estado latente. Ya es hora de derribar el represivo orden actual. Todos deben pasar del estado latente al estado real.

—Cada uno debe ser un genio, no sólo en un universo paralelo sino para todo el mundo. ¡Es necesario que todos lo sepan!

—También me has ayudado en eso, Simon. Todas esas drogas que me hacías tomar... yo creía que eran para adormecer mi conciencia revolucionaria. Creía que estabas del lado de los opresores.

—¡Oh, Roger!

—Oye, usabas el uniforme de la poli, ¿no?

—Te pido perdón por no habérmelo quitado antes.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero comprendí cómo era la cosa. Con todas tus píldoras y tus pinchazos, me enviabas a los universos paralelos. Entendía cosas... Ya estaba explorando la revolución, en mi fuero interno.

—Te seguiría dando drogas, Roger.

—No; ya no las necesito; ahora tengo mucho trabajo. Tómalas tú, toma muchas. Yo empezaré la lucha revolucionaria. ¿Conoces a N., el inquilino de al lado?

—¿El que cree que es Napoleón?

—Dicen que está loco. Lo encierran. ¡Qué farsa! En realidad la burguesía teme la

realidad de su deseo, teme la realidad, bah... Simon, me pondré tu uniforme. Es mejor gangrenar al régimen desde dentro. Me disfrazo de glóbulo blanco.

He tenido que retomar la pluma. El doctor Roger Leroux ya no tiene tiempo de pasar largos ratos con su enfermo favorito, como antes. Pero, desde mi habitación, he hecho la experiencia de los universos latentes, he profundizado en el análisis revolucionario.

Mi mensaje puede partir a estremecer el mundo:

TOMAOS POR GENIOS
ES EL PRIMER PASO HACIA LA REVOLUCIÓN

EL ASESINO DE DIOS

(L'assassin de Dieu)

Pierre Suragne

Pierre Suragne nació en 1945 y tiene ya en su activo un buen palmarés de publicaciones. Bajo este seudónimo, o firmando con su verdadero nombre, Pierre Pelot, ya ha publicado diez volúmenes en la colección Anticipation de Fleuve-Noir, además de algunas obras de fantasía o de suspense. También se ha sentido atraído por el género policíaco.

Desde hace algunos años, escribe también ciencia ficción para niños; el hecho es lo suficientemente raro en Francia como para citarlo. En una colección para jóvenes, ha publicado una serie de pequeñas óperas del espacio que a veces recuerdan a Vance, por la riqueza de su imaginación y la precisión de las descripciones.

A diferencia de su (casi) vecino Walther, Pierre Suragne es básicamente un novelista. Ha publicado pocos cuentos y, si no viviera de la pluma, cosa que no permite enriquecerse a un escritor de ciencia ficción, hubiese tenido tiempo de escribir un relato original para esta antología. Pero, esclavo de su trabajo, no pudo «hacer algo nuevo».

En las novelas, Pierre Suragne está un poco influido por los autores norteamericanos, no porque les pida ideas prestadas, sino por el tono que ha dado a algunas de sus narraciones con respecto al futuro próximo de la Tierra. Pero, controlando siempre su estilo y sus ideas, Fierre no cae nunca en la facilidad del plagio. Sigue solo, investigando un futuro incierto que lo inquieta.

En El asesino de Dios no encontramos la vena futurista de la ciencia ficción sino la de lo maravilloso, la épica. Como les decía, Pierre Suragne sabe evocar imágenes que soportan muy bien la comparación con las de los maestros del género: Jack Vance, Leigh Brackett o, más lejos, Lovecraft o Abraham Merritt. Este cuento les hará participar de unos mundos extraordinarios, surgidos de un ser de una desconcertante simplicidad.

... Y de todos los habitantes de ese país, ninguno sabe ni recuerda quién era antes, de dónde venía. Ni cuáles son los países anteriores a éste, ni cuáles los posteriores.

Es un país que algunos personajes particularmente misteriosos, que afirman saber todos los secretos, llaman a veces El Mundo al Borde del Abismo. Cosa que, al fin y al cabo, no quiere decir nada, porque los abismos no son más grandes ni más inquietantes en este mundo que en otros sitios. Si se quiere, el único abismo verdadero es el cielo. El inmenso, el insondable agujero negro del cielo.

Pero ¿es eso el cielo?

Al borde de la ancha falla que se abría en las rocas, detuvo su caballo. Éste piafaba, nervioso, cubierto por su caparazón de oro líquido. Sus ojos manaban sangre, y en las puntas aceradas de sus crines de acero, la débil luz ambiental se empalaba en mil centellas. Era un animal espléndido, venido directamente de las llanuras salvajes de Lerneul, que son los dominios de los caballos más bellos del Universo.

En los mundos habitados, son muy poco numerosos quienes saben domar y montar esas criaturas infernales. Así pues, el hombre a caballo tenía un aspecto orgulloso, erguido al borde de la llaga de las rocas.

Verdaderamente parecía enorme, bajo el gran cielo llano, cubierto de terciopelo negro. Sus ropas parecían talladas en la roca y tenían una apariencia tan sólida como ésta, pero, al mismo tiempo, eran muy flexibles y su más mínimo gesto hacía aparecer mil pliegues sedosos. Calzaba unas gruesas botas peludas. Un yelmo de metal —de plata, quizá— ocultaba enteramente su cara; estaba coronado por una espesa crin, como un puñado de rayos rotos. En ese casco había un único orificio, para la mirada, y ésta, en las sombras, era como una brasa oculta entre las cenizas.

No tenía equipaje. Y su única arma era un hacha monstruosa, cuyo mango parecía un grueso brazo de hombre, incrustado con piedras, claveteado de oro y plata; el filo, en forma de media luna, tenía dos dedos de grosor. Como en algunos países las mujeres llevan a sus hijos sobre la espalda, este hombre que montaba un caballo de Lerneul, llevaba su hacha.

Se quedó mucho tiempo en el borde de la falla, con las manos soldadas a las riendas, controlando los sobresaltos de su montura. Bajo sus ojos, el valle inundado de sombras se extendía como un mar, un hueco de betún grasiento que corría hasta las puertas del cielo y, en algún sitio, se mezclaba con él... En ese caso inmóvil algunos puntos luminosos, solos o agrupados, brillaban débilmente en el centro de un remolino retorcido, erguido como un muro en el vientre de la ola de tinta. Aquí, entonces, las estrellas habían caído al suelo.

Luego, después de haber bebido, una vez saciado y pronto, el caballero espoleó su caballo y lo condujo por la senda escarpada que estaba pegada al lado de la falla. Progresivamente, se sumergió en la oscuridad.

No conocían los países de antes ni, por supuesto, los de después. Pero conocían este Valle del Mundo, al borde del Abismo, esta Falla, cuyos límites sombríos eran inaccesibles. Un valle, un desgarrón abierto en el gran caos. Era su valle, tan vasto que era casi un planeta por sí solo. Seguramente. En los locos torbellinos de las tempestades del espacio, derivando eternamente, fuera de los caminos galácticos, fuera de la vida, como un buque fantasma en el hueco entre la cresta de dos olas, flotaba este valle sin nombre que, en sí mismo, era un mundo total. Y único.

Eran millones. Millones de millones. Billones, seguramente.

Venidos desde todas esas islas imposibles de contar, que se yerguen arracimadas en todos los océanos del espacio. Encalladas allí en un último naufragio, en una escala decisiva. Para la eternidad.

Repugnantes, hirvientes, estaban allí, revolcándose en el lodo para una orgía sin fin, en los pliegues de las sombras. Viviendo como habían vivido siempre, en otros sitios, a fuerza de crímenes y robos, marcados por todos los vicios, todos los excesos.

Eran el limo de Todas Partes, las miasmas, la basura más hedionda que existe.

Tenían ojos de aguas revueltas o de lava humeante, hubiesen venido de los mundos de Agopur o de Tihen la Mágica. Eran como un hormiguero, como una nube de moscas que zumba sobre alguna carroña.

Gentes de Tibur, con sus cráneos abultados y ojos de ciego, velados por horribles nubes purulentas.

Gentes de Caldear, de Lycenes y de los mundos hundidos de Arris; horribles gnomos, casi sin torso, sin pulmones, sin cabeza, con múltiples miembros cubiertos de branquias sanguinolentas.

Gentes de Rui'Collom, con caras chatas y cabezas puntiagudas divididas en la parte más alta, junto a los cuernos enmarañados, por grandes bocas de mandíbulas nudosas.

Gentes de Tarea o de Tierra la Primera, sexuados como dos razas diferentes, frágiles y torpes con sus dos patas de insectos. Gentes de F'Muil, de Ri-Muel la Podrida, de Candor, Deiusta, Corman el Imperio, gentes de I, de Maladesch de los Muertos, de Wull y de Range, el desconocido. Gente de todas partes y de más lejos aún.

Miles de millones.

Agrupados en clanes, en familias, en tribus, o mezclados de cualquier manera, sin preocuparse por la raza. Uniéndose para hacer una incursión contra los integrantes de aquel clan y rompiendo luego la alianza, con el apoyo de los antiguos enemigos, en

una horrible batalla contra los antiguos amigos.

Miles de millones que no pasaban ni un segundo sin pensar en el asesinato, en el pillaje, en la mejor manera de ser el más fuerte, el más poderoso, aunque fuese durante un instante.

Eran los del Valle al Borde del Abismo, abominables y harapientos, vestidos, cuando se vestían, con jirones de uniformes de guerra que apestaban a sangre y a batalla. Y las manos no abandonaban nunca la empuñadura de la espada, el mango de la maza o la culata de la pistola lanzallamas.

Un día, en el centro del caos, vieron aparecer a ese caballero inmenso que llevaba un yelmo metálico en la cabeza. Ese hombre fantástico con su caballo de Lernuul, como caído del cielo.

El animal vaciló un segundo, indicando el peligro con un breve relincho. La sangre corría más abundante desde sus ojos reventados, más roja y más espesa.

—Paz —dijo el caballero—. No es nada.

Y el caballo siguió andando entre las rocas humeantes y zarpas de esqueletos ennegrecidos.

El hombre y el animal avanzaban por el centro de una garganta estrecha, cortada como por el golpe de un hacha monstruosa en los montones de peñascos. A derecha e izquierda, en esa pendiente inmóvil, se adivinaban masas más oscuras, que podían ser abrigos levantados apresuradamente. A veces se veían las apagadas palpitaciones rojizas de algún pobre fuego de hojas. Allá arriba, de piedra en piedra, de hueco en hueco, había cosas que reptaban, se deslizaban, sibilaban, murmuraban. Ruido de pasos rascando las rocas, rechinamientos, respiraciones, choques de cosas metálicas contra las piedras. Y después, sobre una sombra rápida, una mirada de azufre.

Él avanzaba; aparentemente no le preocupaban las mil presencias invisibles que acompañaban su marcha. El olor era espeso, espantoso. Entraba en el olor como el mascarón de proa de un navío divide el aire o las aguas del espacio.

En el suelo, cadáveres cada vez más numerosos se pudrían lentamente. Cosas medio muertas gemían, arrastrándose entre los huesos blanqueados, rodando sobre otras cosas blandas o chapoteando en charcas putrefactas. Cosas en las que resonaban gases y que, a veces, con los ojos muy abiertos, ya no tenían fuerzas para defenderse de los reptiles-roedores... Y los animales penetraban en las llagas calientes, abriéndose camino por el interior de cuerpos que aún estaban vivos.

Ni una sola vez, el caballero acortó el paso; ni una sola vez intentó desviar el rumbo de su montura, y mientras las quejas se elevaban desde el suelo, los cascos dorados seguían aplastando con regularidad esa alfombra espantosa.

Bruscamente, la estrecha garganta se abrió sobre una especie de cuenco estrecho. Un gran fuego ardía en el centro de la plaza, iluminando unas groseras construcciones

de piedra. El suelo estaba repleto de restos de armas y excrementos diversos. Muchas osamentas, también, que hordas de perros flacos con dientes de fuego disputaban babeantes a las olas de reptiles-roedores.

El caballero avanzó a la descubierta. Se detuvo a pocos pasos del fuego, frente a la luz.

Entonces, de todas partes, de los abrigos, de las pendientes rocosas que encerraban el lugar, brotaron. Eran como un sudor de las rocas, como si las mismas rocas se hubiesen puesto a temblar, a moverse, a manar en ondas vivientes.

Eran más de cien, desnudos y sarnosos, harapientos, vestidos con cueros grasientos, envueltos en tiras de metal. No había uno, ni uno solo, cuya mano no se prolongara en un terrible filo. Caras herméticas, caras como nudos de mármol, que no reflejaban la cólera ni el odio, neutros, manaban. Del desfiladero que había detrás del guerrero inmóvil venían otros tantos, iguales.

Pronto, un mar viviente y silencioso llenó el cuenco. En el centro había una especie de agujero, en el agujero un gran fuego y junto al fuego, el caballero.

Él tampoco se movía. Y se mantuvo igualmente silencioso.

Luego, siempre sin odio, sin cólera, algunas de esas criaturas con caras marmóreas avanzaron un paso. Algunos alzaban arcos, otros, largas espadas desnudas. Dos o tres blandían pistolas lanzallamas.

Al mismo tiempo, apretaron los gatillos y dispararon sus largas flechas con punta de acero.

En ese mismo momento, con un terrible relincho, el caballo se encabritó. El hombre aullaba con el brazo extendido y el puño apretado sobre el mango de la pesada hacha. Y nadie pudo saber si alguno de los golpes lo alcanzó, si los haces de calor rebotaron sobre su traje de rocas o lo atravesaron de lado a lado... ni en qué momento se torcieron las hojas de las espadas, se fundieron y se transformaron en chorros de metal líquido, en los puños de los monstruos despavoridos.

Pero todos escucharon los gritos de rabia del hombre y del animal. En un momento, los resplandores acerados que proyectaba el hacha en sus largos molinetes los cegaron a todos. Una decena de los más próximos sucumbieron en algunos segundos, cortados, aplastados, abiertos de arriba abajo, las dos partes escupiendo dosis iguales de entrañas y sangre negra antes de derrumbarse, cada una por su lado. Luego cayeron otros, que aún no habían comprendido, con el arma todavía en alto. Cayeron con el cráneo deshecho bajo los cascos del caballo o segados por esa arma invencible que parecía llegar por sí misma al corazón del combate.

Todo eso no duró más que un par de gritos, un par de aullidos. Y el hombre, montado en su caballo, quedó erguido, inmóvil, con el hacha colgada a la espalda. Como si no hubiese sucedido nada; como si la escena que había tenido lugar hubiese sido un sueño...

Pero no era un sueño y, en el suelo, una docena de cadáveres dispersos alrededor del caballero daban testimonio de ello.

Entonces, la banda de harapientos retrocedió y el círculo que dejaba al caballero en el centro de un amplio espacio de silencio, se agrandó. En las caras marmóreas se veían ahora, finalmente, las máscaras confundidas del temor y el respeto... En el fondo de los ojos aparecían las luces crecientes del terror.

Un largo instante se hundió en el profundo silencio. Por la hendidura del yelmo, la mirada del caballero hacía temblar el aire ardiente, de la misma forma en que temblaba en los montones de chispas que escupía el fuego.

Entonces estalló la voz del hombre, más terrible y cortante todavía que el filo de su arma, aunque el yelmo la velara:

—¿Quiénes sois, que osáis levantar la mano o el arma contra mí?

Instintivamente, retrocedieron más. La saliva chorreaba de sus bocas abiertas y sus ojos no eran suficientemente grandes para albergar su terror.

—¡Larvas de hombres! —continuó el caballero—. ¡Sombras, sombras podridas! ¡Sabed que, si quisiera, en unos segundos estaríais todos en este suelo rocoso!

Calló un instante y el caballo piafó, causando un nuevo retroceso en las filas estupefactas de los monstruos. El hombre continuó:

—Pero no lo deseo. No deseo haceros daño... ¡He venido de lejos, de muy lejos, para encontraros! Allá arriba, en la superficie, mi navío esta amarrado al flanco de vuestro mundo. He atravesado miles y miles de océanos del cielo, he franqueado las encrucijadas de todos los vientos, los ojos de todas las tempestades. He visitado cien millones de países antes de encontraros, ¡antes de que mi bajel cruzara el camino del Valle Errante al Borde del Abismo! Y aquí estoy, delante de vosotros, ¡pobres detritus de hombres que intentáis levantar vuestras armas contra mí!

Una risa burlona resonó bajo el yelmo.

Entre los mendigos que escuchaban, estupefactos e inmóviles, un hombrecito de torso corto, vestido con calzas de cuero y una capa demasiado grande que no era más que un harapo, avanzó. Dio un paso, valientemente. Llevaba el machete en la cintura y sus manos desnudas estaban bien a la vista. Tenía un rostro retorcido con ojos inyectados y los cabellos tan pegados a la cabeza que parecían pintados.

Él solo, ante el caballero, osó:

—¿Y quién eres tú, tú que afirmas haber realizado tantos prodigios?

—Soy Lho'm —tronó el caballero—. Ése es mi nombre. Es el nombre del amo de todos los pueblos vivientes y yo soy ese hombre, ¡el amo de todos los pueblos vivientes!

La estupefacción se reflejó en la mirada del hombrecillo de las manos desnudas. Balbuceó:

—Pero tú no puedes... ¡No es posible!

—¿Dudas de Lho'm, gusano sin nombre?

El hombrecillo cayó de rodillas, haciendo un ruido seco. Se apresuró a decir:

—No dudo, Señor..., pero...

—¡Pero nada! ¡Escucha, incrédulo! Y todos vosotros, ¡escuchad, igualmente! ¡He hecho todo lo que os dije! ¡He atravesado desiertos espantosos, en países de planetas cuyo nombre ni siquiera recuerdo! Sólo con mis pies y mis manos de carne y hueso he cruzado montañas más altas de lo que podéis imaginar... pero ya ni podéis imaginar. ¡Me he lanzado en mil combates, a la cabeza de mis ejércitos! He desafiado mil muertes para capturar a los magos y a los que conocían los secretos. ¡No hay un país o planeta en el mundo de los vivos que no haya visitado, no hay un mago loco que no haya capturado! ¿Habéis oído?

Oían. Muchos, como el hombrecillo, se habían arrodillado.

—¡Lo sé todo, lo conozco todo, y los secretos del poder de todos los seres vivos son míos! Y estoy aquí, único ser viviente entre todos vosotros, ¡único ser viviente en el país de los espectros de todo el mundo! ¡El secreto me fue confiado por un macch'ish del pueblo de los Liurtes! Aquí estoy. He atravesado los mares sin fin del universo para encontrar a los náufragos errantes del mundo de los muertos, ¡y los he hallado!

Lo escuchaban. El miedo había desaparecido de sus ojos. Todo había acabado; aquel hombre no era un peligro; lo sabían.

El hombrecillo robusto que había sido el primero en hablar, se puso de pie y avanzó un paso más. Dijo:

—En realidad no conoces todo, no posees realmente todos los secretos... porque sí fuera así, ¿por qué tratar de encontrarnos con tanto interés, a nosotros, los fuera-del-mundo?

La mirada oculta del caballero se dirigió hacia él y, maquinalmente, dio un paso atrás.

—Tú... ¿tienes un nombre? —preguntó Lho'm.

—Me llaman Ladir —respondió el otro.

—¿Eres el que habla en nombre de este pueblo? ¿El jefe de los que viven en este lado del valle?

—Claro que no —contestó Ladir—. Aquí, Señor Extranjero, no hay jefes, ni personas que hablen en nombre de todos. ¿Para qué jefes, tú que todo lo sabes? Los jefes son una invención del miedo y están hechos para guiar a las criaturas a través de los caminos enmarañados de la Vida y de la Muerte. ¿Para qué nos servirían los jefes a nosotros? Mira...

Señaló con el dedo los cadáveres diseminados por el suelo. Algunos se movían aún... o *de nuevo*. Los más horriblemente masacrados por el hacha de Lho'm, los más espantosos, se levantaban con las llagas abiertas en los muñones sangrantes. El

velo opaco que cubría sus ojos se desgarraba lentamente.

—Aquí —dijo Ladir— ni siquiera tememos a la muerte, que ha caído en su propia trampa... Nunca ha podido terminar con nosotros.

—Ya veo —dijo Lho'm. Y añadió en voz más baja—: No es a ti a quien he venido a buscar.

Los mendigos se acercaron a él. De nuevo asían el mango de sus armas. Lho'm dijo:

—Vosotros no teméis a la muerte; ¡es cierto, carroñas! ¡Pero recordad, igualmente, que no podéis nada contra los vivos!

Un hombre alto y flaco, con una cara como una bola de barro petrificada, se adelantó. Empujó a Ladir y dijo:

—Soy Nocmac. Tú conoces los secretos, tú has hallado el camino que conduce hasta nosotros. Es cierto, ¡hay que ser poderoso para hacer lo que hiciste! ¡Pero no eres todopoderoso! ¡Aún sientes temor! Es a la Muerte a quien temes, por haber venido a visitarla en su casa, por haber osado turbar sus dominios con tus pasos.

—¡Te digo que no temo a la Muerte! —exclamó Lho'm, riendo—. He venido a su casa como un vencedor y su secreto es mío.

—Pero tienes miedo —continuó Nocmac—. Tú, el amo de los pueblos vivientes, el Jefe de los Ejércitos, sientes miedo. Y debe de ser un temor muy grande el que te empujó por un camino tan arduo... Dices que conoces todos los secretos. Pero no es exactamente así. Quizá los conozcas, pero no todos. Hay uno, por lo menos, que no sabes y te causa pánico. Dinos su nombre.

—No tiene nombre —respondió Lho'm—. En el país de los vivos lo hemos reemplazado por una palabra fácil. Lo llamamos *Dios*.

Entonces se hizo un pesado silencio en los gestos de los mendigos, en los cadáveres que se levantaban nuevamente en ese momento. Fue como si el caballero no fuera tan grande, sus vestiduras más flojas, la cresta de su yelmo un simple ramo de plumas, su hacha una vulgar hacha de combate. Pasó un instante.

Luego resonó la lacónica risa de Ladir que gritó:

—¡Dios no existe! ¡No tienes nada que temer, Lho'm!

—Y tú —repuso violentamente el caballero—, ¿quién eres tú para afirmar semejante cosa? Te lo dije: ¡he agotado mis fuerzas buscando conocimientos! ¡No he hallado a Dios, pero existe, y algunos magos confesaron cuál era su país! ¡Conozco su país como conozco el vuestro! Si él no existe, ¿quién es el padre de la vida? ¿Quién es el padre de la muerte? ¿Quién es el que, con una sola frase creó los Universos?

Ladir seguía riendo. Dijo:

—¿Y cómo sabes que existe la vida? ¿Y cómo sabes que existe la muerte? ¿Y cómo sabes que existen los Universos?

El caballero tuvo un gesto irritado, mientras su montura se estremecía peligrosamente. Escupió:

—¡No hay que hablar con los muertos! ¡Los Magos me lo habían dicho!

—Los Magos a quienes robaste sus secretos murieron bajo tus torturas, Lho'm — chilló un hombre.

Y la voz del caballero fue nuevamente como un trueno y de nuevo fue un gigante bordeado de llamas y de metal. Gritó:

—¡Existe un solo país en todos los Universos donde mis bajeles todavía no han echado el ancla! Uno sólo, lo sé, lo sé; ¡es el feudo de Dios! ¡Él está allí y me aguarda! Me ha visto subir por los caminos del poder y se ha divertido observando mis sufrimientos y mis esfuerzos. ¡Es Dios! Esperaba la última confrontación, la que me colocaría frente a él. Él también sabía. Él sabe todo y ve todo. Con una frase creó los Universos, desde la vida hasta la muerte. Pero también sabe que hoy estoy aquí, erguido por su mano para llevarle la muerte. Dios se suicidó al darme la vida, ¿no lo comprendéis? ¡Yo soy el que vendrá!

—¿Dónde está el país de ese Dios? —preguntó Nocmac.

—¡En un mundo al que nadie llegó antes que yo! Un mundo que os llenaría de terror hasta la garganta, ¡a vosotros que no teméis nada! Está en todas partes a la vez y, al mismo tiempo, en un lugar concreto... Lo he visto; lo sé... Ningún ser vivo tiene la talla necesaria para llegar hasta él. Pero yo poseo los secretos de la Vida y los de la Muerte y será un muerto quien a través de mi mano, habitado por mí, ¡llevará la Muerte a Dios!

No temían nada. No eran más que podredumbre... Pero retrocedieron.

—¡Es el país de O! —gritó el caballero—. Más alejado que las tempestades más lejanas que sacuden los mundos de la vida. Más lejos que todo. Un país como una isla negra de fuego petrificado en las olas de los océanos celestes. El país de O, ¡ése es su nombre!

Nuevamente, Ladir fue el primero en recuperarse. Dijo:

—¿Y a quién escogerás, Señor Extranjero? ¿Quién de nosotros sabrá acompañarte? ¿Quién tendrá el poder de abandonar el Valle que es nuestro dominio eterno?

—Ese poder y esta fuerza no os son solicitados; ¡yo soy aquel que sabe!

—Pero no podrás forzar a ninguno de nosotros a acompañarte —clamó otro—. Nunca podrás hacer eso, pese a tu sabiduría. Puedes matar a los muertos, pero no puedes devolverlos a la vida; quizá Dios pueda hacerlo, si es que existe.

—El que vendrá conmigo será un muerto, porque un muerto, sólo un muerto, puede acercarse a Dios. Pero el que venga, gracias a mí, asesinará a Dios ¡y entonces sus poderes serán como los míos! Y tanto él como todos vosotros, volveréis a encontrar el país del que vinisteis. ¡Lo que os ofrezco es la VIDA!

Hubo un breve momento de oscilación entre las filas de los mendigos. Unas luces extrañas se encendieron súbitamente en sus ojos descoloridos. Ladir dijo:

—Pero ¿a cuál de nosotros vas a escoger?

—¡Ya lo conozco! —dijo el caballero.

Lentamente, al paso, empujó a su caballo a lo largo del grupo de mendigos, pasando revista a ese número incalculable de cuerpos deformes, de rostros exangües. Un silencio total hacía aún más pesado cada gesto, cada mirada. El fuego seguía ardiendo, alto e igual; se oían los gemidos confusos de los cadáveres que renacían, de los cascos del caballo contra las piedras.

Después, el caballero se detuvo.

Y lo reconoció.

Estaba allí, en la tercera o la cuarta fila de la multitud. Alto, inmóvil, vestido con lo que parecía una larga casulla desgarrada, que exhibía generosamente la piel verdosa de un cuerpo enflaquecido. Su rostro era delgado, huesudo y triste y su cráneo puntiagudo estaba cubierto por un inverosímil y harapiento sombrero.

Era él.

Sus ojos estaban cubiertos por un velo blanco completamente opaco. Unos mocos azulados chorreaban de su nariz dilatada. Una lengua demasiado voluminosa sobresalía de los labios húmedos, entreabiertos en una sonrisa permanente.

—¡Allí está! —dijo el caballero, señalando al hombre con un dedo enguantado de acero.

Una vez que se extinguió el aliento de la sorpresa, un concierto de gruñidos, de risas, de francas burlas, rodó por el pueblo de los muertos, Nocmac gritó:

—¡No puede ser que estés en lo cierto. Señor Extranjero! ¡Ése no es el que necesitas!

—¿Y por qué? —replicó rudamente el caballero.

Un hombre de rostro azulado y ojos que se le salían de las órbitas salió de las filas y espetó:

—¡Es mudo! ¡Es ciego y sordo! Es loco, idiota... Ni siquiera tiene un nombre; a veces, cuando hablamos de él, le llamamos «Nada». ¿Es con *eso*, Señor Extranjero, que piensas adquirir el poder? ¿Es ésa el arma que asesinará a Dios?

—Es él —dijo el caballero.

Y, una vez más, hizo un gesto con la mano. Su mirada tórrida, a través de la hendedura del yelmo, estaba fija en el rostro violáceo del idiota sordo, mudo y ciego. Después, sin mediar palabra, el caballero hizo girar su montura de ojos sangrantes y lentamente, al paso, se abrió camino por el mar de mendigos en dirección a la falla que llevaba a la cumbre de las montañas.

Y el que no tenía nombre, o que era llamado *Nada*, recogió con ambas manos los harapos de sus ropas. Sonriente, siguió a Lho'm.

Eran más de un centenar. Ninguno hizo un gesto, ni pronunció una palabra. Contemplaron al Extranjero y al Loco, que se alejaban.

2

El navío no tenía nombre propio; sólo el de Lho'm. Más sencillamente, se decía: «el navío».

Sin duda, era el navío más grande que se hubiera visto en la Historia de la Vida. Inmenso, con su capullo de piedra pulida, más grande que los planetas más grandes. El puente superior estaba hecho de anchos listones de metal y un armazón de acero corría sobre todo el perímetro elipsoidal. Era totalmente imposible para una mirada humana abarcar toda la superficie del puente. A veces, las tempestades sacudían el castillo de proa mientras el espacio estaba en calma en la arboladura de popa.

Allá arriba, se elevaba un bosque de mástiles como otros tantos chuzos fantásticos, plantados en lo alto de la oscuridad del cielo. Y el invisible entrelazamiento de los cables, drizas y obenques de acero rojizo. Y las velas chupadoras, tendidas sin cesar al acecho de las corrientes del espacio. El mundo del Navío era un mundo particular, un mundo aparte, en el que vivían, morían y nacían los marinos sin haber visto nunca el puente, quizá sin sospechar su existencia, allá abajo, en el fondo del abismo extendido bajo las vergas.

En el Navío, otro mundo muy especial se correspondía con ése. Situado en lo más profundo de las calas, con mil millones de toneladas de Desconocido encima de él, ese mundo era el mundo de las Máquinas. Las máquinas eran necesarias para la navegación en espacio muerto, cuando las velas quedaban flojas y colgantes como pobres andrajos. Las máquinas creaban la Música. La nota única, sobreaguda, inaudible, que escupían los cañones ahusados que atravesaban el vientre de la monstruosa figura de proa. La nota, hilo frágil, raíl interminable sobre el que transcurría la ruta del Navío.

Entre esos dos extremos, se extendían los puentes de vivienda que contemplaban la vida de cientos de millones de humanos. Exactamente en el centro, estaban los dominios de Lho'm.

Vivía en un palacio inmenso, de decorado severo, en medio de sus capitanes y sus harenes. Era un lugar de piedra blanca y de metal transparente. La vida, en ese sitio, se concentraba en las sombras móviles, que se adherían a los suelos y los cielorrasos, ondulando al ritmo de las llamas que devoraban antorchas.

A veces, un caballo de Lenuul, con un caparazón de oro líquido y la mirada ensangrentada, atravesaba el silencio.

Había corrido el tiempo desde el misterioso acercamiento al Valle al Borde del Abismo. Y ese tiempo había llevado muy lejos al Navío por los mares del espacio, atravesando mil tempestades y usando mil corrientes. Era un viaje enorme, el mayor de todos los que había emprendido el Navío. También era un gran misterio.

A lo largo de los días, Lho'm trazaba la ruta y daba las órdenes. Desde su vuelta del Valle no hablaba, o lo hacía muy raramente, fuera de lo necesario para marcar el rumbo. Hasta se decía que ya no iba a los harenas. Se decían mil cosas.

Lho'm pasaba lo mejor de su tiempo encerrado en su cabina de Señor, calculando y volviendo a calcular, dirigiendo gigantescos combates contra todas las plagas del cielo. En las raras ocasiones en que entraba en la zona de los Capitanes, se hacía el silencio. Y si algunas débiles conversaciones ficticias se reanudaban, después de una espera siempre vana, eran más impresionantes aún, más difíciles de respirar que el silencio. Lho'm no parecía prestar atención. Se sentaba en el borde de una mesa y aguardaba, mudo, rígido. Detrás del yelmo que no se quitaba jamás, su mirada se había vuelto huidiza, imposible de atrapar.

A veces se quedaba allí durante horas. Sin una palabra, sin un gesto, simplemente sentado en el borde de una mesa. Luego, en un cierto momento, se ponía de pie y se marchaba. A menudo pasaban decenas de días antes de que se le volviera a ver.

Así era, y nada, a lo largo del tiempo transcurrido, hacía presagiar una «mejoría». Todo lo contrario. Llegó un momento en que hasta los Capitanes menos receptivos se apercibieron de lo anormal de la situación y de la inquietante actitud de Lho'm, su Señor. Ninguno de sus viajes se había desarrollado en circunstancias tan misteriosas.

Al comienzo, una simple inquietud se apoderó de los Capitanes y los mantuvo reunidos día y noche... cuando había días y noches. Y la inquietud puso en sus bocas y en sus mentes mil suposiciones, cada una más alocada que la anterior. Trataban de adivinar, naturalmente se equivocaban, tenían conciencia de haberse equivocado, buscaban más lejos, más allá, más locamente.

Entonces vino la irritación, con el sentimiento de haber sido dejados de lado, como inútiles o incapaces a los que ni siquiera era necesario informar. Pronto, la irritación se transformó en verdadera cólera, porque ya estaban atemorizados, ante tanto misterio.

Ya no abandonaban la sala de mandos, reunidos en grupo o guardando silencio en solitario. Las únicas conversaciones eran largos zumbidos graves. Y no dejaban de lanzar su ardiente y vivaz enfado en dirección a la puerta.

Y eso hasta que lo impensable asomó la nariz hasta que unos murmullos rebeldes se deslizaron entre los zumbidos.

Entonces, llegó Lho'm.

Estaba de pie en el umbral. Se quedó largo rato allí, como para absorber hasta la médula el pesado silencio, cargado de tormenta, para beber esas decenas de miradas dirigidas a la estrecha hendedura del yelmo.

Y eso fue suficiente para que desapareciera la tensión.

Entonces, los Capitanes recuperaron el uso de sus piernas y la sangre volvió a circular por sus venas, tibia y agradable. Unos suspiros de alivio escaparon de cien pechos. La mano crispada dejaba el puño de la espada, la mirada fogosa se volvía cenizas y miraba el suelo. Algunos se sentaron. Otros, situados en los cuatro ángulos de la sala, se acercaron hasta formar un grupo compacto. Hicieron frente a Lho'm. Aguardaban.

Cuando todo estuvo así, Lho'm avanzó.

Entonces, notaron que había vestido sus más bellos atributos de guerrero. Desde el yelmo resplandeciente hasta las botas de piel flexible, adornadas con tachas de plata. Ceñía un ancho cinturón adornado con diamantes, del que pendía el hacha de las justas a muerte.

—¿Y bien? —preguntó.

Y comprendieron que siempre había sabido. Que no había ignorado sus designios ni un segundo.

Sentado en un gran sillón, enfrentando a Lho'm, Diguur meneó suavemente la cabeza. Una sonrisa de satisfacción estiró sus viejos labios arrugados, medio devorados por una barba sucia y amarillenta. Era el más anciano de los Capitanes y conocía casi todo acerca de Lho'm. Había participado en innumerables batallas a su lado. Había luchado como un loco por la Conquista de los Secretos.

Era Diguur el que habla en nombre de todos. Y dijo:

—¿Recuerdas a tus Capitanes, Lho'm?

Quizá lo había visto nacer; era el único que osaba llamarle por su nombre, y Lho'm no aceptaba semejantes familiaridades de ningún otro.

—¿Tú también, Diguur? —dijo Lho'm—. ¿Tú también dudaste?

Diguur hizo un gesto vago con la mano y no respondió.

—Tú también eras de los que dudaban, de los que sentían miedo —dijo Lho'm, con tono rudo y cortante.

El viejo hizo otro gesto con la mano. En una antigua batalla contra los Gkurs había perdido un ojo, pero el otro seguía brillando con una luz muy personal, entre la burla franca y la diversión bienintencionada. Sin inmutarse, dijo:

—Estaba contigo cuando hiciste el primer viaje, Lho'm. Y estuve contigo en todos los demás. Muchos de los que están aquí pueden decir casi lo mismo.

—¿Y entonces?

—Entonces, resulta que nunca fuimos tratados como ahora. Igual que los marineros de las vergas o los encargados de las máquinas. Igual que el populacho del

entrepunte... Éste es un viaje terrible, lo sabemos. También sabemos que nos lleva hacia una gran batalla, desde el momento en que detuviste el Navío en el Valle al Borde del Abismo... Pero entonces, ¿por qué mantenernos en la ignorancia? ¿Por qué actúas solo y nos tratas como a niños? Tus Capitanes te siguieron siempre, y a todas partes. Les debes respeto, tal como ellos te deben obediencia. ¿Cómo quieres que se obedezcan unas órdenes que no has dado?

Lho'm dio un paso más, plantándose frente al anciano, tocándolo casi. Con tono casi divertido, dijo:

—¿Quién eres tú, anciano, para dictarme una conducta?

—Soy Diguur —contestó el viejo sin inmutarse.

Una risa franca y espontánea nació tras el yelmo de Lho'm. Se controló rápidamente y consideró a todos. Después, con un tono en que no había rastros de risa, profirió:

—Quizá el anciano Diguur tenga razón. No lo sé y no me interesa... Pero es cierto que, ahora, os debo una explicación.

—¿Nos dirigimos hacia una gran batalla? —exclamó Rogmart, un Capitán alto y delgado de Fellios.

—Sí —contestó Lho'm—. Este viaje será uno de los más largos que hemos hecho. Dura desde hace más tiempo del que podéis imaginar. Comenzó cuando nací, ¡cuando muchos de vosotros erais aún vuestro padre!

—Pero ¿dónde quedan secretos? —preguntó Diguur—. ¿En qué país, en qué universo?

—Es cierto —dijo un grueso Capitán de Ryyqh que se llamaba Da—. Conocemos todas las islas y todos los continentes del espacio. Hasta conocemos el Valle al Borde del Abismo. ¿Qué queda?

—Dinos cuál es el objetivo de esta búsqueda, Señor —rugió Loght, Capitán de Vivensse l'Oceanne.

Lho'm levantó una mano enguantada en metal. En el silencio que se hizo inmediatamente, dijo:

—Vosotros lo conocéis todo... pero ¿quién de vosotros ha visto el País de O?

Sorprendidos, algunos se llevaron las manos a los oídos dejando escapar gemidos de dolor, cuando Lho'm pronunció el nombre. Una llamarada no hubiese desgarrado mejor sus tímpanos.

Eran valientes y habían combatido millones de veces contra terribles adversarios. Conocían todo lo que había en los Universos: las bellezas más embriagadoras y los horrores más mortíferos. Pero Lho'm había pronunciado el nombre y se habían puesto pálidos, jadeaban. Estaban ceñudos e incrédulos.

—¡El país de O! —repitió duramente Lho'm—. ¡El feudo de Dios!

—Una vez nos acercamos a él —dijo Rogmart—. ¡Tú lo recuerdas, Señor!

¡Recuerdas si miedo, las terribles marejadas que se estrellan contra esa roca inviolable! Es... es...

—Sí; es el país de Dios —dijo violentamente Lho'm—. Y vosotros tembláis, huecos y estremecidos de miedo, con sólo escuchar su nombre. ¿Quiénes sois, Capitanes?

No respondieron, esforzándose por reprimir los estremecimientos helados que recorrían sus espaldas.

—Ése es el destino de este gran viaje —clamó Lho'm—. ¿Lo oís? Y ahora que sabéis, ¿quién tenía razón, Diguur o yo? ¿No hice bien en guardar silencio? Así, al menos, no tembláis más que desde hace algunos segundos.

—Lho'm —dijo Diguur.

—¡Y bien, viejo!

La lucecita del único ojo de Diguur se había extinguido. Dijo:

—Es verdad que soy viejo, Lho'm. Yo también he visto muchas cosas, siguiéndote, ayudándote. Tú conoces todos los secretos y todos los poderes, ¿no es verdad? Puedes matar con una mirada y dar la vida con otra. Conoces todos los secretos... Yo también, Lho'm, conozco secretos. Muchos secretos que nunca te parecieron interesantes y que rechazaste, dejándolos para quienes los encontraran divertidos. Yo era de los que recogían las migajas... Y me siento con fuerzas para decirte: ¡detente!

—¿Pretendes ordenar...?

—No, *Señor*. ¿Quién podría darte órdenes? Es el consejo de un viejo. Un consejo de Sabiduría... ya que la Sabiduría es uno de esos secretos que nunca te interesaron. Conoces todo, menos una cosa. Una cosa que no es para ti. Te has apoderado con demasiada facilidad de una multitud de maravillas que no eran para ti. Ahora, te queda Dios, y eso te molesta. Nadie puede nada contra Él, ¿me oyes? ¡Te lo digo para evitarte la muerte, o el tormento eterno!

—Pero ¿quién ha visto a Dios? —estalló Lho'm—. ¿Tú lo has visto, Diguur, y por eso hablas así?

—Ni yo ni nadie —respondió Diguur—. Y muchos de quienes lo intentaron se hicieron trizas contra los arrecifes de la Isla... Crees que tienes la talla suficiente para el combate porque conoces el nombre del país, pobre Lho'm.

—Calla, Diguur... Y vosotros, escuchadme todos: ¡éste es mi viaje! Éste es mi combate, sólo mío y no os pido que participéis. Pero es cierto, sois mis Capitanes y debéis saber. Entonces, os lo digo.

Hizo una pausa y siguió hablando rápidamente:

—Hoy termina el viaje. Hoy el País de O está a la vista en el océano. Dios me aguarda, para nuestro combate. Vosotros no lo veréis, no subiréis al puente. ¡Yo solo libraré ese combate! No estoy loco, como piensa Diguur. Poseo el arma que me

permitirá vencer.

—El hacha... —empezó Diguur.

—¿Quién habla del hacha? El arma estará junto a mí, la he traído del país de los muertos. ¡Tu sabiduría, Diguur, no debe ser un poder muy grande, si no sabe abrirte los ojos!

Diguur no encontró respuesta y quedó con la boca abierta. Estaban todos inmóviles, con los párpados distendidos sobre sus miradas atónitas, contemplando desesperadamente el vacío que había alrededor de Lho'm. Éste soltó una carcajada glacial.

—Sois Capitanes bravos y valientes, duros en la batalla. Pero no sois más que Capitanes, ¡no lo olvidéis!

Da rompió el silencio para preguntar, con voz un poco áspera:

—¿Qué arma es ésa de la que hablaste, Señor? ¿Eres el año de la Muerte?

Y Lho'm pareció crecer aún más. Sabiamente, dejó correr algunos largos segundos de profundo silencio. Sus labios sonreían cuando pronunció:

—Esta arma es *el arma*. Y es *Nada*.

Sabía que no podrían comprenderle, pero no les dio ninguna explicación suplementaria.

Rodeado de un silencio perfecto, se retiró. Abandonó la habitación.

Y después de un rato todas las miradas se dirigieron a Diguur, que seguía sentado en el sillón del más anciano. Y vieron rodar las lágrimas por las mejillas del viejo.

3

La bruma era espesa y giraba formando enormes volutas, como el humo que se enrosca sobre sí mismo en un lugar azotado por un viento loco. Y sin embargo, no había viento. Había sólo esa bruma opaca que giraba y se desgarraba sin ruido, irisada de mil colores, como cien mil cosas blandas peleando en la oscuridad del espacio.

Lho'm contempló largamente desde el puente metálico ese desenfreno vaporoso que se arrastraba formando lenguas pegajosas y ocultaba el mástil más próximo, a cien metros de distancia. La bruma devoraba también los remolinos rojizos del océano celeste; tragaba los altos rugidos de esas mareas desordenadas que palpitaban alrededor. Aquí el mar nunca estaba en calma, nunca reposaba. Aquí estaba, quizá, el centro de todos los mundos.

En lo alto del puente, erguido sobre el caballo nervioso, más terrorífico aún que el monstruoso mascarón de proa que estaba debajo de él, Lho'm escrutaba la bruma.

A su lado, aguardaba Nada.

Nada el Muerto.

Nada el Loco. El Mudo, el Ciego, el Sordo. Nada el Idiota aguardaba con su largo traje harapiento, su cara blanca como un agujero en el mundo. Nada, cuyos ojos dormían tras un velo de betún, con las mejillas manchadas por lágrimas que no tenían razón de ser, con los labios redondeados, con la sonrisa fija sobre la lengua colgante que dejaba caer babas y aspiraba mocos.

Nada. Nada en los chales de bruma.

Aguardaron mucho tiempo, sin moverse. Hasta que súbitamente, justo delante de ellos, la bruma se separó, se desgarró.

En la herida viva, abierta sobre abominables mugidos, sobre una multitud de lúgubres quejas, de gemidos (y todos esos gritos eran tan auténticos, tan reales, que parecían ser el Universo mismo, metamorfoseado en ondas sonoras afligentes), en ese agujero de colores borrosos, apareció la roca.

La Isla Movediza, acunada en el centro mismo de la resaca demente.

El País de O, el Feudo de Dios, según decían todos los Sabios, todos los Conocedores.

El Único Sitio. El Principio y el Fin. Todo.

Una isla recta, erguida como un falo tajeado, más negra que una lágrima de carbón en el centro de un vértice. Un peñón, una lava endurecida. Una humareda. Un bloque.

Era el final del Viaje de Lho'm. Abiertas en el combate que ya había comenzado, estaban las puertas de todos los abismos, de toda la esperanza y de toda la sed.

Y Lho'm, muy erguido, inmenso sobre el caballo piafante que venía de Lernuul, Lho'm, el de todas las Potestades, sacó el hacha del tahalí y la sostuvo con las dos manos junto al pecho.

Miró, una sola vez, en dirección a Nada el Muerto. Y el idiota que no oía, que no veía, que no decía riada y no sabía nada, se puso en marcha.

Lentamente, pero sin vacilar, escaló las molduras angulosas del mascarón de proa y se enderezó un momento al llegar a su parte más alta. Luego, con un paso natural, inmutable, decidido, desapareció en la bruma.

Él mismo era la bruma, conducido por la mirada de Lho'm. Era la muerte, encaminándose a la isla de Dios.

Unos instantes antes, no sabía nada.

Ahora, sabía que marchaba. Lo sabía. Y él, que nunca había oído ningún sonido, escuchaba el ruido de sus pasos en las rocas rugosas. No oía más que eso.

Él, que nunca había visto, empezaba a distinguir vagamente los contornos de esa peña, de ese magma a cuyo centro se dirigía.

Pero no sentía nada. Todavía no tenía nombre.

Andaba.

Las piedras eran cortantes y traicioneras; se desprendían fácilmente bajo sus pasos. Eso no tenía importancia.

Desde siempre había sido habitado por el vacío. Ahora, había una fuerza en él. Una fuerza extranjera, que disponía de su alma que había despertado, pero...

Veía.

Era seco, duro, agudo. Era una montaña de rocas ferrosas, una caótica reunión de arcos suspendidos, de puentes inclinados sobre inmensas soledades vacías. Era un ruido enloquecido que venía de las entrañas mismas de las peñas, que no cesaba de crecer a cada paso.

Subía. Franqueaba los arcos, escalaba las cascadas de rocas humeantes. Apoyaba con firmeza los pies en el ruido sordo.

No sabía cuánto tiempo duraría la ascensión. Y no le importaba.

Trepaba, con una fuerza extranjera en sus piernas, en sus ojos desvelados con negras pupilas brillantes. Era la roca que se rompe y estalla... y, detrás de él, en cuanto había pasado, los arcos se derrumbaban, los puentes naturales se desmigajaban en una lluvia polvorienta. Cada uno de sus pasos borraba el camino recorrido... y el de retorno.

Luego, brutalmente recortado sobre el cielo vacío, sobre la gran calma sombría del centro de todos los mundos, se irguió un último arco.

Era el último. Limpiamente plantado en la cima del peñón.

Entonces supo por qué estaba allí, para qué combate. En el momento en que lo supo, una risa demente lo sacudió. Una risa entera, como si la bóveda del espacio se desgarrara espasmódicamente.

En la cima del peñón, encima de todo, se podía ver una especie de sillón gigantesco, cortado a golpes de maza en el corazón de la roca. Un sillón desnudo con un gran respaldo roto.

Era el trono de Dios.

Vacío.

Entonces franqueó el último arco, que se derrumbó tras él, aislándolo para siempre. Entonces, se situó frente al Trono. La fuerza que había en él, ya no era extranjera. Era suya. Suya. Enteramente, y por un instante; lo sabía. Pero suficiente para permitirle gritar, gritar una vez a él, que nunca había dicho una palabra.

Gritar:

—Mira, Lho'm. ¿Comprendes ahora tu locura? ¡El Trono está vacío y Dios ha muerto! ¿No te lo habían dicho los del Valle al Borde del Abismo? ¡Dios ha muerto, o bien aguardaba!

El tiempo de un grito. El tiempo para que esa visión nueva y fugaz viera, a lo lejos, un inmenso Navío, prisionero de los remolinos terribles del espacio, girando como un fuego de paja, empujado por cien mil resacas y otras tantas tempestades, en los arrecifes que ciñen el País de O.

El tiempo necesario para que el oído oyese gritar a un caballero que se había vuelto loco, sobre el puente metálico y brumoso del mayor de los Navíos.

El tiempo para que la razón imaginara a ese caballero a todo galope, sobre el lomo de un caballo de Lerneul desbordado.

Y después, para ese que a veces llamaban *Nada*, llegó nuevamente la noche, el silencio. Era la muerte, quizá, como desde el principio del tiempo.

Trastabilló, encontró con la punta de los dedos helados los apoyabrazos rugosos del Trono rocoso. Dobló las rodillas. Se dejó ir.

Y Dios se sentó.

Triunfante.

DANIEL PHI

Nació en 1945 en la región central de Francia. Después de estudiar Letras, estudió Sociología e Historia moderna. Actualmente divide su tiempo entre una tesis acerca de la ciencia ficción francesa de la primera época, la enseñanza de la psicología y la redacción de cuentos.

Además de numerosos artículos críticos y estudios sobre temas de ciencia ficción, ha escrito algunos cuentos, uno de los cuales fue adaptado a la radio poco después de su publicación. Es el organizador del 4.º Congreso nacional de ciencia ficción francesa, en Limoges, 1977.

Sus gustos hacen que sienta preferencia por la ciencia ficción, pero también lee mucha literatura en lengua castellana, sudamericana especialmente, pero sin olvidar a sus clásicos.

Montaigne y Rabelais, junto con Cervantes, son sus favoritos.

Notas

[1] Probablemente es un homenaje al misterioso autor norteamericano Cordwainer Smith, autor de una fantástica saga en tres volúmenes: *Los señores de la instrumentalidad*. (Nota del compilador.) <<

[2] «*Ford*»: ordenador fotónico dispuesto en red de circuito para supervisar las experiencias cronológicas. (Nota del compilador.) <<

[3] El título es un juego de palabras ambiguo e intraducible, ya que se puede interpretar de varias maneras:

ILS SONT REVE... nus - Han vuelto.

ILS SONT revé... s - Son soñados.

ILS ONT REVE... - Han soñado, etc. (Nota del compilador.) <<

[4] «Más tarde, apartando ramilletes de helechos, / yacimos. / Una nube de saltamontes / pasó entre nosotros y la luna. / ... / El olor que desprenden las ciudades incendiadas / estaba en el aire.» <<